

Escritos del beato Manuel Domingo y Sol

I - Predicación Volumen 9.º

ROMA
2006

Notas previas a la nueva transcripción

Al comienzo de cada uno de los documentos que contiene este volumen se indica:

- la sección,
- el n.º del volumen,
- el n.º del documento,
- y las páginas que comprende cada uno de ellos.

La utilización de esos cuatro elementos en las citas facilitará al máximo la búsqueda y consulta posterior.

(Ejemplo = Escritos: I.º, vol. 9, doc. 22, pág. 2).

** *Siglas utilizadas:*

- el salto de página, concordando con los originales, se señala con .

- entre «[]» se indica el texto incorporado, que no está en el original.

Roma, 2 de febrero de 1994

Advertencia a la transcripción primera

Van incluidos en este tomo 9.º: 147 autógrafos referentes a asuntos de la vida religiosa, especialmente Tomas de hábito y Profesiones que son el mayor número.

Los Fervorines que D. Manuel dirigió a Religiosas aparecen coleccionados aparte en el tomo de Fervorines, por ser aquél su propio lugar, y asimismo en el tomo próximo y por la misma razón hallará el lector pláticas sobre Ejercicios Espirituales predicadas a Religiosas.

Las que en este tomo aparecen se refieren de modo particular a la vida religiosa y sólo tienen relación con otras materias las que tratan de virtudes, las cuales sin embargo incluimos aquí por su carácter especial y por su aplicación a la vida religiosa.

TOMAS DE HÁBITO

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 1, pág. 1**

Mi hija en el Señor: No pensaba dirigirte yo hoy la palabra; ni la toma silenciosa de hábito me parecía hacerlo necesario, puesto que estás suficientemente instruida en los deberes que vas a imponerte, y por otra parte las circunstancias de no poderlo hacer desahogadamente parecían excusarlo.

No obstante, para no defraudar tus deseos, y levantar un poco tu espíritu te dirigiré tan sólo dos palabras.

Y al querer cumplir yo este dicho compromiso ¿qué idea te recordaré? ¿qué tema podría presentarte para que alimente tu alma?

¡Ah! [Al] fijarme, hija mía, en ti, y al recorrer con mi imaginación tu pasado, tu presente y tu porvenir, se ha fijado mi mente de un modo particular, y no he podido apartarla, de aquella imagen con que el espíritu divino en el libro de los Cánticos compara el alma fiel y que ha sabido escuchar la voz del Esposo; esto es, bajo el símbolo de la paloma, cuando le dice en realidad: Ven, paloma, a abrigarte en los agujeros de la roca...

* * *

Predicada a Sor Julia Lladó el día de la toma de hábito, 27 de Julio [de] 1872; véase la adjunta plática, añadido algo a las circunstancias (Plática de Sor Luisa Curto), y añadido «Ya sabes las prescripciones que la Santa Iglesia...».

Escritos I.º vol. 9.º,

doc. 2, págs. 1-4

Predicada a Sor María Asunción de S. José Curto. En su toma de hábito en la Purísima, 26 de Abril, Patrocinio de S. José de 1874.

Mi hermana en el Señor, y hoy hija distinguida en su dulcísimo Corazón: Al verte en este momento en el interior del santuario pero ataviada con las galas del mundo, dispuesta a desprenderte de ellas; a tu lado este santo hábito, librea de la pureza y de la penitencia; este cíngulo, símbolo de la mortificación y de la penitencia; este velo blanco que cubrirá tu semblante para velar tu modestia, substrayéndote a las miradas del siglo; al ver en tu frente serena pintado el deseo de [celebrar] tus esponsales con Jesús, ¿qué te diré a fin de actuar tu corazón para el acto solemne que vamos a practicar? Tres solas palabras serán bastante para mover tu corazón ante el beneficio inmenso que él va a proporcionarte: Dios... tú... la vocación.

Dios es el que te ha llamado y proporcionado el beneficio de tu vocación religiosa.

¡Dios! aquel ser inmenso, autor de todo, eternamente feliz; aquel que tiene el cielo por trono y la tierra por apoyo de sus pies, que tiene ejércitos de ángeles por ministros y las estrellas del cielo por corona, luz inaccesible, que tiene millones de ángeles que le asisten, y millones de millones que le sirven, luz inaccesible, eternamente feliz, para nada necesita de ti. Este Dios, pues, es el que desde la eternidad tenía fija su mente en ti para escogerte para este estado. Aún no hablas nacido, y ya señalaba, te señalaba con el dedo para... verificándose lo que dice: *In*

charitate perpetua dilexi te. [(Jr 31, 3)]

Y ¿quién eres tú? ¡Ah, no es preciso que diga lo que eres en tu alma, en tu cuerpo, en el tiempo!

¿Qué eres en tu cuerpo? Hace cuarenta años estabas en el olvido de la nada; nadie te conocía, ni pronunciaba tu nombre; viniste al mundo con el sello del pecado original; en tu cuerpo un poco de polvo que pronto desaparecería en el sepulcro; en tu alma *tamquam pannus [(Is. 64, 6)]*, como paño negro, como nuestros mismos vestidos y [?]. Menos que el imperceptible insecto, hija mía, que pisamos sin advertirlo, eres en la presencia de Dios, pues más diferencia hay entre nosotros y Dios, que entre nosotros y el gusanillo que se arrastra sobre la tierra.

Pues ese Dios tan grande e inmenso, infinitamente feliz, te ha escogido a ti y te ha entresacado de la masa de los demás para un destino especial. Mientras deja a tantos otros en el mar borrascoso del mundo, entre las agitaciones de su corazón.

Y ¿cuál es ese destino? ¡Ah! no; no vengo yo a presentarte el beneficio de la vocación religiosa, [en] cuyo noviciado [meditarás] la dignidad de tu estado, las consideraciones que merece ante la sociedad, las promesas que el Señor tiene vinculadas a sus seguidores en el tiempo y en la eternidad, los sinsabores que hubieras tenido en el mundo, el vacío que en tu corazón hubieran dejado sus cosas, sobre todo tras algunos años; porque todo esto lo tienes meditado ya, y te se recordará el día en que el Señor te conceda terminar estos desposorios para atarte con los vínculos de sus eternos amores.

Sólo sí, hija mía, [recuerda] y medítalo bien, para que puedas besar con mayor gratitud la mano bondadosa de aquel que te ha escogido; recuerda, digo, las circunstancias, el modo y por los caminos como te ha conducido tu Dios.

Aún no habías nacido

Viniste al mundo. Alrededor de tu cuna nadie

se fijaba en tu destino, y el Señor encargaba al Ángel de tu guarda el cuidado de tu existencia para disponerte un día a esposa suya.

Llegaste a tu adolescencia, y al calor de una buena educación y al riego de cuidados paternales, al abrirse tu razón, pudiste ofrecer el aroma de tus primeros fervores a los pies de María Inmaculada.

Y entraste en tu primera adolescencia, y arrebatada por cariñosas manos, conducidas por senderos de flores de santas amistades se deslizaban suavemente los días de tu primera juventud, adormecida en tu propia felicidad, y antes que el calor del día pudiera agostar tu corazón, oíste una voz, desconocida todavía para ti, y dócil a ella, el amante Jesús fijó tu corazón, y [le] puso, el sello de una firme esperanza y de una instintiva seguridad se levantaron olas de ansiedades, y sobrevinieron contradicciones, y se interpusieron obstáculos, y fija tu vista en María Inmaculada, y apoyada en el áncora de la protección o confianza, has llegado por medios desconocidos y providenciales, y cuando menos podías esperarlo, a tu suspirado puerto, después de la larga travesía de las tempestades, y quiere hacerte descansar en el huerto cerrado de sus escogidos, en el jardín de sus amores.

Y a todo esto, hija mía, que Dios ha hecho por ti, no poder ofrecerle de parte tuya otro tributo que la ... de tu pobre corazón; ¡ah! entonces sí que puedes decir que es imponderable el beneficio que el Señor te proporciona en este día.

Muy bien puedes decir: Dilexi te, et attraxi, miserans [tui. (Jr 31,3)]

Quid retribues Domino? ¿Qué le darás, o más bien, qué le prometerás al Señor en cambio de lo que te ha dado? [(Sal 115, 12)].

No exige de [ti] grandes cosas, pues nada necesita de ti. Las grandezas de la tierra no tienen valor en su presencia.

Lo que quiere, en primer lugar, es gratitud.

Cuando los hijos de Israel, después de haber gemido

Pero además de gratitud, exige sobre todo amor. Al revestirte hoy del hábito de Cristo, te dirá en este día, como el misterioso esposo de los Cantares: *Pone me ut signaculum super cor tuum* [(Cant 8, 6)].

Y este amor debe ser hasta el sacrificio. Porque no es una vida de descanso la que vas a pasar. Durante el año que vas a empezar, y en el retiro de este santo Noviciado, te señalarán tus deberes y la escalera de la santa humildad por donde debes subir constantemente, y la dulce libertad de una completa obediencia, y la santa severidad de una inalterable modestia, y la guarda de un religioso silencio, y no se te ocultará ninguna de las prescripciones de tu regla, ni las espinas de esa estrecha observancia, porque ellas han de formar el tejido de tu vida, y sin descanso, hasta el último momento de tu existencia.

Y cualesquiera que sean los caminos desconocidos, por los cuales el Señor quiere conducirte, cualesquiera las contradicciones que quiera permitirte, sean las que quieran las circunstancias de tu vida, en la vida y en la muerte, en la cruz o en el Tabor, en la enfermedad o en la amargura, en la soledad o acompañada, has de ir revestida y superarlo todo con el amor de Jesucristo. Amor, pues, y sacrificio, en la vida y en la muerte.

Si no te encontraras con ánimo, un año tienes todavía para acabarte de resolver a esta empresa, y en el silencio de la soledad sondearás tu corazón.

Y entre tanto, hija mía, ... induere vestimentis jucunditatis.

Depón, para siempre este ropaje; y con [él] los afectos todos a las vanidades del mundo. Haz cuenta [que] la Madre Inmaculada te viste del suyo, para adoptarte por hija de su corazón. El Ángel de tu guarda sonrío dulcemente al verte hoy trofeo de sus cuidados y de su vigilancia sobre ti.

Y en medio [de] la alegría que embargará tu alma, y del placer, hasta hoy tal vez no experimentado, que embarga tu corazón no olvides una súplica tierna para todos los que aquí reunidos, dan gracias a Dios por ti, y te felicitan; ruega por todos los bienhechores.

Ruega por todos, por la pobre España, a fin de que el Señor apresure la ansiada paz. Ruega también por esta comunidad, que bondadosa te ha acogido en su seno; por todos los asistentes, por tus padres, por tus bienhechores, por estos sacerdotes y estas amigas que al acompañarte hoy unen sus oraciones a Jesús en favor tuyo.

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 3, pág. 1

María Bertomeu

Mi amadísima en Jesús: era la mañana del 26 de octubre de 1874, y dirigía mi emocionada palabra a una joven distinguida, a la cual hubiera deseado yo hacerla cultivadora de planteles de la juventud, del siglo; pero el *encerradito*, [?] padre, era su escudo en que se estrellaban nuestras indicaciones.

En aquella mañana, pues, te tejían una corona de flores brotadas de los más profundos afectos de mi corazón, y al terminar le decía: ... Y tú, Doña

Pues bien: ya que se encuentra Ud. en iguales circunstancias, y no me es dado tejerla, si bien de palabra más digna, igual corona de flores, me limito a repetirla la es ... (por mi entorpecimiento) séame lícito repetirle las últimas palabras: Bendice al

Señor, hija mía, que te concede igual gracia y con la satisfacción de realizar la ofrenda a Jesús por un hermano, hijo mío, angelical y fervoroso, que aunque separado por la distancia, también en estos momentos te está ofreciendo a Jesús. ¿Qué le dará a Jesús en cambio? No le olvides y no olvides a tu bondadoso padre, que ha vivido y se ha sacrificado por tu bien; y no olvides a esa otra hermana que gime aún como tortilla a las orillas del río de Babilonia, y todos los otros seres queridos que navegan en medio del mundo.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 4, págs. 1-7**

*Vestición de hábito de
Sor Nieves María Ferré,
Sor María Clara Alberich.
1.º Julio 1875.*

(De la plática «Hábito de Nieves Ferré»).

No deseaba hoy, hijas mías, dirigiros la palabra. Tratándose tan sólo de una toma de hábito, que es, digámoslo así, tan sólo la renovación del acto que hace dos meses empezasteis a practicar, e instruidas suficientemente en la significación de la solemnidad que vamos a practicar, creía excusado exponerlo a vuestra consideración. No obstante, por no defraudar los deseos que me habéis indicado, y complacer este escogido auditorio de amigas, que vienen a acompañaros en este día, lo haré siquiera ligeramente.

Hace dos meses, hijas mías, que combatidos los temores, las incertidumbres y las contradicciones, agitados vuestros corazones y hasta vuestros semblantes por las más fuertes emociones, humedecidos aún vuestros vestidos por las tempestades del siglo, pudisteis felizmente guareceros en la peña oculta de la religión, y respirar tranquilamente después de la larga travesía de combates y de esfuerzos. Hoy ya con más tranquilo semblante, con más sosegado espíritu, aunque ataviadas todavía con las señales del siglo, pero con el sello de la elección de Dios, venís a presentaros ante Dios y ante los hombres, para hacer el acto protestativo de vuestros deseos de desprenderos de todo, para empezar a revestiros de vuestro Señor Jesucristo.

Y bien: ¿qué significa el acto que venís a practicar? Dos partes podemos decir que van a significar vuestros esponsales: el desprendimiento de todo lo exterior y el revestiros de Jesús para seguirle.

Muy sencillos se mostraron los Apóstoles cuando por boca de S. Pedro se atrevieron a decir a Jesucristo: Señor, he aquí que hemos dejado todas las cosas ... ¿Qué nos darás en premio de ello? Y ¿qué [es] esto que habían dejado? ¿Algún trono? ¿Algún rico patrimonio? ¿Alguna gloria parecida a la de Salomón? ¡Ah! no; una pequeña barquilla que poseían allá en el lago de Genesaret. Ya veis: dejar toda una barquilla. ¡Cándidos, podríamos decirles; si comparáis el valor de vuestra barquilla con los bienes que Jesucristo os ha dado, desde luego echaréis de ver que en seguirle más ganáis que perdéis, más recibís que no dais, y casi aparecería una especulación vuestro agradecimiento, si no fuere que vemos que sois tan buenas!

Valga lo que valiere lo que habéis dejado ... ¿y esa fe que en cambio habéis recibido? ¿y ese poder que por vía de indemnización se os ha comunicado? ¿y esa autoridad que reprime los elementos, cura los enfermos y lanza los

demonios? ¿y la felicidad y la tranquilidad de estar al lado de Jesús, que os alimenta en medio del desierto? ¿Por esto exigís y esperáis recompensa?

No, hijas mías; no creo yo que al despojaros hoy con vuestro vestido de todas las cosas exteriores, presumáis en vuestro corazón que hacéis algún sacrificio ante vuestro Dios. ¿Y cómo habéis de pensarlo, si la alegría que inunda vuestro espíritu, me dice que no lo tenéis por sacrificio, sino como de dicha y de inmerecida bendición del Señor? ¿Si vosotras comprendéis que el Señor os ha dado a escoger la mejor parte? Y ciertamente, hijas mías.

Cuando al despuntar vuestra discreción, encontrados horizontes se describieron a vuestra vista, y el deseo de felicidad agitó vuestro corazón, y con el instinto de la gracia y la antorcha de la fe comprendisteis muy bien, que, según nos dice Jesucristo, una sola cosa es necesaria para la verdadera felicidad: el tesoro escondido del reino de los cielos, la calma del corazón.

Y visteis que este tesoro no se encontraba ni [en] el abismo del mar, que a cada suspiro y a cada deseo de nuestro corazón responde: *non est mecum*, no está conmigo la felicidad. Y que no se encontraba este tesoro ni en las altas cumbres de la vanidad, ni en los hediondos placeres que a cada paso están gritando: *non est mecum*, no está conmigo. Y que no se encontraba ni en el acumulamiento de las riquezas, ni entre los atractivos del lujo, que cada instante están diciendo: *non est mecum*, no está conmigo la felicidad [(Mt 12,30)].

Ni entre el bullicio del mundo, ni en las brillantes situaciones.

Visteis que todo cuanto hay en el mundo, como dice S. Juan, es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida. Que la felicidad de la tierra es como la flor del campo que por la mañana nace, y por la tarde se marchita y [cae] asida sobre el tallo. Visteis que no hay en el mundo más

que pobres sin pobreza de espíritu, humillados sin humildad, desgraciados sin resignación, mortificados sin mérito

Y visteis con la luz de la vocación, porque sin ella nada de esto hubierais sentido, que el verdadero tesoro, la felicidad sólida y verdadera, podríais encontrarla en la soledad del claustro, en la alegría con que se sufre y se mortifica por Dios, en la dulzura que causa el pensar, como S. Pablo, en estar cautiva y prisionera por Jesucristo, en el interior gusto con que se soporta su yugo, en los consuelos interiores de la penitencia preferidos a los placeres de los sentidos, y en la paz del alma que causa una vida austera.

Y al ver que empezáis a realizar los instintos de vuestra alma y los deseos de vuestro corazón en el hallazgo de la verdadera felicidad, ¿cómo he de llamarlo sacrificio, sino beneficio inmenso del Señor, que os lo ha concedido sin mérito?

Pero además de este desprendimiento, de este desapropio universal de las cosas exteriores que significa esta toma de hábito, reúne otra significación, y ésta sí que es un verdadero sacrificio: *Secuti sumus te*, te hemos seguido, dijeron los Apóstoles a Jesús; no sólo hemos dejado lo que teníamos y podíamos tener muy bien, sino que nos hemos resuelto a seguir tus pasos [(Mt 19,27)].

No es mi ánimo, hijas mías, exponeros todos los sacrificios de la vida religiosa, en cuanto supone el desprendimiento de sí mismo, y el seguimiento de Jesús por el camino de la cruz. Durante este año de noviciado que vais a empezar, se os dará a conocer, y lo probaréis por experiencia, y el día de vuestra profesión se os recodará mejor. Entretanto, debéis saber que al re-vestiros exteriormente hoy de este hábito sagrado, debéis revestiros interiormente de los sentimientos de Cristo Jesús. Que esta vestición debe ser como renovación completa de vosotras mismas, y como las águilas debéis renovar las alas de vuestro espíritu para volar

hacia la perfección, a que el Señor quiere llamaros.

Que al despojaros de vuestros vestidos, debéis arrojar con el amor propio, y con él todas las inclinaciones del hombre viejo, para revestiros del hombre nuevo, según la expresión de San Pablo.

Que debéis morir a vosotras mismas, para no vivir sino una vida escondida con Cristo en Dios.

Y que al asociaros hoy a Jesucristo para vestir su túnica y su librea, debéis estar resueltas a seguirle lo mismo por el Tabor que en el Calvario, y hasta la cruz. Que vais de seguidoras de Aquel que es esposo de mirra y de sangre, y que con El debéis crucificar vuestra carne y vuestro corazón.

Y que debéis ser hostia viva y agradable en favor de vuestras familias y de vuestros semejantes.

Y sin...

Y este hábito tosco os recordará que la humildad y la pobreza debe constituir vuestro patrimonio; y esta cuerda con que ceñiréis vuestro cuerpo debe traeros a la memoria el espíritu de mortificación que debe rodearos; y este velo que cubrirá vuestro semblante debe excitaros a una ejemplar modestia para que podáis ser espectáculo digno de los ángeles y de los hombres.

He aquí lo que significa vuestra vestición, además del adiós al mundo y a todas las cosas exteriores.

¡Cuánto sacrificio, hijas mías, y esto todos los días, y para siempre! ¡y sin parar! ¡y sin desfallecer!

Pero en cambio, ya lo sabéis. Si fieles al llamamiento que el Señor os hace en este día, correspondéis con este sacrificio exterior y con el interior que os exige, empezareis a recibir ya en esta vida lo que el mismo Jesús prometió a los Apóstoles, cuando le preguntaron lo que les daría: centuplum, el centuplicado premio [(Mt 19, 29)]. Y este centuplicado

premio, no son las bendiciones de Esaú, ni las cosechas de la tierra, sino los rocíos y las gracias del cielo. Este céntuplo es el preferente derecho que, como religiosas, tendréis a los dones espirituales, que son los mejores dones de Dios. Este céntuplo es el honor que tendréis un día, no lejano, de ser por excelencia esposas de Jesucristo. Este céntuplo es la libertad de espíritu y la independencia con que viviréis respecto de las leyes tiránicas y compromisos del mundo, y también de sus escándalos.

Este céntuplo es la paz interior de la conciencia y la alegría de la esperanza, el socorro de los buenos ejemplos y la plenitud de los celestiales consuelos.

Este céntuplo, por fin, que os ofrece Jesús, son las mismas cruces, no de esclavas, sino de esposas, que os adelantarán la felicidad en la tierra, y os la asegurarán por eternidades en el cielo.

Si, por el contrario, hijas mías, no os encontrarais con ánimo para seguir este camino que el Señor os ha trazado, todavía hay tiempo de volver al siglo. Vuestras familias os recibirán bien.

Yo os daría ya la profesión si de mí dependiera; pero la santa Iglesia quiere...

Pero basta ya...

Y tú, Nieves Ferré, desde hoy Nieves María de Jesús, procura corresponder a tu nombre. Y así como la festividad santa que la Iglesia celebra con esta denominación nos recuerda que allá, en el monte Esquilino, la Virgen Santísima escogió un lugar para su habitación, por medio de esta señal de nieve, y en medio de los ardores del estío, sea también tu espíritu un lugar de habitación de Jesús, y bajo la sombra de María, ya que Ella te ha preservado tu corazón de las pasiones del mundo en medio [de] sus atractivos.

Y tú, B. Alberich, desde hoy Sor María Clara, que seas hija verdadera de la gran Madre que hoy te admite a vestir su santo hábito, .

Que el Corazón de Jesús nos ponga dentro de él,
y que el año que viene os permita realizar
vuestros eternos desposorios con El.

Y en este día de tanta satisfacción para
vosotras, pedid a Jesús, no sólo por vosotras,
sino también bendiciones especiales para la
Santa Iglesia, para su España, para vuestras
familias, para todos los aquí; presentes, en
cuyo nombre os felicito yo, para que este día
sea no sólo de bendiciones sobre la tierra,
sino también prenda de bendición para la
eternidad, que os deseo de todo corazón. Amén.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 5, págs. 1-4**

*A Sor María Purificación González,
Sor Cinta Benet,
Sor Francisca González.
21 Marzo, 1878.*

¡Cuán bellos son tus tabernáculos, oh,
Israel! ¡Cuán agradables tus tiendas, oh,
Jacob! Como los bosques de valles amenos, como
huertos junto a los ríos, como tiendas que fijo
el Señor, ¡oh, quién podrá habitar entre los
hijos de Israel! ¡desde los más altos
pedestales los veré y desde los collados los
contemplaré!

Así exclamaba el Profeta de Balac, cuando
desde las alturas de Tasga y ... contemplaba a
la afortunada descendencia de Jacob bajo las
bien ordenadas tiendas esparcidas en las
llanuras de Moab. Y a su vista su corazón se

ensanchaba y repetía: ¡Oh, feliz estirpe de Israel! Muera mi alma con la muerte de tus justos, y mis postrimerías sean semejantes a las tuyas.

Este pasaje me ha ocurrido, hermanas mías cuando obligado, bien que dulcemente, a dirigiros la palabra en este momento me ocurrían las emociones de vuestro pasado al fijar la consideración en este día, al mirar desde lejos esas tiendas dichosas fijadas en medio de la religión católica, esos árboles de la virginidad plantados junto a las corrientes de las aguas de las gracias; esos huertos de la religión que producen la vida y la felicidad.

Y ciertamente, hermanas mías, en el Corazón de Jesús: Vosotras mejor que yo sabéis por experiencia las vibraciones de vuestra alma al considerar en lontananza la perspectiva de este día. Cuando desde la altura de vuestra vocación, y a través de los bienes que os debía proporcionar, de las santas ilusiones que os despertaba la tranquilidad de un claustro, a impulso del sosiego que buscaba vuestro corazón, fijasteis vuestras miradas en esas tiendas escogidas; ¡ah! mejor que el profeta exclamasteis en vuestro corazón: ¡oh, cuán bellas son para mí tus tiendas, oh Dios de Israel!, sino que añadisteis como David: *Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum!* No sólo bellos, sino cuán amados me son tus tabernáculos, oh, Dios de las virtudes! *Concupiscit et deficit anima.* Mi alma os desea, y porque os desea, desfallece al pensar en los atrios del Señor. *Cor meum et caro mea.* Mi corazón y mi alma experimentaron los impulsos de esta esperanza. Y ¿como no? Continuasteis con David: *Paser invenit sibi domum.* El pajarillo encuentra casa suya y la tórtola su nido donde poder aposentarse, pero para mí tus altares, ¡oh, Rey mío y Dios mío! [(Sal 83, 2-4. 8)].

Beati qui habitant ... Dichosos los que habitan en la casa tuya, Señor, porque te alabarán por los siglos de los siglos [(Sal 83,

5)] .

Esto decíais, hermanas mías, en el fondo de vuestro corazón, en la presencia de Dios, agitadas entre el temor y la esperanza y entre olas de amores angustiadas.

Y ese Dios de las virtudes, y ese Dios a quien llamabais como el Profeta de Dios de vuestro corazón, escuchó vuestra voz y os introdujo en vuestras anheladas tiendas de la casa de Jacob, y hoy vais a ser introducidas en esa tierra prometida después del viaje por los arenales del mundo para morar no sólo ya bajo las tiendas de Dios de Jacob, sino en el interior del Santuario ...

Yo bien sé, hermanas mías, que quisierais hoy exclamar: *Haec requies mea* [(Sal 131, 14)]. Este es el lugar de mi perpetuo descanso

(a)

Pero no: Así como a los hijos de Israel y antes de pasar el Jordán para fijar eternamente su morada en la tierra prometida, el Señor los detuvo para que allí renovasen sus promesas y recordarles sus deberes, así también la Santa Iglesia quiere antes de ponerlos en posesión perpetua, y después de abandonado el desierto del mundo, quiere aquí en el sosiego de la soledad, [que] recordéis los deberes que os queréis imponer, y renovéis vuestras promesas; y he aquí lo que debo hacer yo en cumplimiento de mi ministerio.

No era yo el encargado de recordaros estos deberes. El Ilmo. Prelado, deseando ofrecer este tributo de cariñoso afecto a vosotras y vuestras familias, deseaba presidir el acto; pero impedido por su delicada salud, he tenido que llenar pobremente este vacío

Y bien, ¿qué os diré yo en este momento? ¿qué significa el acto que vais a practicar? ¿A qué venís a la religión despojándoos antes de vuestros vestidos, símbolo de cuanto el mundo puede ofreceros?

¡Ah! venís a hacer ante el mundo la protesta de que queréis seguir el camino de la perfección evangélica bajo la bandera de Cristo

Jesús; que queréis aspirar al número de seguidores especiales de Jesús, muriendo como El al mundo y sus concupiscencias, para vivir según la frase del Apóstol, una vida oculta con Cristo en Dios. ¿En qué consiste esta perfección?

Desde el día del primer pecado, la humanidad corrió perdida por los deseos de [su] degradado corazón. Dios le dio tan sólo los preceptos de la ley natural y los de la ley escrita, con los cuales se contentaba para aceptarles su agradecimiento. Sólo a alguna que otra alma la llamaba a una superioridad heroica, y aun no con todo abandono de sí misma. Véase el sermón de Misa nueva. Exordio.

Llego el día de la gracia. Y el modelo de predestinados, Cristo Jesús, no sólo quiso rehabilitar la humanidad elevándola por medio de sus preceptos, comunes a todos los que habían de ser purificados con su sangre, sino que quiso formarse una escogida grey de almas, que no contentas con el cumplimiento necesario de la ley, y deseosas de seguirle más de cerca, ofrecieran ante el mundo el tipo, el modelo de persona, sobreponiéndose a todos los deseos, a todas las concupiscencias, a todos los estímulos del corazón; que hiciera ver la posibilidad de servir al Evangelio con el ejemplo de estas almas, que animosas sabían seguir hasta sus consejos; almas, en fin, a quienes pudiese con verdad [decir]: *Discite a me ...* [(Mt 11, 29)] y a las cuales pudiese presentar ante el Padre Eterno como la corona de flores de su corazón, y que pudieran rodear perpetuamente a ese Cordero.

Y para el logro de este...

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 6, págs. 1-13**

*Vestición de hábito de Josefa Dehuner,
María Lorán y Rolante Vicente.
Purísima 1880.*

Mis hijas en el Señor: Cuando el mundo materializado parece haberse hecho extraño a todo entusiasmo religioso; cuando las pasiones humanas parecen desencadenadas contra toda idea de grandeza en el orden espiritual; cuando nuestros oídos escuchan todos los días el bronco grito de los descendientes de Edón, que no cesan de repetir como en otro tiempo el exterminio del templo y del altar; cuando los robustos fundamentos de nuestra santa fe crujen a impulso de los rudos ataques que el error descubierto o enmascarado no cesan de dar a esa Obra del excelso, ¡cuán dulce, cuán grato y consolador no debe ser para los corazones piadosos la presencia de esta solemnidad! El ver a esas nuevas vírgenes que vienen a acrecentar el número de la escogida grey de Jesús, y a ofrecer a Dios las primicias de la consagración, con el ...

¡Cuál no debe ser nuestra gratitud para con el Señor, que al dejarnos repetir estos acontecimientos, nos recuerda la juventud siempre lozana de la Iglesia Católica, y nos afianza de que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella!

Sí: ¡Oh, hermanas mías en el Señor: vosotras sois en este día objeto de una escena que por lo grandioso y tierno que ella encierra, no puede menos de producir efectos dulces, emociones suaves a cuantos se honran hoy con su asistencia a este grande acto de nuestra religión santa. Vosotras nos vais a recordar y enseñar prácticamente el desprecio del mundo, de sus pompas y vanidades.

Vuestro adiós al mundo nos despierta la idea de que tendremos tres flores más en el altar de María Inmaculada.

Vais a ser espectáculo digno al mundo, a los ángeles y a los hombres. A los Angeles de vuestra guarda, que sonriendo de placer tienen la dicha de ofrecer al Señor que os había confiado a su custodia, para que os guardaran para El. A los hombres que no pueden menos de ofrecer un tributo de respeto ...

¿Qué podré deciros ya en este momento que pueda interesar más vivamente vuestro corazón?

No; no debía ser yo el que os dirigiera la palabra en este día: lejos estaba de pensarlo; las repetidas veces que en este mismo lugar y con idéntico objeto la he dirigido ante esta venerable comunidad, me hacen menos propio para ello.

Pero ya que me veo precisado a ello por la necesidad de última hora, ¿qué podré deciros para llenar el vacío del que mejor que yo debía haberlo hecho? Si yo tuviera que dirigir la palabra ante un auditorio menos piadoso, o en el que pudiesen caber algunas de esas preocupaciones hijas del espíritu del siglo, mi situación sería menos embarazosa, porque me complacería en exponerles lo que es, lo que significa la vida y la vocación religiosa.

Yo les diría que la vocación religiosa es una luz, un llamamiento especial del cielo. No es, no, uno de aquellos fuegos producidos por los vapores que se levantan del lodo de la tierra, ni uno de esos meteoros brillantes que ... ¿Qué os diré, pues, ya? se forman en el aire, de otros vapores más sutiles, los cuales deslumbran un momento la vista y desaparecen; es si, un astro que brilla en el firmamento, colocado allí por la mano de Dios para esclarecer y conducir al alma escogida para ello. Porque no es, no, como creen los hijos del mundo, ignorantes, según el Apóstol, del espíritu de Dios, efecto tan sólo de una educación más o menos piadosa, o de un temperamento melancólico, o de una preocupación

de espíritu; sino que es una gracia, tal vez la más preciosa que el Señor tiene reservada en el tesoro infinito de sus misericordias; es un llamamiento atractivo, dulce, claro como la luz del cielo.

Y para comprenderlo mejor yo les diría que la vocación religiosa no es una gracia general y común, sino que es una gracia especial y particular que sólo se concede a quienes el Señor se ha dignado escoger para sí.

No bastan, no, para descubrirla los ojos de la carne, ni prestan auxilio alguno el estudio y la ciencia humana; es necesario estar dotados de aquellos ojos del corazón, según el lenguaje del mismo Apóstol, que Dios concede a quien quiere, y sin los que la criatura permanecerá ciega, aun en medio de la misma luz.

¿Cual es el fundamento ...

Yo diría, hermanos míos, si otros fueran mis oyentes, los motivos que en el orden moral, social y aun material tienen y representan esos asilos de la virtud, levantados por la mano del mismo Dios.

Les presentaría el honor que a las mismas familias de las almas religiosas reporta ante los ojos del mismo mundo, yo les repetiría el consuelo que les produce ...

Pero ¿para qué todo esto, hijas mías? Si yo os dirijo la palabra ante un auditorio escogido, que al venir aquí a presenciar vuestra vestición, no viene a indagar razones, ni a que se les expongan motivos, sino rebosando afecto y ternura, deseando saludaros con el corazón.

Sí, ya lo veis: ante unos padres cariñosos y hermanos queridos, que sacrifican gustosos en aras de su piedad y de la voluntad de Dios, lo que más estima su corazón, y que, como Abrahán, no temen rodear el ara donde van a sacrificar las más dulces emociones de la paternidad.

Os hablo ante corazones piadosos de personas amigas, conocidas que se asocian a vuestra dicha y os saludan con entusiasmo. ¿Qué les diré, pues?

Ya que esto no, yo me complacería en este momento, para animar vuestro corazón, en pintaros los tesoros escondidos en la religión, que la divina Sabiduría os ha hecho entrever a través de la luz de vuestra vocación.

Mirad: trasladaos con vuestro pensamiento a aquel pasaje de la historia sagrada, cuando Jacob para huir por consejo de su madre, de las iras de Esaú se vio obligado a dirigirse a Mesopotamia, y fatigado en medio del desierto, pobre y desamparado, arrimando el báculo que llevaba, se puso a dormir sobre la tierra, poniendo la cabeza sobre una piedra; y apenas hubo cerrado los ojos del cuerpo, Dios abrió los de su alma (y le mostró su reino), y vio una escala que tocaba con una punta en la tierra, y la otra llegaba al cielo, por la cual subían y bajaban los Angeles, y vio al Señor de ellos que estaba apoyado en ella, y le decía: Yo soy el Dios de Abrahán; yo te daré la tierra [en] que duermes para ti y tus descendientes. Yo seré tu protector y tu guarda donde quiera que fueres. Y al despertar Jacob, exclamó: Verdaderamente Dios está en este lugar: ¡Oh, ésta es la casa de Dios y la puerta del cielo!

Ahora bien, hijas mías: Según el P. Lapuente fue Jacob, en esta jornada, figura de las almas a las que Dios llama al estado religioso; cuya figura exponiendo el docto y piadoso P. Lapuente dice: Que las almas a las que Dios llama, se resuelven a obedecerle por huir de la ira de su hermano Esaú, que es el mundo, hermano según la naturaleza, pero cruel enemigo por la culpa, pues no trata sino de quitarles la vida de la gracia, y arrebatárles el mayorazgo del cielo; y para escapar de sus manos quieren, como Jacob, dejar la casa de su padre y las comodidades que en ellas podían tener, gustando más de vivir pobres con Cristo crucificado. Mas para que hagan esto con más suavidad, les descubre el Señor las riquezas de su reino y las excelencias de la vida religiosa, figurada por aquella misteriosa escala. Porque no es otra cosa la sagrada

religión sino una escala para subir al cielo, firme, segura y hermosa, la cual por una parte toca a la tierra, por estar fundada en el conocimiento propio y en el desprecio de sí mismo y de las cosas criadas, y por la otra parte toca en el cielo donde está Dios apoyado, porque llega hasta el amor perfecto porque junta al alma con su Criador. Los escalones de esta escala, continua, son pobreza, castidad y obediencia y demás ejercicios de lección y meditación, por los cuales suben a modo de ángeles en el cielo.

Y de aquí es que, como cada uno gusta de juntarse con su semejante, los ángeles del cielo bajan y suben también por esta escala, (bajan para conversar con las almas y suben para ofrecer a Dios sus oraciones). Y para que nos desmayen en esta jornada el mismo Dios ...

Yo os diría, hijas mías, y ofrecería a vuestra consideración otras figuras y comparaciones de los beneficios de la vocación religiosa.

Pero ¿donde voy, hijas mías? Si no es mi deber hablaros de la grandeza y felicidad de vuestro estado. Al ser comisionado por el Prelado, y por consiguiente en nombre de la Santa Iglesia, para asistir a vuestra vestición de *santo hábito*, otro debía ser nuestro objeto. Yo debía más bien presentar a vuestra consideración, la cadena de deberes y sacrificios inherentes a la vida religiosa.

Porque debéis saber, hijas mías, que si debe llenaros de entusiasmo el beneficio de vuestra vocación y la idea de los bienes que os va a reportar, también que os hagáis cargo de los compromisos que vais a contraer, pero con Dios, para con vuestros hermanos y aun para vosotras mismas; de las obligaciones de vuestro estado; de las pruebas que el Señor os prepara; del sacrificio continuo a que debéis sujetar vuestro corazón.

Porque no, no: no es una tierra de paz y sosiego la que habéis pisado; no es una tierra completa de promisión en la que habéis entrado;

porque si bien al pisar los umbrales del claustro os habéis librado de los combates exteriores del mundo, es también la viña donde debéis trabajar vuestra santificación: arrancando y plantando, edificando y destruyendo, sosteniendo en ella el peso del calor y del día, según la expresión del Evangelio, para merecer la recompensa de que hoy os admita a su servicio.

Durante el año de noviciado que vais a comenzar se os darán a conocer los sacrificios de la vida religiosa en cuanto supone el desprendimiento de vosotras mismas y el seguimiento de Jesús, y el día de vuestra profesión se os recordará mejor. Entre tanto debéis saber que al revestiros (Plática Nieves).

¡Cuántos sacrificios! Pero en cambio, ya lo sabéis.

Pero basta ya. No quiero retardar más los deseos de vuestro corazón.

Acercaos ya. Y al dar vuestro adiós al mundo y a las cosas exteriores, y al revestiros del hábito de María Inmaculada permitidme que me inspire en la mente del Profeta rey cuando al distinguir en lontananza las riquezas de la hija escogida de Sión en el día de la gracia, prorrumpe en frases más lisonjeras y anunciaba a esa hija de Sión y le decía: Audi filia; oye, hija de Sión e inclina tus oídos [(Sal 44, 11)], y olvida tu pueblo y olvídale todo, porque el Señor desea la belleza de tu alma, y no dejes de escucharle porque el que te invita es el Señor Dios tuyo: *Ipse est Dominus Deus tuus* [(2 Re 8, 60)].

Y toda la gloria de la hija de Sión es interior y se halla rodeada en sus fimbrias de oro, esto es, en las potencias de su alma, de la variedad de todas las gracias y de todas las virtudes.

¡Oh! ¿qué debía pasar por la mente del Profeta al ver de lejos la belleza interior de esa hija del Rey, Cristo Jesús, del Mesías que debía venir? ¿cuáles debían ser las emociones

de aquella alma grande?

Pues bien: pronto vais a ser objeto de esos anuncios del Profeta, y el Señor repetirá esas palabras a los oídos de vuestras almas, y una corona de flores ornará vuestra cabeza como símbolo de distinguida realeza. Derramad, pues, vuestro corazón de amor y de gratitud en la presencia de este Dios que os admite a su amor y su servicio, bajo el manto de su Inmaculada Madre.

Pero en medio de la alegría que embargará vuestra alma, no olvidéis hacer participantes, siquiera con vuestras oraciones, a cuantos tienen derecho a ello y se asocian a vuestra felicidad.

Rogad, en primer lugar, por la Iglesia para que la fe se propague, y el Sumo Pontífice, a fin de que amanezcan días bonancibles para él y pueda ver la conversión de sus enemigos todos.

No olvidéis a nuestra Patria querida, para que pueda ser siempre la nación de María Inmaculada.

No olvidéis hoy y nunca a estos padres queridos y hermanos amados que se sacrifican gustosos en aras de vuestra felicidad. Sed sus ángeles de consuelo, por medio de vuestras oraciones en ...

Y tú, Josefa De [?] desde hoy ... Bendice al Señor, hermana mía, dueña de ti misma sobre la tierra, nada había que pudiese estorbar tu felicidad en medio del mundo; pues el Señor ha querido escuchar de tantos años, y ha querido plantarte todavía en el jardín de su Madre Purísima, como era tu anhelo.

No olvides hoy en medio de tu dicha, a objetos queridos que no existen ya; pero que desde el cielo te bendicen este día.

No olvides tampoco al Director que por tantos años te ha animado, y que Maestro de Novicios en Santo Espiritu, quizás esté rogando por ti en este momento.

Y tú, Doña María Lorán, desde hoy ... La Madre Purísima ha sido tu vida, tu esperanza y tu recompensa. Al despertar de tu vocación una

luz brillo ante tus ojos, y en medio de las tinieblas y dudas de tu corazón fijaste tu mirada en esa estrella, María inmaculada, y hoy puedes ofrecerle ya el homenaje de este corazón. Que le seas agradecida, hermana mía, y colocada bajo el manto de esa Madre cariñosa seas el consuelo y la gloria de tu honrada familia.

Y tú, Doña Rolante Vicente, desde hoy ... Mejor que Jeremías puedes exclamar: El Señor se ha acordado de mí, compadeciéndose de mi juventud.

No olvides tampoco a las personas queridas que hoy no han podido asistir a tu vocación, acuérdate [de los] necesitados.

Que podamos un día contemplar desde el cielo la mies abundante recogida en las parroquias a través de los años, merced al espíritu de santa disciplina y de temor de Dios, formado en el Colegio de San José.

Este es el encargo y la súplica que os hago en nombre de mi Colegio de San José.

* * *

Muy amigo mío: Recibí su primera y poco agradable carta. No acusé enseguida su recibo por encomendar mejor a S. José el asunto.

A consecuencia de ella, y puesto que en la mía solventaba todas sus dudas y temores, que mienta en la suya, con sentimiento mío tuvo que pensarse, en acuerdo con el Superior, en otro que de buena voluntad quisiera aceptar ese cargo, de tanta gloria para Dios, que se ha ofrecido.

Recibo hoy la suya, fecha en ésa de Castellón, en que confirma su resolución negativa. S. José le perdone si era éste el terreno donde le llamaba para trabajar, por la gloria de Dios y sin perjuicio de los bienes de

su familia, que hubiera podido estar a su lado.

¿Si a pesar [de esto] un día le necesitamos, y Ud. podía mejor que ahora, podremos tomarnos igual libertad? ¿Será esto un estorbo para que nos tomemos igual libertad?

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 7, págs. 1-4**

*Sor Asunción de Balaguer,
Vinaroz 2 Febrero 1888.*

El Real Profeta David. Trenos.

Pero, ¿y es una verdad, hermana mía, que vas a realizar en la religión, y proceder a tu vestición religiosa?

¿Y es cierto que vas a depositar tu última corona de flores del siglo en los umbrales del claustro, y renunciar para siempre a los lícitos amores del mundo?

¿Y vas a renunciar [a] tu juventud y [a] tu porvenir por el olvido de una perpetua soledad?

¿Y vas a sacrificar cuanto puede sonreírte todavía, y esto, en aras de la pobreza y humildad religiosa?

¡Ah! piénsalo bien, hija mía, porque aparte de todo, vas a pisar preciosamente los umbrales de este claustro, precisamente cuando nuestros hermanos del siglo en antros tenebrosos nos han jurado una guerra de exterminio; y ¿quién sabe las circunstancias en que todavía puedes encontrarte, y lo azaroso de tu juventud?

Y ... pero perdóname, hija mía, si yo mortifico tus oídos. Ya sé que lo tienes

meditado, y que tus deseos son de unirme, y para siempre, con el objeto de tus amores, para vivir como el Apóstol, una vida escondida con Cristo en Dios.

¿Qué te diré, pues, ya hija mía, que pueda interesar tu corazón? Ya que me has obligado, aunque dulcemente, a que te dirija una palabra en este día de tu sacrificio, ¿qué te diré que pueda entretener tu devoción, y las recuerdes? Tres palabras sólo: Dios, tú, la vocación. (Plática, Tortosa).

Pero ¿dónde voy? Te hablo sólo de beneficios, y no de deberes. Yo debía decirte

Más aún, hija mía. Esto aún no te bastaría. Precisamente vas a realizar tu primera consagración en un día memorable, de la Purificación de la Virgen, de ofrecimiento oficial (si pudiera decirlo así de Jesucristo). A estas mismas horas tal vez presentaba la Virgen Santísima en las gradas del ara santa, y Jesús se ofrecía en brazos de Ella al Padre Eterno, y éste le aceptaba para destinarlo a la humillación, al sufrimiento, a la muerte; y en cambio de este sacrificio arrancaba del Padre gracias para el mundo y las almas.

¡Oh, hija mía, si hubieses podido penetrar allí los sentimientos de Jesús recostado en el regazo de María y junto a aquel corazón! allí, al hacer su consagración, daba una mirada al campo que el Padre le habla dado, y describía la cortina de los siglos, y veía el siglo XIX, y contemplaba las ingratitudes de tantas almas, los desvíos de su amor, y para recompensarse de tanta frialdad, El se estaba escogiendo almas que, en medio de tanta disipación, repararan la gloria de su Padre, y se asociaran a su sacrificio; y fijaba su mirada en ti, y te entresacaba y escogía para que fueses una flor para su corazón que suavizara las espinas de sus sufrimientos, y obtenía del Padre esta gracia y esta elección para que te asociaras a su sacrificio.

¿No quieres, pues, hija mía, asociarte a dicho sacrificio, como María unió al suyo, ya

que El por ti se sacrifica? Víctima, pues, debes ser, y para siempre.

No basta servir apartada del mundo (Sor María).

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 8, págs. 1-5

*A Sor María Purificación (a Bauño)
de Vinaroz, a puertas cerradas,
el 16 de Julio de 1888.*

Plática de vestición

Al veros aquí reunidos, con esta actitud, con estas flores, este hábito, diría que vais a celebrar alguno de aquellos acontecimientos que ponen en movimiento esta población.

Mas no será así; yo sufría una ilusión; la hora intempestiva, sin el armonioso sonido del armonium, ni el alegre sonido de la campana, ni el bullicioso murmullo de los fieles que interrumpe.

Un silencio sepulcral reina. Un sepulcro.

Mas ¿es una verdad, al fin? ¿y vas a proceder a tus esponsales? ¿por qué este silencio? ¡Ah! circunstancias especiales te han puesto en esta situación.

Un tejido de peripecias nos obliga a obrar así; y las contradicciones del mundo te obligan a no poder celebrar este acto con la alegría y bullicio de las otras. Mas no importa, no; hoy más que nunca me parece este acto poético y sublime.

Paréceme como si asistiéramos a las velaciones de las catacumbas, cuando las hijas de aquellos primeros cristianos iban a consagrarse a Dios en aquellos silenciosos sitios. No importa, pues, y aún dejará más impresa la memoria de este acontecimiento en tu corazón.

¿Qué te diré, pues, hija mía?

La Divina Madre de la Providencia, contra mi voluntad y mis deseos ha dispuesto que yo sea el testigo de tu consagración, y el que teja tu corona de flores; y ¿qué te diré, pues?

Si hoy asistiera a tu acto el pueblo, mi situación sería muy desahogada.

Te hablaría de la excelencia de tu estado, para edificación de ellos.

Te diría que el estado religioso es un estado muy glorioso, que es el huerto de los escogidos.

Te diría la preferencia que Dios ha hecho de ti entre tantos.

Te hubiera dicho, en fin, palabras verdaderas pero halagüeñas a tus oídos para contentar al pueblo, y luego sugerirte ...

Hubiéramos dicho lo demás.

Mas ya que estamos solos, sólo te diré obligaciones.

Obligaciones para contigo, con los demás, con la Iglesia.

Respecto de la santidad.

El divino Salvador para dejar continuadores de su vida en medio del mundo, instituyó la vida religiosa, y vino a constituir en estado permanente lo que El había practicado en sí y en el prójimo. En sí, la abnegación en la pobreza, en la obediencia y en la castidad.

Y para animar a sus seguidores, El no tuvo donde reclinar su cabeza: las aves del cielo tienen nido, ...

La obediencia: «No hago sino la voluntad de mi Padre».

La castidad: Parábola.

El abandono de todo con su ejemplo. La santidad.

Como Cristo Jesús. Abrahán.
Afortunadamente has respondido.
Pero no basta: debes seguir.
El Señor te ha probado. Mas no debes parar.
Mas Cristo Jesús: Los pecadores.
Su oración, gemidos. Si pudiéramos penetrar
... Allí verlas las penas de la Iglesia,
justos, pecadores, condenados, cómo gemiría,
víctimas.
Pues El ha dejado a través de los siglos ...
Debes gemir.
La Iglesia. Combatientes. Tú con las manos
elevadas.
¡Ay, si desfalleces!
Lo requeriré de tus manos.

* * *

Tales son tus deberes principales.
Yo te añadiría las otras obligaciones, pero
no es hora.

* * *

Una palabra siquiera de consuelo: Dios te ha
conducido por caminos no acostumbrados.
Te ha hecho beneficios especiales. Seas
correspondida.
Cuánto augentur dona ...
Más humilde, agradecida.
Acércate, pues.
Depón de nuevo tu vestidura.
Pide por esta comunidad que te admite con
tanto gusto.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 9, págs. 1-4**

*Para Magdalena Boix
Vestición 21 Octubre 88*

Siempre que he asistido a estos modestos y silenciosos actos me he representado aquellos tiernos y deliciosos actos de consagración a Dios, de los primeros días del cristianismo

Al venir Jesús a este mundo, no era practicada la virtud; la castidad y la humildad eran virtudes extrañas, y la virginidad era completamente desconocida.

* * *

En todo el mundo reinaba la idolatría. Sólo en una parte del mundo, en la Judea, se conocía el verdadero Dios; mas aquel pueblo estaba entregado

* * *

Apenas había una flor que se elevara en olor de suavidad ante los ojos de Dios.

* * *

Mas el Verbo divino, el eterno amador de las almas, que según estaba anunciado, debía apacentarse entre lirios no podía sufrir tanta esterilidad, y quiere separarse de tanta disipación. De aquí que apenas se anuncia la buena nueva, brotan fecundadas por la gracia de Jesús almas puras que son asombro del mundo, que no lo quiere creer, y que quieren seguir al Cordero sin mancilla, por el camino de la mortificación y abnegación, y se consagran.

* * *

Yo me represento aquellas primeras reuniones de los cristianos que en las catacumbas ...

Y veo allí aquellas tiernas vírgenes, que allí en aquellos subterráneos, ante los pontífices, reciben el velo, muchas de ellas teniendo a sus familias paganas.

Y las veo allí con igual semblante risueño, con aquella santidad, dispuestas al martirio.

¡Oh, cómo subiría al cielo el homenaje de aquellos corazones!

Como aspiraría Dios el aroma en medio de la corrupción de las matronas romanas.

* * *

Y tan oloroso era que atrajo tu corazón y las bendiciones del cielo.

A través de los siglos este divino Amador
quiere recibir este homenaje en medio de tantos
pecados y mientras tanto lujo

* * *

Y como entonces llama a las almas que
[tiene] predestinadas para sí; y las quiere
flores de su santuario; y víctimas de su amor;
y que regalen su corazón.

Quiere esos huertos cerrados donde el Amador
de las almas

* * *

Quiere continúen esos pequeños Nazaret,
donde se repita el gozo que tuvo en habitar
junto a aquellos lirios de pureza.

Quiere como entonces formarse la pequeña
grey de sus seguidores, que entren a participar
de sus promesas.

* * *

En estado permanente.

Y tú, hija mía, eres una de esas flores,
sacada del mundo.

Tú eres elegida para ese Nazaret de la Madre
Inmaculada.

Tú eres la destinada a ser la seguidora de
Jesús.

Mas ¡ay! que esta elección te impone

deberes.

Al establecer este estado. puso condiciones:
debes ser seguidora de Jesús.

Para animar a su seguimiento, Jesús (véase
[?])

* * *

Así como Abrahán.
Y vida como en Nazaret.

* * *

Como Cristo Jesús, gemir.

* * *

Y veía las penas.

* * *

A ti te ha conducido de un modo especial.

Empieza, pues:

1.º A desprenderte de todo.

2.º A [?] a la abnegación.

3.º A gemir por los pecadores.

No olvides a tus padres. Seas los ángeles de
ellos. Tu madre.

No olvides a la Iglesia.

A S. Mateo. Has brotado a los pies de la Virgen. Pide a ella por aquella mi amada parroquia.

Pide por aquel plantel de almas tan delicadas. A ellas las has dejado y que hoy, lo sé, piensan en ti.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 10, págs. 1-8**

*Vestición de Sor Felipa y Sor Nieves,
Vinaroz, 8 Julio 89.*

Hi, qui amicti sunt stolis albis qui sunt?
et unde venerunt?

Et dixi illi: Domine mi, tu scis; et dixi mihi: Hi sunt, qui venerunt de tribulatione magna, et laverunt stolas suas, et dealbaverunt eas in sanguine Agni.

Ideo sunt ante thronum Dei, et serviunt ei die ac nocte in templo ejus; et qui sedet in throno, habitavit super illos.

Non esurient, neque sitient amplius; nec cadet super illos sol, neque ullus aestus.

Quoniam Agnus, qui in throno est, reget illos, et deducet eos ad vitae fontes aquarum, et absterget Deus omnes lacrimas ... [(Ap 7, 13-17)].

Mis hijas en el Señor: Al veros aquí ataviadas con esos blancos ropajes, me ocurre al pensamiento aquella expresión asombrosa, que aquí la santa Iglesia ponía en nuestra boca en el oficio divino. He aquí

Esta expresión está tomada del Apocalipsis cuando S. Juan allá en la isla de Patmos fue arrebatado en espíritu y vio una multitud de almas, con blancos vestidos, que adoraban a Dios y al Cordero que estaba en aquel trono, y en medio de aquel arrobamiento, uno de los ancianos le preguntó: Hi qui ...

Y el santo Evangelista absorto le dijo: Tu scis, Domine; y le dijo: Pues bien: Hi sunt qui venerunt ... [(Ap 7, 14J)].

Esta pregunta parece que está profiriendo en su corazón este pueblo aquí presente: ¿Quiénes son esas que hoy así llaman la atención de todo un pueblo? [(Ap 7, 13)].

Esta misma pregunta parece nos dirigirá el mundo, desconocedor de esta fiestas tan gratas. ¿Qui sunt, preguntarán, que así animosas parecen van a practicar algún acto singular?

Evangelista.

Esta misma pregunta parece que yo mismo quiero proferir.

Pues yo, hijas mías, podría contestaros con las palabras del Evangelista

Estas son las que han venido de los combates, temores, tribulaciones del mundo, y después de larga cadena de congojas.

Ellas son las que por medio de la humildad, y compunción y de la esperanza lavaron la estola de su alma.

Ellas son las que han sido blanqueadas con la sangre del Cordero, con actos de amor, de heroísmo, de deseos de perfección.

Por esto, merecen estar ante el trono de Dios en este día, y junto al Cordero que se sienta en este trono.

Ellas son las que han merecido servirle, ser destinadas para servirles día y noche en su templo santo.

Y el Cordero mismo las gobernará y las conducirá a las fuentes de agua de la vida, y recogerá las lágrimas de sus ojos.

* * *

Tales son, hijas mías, esas almas, objeto hoy de nuestra atención.

Y tal es el pensamiento también que en este momento, y para actuar vuestro corazón debo dirigiros yo. No; no deseaba, porque se trata de una vestición, y no es ésta sino una repetición del acto.

Qui sunt et unde venerunt ...? [(Ap 7, 13)].

¿Quiénes son y de dónde ...?

¿Quién[es] sois? ¿Qué sois en vuestra alma?
¿Qué sois en vuestro cuerpo? ¿Qué sois en vuestro pasado?

Hace unos años nadie os conocía; estabais sólo en la mente de Dios; ni nadie pronunciaba vuestro nombre. Vinisteis al mundo; fuera del cariño maternal, ¿quién se ocupaba de vosotras?

Y con todo, el Señor os guardaba con su Providencia, porque os quería un día exclusivamente para sí.

Et unde venisti? ¿Y de dónde venís? Venís del mundo. Venís de la tierra, de donde, según la expresión del Apóstol, todo es concupiscencia de la carne.

Venís de este mundo, donde tantos objetos hay aborrecibles para los ojos de Dios

Venís de esta tierra que no produce más que abrojos y espinas, según la expresión de la Escritura.

Y no obstante, habéis sido sacadas de esa masa general del mundo, con preferencia a tantas otras almas.

¡Ah! sin duda que en vosotras se verifica aquella expresión del Esposo de los Cánticos: Sicut liliun inter espinas [(Cant 2, 2)].

Cuando Josué al poner al pueblo de Israel en la tierra de promisión, le decía:

Acuérdate que eras raíz absorbida por el fuego, y yo te he plantado en esta tierra.

Acuérdate que yo te saqué del Egipto y te hice pasar el mar Rojo. ¿Te acuerdas Israel ...?

Pues bien: Al preguntaros quién[es] sois y de donde venís, recordad esta elección de Dios, y esta preferencia suya sobre vuestras almas.

* * *

Y bien ¿qué ventajas os reportará esta elección?

¿Qué significa el acto de vuestra vestición que vais a practicar? Dos cosas implica el acto de vuestros primeros desposorios.

¿Qué habéis hecho para merecer esta elección?

Dos cosas indagando la idea del Apocalipsis: Habéis venido de la tribulación de los combates del mundo

Cuando al despertar de vuestra razón, el mundo se presentó a vuestra vista, sentisteis el deseo de felicidad; como el enemigo a Jesucristo, os puso sobre el pináculo de todas las grandezas, y ... todo te lo daré si me siguieres y adorares, y ...

Y comprendisteis en vuestro corazón que la felicidad no se encontraba en las grandezas de la tierra, ni en la posesión de los bienes de la vida; comprendisteis que toda la felicidad de este mundo es como el heno. Comprendisteis como Salomón: omnia vanitas [(Ecl 1, 2)]. Comprendisteis con la vocación, porque sin ella nada habríais comprendido, que la verdadera dicha se encuentra en la paz del corazón, en el desasimiento de las cosas de la vida, en la cruz del Salvador: *Qui vult venire post me* [(Mt

16,)]. Y esta voz dulce se pego a vuestra alma.

Como David: Quid mihi est in coelo? [(Sal 72, 25)].

* * *

Por ello, pues, hijas mías, gracias a vuestra cooperación, el Señor os promete lo del Apocalipsis: Ideo sunt ante thronum Dei [(Ap 7, 15)].

¡Oh! ¿como explicar las gracias vinculadas?

El Señor os ha escogido y preordenado para que estéis y le sirváis día y noche en su propio [templo].

do en la tierra!

¡Oh, si los hijos del mundo comprendiesen vuestra grandeza!

¡Cuántos hay que viven afanados por ocupar un lugar distinguido en la tierra!

¡Cuántas adulaciones! ¡Cuántas bajezas! Y al fin, ¿para qué? Para conseguir un desengaño, como aquel ministro de aquel rey de Francia que al ver que su Rey no podía curarle, exclamaba que hubiese preferido servir a un portero.

Y a vosotras os destina el Señor para que le sirváis, pero en su templo, día y noche.

Y no a un monarca de la tierra, sino al Rey del cielo, Aquel al cual servir es reinar.

Y a aquel Rey de la majestad.

A aquel que es dueño de todas las cosas; hermoso entre los hijos de los hombres.

Et habitavit super illos.

Sobre vosotras con su Providencia.

El cielo y la tierra faltarán, mas no su palabra; y El ha dicho que aquel que le siguiere tendrá ..

Et deducet ad fontes [(Ap 7, 17)].

El hubiese merecido

El corazón del hombre está sediento de dicha

y de amor; sin amar no puede vivir.

Y esta dicha no se encuentra sino en la posesión del mismo Dios.

Por esto, las almas fieles que comprenden lo que es la dicha, y le siguen, a ellas las conduce a las aguas de la vida, aguas de dicha que no es dado comprender sino a aquel que las bebe.

Pero aún continúan los favores de Dios a estas almas, porque dice: Non cadet super illos sol neque aestus. No caerá el sol que agoste sus almas, ni calor ninguno malo [(Ap 7, 16)].

¡Oh! hijas mías, si conociese el mundo, si supieseis cuántos vientos [?] marchitan su felicidad! ¡Si supieseis sus lazos y tribulaciones! ¡Si supieseis ...

* * *

Pues de todo ello os libraré.

Yo proseguiré, hijas mías.

Pero ¡ay! que yo debiera aquí hablaros de vuestros deberes. Pero no, se os mostrarán en el año de noviciado.

Si no os encontrareis con ánimo debéis retiraros. Aún tendréis aquí ...

No faltará una flor.

* * *

Pero no: el Señor que ha empezado, El lo perfeccionará.

El que ha blanqueado vuestros vestidos y podrá acrecer la esperanza.

Entretanto, no olvidéis vuestros deberes: Obediencia, perfección hoy más que nunca; en

algún tiempo podíais ser menos perfectas; cada familia era un templo. Hoy que tanto escándalo ... Víctimas.

Empezadlo a ser: Pedid 1.º Por la Iglesia, almas; pero ¡ah! una petición, objetos que lo necesitan.

Y tú no olvides, seas un ángel. No tendrás más que el amor de ella. Sí Jesús

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 11, págs. 1-2

*Toma de hábito de Serranetes,
9 de Diciembre 91, Vinaroz.*

¿Qué os diré en esta silenciosa fiesta? Son tantas las veces

Al veros aquí en actitud modesta, ...

Al pensar en vuestra antigua y prolongada vocación, paréceme que puedo recordaros muy bien aquel entusiasmo del Profeta Balac (Sor Purificación).

Y bien. ¿Qué os diré? La gracia de Dios os ha hecho. La correspondencia que le debéis. La gracia es un llamamiento del cielo ([?]).

Si yo quisiera ahondar. ¿Qué erais?

Y no obstante, os escoge. Isaías.

Si quisiera continuar, las gracias de este estado.

Pero ¡ah!, que esto quiere fidelidad. Abrahán.

Y no bastan víctimas.

¿Qué os queda que hacer? Gratitud. Tobías.

Acercaos, pues, ya; deponed vuestras

vestiduras, revestíos del hábito de vuestra divina Madre; y al darle gracias por este favor, no olvidéis las [necesidades]; empezad hoy a elevar vuestras manos virginales suplicantes en favor de todas las necesidades.

Pedid: 1.º, por las necesidades de la Iglesia, combatida por tantas olas de incredulidad; y sobre todo, rogad por su jefe, nuestro amantísimo León XIII, que está atravesando tan críticas circunstancias.

Pedid por esta población, que tan gozosamente cobija en su seno a estas hijas de la Providencia; que sea esta casa árbol de salud para muchas almas, sobre todo de la juventud femenil.

Pedid, pedid al Señor en este día, que pronto pueda ser trasplantada una rama de ese árbol, para que creciendo, puedan cobijarse bajo su sombra otras almas necesitadas.

Pedid hoy por tantos seres queridos, bajo cuyas alas pasasteis vuestra adolescencia, y que han pasado ya, y que no existen: vuestros padres amados, modelos de honradez y de piedad; vuestro tío, persona tan respetable para mí; vuestro hermano difunto, contemporáneo mío.

Pide por tu familia, y en particular por ese hermano y esa cuñada sencilla, amorosa y solícita, que tanto interés se toman por vuestra dicha; pide por sus hijos, para que al menos uno de ellos pueda continuar las tradiciones de vuestra familia, y ser apóstol de las almas.

Pide por esas almas, pocas, que te acompañan en esta fiesta de familia.

Pide, en fin, por todos nosotros.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 12, págs. 1-6**

*Vestición de Concepción Espuny y
Fausta García Prats,
Noviembre 92.*

Mis hijas en el Señor: Otra vez un alegre acontecimiento va a tener lugar en este templo y en esta casa. Una vez más vais a escuchar cánticos de espiritual regocijo y de santa expansión. Otra vez vais a ser espectadores de una de esas fiestas, que aunque repetidas llenan de dulzura el corazón.

Hace dos días visteis consagrarse con lazos de eterno desposorio dos almas generosas, ofrecidas como holocausto a Dios en olor de suavidad.

Hoy se presentan otras flores arrancadas al mundo, para ser ofrecidas en el altar de María Inmaculada.

Bendito sea el Señor, que en medio de las disipaciones con que han de tropezar tan frecuentemente nuestros ojos, nos permite asistir a estas santas y agradables fiestas. Porque ya lo sabéis, estas fiestas, a diferencia de las fiestas mundanas que cuando se celebran no presentan más que la ilusión y el atolondramiento, y cuando han pasado no dejan sino el hastío y el vacío en el corazón, estas fiestas son suaves al presenciarlas, y dejan luego en el fondo del alma las delicias de sus recuerdos.

¿Y como no ha de ser grato a vuestra piedad el ver que nuevas plantas vienen a echar sus raíces de virtudes en el jardín, tan amado para Tortosa, de la Purísima Concepción? ¿Cómo no ha de [ser] siempre grato el acento de las almas que quieren unirse para siempre con su Dios?

Y ciertamente, hermanos míos e hijas en el Corazón de Jesús: Vosotras vais a ser en este momento espectáculo digno del mundo, de los

ángeles y de los hombres.

Vosotras vais a ser en este momento objeto de la atención y del anhelo de este pueblo. Vais a ser motivo de satisfacción y de honra para vuestras familias, de alegría a los ángeles de vuestra guarda.

Vosotras vais a decir a estos fieles, ataviadas todavía con las galas del siglo: *regnum mundi, et omne ornatum saeculi ...*

Vosotras vais a decirles con el entusiasmo de vuestros corazones: *Unam petii*, el habitar en la casa de mi Dios, *in longitudinem dierum* [(Sal 26, 4)].

¿Qué os diré, pues, que pueda interesar vuestro corazón? Son tantas las veces que mi voz, precursora de estos actos, ha resonado a vuestros oídos, que ninguna novedad puede ofrecerlos.

Mas ya que obligado a última hora, y a falta de otro mejor, y casi a pesar mío, a llenar este vacío, ¿qué podré deciros?

Al querer escoger algunas flores.

* * *

Pero ¡ah!. Que yo me entretengo, hijas mías, en estas consideraciones que explican la historia de vuestras almas y las gracias que Dios os ha hecho, para que crezca la gratitud en vuestros corazones. Cuando lo que debía hacer era exponeros los deberes que vais a contraer, los sacrificios que os aguardan, vuestra conducta durante el tiempo de prueba de noviciado, las penalidades de la regla y la larga cadena de [?] de cuya fidelidad depende que Dios ultime su gracia sobre vosotras.

Pero ¿qué digo? Si os son conocidas las obligaciones, si os constan ya las dulzuras de la soledad, si habéis pesado ya lo ligero de la carga, si no os intimidan las asperezas de la

Regla.

Y por consiguiente, hijas mías, no os queda sino repetir la última palabra que he citado del libro de los Cánticos.

Al pedir el Señor que desde hoy le pongáis como sello sobre vuestro corazón, contestadle: *trahe nos* [(Cant 1, 3)].

Acercaos ya: deponed vuestros vestidos, y presentaos ante este pueblo como ofrendas perpetuas para el amor de Jesús.

Omne ornatum saeculi.

Y tú, Doña Concepción Espuny ... desde hoy Sor María Concepción del Espíritu Santo, ¿qué es lo que puedo decirte? Recuerdo que es el tercer miembro de tu familia que tiene la dicha y la honra de ser consagrado a Dios. Tal vez a las oraciones de los otros has merecido el colmo de esta gracia. No olvides que al calor religioso de piedad de tu familia se debió quizás el que haya podido brotar sin estorbo tu vocación. Seas, pues, fiel a esta gracia, y no olvides en tus continuas oraciones a tus padres y hermanos queridos, que con ánimo generoso no reparan en el sacrificio de tu separación.

Una súplica especial para aquel hermano querido de quien eres objeto de especiales favores, a quien los deberes parroquiales le han impedido acompañarte en este acto.

No olvides tampoco a aquella hermana angelical, que ahí en el cercano monasterio, te está contemplando con la alegría de su alma, y se une a ti en este momento. Une tus oraciones a las suyas, para que sean fuente de bendición para toda la familia.

Y tú, Fausta García Prats, desde hoy apellidada con el nombre menos fausto y más humilde, de Sor Margarita de Cortona de la corona de espinas, no quiero evocarte muchos recuerdos. Sólo si debo decirte, que bien puedes exclamar con el Profeta: *Dominus recordatus est mei, miserens adolescentiam meam* [(Jr 2, 2)]. El Señor se ha acordado de mí, compadecido de mi adolescencia. En breve tiempo ha allanado el Señor sus caminos, y te ha

introducido en el objeto de tus deseos, en el recinto de tu Madre Inmaculada.

Al agradecer a Dios este beneficio. no olvides a los que te han preparado.

No olvides ni un momento a esa madre querida, que valerosa como Abrahán, no duda rodear el altar donde se va a inmolar lo que más ama su corazón, y que gustosa sacrifica el mayor consuelo que le quedaba en su ancianidad. Sean para ella tus primeras oraciones al levantarte por la mañana [y] al entregarte al descanso de la noche.

Una súplica hoy [y] todos los días de tu [vida par]a aquel padre querido, al que apenas conociste, y que hoy te contempla gozoso desde el cielo, y se complace en tu consagración.

Una súplica por ese joven sacerdote que te ha guiado por los caminos de la santificación, y que hoy contempla gozoso el fruto de sus desvelos.

Pide por estos tíos y demás personas queridas, y las amigas que satisfechas se asocian a tu alegría.

Las dos, en fin, no olvidéis, ya que estáis unidas con los lazos del mismo recuerdo, unir vuestras preces para que así como ahora nos

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 13, págs. 1-12**

*A Carlota Calatayud,
6 Febrero 94.*

¡Cuán bellos son tus tabernáculos, oh! ¡Cuán

agradables, oh! Como los valles con bosques amenos, como huertos junto a las aguas, como tiendas que plantó el Señor ¿Quién podrá contar a los hijos de Israel, ni enumerar las descendencias de Jacob? [(Nm , 5-6)].

Así exclamaba, hija mía, el Profeta de Balá, cuando allá desde la cima del monte Tasgas contemplaba al pueblo de Israel acampado durante algunos días de su peregrinación por el desierto, en las llanuras del desierto de Moab.

Y al ver aquellas ordenadas tiendas de campaña que representaban a la vista la bizarría de sus capitanes, la tranquilidad de aquel pueblo, de aquellos generales, que hormigueaban allí de paso con tanta tranquilidad en campo raso, y que se dirigían a la tierra de promisión, a pesar de que era un profeta cuando allí, en lugar de maldecirles, se ensanchaba su corazón de entusiasmo, y repetía: ¡Oh, afortunada descendencia de Jacob! Muera mi alma la muerte de los justos y sean mis postrimerías semejantes a las tuyas. Este pasaje [se] me ha ocurrido, hija mía, con motivo de las fiestas de estos días, y del nuevo acto que venimos a celebrar.

Cuando doy una mirada a la época presente, y veo esa muchedumbre de Institutos religiosos que se van multiplicando por todas partes; cuando veo tantas almas generosas ir a cobijarse a estas tiendas de la religión; cuando veo esas ordenadas tiendas de la religión franciscana, que forma un inmenso pueblo en todas las partes del mundo, la lozanía de sus instituciones, la humildad de sus casas, la alegría de sus corazones, ¡oh! cómo no exclamar con el profeta: ¡Oh, cuán bellas son tus tiendas! ¡Oh, [?] Muera mi alma la muerte de estos justos, y sean mis postrimerías semejantes a las de ellos.

Y si el espectáculo que nos ofrece la vista de estas tiendas de la religión nos llena de regocijo; si estas fiestas que hemos celebrado, que nos manifiesta que una nueva de estas tiendas se ha plantado en Vall de Uxó, ¿qué

consuelo, qué gozo, qué entusiasmo no debe producirnos esta nueva fiesta, la consagración de esta primera flor en este santuario de la divina Madre?

Cuando el mundo materializado se ha hecho como insensible a toda idea sublime en el orden moral y religioso.

Cuando, ya lo sabéis, vuestros oídos han escuchado aquí en este pueblo mismo y en tantas partes, el bronco grito que como allá los [?] de Edón, gritaban por la destrucción del altar y del Santuario; cuando la impiedad está formando una guerra de exterminio, ¿cómo no ha de ser dulce, grato, consolador, el ver [a] la santa Iglesia engendrar una flor que va a consagrarse a los altares de la Madre [?] de Dios; al ver a esa nueva joven, que es la primera de otras muchas, y que no duda repetir sin rubor, como en medio de todo un pueblo, las palabras de David: Unam petii a Domino. Vota mea Domino reddam? [(Sal 26, 4; Sal 55, 12)].

¡Oh, bendito sea el Señor que nos proporciona estos consuelos!

¡Oh, si yo tuviera que dirigirme a un pueblo menos piadoso, yo me entretendría en decir lo que es, lo que significa el estado religioso, la vida religiosa! os diría algunas de las cosas que os han dicho tan elocuentemente estos días. Os diría que son unos pararrayos de la justicia divina.

Pero hablo a un pueblo católico, a un pueblo que no escucha, ni hace caso de las máximas y dichos del mundo. A un pueblo que ha acudido henchido de entusiasmo, que estos días no sólo ha acudido en tropel a recibir las religiosas, dejando sus tareas, y ha asistido a las funciones, que [con] tanto júbilo se honró a traer a Jesús Sacramentado a esta casa en solemne procesión el domingo, y que ayer máxime nos dio tanto consuelo, acercándose cerca de mil a la sagrada Comunión, para dar gracias a Dios por la fundación de este convento. Por lo tanto, hablo a un pueblo que al venir aquí no viene a preguntar qué es y qué significa este

acto, no quiere razones ni motivos, sino que viene con el corazón deseoso de sentir emociones santas.

¿Qué podremos decir, pues, a vosotras, hijas mías? Dispensad, pues, que no me dirija

Me dirigiré, pues, a ti, hija mía e hija de mi corazón.

Mas ¿qué te diré yo? O más bien ¿qué podré decirte? Emocionado todavía por la novedad de este acto tan inesperado; al verte ataviada todavía con los atavíos del siglo; al verte en esa actitud humilde [en] tus esponsales; al ver humedecidas tus alas, como paloma escapada de las tempestades del siglo, ¿qué podré decirte que pueda interesarte?

Yo en cumplimiento de mi deber como comisionado por el Prelado para autorizar tu vestición de hábito, yo debiera en este momento exponerte las obligaciones o más bien las tareas que vas a imponerte, y que han [de] formar el tejido de toda tu vida, y que van a empezar en este noviciado.

Yo te diría, hija mía, que vas a practicar los tres votos esenciales con los cuales un día te has de atar eternamente con tu Dios: de pobreza, castidad y obediencia; y al enlazarte con el primero de estos lazos, vas a despojarte voluntariamente de todo aquello que fascina a los mortales con el brillo de las cosas perecederas; que aunque la Providencia no te abandonará, y nada te faltará, tú por ti misma nada podrás usar, ni un vaso de agua sin el permiso de tus superiores, y que este desprendimiento ha de ser tal, que te haga digna seguidora de aquel Jesús que no tuvo para sí propio en donde reclinar su cabeza. Y con el lazo de la obediencia, vas a sujetar perpetuamente tu entendimiento y tu corazón al cumplimiento de la voluntad de Dios, significada en los mandatos de tus superiores, en todo aquello que no sea ofensa de Dios.

Y que con el voto de castidad, has de cerrar tus sentidos, y más tu afecto y tu corazón a todo afecto y a todo amor que pudiera hacerte

menos agradable a los ojos de aquel que te llama hacia sí, para que no vivas, ni respires sino por él. *Vivo ego* [(Gal 2, 20)].

Yo debería enumerarte, para que lo medites bien antes de dar este paso, toda la cadena de prescripciones y penalidades que han de formar el hilo de tu existencia hasta la muerte.

Yo debería decirte que vas a ofrecerte en holocausto para ser consumida, como las antiguas víctimas, en el amor, en el trabajo y [en el] sacrificio.

Es verdad que tienes todavía un año en que se te irá repitiendo todo esto, y en el cual prácticamente examinarás si tienes aliento para todo esto; pero yo, de todos modos, debo advertírtelo en cumplimiento del deber de representante de la Iglesia, como comisionado por el Prelado, y era lo único que acaso debiera decirte.

Ya que no esto, yo quizás, quizás debiera decirte que meditaras bien lo que vas a hacer, atendidas las circunstancias que nos rodean.

Porque, mira, en primer lugar, vas a pisar los umbrales del claustro, precisamente cuando nuestros hermanos del siglo están jurando en antros tenebrosos una guerra de exterminio, y no sabes cuál será tu porvenir; y si tal vez las catacumbas o el martirio sea el designio de las permisiones divinas en los seguidores especiales de Cristo.

Por otra parte, hija mía, nada te faltaría en el mundo. Dedicada a tus tareas honrosas y aun a tu santificación. Ya sabes que no te faltará el apoyo de hermanas queridísimas a quienes va a amargar tu separación. Sabes que en el mundo tienes asegurado tu porvenir, bienestar y subsistencia. Ya sabes que vas a abandonar tu destino en Villafranca, y el afecto de aquel pueblo, y el respeto de aquellas ricas familias que se honraban con tu amistad y compañía, y el afecto de aquellas niñas que quedarán inconsolables al saber tu resolución y tu eterno despido; y vas a sacrificar un porvenir tal vez brillante. Y vas

a sacrificar tu vida, tu juventud, tus esperanzas.

Piénsalo bien, hija mía, porque todavía tiene el mundo qué poderte ofrecer, y te puede brindar una corona de flores para tus sienes, y una manzana de dicha para tu corazón.

Piénsalo bien, porque ... pero ¿donde voy, hija mía?

Perdóname que esté lastimando tus oídos, con este lenguaje tan impropio de mi boca. Ya [sé] que tu resolución está hecha. Ya sé que hace tiempo. *Incolatus meus prolongatus est.* Ya sé que sabes y conoces lo que es el mundo, sus esperanzas, sus pompas y vanidades, y lo que puede esperarse de él [(Sal 119, 5)].

Ya sé, hija mía, las agitaciones de tu mente y sinsabores que el mundo ha querido causar a tu inocente y tierno corazón para aborrecerlo para siempre, y los halagos con que el mundo te ha brindado y ha mortificado.

¿Qué te diré, pues, ya? ¡Oh! yo debiera decirte todo lo que mi corazón siente y todo lo que se agolpa a mi mente; pero vas a realizar tan sólo tus esponsales, no tus votos, y lo guardo para el día en que puedas realizar tus eternos desposorios con Dios si él nos lo permite ver, como lo espero de sus continuas bondades sobre mí y sobre ti.

Entretanto, pues, hija mía y [?] porque no quiero retardar tus deseos: Depón tu calzado y tu vestido, te diré como el Señor a Moisés, porque la tierra que vas a pisar está ya santificada.

Despréndete de los atavíos del siglo para ser revestida de la librea de Cristo, para decir: *omnia contempsisti propter amorem Jesu Christi.* Da un adiós al mundo, para que [pue]das entrar en el huerto cerrado de sus escogidos.

Sí, hija mía; ha llegado tu suspirado momento, cercano está el término de tus deseos. Una corona de flores mejores y más olorosas ornará tu cabeza, y entre la sonrisa del Angel de tu guarda pronunciarás tus palabras y tus

propósitos, y entra[rás] a la participación de los bienes espirituales que Dios tiene ofrecidos a sus escogidos.

Sea, pues, el penetrar [en] estos claustros un tributo de gratitud al Señor que así te ha bendecido, te ha roto las cadenas, exclamando con el Profeta: *dirupisti vincula mea, tibi sacrificabo hostiam laudis* [(Sal 115, 16)].

Porque muy bien puedo decirte con el poeta: Tu adorna.

Una hostia de alabanza, de gratitud, de amor, debes ofrecer a Jesús en este día, y de gratitud a esta comunidad.

Pero en medio de la satisfacción que te embargue, no olvides al mundo a quien dejas, y a todas las necesidades de él.

Ruega, pues, en este día, en primer lugar, por nuestro amadísimo Pontífice

Pide por nuestra España tan necesitada de oraciones, para que el Señor la libre de las maquinaciones del judaísmo masónico que trata de humillarla, porque es católica.

Pide también por este pueblo. Ya sabes que te has ofrecido por él

Hace dos días que vi al orador de aquella tarde, hijo de nuestra Obra, ofrecer con paz a Dios como víctima por este pueblo a la hermana querida que ha venido a ser una de las fundadoras de esta casa.

Permíteme, pues, y es la única recompensa que de ti deseo, permíteme que te ofrezca como víctima de las almas de este pueblo, víctima por los pobrecitos pecadores, y para la salvación de las almas.

Pero ¡ay! se me olvidaba. Hay una sección de almas de este pueblo, a las cuales quisiera confiar a tu abnegación y sacrificio: Las almas de la juventud femenil; las almas de las niñas, que me atrevo a cargar de un modo especial sobre tus hombros. Sea, hija mía, éste tu especial apostolado, si a ello te destina la obediencia. Y si un día llegara a serte penoso este ejercicio, quiero que recuerdes las palabras que la hija del Faraón dijo a la

hermana de Moisés cuando le entregó a Moisés, encontrado en la cuna junto al Nilo: Tolle puerum istum [(Ex 2, 9)].

Toma estas niñas y cuídamelas, y te daré la paga de mi agradecimiento.

Ruega también por tus hermanos, alguno ya sabes que lo necesita. Pero ruega en particular por el que es Operario nuestro, separado hoy de ti por la distancia, pero que al recibir hoy el telegrama, postrado hoy de hinojos, bendecirá al Señor y se asociará a tu dicha. Pídele a Dios que nos lo conserve para que pueda propagar la gloria de Dios en el campo sólido y fértil de las vocaciones eclesióásticas.

Pero ¡ay, hija mía! Otras almas deben ocupar hoy de un modo especialísimo tus oraciones. Faltan aquí dos seres queridos. Hoy precisamente es una fecha amarga; no quisiera lastimar, dicéndo[lo], tu corazón, que quizás venga a nublar la dicha de tu alma: Hoy es el aniversario del día, que hace dos años, que murió en tus mismos brazos, y no puede asociarse a esta fiesta.

Pero ¡ay! ¡Quién sabe, hija mía, si el último beso que imprimió en tu frente fue un acto de consagración que ella hizo de ti al dejarte en la tierra, y a ella debes el beneficio del logro de tu vocación! ¡Oh! casi me atrevo a asegurarlo, para tu tranquilidad: En estos momentos está sonriendo de placer en el cielo, al verte colocada y libre de los peligros del mundo. Sean, pues, para tus padres tus especiales oraciones.

Ruega por estos padrinos que con tanto gozo se han asociado a [?] tu fiesta Ruega por todos [?] .

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 14, págs. 1-4**

In charitate perpetua

Mis amadísimas en el Corazón de Jesús: Al veros aquí postradas para hacer vuestra consagración a la Santísima Virgen, y en vosotras dos a todas las de esta casa que lo han hecho ya o aspiran y desean hacerlo, me viene al pensamiento aquella expresión que Dios dirigía a los hijos de Jerusalén por medio del Profeta: *In charitate perpetua ...* En caridad perpetua te he amado, y por esto te he atraído hacia mí, compadeciéndote de ti y de tu juventud [(Jr 31, 3)].

Esta misma expresión os está diciendo a vosotras y a cada una, en este momento: No olvides que te he amado con caridad perpetua, y por esto te he atraído hacia

En caridad eterna. ¡Oh, qué palabra! Aún no habíais nacido, y el Señor os tenía en su pensamiento. Aún no se habla formado el mundo, y ya ocupabais la mente de Dios, y mientras dejaba a tantos millones de almas, que quizás le hubiesen servido mejor, a vosotras os señalaba con el dedo, para que vinieseis al mundo en el tiempo señalado por su Providencia. Y esta caridad ...

Y al venir a este mundo, mientras tantos millones nacían, pobrecitos, en las tierras de infieles, en que no se conoce a Dios, a vosotras os colocaba en tierras de cristianos, y en el regazo de la santa Iglesia Católica, y os reengendraba en las aguas del santo Bautismo, y os infundía el don de la fe, para que conocierais a Dios, y a Jesucristo y pudierais disfrutar de los Sacramentos, fruto de su redención. Por esto, porque os amo con este amor eterno, *attraxi te* [(Jer 31, 3)] os ha atraído hacia sí, aun en medio de las distracciones y de los olvidos de la inexperta juventud os ha atraído y nos ha llamado con sus

voces, con sus inspiraciones, con su báculo, compadecido de esta alma que quiso criar desde la eternidad.

Y no contento con esto, hoy os ofrece a su Madre para especial Madre vuestra, vistiendo su distintivo.

¿Qué le daréis al Señor en cambio de tan imponderables misericordias? ¡Pobre de nuestro corazón! Poco es ofrecerle nuestro cuerpo y nuestros sentidos, que suyos son ya; poco vale nuestra vida pasajera. Sin embargo, El se contenta con nuestros deseos y nuestra sincera voluntad.

Hoy, pues, que el Señor os admite al servicio de su Santísima Madre, y quiere adornaros con el hábito y quiere admitir vuestra consagración a Ella, corresponded a este beneficio, y ofrecedle para siempre vuestra alma, vuestro corazón, vuestros sentidos, vuestra vida, vuestro porvenir para no pensar más que en vuestra santificación y en rogar por los pecadores, para la gloria del mismo Jesús.

Así quedará complacido Jesús, y gozosa os cobijará y os abrazará su Santa Madre.

Por lo tanto, amadas mías, pensad todos los días de vuestra vida, y tened presente este acto, no olvidando en todas las circunstancias en que os encontréis aquellas palabras que San Juan Crisóstomo dirigía a todos los cristianos de Constantinopla: «Considera pactum, militiam, condiciones».

Si así lo hicieréis ...

Si faltareis a estos propósitos, este santo hábito os serviría de testigo de vuestra infidelidad.

Recuerdo en este momento: Juliano.

Pues que no tenga el enemigo de vuestras almas que presentar este escapulario y este hábito en el día del juicio como argumento para pedir vuestra condenación.

¡Oh, yo confío que no será así, sino que será su memoria un escudo contra vuestros enemigos, un pararrayos ante la justicia de

Dios y un canal de bendiciones de la Virgen en la vida y en la muerte. Apresuraos, pues, a hacer vuestra consagración a la Virgen.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 15, págs. 1-2**

Tortosa

¡Qué ocasión! ¡en la noche! callado; ¿dónde vais? Yo recuerdo el pasaje de Abrahán.

Yo quisiera hoy cual la Esposa de los Cánticos: Recordatus sum tui ...

Pero ¡ay, hermanas mías, que no quiero aumentar vuestras ilusiones! ¿Qué vais a hacer?

Si consideráis la alta dignidad.

Si consideráis las circunstancias de que el Señor se ha valido.

Pero, ¡ay!, si consideráis los deberes, compromisos, obligaciones, trabajos, sufrimientos, verdaderamente que no es una tierra de promisión, no es un descanso.

* * *

Mirad: vais a vestiros de un hábito santo, vais a despojaros de vuestras exterioridades; vais a consagraros [?] y, por lo tanto, debéis penetraros de lo que se oculta tras esas augustas ceremonias.

Una santidad excelente: Si queréis ser sólo buenas, sabéis lo primero: el propósito firme de no pecar ni un día.

¡No creáis que es estar retiradas, trabajar, frecuentar los sacramentos! ¡Ya lo hacéis en el mundo! me remordería la conciencia si no tuvierais que ser más que mujeres piadosas.

¡Cuántas han entrado en la religión con el convencimiento de esto! Aquello no era vocación; no era más [que] un temperamento naturalmente piadoso. Un cambio bueno, efecto de un remordimiento; que ayudado por las circunstancias le han conducido a la religión sin saber cómo. Por ello se han atascado en aquella piedad natural, en aquel temperamento, y han pasado la edad viril, la edad de la virtud y del sacrificio con el mismo, sin abnegación, y han llegado a la ancianidad, y al cotejar su espíritu con el de los primeros años no sabe uno qué escoger: esto no es vocación. Si no aspiráis más que a esto, retroceded, hermanas mías; hoy todavía podéis hacerlo; no temáis la humillación el mundo y la de vuestras familias; pasarán unos días, y tantos son los acontecimientos ...

La vocación es el deseo que [tenéis] al abrazar este santo hábito, [de] ir os revistiendo interiormente de lo que significa, del espíritu de Jesucristo, de la abnegación constante, del deseo del sufrimiento, del camino de la cruz, y siempre y sin parar y hasta el último suspiro, hasta morir padeciendo y sufriendo en los brazos de la cruz; éste es [el] lugar a que el Señor os destina; éste debe ser vuestro propósito; y hoy más que nunca, porque el Señor [quiere] más santidad; hoy más que nunca, hermanas mías

Pero si siempre, hoy más que nunca, hermanas mías.

Si alguna vez aflojarais en vuestros propósitos y deberes, que os sirvan de acusadoras mis palabras.

Porque mirad, hermanas mías: pasarán unos años, y yo y vuestros actuales superiores, y

muchas de las hermanas que os han admitido en su seno, con la condición de que seáis santas, habremos desaparecido de la tierra; no podremos dirigiros nuestros consejos, ni nuestras advertencias; pero desde el fondo de la tumba levantaremos nuestra voz y su eco resonará en el fondo de vuestras conciencias, y el recuerdo de este día y las circunstancias en que lo habéis hecho sería vuestro continuo acusador.

Espero no sea así, hijas, y que sabréis corresponder a vuestra vocación, durante el [año] del noviciado y todo el tiempo de vuestra vida. Acercaos, pues.

Y hoy que el Señor está dispuesto a derramar las bendiciones sobre vosotras, pedidlas abundantes para vuestras familias.

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 16, págs. 1-2

Si yo tuviera que hablar a una población indiferente, diría que son ángeles. Pararrayos. Flores de ... La conveniencia.

Pero no. ¿Qué significa la profesión? Hace un año, después de tempestades, pudisteis; pero la Iglesia no quiso admitiros ... Y cuán largos han sido para vosotras esos meses.

Y bien ¿qué es? Dos caracteres abraza. La felicidad. El sacrificio: Votos.

No quiero hablaros del sacrificio. Riqueza, honores, placeres. ¿Qué efecto produce?

No quiero hablaros de la felicidad. Hoy, en este día, en que vuestros corazones están llenos, mi palabra deshojaría las ilusiones.

Sólo si debo deciros, que desde hoy entráis. Aquellas nupcias de la revolución francesa.

Paredes de cristal

Tú ... P. recordatus [?]

Tú ... pudiste quedarte en el mundo, la [?]

Todas dos tenéis que cumplir.

Sed santas. Ya que hay tantos que se dedican a la vida activa. Moisés con las manos levantadas.

Que se extrañan que el pueblo se entusiasme, ante unas paredes no [?]

* * *

En medio de la tristeza que causa la impiedad, consuela ver corazones nobles que Dios escoge.

Los caracteres han decaído. Ya no se conoce el carácter español

Dios sin embargo, se ha reservado.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 17, págs. 1-2**

Ha llegado ya.

Es verdad.

Hace un año silenciosamente.

No importa.

Pocas cosas os diré.

¿Qué significa el paso que vais a dar?

En cumplimiento de mi ministerio.

Abandono de todo.

Amor, y constante:

1.º En las reglas

2.º En [?]

3.º

Si no os encontráis con ánimo, retroceded.

Olvidaos ya del mundo; pero no

1.º No ensalzaré tu estado...

Y cuando en los días de tu primera vocación.

Recuerda la salida de Babilonia.

Recordatus sum tui.

* * *

Sacrificios. En un principio.

Amor.

Ruega por el mundo.

Al mundo le sabe mal.

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 18, pág. 1

Cui servire debeatis [(Jos , 15)].

Recordatus sum tui.

¿Qué es este mundo? Un mar tempestuoso,
tinieblas, escollos.

Liberasti me a perditione, propterea laudem
dicam tibi. Edentes.

Qué resoluciones: Laudem dicam tibi [(Eclo
51, 16-17)].

Haec est voluntas Dei, sanctificatio vestra
[(1 Tes 4, 3)].

Bien del prójimo.

Santificación por medio de la obediencia,
oración, pobreza, castidad.

* * *

Cui servire debeat [(Jos , 15)].
¿A quién lo debéis? Recordatus sum tui.
Liberasti me a perditione. ¿Qué es un
corazón separado de Dios? ... ¿Quién os [ha]
sacado? [(Eclo 51, 16)].
¿Qué os impone? Santificación. Si Dios dice
a todos ... Sancti estote.

* * *

Como obediencia. Costoso. Meritorio.
Pobreza. ¡Cuán amargo! ¡Para Jesucristo!
Castidad. ¡Oh, cuánto agrada a Dios! Aunque
sea patente, Magdalena. Mujer pública. Templo
del Espíritu Santo. ¿Cómo? Por la oración.
Examen. Mortificación.
Además, el bien del prójimo: *Animam
salvastis*.
No los olvidéis a los pecadores.
Y el día de vuestros votos, ofreceos
víctimas. El ángel os dará la enhorabuena.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 19, págs. 1-2**

¡Cuán agradables son tus tabernáculos! [(Sal 83, 2)].

Si yo tuviera que dirigirme a un pueblo menos ... lo que os han dicho estos días.

Pero no; hablo a corazones devotos.

Que no.

Contenta, hija mía.

A ti debo dirigirme. ¿Qué te diré?

Una joven. De joven.

¿Dónde vas, hija mía? Vas a pisar los umbrales, cuando el mundo [ha pronunciado] guerra de exterminio.

Yo en cumplimiento de mi deber, y comisionado por el Prelado, debía exponerte lo que es el mundo.

Yo debía decirte las obligaciones que vas a contraer: pobreza, castidad, obediencia. Penalidades; ni beber podrás sin permiso.

Durante un año entero.

Amor hasta el sacrificio.

Pero ¿dónde voy? Lo tienes meditado.

Tolle filios nostros et [?]

Un compañero ofrecerá su [?] en los umbrales solté mi última [?] y deposité mi última corona de flores.

Omne ornatum saeculi contempsit propter amorem Dei Jesu Christi

Recuerda a tu madre.

Memento [D.] Juan.

Pide por esa niñez de la Vall.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 20, pág. 1**

Mis hijas en el Señor: Al veros aquí en actitud modesta, al recordar vuestro pasado,

los varios episodios de vuestra existencia, vuestra historia toda, y no obstante, al pensar que vais a deponer vuestros vestidos del mundo, para vestiros de la librea de vuestra divina Madre; al pensar que vamos a celebrar esa toma canónica de hábito, en el silencio y en la quietud, por las circunstancias mismas que os acompañan, ¿qué os diré, hijas mías?

Creo que yo no debía deciros otra cosa: que bendigamos a Dios, y recordaros para ello los sentimientos del Profeta cuando exclamaba: *Unam petii a Domino ...* [(Sal 26, 4)].

Melior dies in atriis. Vos lo sabéis, Señor, que hemos preferido más [un] día en tus atrios, que mil junto a las tiendas de la disipación y del mundo [(Sal 83, 11)].

Esto, no más, debía deciros. Pero ya que me habéis obligado a venir, a pesar de mis tareas, y os lo prometí

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 21, págs. 1-12

cuantos no deben seros estas sencillas fiestas!

Hoy hace dos años, y precisamente a estas mismas horas, tenía lugar en este pueblo un grato y alegre acontecimiento. Las calles de esta población estaban inundadas de propios y extraños que habían concurrido a aquel nuevo espectáculo.

Unas almas predestinadas que habían abandonado para siempre sus santas viviendas, ponían los pies en este hermoso suelo, y entre los vítores de la muchedumbre entusiasmada, verificaron su entrada en esta casa; y la

alegría reinaba en todos los corazones.

Y en aquellos días elocuentes oradores os exponían el objeto de la venida de estas almas, para vosotros desconocidos.

Y os decía que esta nueva casa sería un pararrayos de la justicia de Dios, en favor de este pueblo. Que ellas serían los ángeles de vuestra juventud, cuyo corazón formarían en la piedad. Que aquí vendrían jóvenes de distintos puntos; que aportarían aquí sus dotes y sacrificarían su bienestar y sus vidas; que el pueblo de la Vall adquiriría un nombre que otros pueblos envidiarán tener.

Que aquí resonarían continuamente las alabanzas de Dios en medio de la indiferencia de tantos corazones.

Y estos anuncios se han cumplido; y esta obra va siguiendo su camino, a pesar de las maquinaciones de los malévolos, y nuevas flores van recogándose cada día para el altar levantado en honor de la Purísima Madre.

¿Como no han de ser gratas para vuestro corazón estas solemnidades, que os señalan las bendiciones de Dios sobre esta casa?

Hace poco aportó a las playas de este puerto de la Providencia una alma venida de lo [más] apartado de Cataluña, que ni siquiera conocía el nombre de este pueblo.

Ayer presenciabais aquí la consagración de una flor recogida en las márgenes del Ebro.

Hoy se presenta a vuestra vista una paloma que ha descendido de las elevadas montañas del Maestrazgo, y con frecuencia podéis disfrutar de estos espectáculos dignos de la mirada de los ángeles. ¿Como no dar gracias a Dios, sobre todo en este día, aniversario de esta fundación?

Vestición de Dolores Valls.

Vall de Uxó. 10 de Febrero 1896.

Saludo

Hoy hace aproximadamente dos años.
Las calles de este pueblo.
En aquellos días al comentar oradores.
Y este vaticinio se ha cumplido.
Y los cánticos os alegran.

Bendito sea el Señor, que os permite repetir estos santos aniversarios con gozo de nuestro corazón; y nuevas flores van recogándose cada día para ese altar, levantado en honor de la divina y Purísima Madre.

¡Oh! al pensar en este acontecimiento, me viene a la memoria: y *filii tui de longe venient, filiae tuae de latere surgent* [(Is 60, 4)].

¡Oh, cómo no han de ser gratas estas fiestas al ver que nuevas flores van a ser consagradas [al] altar de la divina ...!

Hace poco aportó a las playas de este puerto de la Providencia una alma venida de Cataluña, y ni siquiera conocía el nombre de este pueblo.

Ayer visteis aquí una paloma venida de las orillas del Ebro; hoy se os presenta una flor arrancada de las frías montañas del Maestrazgo; y con frecuencia podéis disfrutar de estos hermosos espectáculos dignos de las miradas de los ángeles y de los hombres.

Demos, pues, gracias a Dios y sobre todo en este día, aniversario de la venida de estas religiosas y de la fundación de ésta. Y dádselas vos[otras], hijas mías, venerables religiosas, que os ..., y mañana recordad

Pero ¿dónde voy? Yo me complacería, hijas mías, en recordaros este beneficio del Señor. Yo quisiera repetiros algunas de las ideas que un día os expusieron. Pero ... ya lo veis ... es otro el objeto que nos reúne aquí en esta solemne fiesta. Es la vestición religiosa de una joven, de una alma que viene a consagrarse a Dios por medio de su protesta del abandono del mundo, de sus pompas y vanidades, y ella es la que debe ocupar mi atención.

¿Qué te diré, pues, hija mía? Ya sabes que no era yo el designado para tejer esta corona de flores; otro era el que debía y deseaba

hacerlo, tu director espiritual, que por las tareas de su enseñanza no ha podido verificarlo, y me has comprometido a mí para que le represente.

¿Qué te diré, pues? Son tantas las veces que ante estas mismas religiosas [he hablado] que no sé qué idea pueda escoger para que a ellas haga novedad, y sea provechosa para disponer tu corazón, para hacer con fervor tu Vestición de hábito.

Al querer discurrir ayer una idea propia, se ha fijado mi imaginación sin poderla apartar de aquella palabra del libro de los Cánticos, en que el Esposo divino dirigía a la Amada: Ven, ven, paloma mía, a guarecerte en los agujeros de la peña.

Y siendo, como es verdad, que todos los santos Padres convienen en aplicar este símbolo de la paloma al alma fiel, he buscado otros textos en los cuales el Espíritu Santo se dirigía al alma bajo este símbolo, y encuentro tres, apropiados para este acto.

La una, la que acabo de decir: Ven, paloma.

La otra, la que dirigía el profeta Jeremías a [los] habitantes de Moab: abandonad las ciudades y sed como la paloma que va a ponerse [en] la cima de las altas concavidades; y la 3a., las palabras del profeta David, cuando decía: *quién me diera alas*.

Estas tres palomas son una misma en sus diferentes estados; son las palabras dirigidas por el Espíritu Santo al alma en diferentes llamamientos.

Y éstas son las palabras que el Señor te dirigió en el pasado, te dirige en el presente, y que quiere que pronuncies en el porvenir.

La primera he dicho es el de la paloma, que atemorizada e indecisa en medio de las tempestades, oye la voz que le dice: Ven a guarecerte dentro de la peña.

No, hija mía: no quiero detenerme en recordarte tu pasado. Tú, mejor que yo, trasládate con el pensamiento a los años de tu adolescencia. Al despertar de tu razón y de tu

discernimiento, el mundo se presenta[ba] a tu vista, y te señalaba un campo de ilusiones; y pintaba a tu imaginación los brillantes senderos de la vanidad; y el enemigo de tu alma acechaba tus pasos, y te rodeaba tal vez de peligros; y por otra parte tú sentías brotar un deseo de dicha, de amor y de felicidad en tu corazón.

Y por otra parte tu timidez, el temor santo de Dios, infundido por la gracia del Bautismo y de una buena educación te atraía hacia Dios, y el remordimiento te agitaba, y [en] medio de aquella tempestad oíste la voz cariñosa que te decía: Ven, ven a guarecerte en el agujero de la piedra. ¿Cuál es esta piedra? S. Pablo nos lo dice: *Petra autem erat Christus*; la piedra era Cristo [(1 Cor 10, 4)]; y su corazón adorable el agujero de esta piedra; y en tu primera comunión, o tal vez después de aquellos ejercicios, exclamaste: ¡Oh! si, *haec requies mea*. No quiero más, que quiero amar a Dios de todo corazón: *haec requies mea*; éste quiero que sea mi descanso. Y apoyada en esta piedra, pudiste desafiar las tempestades del mundo y de tus pasiones, y de los peligros que te rodeaban. [(Sal 131, 14)].

Y desde entonces las prácticas de piedad y tus ordinarias ocupaciones formaban el tejido de tu vida, y tus años se deslizaban suavemente

Mas el Señor no estaba todavía contento; y tu corazón tampoco estaba satisfecho. El mundo se te presenta[ba] otra vez, y sus compromisos te rodeaban. Lo presente no te satisfacía; lo porvenir te preocupaba; y volvió otra vez a reinar la inquietud en tu alma, y las nuevas tempestades sobrevinieron, y la duda y la incertidumbre te tenía intranquila ... y en medio de aquella lucha oíste otra vez una voz que te decía: ven, ven, y seas como la paloma que pone su nido sobre el borde de las más altas cavidades.

Y ... la vocación religiosa asomó a tu mente y a tu corazón, y lo comprendiste todo, y exclamaste: ¡Oh! Señor, el pajarillo encuentra

su nido, y la tórtola sus polluelos, pero para ... tus tabernáculos. ¡Oh! Dios de las virtudes. *Concupiscit et defecit anima mea in atriis Domini* [(Sal 83, 3)]. Mi alma los desea y desfallece, al pensar en los atrios del Señor Melior est una dies [(Sal 83, 11)].

No: no quiero [recordarte] las luchas que sobrevinieron, los obstáculos que se te presentaron; solo sí, hija mía, debo decirte que hoy es el día en que el Señor te va a introducir canónicamente en estos atrios deseados de la casa del Señor.

Bien puedes bendecir al Señor que Así te llama y te ha introducido en esa roca elevada de la religión santa, de la soledad y del retiro.

¡Oh! si el tiempo propio de un fervorín me lo permitiera, yo te haría [ver, para que fueses más generosa para con Dios, el beneficio que entraña este llamamiento de Dios.

¡Oh! sí, hija mía. Desde esa elevada roca te será dado contemplar segura las tempestades del mundo.

Desde ahí podrás ver cómo se derrumban las grandezas y felicidades del mundo, al impulso del desengaño, de la desgracia, de la muerte.

Desde ahí ... verás tantas almas agitadas en medio del mar borrascoso del mundo, y a punto de perecer. ¡Oh! no las olvides, no: así como la paloma al acercarse la tempestad, según dicen, gime, como para anunciarla, gime tú ante el Señor por esas almas necesitadas; ya que el Señor te ha concedido colocarte en esa roca elevada, alcánzales gracias constantes para ellas del Corazón de Jesús.

Pero no basta esto todavía: no estuvo contento el Señor: él desea que repitas como el Profeta: ¿Quién me dará alas como de paloma y volaré y descansaré?

Como ves, esta paloma de elevada habitación, no está contenta: habíanle crecido allí las alas; se avergüenza de estar todavía atada de algún modo a la tierra; desea elevarse a lo alto hasta las nubes; y posar se sobre]sí[

misma, sin apoyo alguno, y desde allí, en donde no llegan las tempestades, mirar con desdén la tierra, y poder fijar su mirada en el sol, respirar el puro aire.

Y tales deben ser tus aspiraciones, hija mía, desde la elevada roca de la religión, a donde va a colocarte el Señor; debes tender a elevarte sobre ti misma; y la fe, la obediencia y el sacrificio deben ser tus alas que te remonten hasta la perfección; y desde allí no sólo debes mirar con desdén la tierra, sino que tus miradas se han de fijar constantemente, en medio del recogimiento continuo, en ese sol de justicia, Cristo Jesús, para que puedas decir como el Apóstol desde aquí: *quis me separabit a charitate Christi?*](Rom 8, 35)[. *Vivo ego*](Gal 2, 20)[. En el mundo.

Y puedas decir a esa Aguila divina de su corazón: *trahe me post te*, atraeme, Señor, tras de ti; y así podrás seguir tras el olor de sus virtudes; y puedas decirle con el mismo Apóstol: *Mihi vivere, Christus*]est[, porque así podré volar hasta su seno (Flp 1, 21)].

Tal es, hija mía, lo que espera y desea de ti.

Pero no quiero molestarte más. No quiero retardar por más tiempo tu dicha.

Depón ya tus vestiduras, Dolores Valls, para revestirte de Cristo con el hábito de ...

Calcea tu caligas tuas [(Hch 12, 8)].

Depón tu corona en los umbrales del claustro, y entra en posesión de esta tierra, tanto tiempo deseada, y disfruta del beneficio que Dios te concede.

Empieza tu

Pero en medio de la felicidad que hoy te inunda, no olvides, no, en este día de gracia, de las necesidades de la Iglesia, de toda y de todos tus queridos.

Ruega, hija mía, en primer lugar, por nuestro amadísimo León XIII para [que] el Señor le conceda la gracia de ver realizados sus deseos de la unión de todas las Iglesias separadas del catolicismo, para que retornen a

su seno

Pide por nuestra España, abrumada de tantas calamidades, y suplícale que cese pronto esa guerra fatal que arruina nuestra juventud, y causa tal vez la perdición de tantas almas.

Pídele por tus padres que no han podido asistir a este acto por la distancia, pero que en estos momentos están unidos a ti con el pensamiento y el corazón, y se asocian a tu dicha.

Pide por tu joven director, en cuyo nombre hoy te bendigo, y que el Señor le haga un Operario digno del campo a donde quiera conducirlo para trabajar por su gloria.

Pide también y no olvides a esos tus bondadosos y modestos padrino y padrina que en vista de la ausencia de los tuyos, no han [dudado] en ofrecerse y representarlos gustosamente en este piadoso acto. Sean para ellos de un modo especial tus oraciones.

Pide, por fin, por todos esos fieles que con gozo presencian y se asocian a tu felicidad, para que así como reunidos hoy aquí en esta solemnidad, podamos reunirnos también ante Jesús en [el] cielo.

* * *

Y vosotras, de un modo especial, hijas mías, debéis entonar un cántico de alabanzas en este día, por las bendiciones de Dios sobre esta casa; en este día de la fundación, y mañana, fiesta de la Purificación, en que Jesús vino a aposentarse.

Al recordar este acontecimiento, viene a mi mente la visión de Isaías, cuando contristado por los males de su pueblo, le enseñó en lontananza las bendiciones sobre su Jerusalén, y le decía: *Surge, quia gloria Domini super te orta est. Filii tui de longe* [(Is 60 1.4)].

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 22, págs. 1-2

Para Isabelita Domingo
Vestición. 2.º

Mi hija en el Señor: No es oportuno ni ocasión propicia para tejerte yo una corona de flores. Las circunstancias y la hora en que la celebremos lo indican. No es para ti nueva esta solemnidad, y otra que aguardas tan sólo, en que puedan quedar tranquilos y satisfechos tus deseos es la que ambicionas, y no la actual.

¿Qué te diré, pues? Nada más sino que hoy al dar una mirada a tu pasado, al considerar la cadena de permisiones de Dios, los variados episodios de tu existencia, las maravillas de las bondades divinas, y las de esta comunidad, exclames con el profeta: *Misericordias Domini in aeternum cantabo*. Desde hoy y para siempre, cantaré mejor las misericordias de Dios [(Sal 82, 2)].

Las cantaré: porque *Unam petii a Domino*: Una sola cosa pedí al Señor; *hanc requiram*: ésta sola requeriré, y era el objeto de mis suspiros y de mis ansias [(Sal 26, 4)].

Esa sola era mi alimento y mi pan de cada [día].

Ella sola ocupaba mis sueños y mis ensueños: *Ut inhabitem in domo Dei*. El habitar en la casa del Señor, *in longitudinem dierum*: en la longitud de mis días [(Sal 26, 4)].

Este sólo confié: *Credidi, propter quod*

locutus sum; ego autem humiliatus sum nimis
[(Sal 115, 10)].

Mas en medio de mi humillación, nada me pareció sino falaz y mentiroso. Omnis homo mendax [(Sal 115, 11)].

Quid retribuam Domino? [(Sal 115, 12)].

Cantaré estas misericordias, porque el Señor las ha derramado a pesar de las dificultades.

Las cantaré, con mi lengua y con mi cuerpo sacrificándolo al Señor.

Las cantaré, con mi corazón y con mis promesas solemnes.

Que el Señor, hija mía, y su Madre Inmaculada te las permitan cantar aquí un día solemnes, mejor que ahora, y puedas cantarlas y las cantemos todos en la feliz eternidad. Amén.

Escritos I.º vol. 9.º, doc. 23, pág. 1

Misericordias Domini in aeternum cantabo
[(Sal 82, 2)].

Audi filia et inclina aurem tuam [(Sal 44, 11)].

Adducentur reginae post eam [(Sal 44, 15)].

Unam petii a Domino [(Sal 26, 4)].

Una dies in atriis tuis super millia [(Sal 83, 11)].

Y visto con la luz de la vocación, porque sin ella nada hubieses visto ...

Volabo et requiram. Victoria.

Escritos I.º, vol. 9.º,

doc. , pág. 1

Pasaje de Samuel y David.
Quid retribuam Domino .. [(Sal 115, 12)].
Cinteta Benet.
¡Cuán bellos son tus tabernáculos!
Purificación González.
Si dirigiera la palabra a un auditorio menos
piadoso ...
¿Qué te exige? ¿Qué eras? ¿Para qué?
Audi filia et vide, et inclina ... [Sal 44,
11)].
Vestición de Marina.

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 25, págs. 1-2

Ha llegado tu momento. Yo te diría: Audi
filia [(Sal 44, 11)].
Debía terminar. Pero debo [decir] una
palabra.
Si yo me dirigiera a un auditorio ...
Si yo tratara de personas menos instruidas.

¿Qué diré, pues? No obstante en cumplimiento de mi ministerio, no puedo menos de recordarte los deberes que hoy vas [a] imponerte en medio de la grandeza de tu estado. Josué.

Y al desprenderte ...

Y sobre todo amor.

Víctima de sacrificio. ¡Ay, cuántas gracias dejan de caer!

Olvida el mundo. Pero no; págale con oraciones, y así cuando la tempestad ...

* * *

Ya que viene a ocultarse ¿qué le dirás?

Vida de pureza y oculta.

Tú, religiosa, separada del mundo.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 26, págs. 1-2**

Nieves Ferré (creo)

Mis hermanas ... El real profeta David cuando en uno de aquellos momentos en que el Señor descorrió a su inspirada imaginación la cortina de los siglos, y vio en lontananza uno de los acontecimientos de las almas predestinadas a la alianza Intima con Dios, como si le fuera presente, exclamaba entusiasmado: Audi, filia et vide et inclina

aurem tuam, et obliviscere populum tuum et domum patris tui, quia concupivit Rex speciem tuam, quoniam ipse est Dominus Deus tuus [(Sal 44, 11)].

Omnis gloria ejus filia regis ab intus, in fimbriis aureis, circumdata varietate; circumdada de variedad con el adorno de las virtudes.

Y según otros, vírgenes adducentur in templum Regis [(Sal 44, 16)].

¿Qué debía pasar en la mente del Profeta que así alegraba su corazón esta dulce perspectiva? ¡Oh, con qué bellos colores le pintaría el Espíritu Santo la belleza interior de esas almas selladas con el sello divino de esposas del Rey de los siglos!

¡Oh, cómo expansionaría su espíritu, contemplando esa falange de almas distinguidas que debían seguir al Cordero sin mancha y ser conducidas in letitia et exultatione hasta el templo del mismo Rey!

Bien, hija mía, esta visión del profeta tiene hoy [su cumplimiento] en ti.

Audi filia. Qué debía pasar por la mente del Profeta. En ti se realiza. ¿Qué te diré?

No es preciso que te lo diga. Tú sabes lo que es. Hace 14 meses, hace años: Cuán dilecta.

* * *

No es preciso que te diga, puesto que es,
Pero ¡ah! que yo no te hablo sino de
grandezas, y olvido los deberes. Yo debiera
decirte que,
Pero ¡ah! ya estás enterada.

Escritos I.º, vol. 9.º,

doc. 27, págs. 1-2

Y tú, Sor Ana María, bendice al Señor, hija mía, por las misericordias que ha obrado contigo. Nacida a la sombra de las paredes de un templo franciscano, ¿quién sabe la influencia que aquellas paredes impregnadas todavía por las oraciones y virtudes de sus antiguos moradores pudieron ejercer en tu alma? Ello es cierto, que el padre San Francisco te ha conducido por caminos inescrutables y vienes a ser una flor de S. Francisco .

Seas agradecida, hija mía, y no olvides en este día a los que han contribuido a tu felicidad.

No olvides, hija mía, a este anciano respetable que, cual otro Jacob, va transmitiendo con su piedad, -ve multiplicada su [piedad]-, a la piedad de sus mayores, y que ha visto consagrarse a Dios. Tal vez al ofrecerte a Dios hoy, dice como Simeón ...

No olvides a tu padre querido, a tu madre cariñosa, que heroína por su piedad, te ofrece no con conformidad, sino con satisfacción.

Una súplica también para ese respetable tío que ha venido en alas de su caridad a bendecir tus desposorios; a estos hermanos, a esa tía venerable ... que has formado, y que desde hoy formarás su corona por todos estos presentes.

Y tú, Sor Rafaela: al exhalar tus votos, recuerda que el Señor te dice por boca de su Profeta: misertus sum tui ... [(Ez 16, 5)].

Mientras ha dejado a tantos otros, a ti ...

Y te lo ha comunicado en una vida [?] que era tu anhelo

Mira ese padre, ese que hace el sacrificio ... ese hermano que sea un día instrumento de la gloria de Dios.

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 28, págs. 1-6

Mis hermanas en el Señor: Otra vez un alegre acontecimiento va a tener lugar en este templo y en esta santa casa.

Una vez más vais a escuchar cánticos de espiritual regocijo y de santa expansión.

Otra vez vais a ser espectadores de una de esas fiestas, que aunque repetidas, siempre llenan de dulzura el corazón.

Varias veces visteis aquí consagrarse con los lazos de eterno desposorio, almas generosas, ofrecidas como holocausto a Dios en olor de suavidad.

Hoy se presentan a vuestra vista otras dos flores arrancadas del mundo para ser ofrecidas en el altar de María Inmaculada.

Bendito sea el Señor, hijos míos, que en medio de las disipaciones con que han de tropezar tan frecuentemente nuestros ojos, nos permite asistir a estas santas y agradables fiestas.

Porque, ya lo sabéis, estas fiestas a diferencia de las fiestas mundanas, que cuando se celebran no producen más que ilusión y el atolondramiento, y cuando han pasado no dejan más que el hastío y el vacío del corazón, estas fiestas son suaves al presenciarlas, y dejan luego en el fondo del alma las delicias de sus recuerdos.

¿Y cómo puede menos de ser grato y suave a vuestra piedad el ver que nuevas plantas vienen a echar sus raíces en este jardín tan amado para Benicarló, de la Purísima Concepción?

Y ciertamente, amadas jóvenes en el Corazón de Jesús: vosotras sois en este momento objeto de la atención y del anhelo de este pueblo. Vais a ser motivo de satisfacción y de honra para vuestras familias, y hasta la Iglesia santa se regocija en ver engendrar nuevos gérmenes en los días de su vejez, y se gloria de esos felices signos de su perpetua fecundidad; y hasta los ángeles de vuestra guarda, que invisiblemente presencian esta solemnidad, sonrían de placer, y el mismo Hijo de Dios que os [ha] llamado, os invita desde el santo tabernáculo complacido a vuestros santos desposorios.

Vais a ser espectáculo ante el mundo y los hombres [?]

¿Qué os diré, pues, ya hijas mías, que pueda interesarnos en este acto?

Ya que a última hora, y sin pensarlo ni quererlo, me habéis obligado a asistir a vuestros esponsales religiosos, yo en cumplimiento de mi cometido, debería exponeros lo que es el estado que habéis resuelto abrazar, lo que significa vuestra vestición de hábito.

Durante el noviciado que vais a empezar, se os darán a conocer

Porque con el despojo de vuestros vestidos del siglo, vais a dar un adiós al mundo y a sus pompas y vanidades.

Y vais a practicar, para luego sellarlos con el sello de perpetuos desposorios, los tres grandes consejos evangélicos, de pobreza, obediencia y castidad; y con el primero de

Y aparte de todo esto, un amor hasta el sacrificio.

Pero ¿dónde voy, hijas mías? vosotras lo sabéis, y durante los 14 meses de vuestra probación se os darán a conocer mejor.

¿Qué os diré, pues, que pueda interesar vuestro corazón, y actuarlo, para hacer con gozo vuestra vestición, y que simbolice vuestros sentimientos?

Queriendo escoger algunas flores con que

tejer vuestra corona me he atrevido a penetrar
Pero quiero aguardarla para el día en que el
Señor os haga la gracia de verificar vuestros
eternos desposorios, si Jesús y mis ocupaciones
me lo permiten.

Hoy en estos santos esponsales, ¿qué os
diré? La gracia que Dios os hace, la
correspondencia que quiere vuestro corazón.

La gracia que Dios os ha hecho. Yo bien
podría, hijas mías, para ponderar el beneficio
de Dios recordaros que ha sido un llamamiento,
pero llamamiento especial, y para vosotras
llamamiento de toda la vida.

Reyes Magos (1.º)

Y si quisiéramos ponderar más la gracia de
este llamamiento, para ser agradecidas a Dios,
yo os haría dar una mirada a vosotras mismas.

¿Qué erais? No existíais. En vuestra vida
modesta, en la soledad de vuestra casa, el
mundo no se ocupaba de vosotras. Y no obstante,
allí tenía fija el Señor vuestra mirada. Como
la familia de Nazaret en su vida oculta, y
mientras el mundo se agitaba, y el imperio
romano tiene su Capitolio, y no obstante, Dios
apartaba de él sus miradas.

Y no obstante, Dios os escoge a vosotras, y
a pesar de vuestros achaques y enfermedades.

Recuerdo aquel tan sabio pasaje, que por más
que lo hayáis leído, y es tan a propósito para
compararlo con el beneficio de Dios. Isaías.

Y le colocó en el trono de Israel.

Si yo quisiera ahondar todavía más en esta
consideración del beneficio de Dios, os
presentaría los bienes que os va a proporcionar
el retiro de esta santa casa.

PROFESIONES

Escritos I.º, vol. 9.º,

doc. 29, págs. 1-10

2 Pláticas

*Predicada a Sor Lucía Curto de S. Juan,
en el día de su profesión religiosa,
el día 11 de Julio de 1871.*

*Predicada antes en la Vestición de
Sor Visitación Lledó, de Sta. Clara.*

Mi hermana en el Señor: Al tener que fijar mi consideración en alguna idea para cumplir el dulce compromiso que hoy me impones ...

Se ha fijado de un modo particular y no he podido apartarla de aquella imagen con que el Espíritu divino en el libro de los Cánticos compara al alma fiel y que ha sabido escuchar la voz del Esposo: esto es, el símbolo de paloma, cuando le dice en realidad: Ven , paloma mía, a abrigarte en los agujeros de la roca.

Y siendo, como es cierto, que todos los Santos Padres y expositores convienen en esta aplicación de la paloma al alma, he procurado recordar otros pasajes de la Escritura, en que se dirijan palabras al alma bajo este símbolo, y encuentro tres precisamente oportunas para la ocasión presente.

La primera es esta que he dicho: Ven, paloma mía, apártate de mundo, y ven [a] abrigarte en los agujeros de la roca [(Cant 2, 14)]

La otra aquella que diría Jeremías a los hijos de Moab: Abandonad las ciudades por las cimas de las rocas, y sed como paloma que pone su nido sobre el borde de sus cavidades más elevadas [(Jr 48, 28)].

Y finalmente aquellas magníficas del profeta

y amante David: ¿Quién me diera, exclama, quién me dará alas como la paloma, para volar y descansar en mi propio vuelo? [(Sal 54, 7)].

Estas tres palomas no son sino una misma en sus diferentes situaciones; son las palabras que el Espíritu divino dirige al alma en diferentes vuelos

Y estas tres palabras, hija mía, te ha dirigido y te dirige el Señor en el pasado, y en el presente, y para el porvenir.

La primera, he dicho, es la paloma despavorida, que huye agitada, y que oye la voz que la convida a guarecerse en el agujero de las piedras.

¡Ah, hija mía! No quiero registrar ya tu pasado. Tú misma echa una mirada retrospectiva a los años de tu primera existencia. Recuerda cuando al despuntar de tu razón o de tu juventud, el mundo se presentó a tu vista y con él todo te sonreía y sus primeras impresiones hirieron tu imaginación.

Y el brillo de sus vanidades te hacía distinguir un camino de flores de falsa felicidad; y la variedad de horizontes [de] sus pasatiempos quería adormecer tu corazón, y dirigía sus tiros por medio de los objetos exteriores que le rodeaban; y tu corazón indeciso buscaba un norte que fijase su rumbo y le dirigiese hacia la felicidad verdadera. Y la inconstante navecilla de tu alma, inexperta en su dirección, era agitada por vientos diversos, que la azotaban, aunque no muy fuerte, y los peligros se multiplicaban, y los enemigos de tu alma acechaban los momentos; y tu presente no te satisfacía, y tu porvenir te afectaba, y en esa desconocida lucha, la agitación vino a apoderarse de tu alma. Y en alas de tu buen instinto, y apoyada de la fe deseaste fijar tu corazón, y ...

Pero ¡ay, hija mía! tú, mejor que yo, sabrás comprender los caminos extraños por los cuales camina el alma durante las ignorancias de su misión y de su juventud.

¿Y qué sucedió entonces? ¿Qué hiciste en

medio de la agitación de tu alma? ¡Oh! una voz amiga te dijo: ven, ven a refugiarte en los agujeros de la roca. Y ¿cuál es esa roca? El apóstol S. Pablo nos lo explica: Jesucristo es la verdadera piedra. Petra autem ... [(1 Cor 10, 4)] y los agujeros son las llagas de su cuerpo y de su corazón. Y encerrada en él, y abrazada a éste, haciendo alianza con tu voluntad, asida a su amor, descansaste ya de tus primeras agitaciones. Y al abrigo de esta roca exclamaste como Agustino, del deseo de ser toda de Dios te parecía ya poder desafiar al huracán del siglo que percibías con tus oídos; y nada te parecían los combates del enemigo. En el fondo de este bendito retiro, en tus primeros fervores, en el silencio primero de tus pasiones, olvidando tal vez tus miserias pasadas exclamarías: «Si el Señor no hubiese estado conmigo, cuando las tempestades de mi imaginación y mis pasiones se levantaron contra mí, hubiera perecido, (aquí permaneciera). Bendito sea el Señor que no ha permitido que yo sea presa de los dientes del enemigo; he sido arrancada como el pajarillo de las redes del cazador; la red se ha roto y yo he sido libertada. Todo mi apoyo está ya en este lugar escondido del amor de Jesucristo, que es para mí la piedra de mi refugio. Aquí permaneceré para siempre». Feliz, hija mía, para ti el día en que a los pies de Jesús le sacrificaste tu corazón.

Pero ¡ah!, no, hija mía: no está contento el Señor que permanezcas en este refugio primero de su amor.

Hasta te habías refugiado en esta piedra como el ave que ha escapado de los lazos enemigos y que no busca más que un asilo [?] y necesitabas de este asilo como para reparar tus débiles fuerzas; tu pensamiento no pasaba más allá. Pero he aquí, que cuando fortalecida, purificada y lavada con el agua divina que destilaba esta roca de las llagas de Jesús, cuando pasada la primera tempestad te encontraste con nuevas fuerzas, he aquí que

oíste una voz que te llamaba y te decía:
ascende superius; sube, sube un poco más
arriba; seas como la paloma que pone su nido en
el borde de las más altas concavidades.

Y al eco de esta voz un pensamiento agitó tu
mente, y se ensancharon las alas de tu corazón
con ánimo de tomar nuevo vuelo, y desde el
borde de tu refugio diste una mirada al mundo,
y ¡ay! entonces no te viste ya bastante segura;
y anhelaste otro lugar más elevado y menos
expuesto a las oleadas del mar, y a los fuertes
vientos del mundo, y mientras, como tortolilla
gemías indecisa donde levantar tu vuelo y fijar
tu morada, se repetía a tus oídos aquella voz
misteriosa, *ascende superius* [(Lc 14, 10)]:
sube, sube aquí mismo, más arriba, y podrás
fijar tu residencia más tranquila, semejante a
la paloma que

¡Ay! entonces lo comprendiste y exclamaste
como David: ¡Oh! el pajarillo encuentra una
casa, y la tortolilla un nido donde criar sus
hijos; pero yo ¡oh Dios de las virtudes! tus
altares, tus altares solamente. ¡Oh, y cuán
amables me son tus tabernáculos, oh Dios de
Israel! *Concupiscit* ... los deseo y desfallece
mi alma al pensar en los atrios del Señor.

Y atraída por esta voz siempre creciente,
resolviste abandonar los lugares bajos de la
tierra, dejar las moradas, y remontarte hacia
las regiones sublimes donde se respirara más
puro el amor de Dios, donde tu corazón y tu
carne se regocijaron, porque los Tabernáculos
del Dios de las virtudes comprendías que eran
soberanamente amables; y pasaron los años, y
transcurrieron días, y el Señor prolongaba tus
deseos para probar tu vocación y tu fidelidad.

Y hoy es el día, hija mía, en que el Señor
que te llamó con su voz de predilección en tu
niñez, te viene a introducir, y para siempre,
en el interior de este Tabernáculo, y la santa
religión es la cima de esa roca donde vas a
fijar tu descanso, y con él tu felicidad. Y al
recordar este beneficio, hija mía, venido de la
mano de tu Dios, bien puedes exclamar con un

cántico de gratitud y decirle al Señor: *Haec requies mea* [(Sal 131 14)]; éste, si, éste es ya mi descanso y para siempre; cuánto más dulce es un momento pasado en los atrios del Señor, que miles de días pasados en las tiendas de los mundanos. He aquí el nido que ambicionaba; he aquí la montaña donde es bueno que yo permanezca; he aquí la morada que he elegido y habitaré para siempre.

¡Oh! si me fuera permitido, pero ya sabes que ...

Permíteme, sin embargo, te diga que en este lugar en que el Señor te ha introducido, en esta roca elevada de la religión. ¡Ah! desde esta elevada roca, hija mía, y en el silencio de la soledad te será dado contemplar sin peligro ese mar inconstante del mundo, y verás compadecida las espumosas olas de la vanidad, del orgullo, de la ambición, estrellarse contra las rocas del desengaño, de la tribulación, de las desgracias; y verás, y verás tantos corazones extraviados en la noche de sus pasiones, prontos a perecer en medio de la tempestad; ¡ay, no los olvides! sé con tus gemidos ante el Señor como la paloma que anuncia las tempestades a los navegantes; dirige tus gemidos al Señor por ellos; y al levantarte por la mañana, bendecirás a tu Dios que te ha proporcionado tan seguro retiro; y durante el día bendícele que te ha guardado de los ardores del día; y en todo tiempo, no ceses de predicar sus alabanzas; sea tu vida en tus palabras, en tus obras, en tus sufrimientos un tributo de acción de gracias por el beneficio que te ha concedido.

Pero ¡ah, hija mía! no creas que ya está completado tu destino. No has llegado aún al término que el Señor te ha fijado. No ha de ser el descanso el único objeto de tus aspiraciones. Te falta un paso más. Desde la cima de esta roca debes hacerlo como aquella paloma, cuya suerte envidiaba el Profeta cuando decía: Quién me dará alas como a la paloma para volar y descansar y reclinarme y descansar.

Como ves esa alma en el nido donde se había fijado, sus alas se habían alargado y ensanchado; y no pide un refugio ya, y aunque en lugar elevado, se avergüenza de estar como atada a la tierra, y abre sus alas y se remonta sobre el aire, y suspendida sobre sus mismas alas apenas percibe y mira con desdén la tierra, y fija su mirada en el sol, y contempla el azulado cielo, inaccesible a los vientos y a las tempestades, y se regocija en su propia elevación; y he aquí tu imagen, hija mía: El Señor te dirige aún su voz; y no quiere que permanezcas inactiva en este lugar santo donde te ha colocado; y quiere que te remontes con el vuelo de tu pensamiento, y aún más, de tu corazón, sobre las miserias de la tierra; y tu pensamiento se fije constantemente en Dios que es tu único sol de justicia, y tu corazón no aspire más que el cielo; Dios quiere que con [las] alas de la mortificación y del amor te remontes cada día, de virtud en virtud, hasta la perfección de tu estado; que el deseo de seguir al Aguila divina, Cristo Jesús, ensanche las alas de tu corazón con el deseo inmenso de arrebatarle y poseerle. Que no desees ya más reposar en su seno.

Y la mortificación y la humildad, y el retiro y el sacrificio han de ser las alas que te eleven sobre ti.

Si lo haces así, hija mía, si eres constante en seguir esta última voz del Señor, no temas; después de haber pisado las vanidades del mundo, y sus engañosos placeres, después de haber elegido tu morada en el tabernáculo de la religión, [podrás] exclamar con el Apóstol: Cupio disolvi [(Flp 1, 23)]; Dios mío, desatadme ya de esta prisión de mi cuerpo, y con uno de tus vuelos te desprenderás de la tierra para ir a posarte eternamente en el seno de tu Dios.

Acércate, pues, ya, hija mía: no me resta sino animarte a exhalar tus votos ante el Eterno; [?] y le ofrezcas hoy y para siempre tus sentidos y tus potencias, tu cuerpo, tu

alma, tu corazón. El Angel de tu guarda espera tu palabra; los cielos te contemplan para contarte en el número de las vírgenes; esta comunidad ...; y, nosotros, testigos de tu feliz adiós al mundo, esperamos entonar un cántico de acción de gracias a Dios, que nos ha permitido celebrar esta festividad en medio de las [?] del siglo.

Acércate, pues, hija mía, y en este día tan bello para ti y en que el Esposo te admite a su regazo, pídele que ... hoy todo te lo concederá; pídele que bendiga a la Santa Iglesia, a nuestra ciudad, a ti, a tus padres, a los que hemos asistido.

* * *

Ya sabes, hija mía, las prescripciones de la Santa Iglesia; en estos dos meses de probación ya has visto lo que es la disciplina de un claustro; sólo te falta vestirme de hábito santo, símbolo de desprendimiento de las vanidades del siglo; de este velo blanco, señal de blancura y pureza de tu alma, que no has de empañar en toda la vida; de este cingulo tosco, muestra de obediencia y de la mortificación a que estarás atada, hasta el día en que rompas la atadura de tu cuerpo en el sepulcro.

Durante este año has de remontar tu vuelo, con el ejercicio de todas las virtudes, despojándote de tus pasiones, a fin de que como el águila puedas fijar tu vista directa a Dios, y merecer el año que viene el abrazo del eterno desposorio con él, si las fuerzas de tu alma se encuentran en disposición de ello.

Y sino, hija mía, ya lo sabes: durante este año te será libre y permitido volver al seno de tu familia, si conocías que ésta era la voluntad de Dios.

Si el continuo ejercicio de la contemplación

y lo espinoso de la santa Regla, te impusiera, no temas, hija mía, volver al siglo; aquí tienes una [familia] afectuosa que te recibirá con los brazos abiertos; tendrás ante ella y ante la sociedad las mismas consideraciones que hasta ahora; no te imponga tampoco el que dirán. Tu salida del claustro sería como una gota de agua caída en el Ebro, apenas se percibiría; ¡son tantos los acontecimientos!

Además de que, hija mía, si ésta no fuese tu vocación, nada perderías con ello ante Dios; en el mundo podrías santificarte, y la gracia del Señor no te faltaría en medio de los peligros, si le eras fiel.

No, no; nada te arredre; pero ... perdóname, hija mía, si estoy mortificando tus oídos; ya sé que estoy lacerando las más delicadas fibras de tu corazón, pero debo decírtelo en cumplimiento de mi deber; y además porque el espíritu de la Santa Iglesia lo indica también; porque, mira, hija mía, yo ya sé que podrías realizar hoy tu profesión, que estás suficientemente probada. Pero, sin embargo, ya lo ves: la Santa Iglesia te ha establecido dos meses de probación, quiere que emprendas un año entero, sin faltar un día, de noviciado, y esto no sólo para probar tu firmeza, sino para que vea el mundo la prudencia como se procede; para que no aparezca la vocación religiosa, como un acto de exaltación febril, como una preocupación, hija de un fervor inconsiderado; y la Iglesia quiere que en el año de noviciado se te haga probar toda la austeridad de la regla, para [que] nunca puedas ser llamada a engaño; la Santa Iglesia quiere, en fin, hacer ver que la vocación religiosa es hija de una completa libertad, que no es obra humana, sino inspiración divina; que a la vocación religiosa le acompaña un conocimiento perfecto, una santa prudencia, que no es, [en] fin, hija de una ceguera o de una pasión, como lo son la mayor parte de los acomodados humanos.

No tomes, pues, a mal que te recuerde en este día que tienes un año de completa y

perfecta libertad para examinar tu corazón, y ver si eres llamada a sacrificar tu juventud y tu existencia silenciosamente entre los muros fríos de un claustro.

De esta manera pagarás al mundo la indiferencia con que mira tu estado; ¿qué digo indiferencia? la aversión que le inspira, sin duda, por no conocerlo; y no sólo por no conocerlo, sino que en muchos es porque el enemigo de las almas les infunde esta aversión sin que ellos lo conozcan; el mundo, hija mía, que sacrifica tantos seres a la desgracia, que ve con indiferencia miles de almas entregadas a la degradación, a la ignominia; al mundo, hija mía, que tal vez con sus disipaciones está agostando tantas plantas lozanas con la enfermedad y con la muerte, le sabe mal que sean arrancadas algunas de sus flores para el santuario; no puede sufrir que haya almas intrépidas que sepan pisarle y burlarse de él; que haya almas que comprendan que la vida del hombre es como la flor del campo, que por la mañana sale lozana, y por la tarde cae marchita sobre el tallo.

No conoce este mundo ciego que en medio de los llanos y valles del mundo, hay allá en la cima de las montañas más elevadas de los Alpes, donde la planta del hombre no pisó jamás, hay digo, algunas modestas flores que desconocidas a la vista del hombre envían tan sólo su suave [aroma] al cielo; y que en el orden de la religión y de la piedad puede haber algunos corazones, que desde la cima de la montaña de la santidad envíen su aroma a su Dios.

Ruega, pues, por este mundo. Compadécele; desde las alturas de la contemplación, en que te será dado ver sus extravíos, eleva tus manos suplicantes en favor de él.

La eternidad se acerca, hija mía, y entonces verán quién ha sido el que ha escogido mejor el camino de la verdad. Que lo conozcan antes de aquel día para que puedan ser salvos.

No olvides hoy en tus fervientes oraciones, a la Santa Iglesia y a nuestra España. No es

preciso te lo advierta. La celebración de este acto, te indica la situación en que nos encontramos. Ya ves que nos vemos precisados a celebrar modestamente y casi a escondidas nuestras solemnidades, como si un crimen sellara nuestras frentes, al hacer uso de un derecho indisputable.

Que el año que viene, hija mía, puedas celebrarlo más desahogadamente, y con más satisfacción de tu familia. No olvides tampoco a esta ...; al asistir hoy a tus primeros desposorios con Dios, y algunos de ellos haciendo sacrificios de largos [camino] para ellos, es una prueba más del amor que te profesan; ya sabes cuánto han deseado tu felicidad; ellos te felicitan hoy con el corazón en medio del sacrificio que hacen de desprenderse de ti. Seas su ángel ante Dios; seas una víctima que se ofrezca ante [él] para que les alcance a ellos todos los bienes. Al asistir hoy a la Vestición de tu hábito, ya ves que no están poseídos del espíritu del mundo; ellos como

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 30, págs. 1-7**

*Predicada a Sor María Domingo,
Francisca Gimeno, en San Juan,
día 15 de Julio de 1871.*

Mi hermana en el Señor, y hoy
Ha llegado por fin tu suspirado día; cercano
está tu anhelado momento; próximo el término de

tus ardientes y prolongados deseos; pronto completarás tus desposorios con el Eterno; una corona de flores ornará tu cabeza, y entre el concierto armonioso de los ángeles de tu guarda exhalarás tus promesas; y tu nombre quedará escrito en el libro de la vida; y quedarás sellada con el sello del cordero, y entrarás en el derecho de entonar aquel cántico misterioso y divino reservado a las vírgenes, y que no es dado al ojo humano descifrar.

Y al contemplarte yo, hermana mía, en este momento, víctima agradable y dispuesta al sacrificio, quisiera decirte ya como a la Esposa de los Cánticos: Ven y te introduciré en el retrete escondido de la profesión religiosa, y allí te se dará el vino que produce vírgenes y embriaga el corazón.

O como a la de Salomón: Audi filia ... Oye, hija, y mira e inclina tu oído, y olvida hoy tu pueblo y a ti misma, quia concupiscet ... porque hoy ha querido complacerse en la hermosura de tu alma, y quiere a todo trance tu corazón y unirse a él con un lazo eterno, et ipse est Dominus Deus tuus; y éste, ya lo sabes, es el mismo Señor y Dios tuyo [(Sal 44, 11-12)].

Yo quisiera ... pero ¿qué he de querer, hija mía, ya sino invitarte a que hagas [?] felicitarte en tu dicha en este día memorable, y que sea de gran recuerdo para ti?

Es verdad, hija mía, que yo no puedo felicitarte hoy con el entusiasmo que desearía. Hace dos años, cuando al hacer tus votos temporales, te dirigía mi palabra, me lamentaba de la triste situación en que nos encontrábamos, no pudiendo celebrar públicamente nuestras fiestas; Hoy, hija mía, esta situación no ha desaparecido todavía; algunos de nuestros hermanos del siglo nos están acechando y desean la perturbación del Santuario, y semejantes a los hijos de Israel durante los días de la cautividad, el temor y la amargura es el alimento que nos proporcionan, y como los primeros cristianos en

los días de la persecución, nos vemos obligados a escondernos de sus miradas, y a celebrar en secreto nuestras solemnidades. Y ya ves, hija mía, el aspecto severo de esta ceremonia, en otros tiempos tan alegre; y el silencio sepulcral; y ni los armoniosos ecos del órgano resuenan en nuestros oídos, ni los alegres tañidos de la campana hieren nuestros corazones; ni el entusiasta murmullo de los fieles nos importuna.

Pero ¡ay! no importa, no, hija mía: porque esta hora intempestiva en que vas a hacer tu consagración, y esta soledad, hablarán más poéticamente a tu corazón, y dejarán huellas vivas en tu alma, que toda la pompa exterior que hubiésemos podido desplegar; y recordarás estas circunstancias con más gratitud ante el Señor todos los días de tu vida.

Quisiera te acercaras ya; pero ... detén todavía tu paso un momento; aunque con ello haya de mortificar algún tanto los ardientes ímpetus de tu santa agitación, y permíteme un desahogo a mi corazón recordán[do]te, aunque sea ligeramente, el beneficio que el Señor te concede hoy.

Y al quererte ponderar hoy tu dicha para prepararte al acto solemne que vas a practicar, no creas que vengo a ensalzarte las grandezas que encierra tu estado, [sino] las consideraciones que merece para con Dios, con la Iglesia y la sociedad. No quiero decirte con los Santos Padres que al aceptar hoy Dios tu consagración, entrarás a ser constituida en el número de los escogidos de Jesús: porción selecta del rebaño de la Iglesia, o propiciatorio de la nueva ley ... y tantos otros títulos, que os dieron con sus elocuentes plumas.

No creas tampoco

Si al calor del amor puedes,

Recuerda las promesas de Jesús. En todas las páginas en que llama a sus servidores

No sólo como dice un Santo Padre, porque él cuidará de tu subsistencia, más aún,

No sólo como dice otro, porque los consuelos y felicidad que él te dará será en comparación de los bienes materiales, sino que él te se constituye tu Padre, tu hermano, tu esposo, y por lo tanto cambias estos títulos tomándolos ... (Planas)

No, no quiero: Trasládate tan sólo y con la imaginación a los primeros días de tu vocación, cuando la idea de ser religiosa ocupaba tu mente y embargaba tu ánimo; cuando las voces de Jesús resonaban en tus oídos; recuerda, digo, las emociones de tu alma; los latidos de tu corazón; las promesas que a los pies de Jesús hacías; recorre las ventajas que entonces veías en la vida religiosa; las dulces impresiones que ya entonces producían en tu interior la idea de la soledad y del retiro ante el Corazón de Jesús; y cuando veías como tras un negro velo con tu instinto, los peligros del siglo, y como por instinto te parecía adivinar un inquieto y nebuloso porvenir, y recordabas que con la vida religiosa podías poner una barrera a los compromisos del mundo y una muralla a tu frágil y débil corazón, ¡ay! recuerda las promesas que a los pies de María le ofrecías al dirigirle tu plegaria por tanta dicha.

Y no era una ilusión aquello, hija mía: era una realidad; si ahora te encontraras en aquellas circunstancias, ¿angustiarían tu alma las mismas agitaciones de entonces y darías el mismo aprecio a este estado, y te azorarías ante ... y comprenderías sus ventajas?

¿Mas es preciso tal vez que yo me esfuerce en pintarte el negro porvenir de tu existencia en el siglo? Tú quizás lo comprendes; pero ¡ah! un feliz desconocimiento tal vez te oculten las espinas que rodean un corazón no nacido para el campo de la vanidad y ... pero las presentirás lo suficiente para agradecerse al Señor, y si eres constante y fiel lo comprenderás aún más, a medida que vayas caminando hacia la eternidad, y desde las alturas de la meditación y a la luz de la experiencia, vayas registrando las ruinas de las grandezas humanas,

derrumbadas a impulsos de la desgracia, de la enfermedad, del desengaño, de la contradicción, de la amargura.

Flores el campo, a lo más, hija mía, todas las felicidades humanas; por la mañana nacen, y a la tarde caen marchitas, si es que quedan agostadas ya, como la mayor parte, al soplo del mediodía.

Esto lo comprenderás, hija mía, y darás gracias a Dios por tu destino.

¡Oh! si me fuera posible

Pero si este cúmulo de gracias temporales y espi- rituales, si a esta grandeza de tu estado, si a ese ...

La circunstancia de haber sido Dios, él solo, su predilección, su amor el que te ha escogido y elevado a este estado, ¡ay! hija mía, entonces sí, sube de punto este beneficio inmenso.

Dilexi te [(Jr 31, 3)].

Recordatus sum.

Mira, hija mía: No habías nacido aún ...

Alrededor de tu cuna.

Llegaste a tu adolescencia y al calor de una bella educación, y con el riego de paternas cuidados, al abrirse tu razón, pudiste ofrecer el aroma de tus primeros fervores a los pies de María Inmaculada.

Y entraste en tu juventud, y arrebatada por caritativas y cariñosas manos, conducida por senderos de flores de santas amistades se deslizaron suavemente los días de tu primera juventud, adormecida en tu propia felicidad; y al despertar de tu cándido adormecimiento, y antes de que el calor del día pudiera agostar tu corazón el divino y amante Jesús que no te perdía de vista, con admirable cuidado, con suaves aunque eficaces medios, quiso trasplantarte al jardín de la religión antes que pudieras serlo a los incultos campos del mundo.

Y a todo esto que ha hecho Dios por ti, hija mía, no puede no tener de parte tuya otro tributo que la ligereza de tu carácter y tu

pobre corazón; ¡ay! entonces sí que puedes decir que es imponderable este beneficio que el Señor te hace hoy

¡Oh! cuán bien se han verificado en ti [?]

Ahora bien, pues, hija mía: Quid retribuam Domino? ¿Qué le darás al Señor? O más bien ¿qué le prometerás, pues poco puedes darle? [(Sal 115, 12)].

No exige de ti grandes cosas. Nada necesita.

Lo que quiere es gratitud.

Cuando los hijos de Israel.

(Dios promete a Israel terram manantem ...) [(Dt 26, 9)].

Pero sobre todo amor. Pone me ut signaculum [(Cant 8, 6)].

El Señor te está diciendo: Pone me.

Lo cual expositando el P. Scio dice: Así como el sello está unido a la materia en que está grabado, que forman una misma cosa el sello y la materia, así también debe estar el amor de Dios en tu corazón, que sean como una cosa inseparable.

Y así como no puede destruirse el sello sin que se rompa la materia sobre la cual está, así también tal debe ser el amor del alma religiosa, que no puede desaparecer sino destruyéndose ella; y así finalmente, como el sello impone su imagen a cuanto se aplica, así también el amor de Dios, de su corazón, imprima la imagen de él a tus palabras, a tus acciones, a todo cuanto toques.

Tal debe ser el amor, que no sólo debe ser constante, sino ferviente. Su llama ha de iluminar en la casa del Señor. Ya te he dicho, hija mía, que desde hoy la Iglesia te considera como lámpara del santuario. Mira ...

Y un amor tan grande, que imponga silencio a todas las pasiones.

Y un amor hasta el sacrificio: Por grandes que sean las contradicciones que Dios quiera permitirte, por extraños que sean los caminos por donde quiera conducirte, por humillantes que hayan de ser las circunstancias de tu vida, en la vida y en la muerte, en la enfermedad y

en las amarguras, en la soledad o acompañada, has de ir revestida y superarlo todo con el amor de Jesucristo. Debes rodear tu corazón con la corona de espinas.

De modo que puedas decir con S. Pablo:
Certus sum [(Rom. 8,38)].

Porque no es una tierra de descanso.

Amor, pues, amor y sacrificio. Sacrificio en tu alma y en tu cuerpo para con Dios, para con la Iglesia y los pecadores.

Si no te encuentras con ánimo, retrocede.

Escritos I.º, vol, 9.º doc. 31, págs. 1-4

*Predicada en la profesión religiosa
a Sor María Dolores Riba de S. Juan,
el día 29 de Julio 1871.*

Mi hija en el Señor: Al verte en este momento fiel a la gracia de Dios, y que vas a renunciar, y para siempre, a todo cuanto posees, todo cuanto eres, permíteme que, para que te sea conocida la extensión de tu sacrificio y la recompensa que el Señor te guarda, te recuerde y comente aquel hermoso pasaje de la Escritura: la vocación de Abrahán. Colocado éste en medio de una nación que había olvidado las verdades de la tradición, y que adoraba a dioses extraños, oye la voz de Dios que le llama fuertemente, y le dice: Sal, sal cuanto antes de tu tierra, de la casa de [tus] ascendientes, despréndete de todo, y ven a la tierra que yo te señalaré con el dedo. Y para

animar el corazón de Abrahán a esta empresa, para que no desmayara con ese total desprendimiento que le exigía, le añade: Mira, si haces esto, te haré jefe de un gran pueblo y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y las arenas que hay en la playa del mar, y daré a tu posteridad una tierra que mana leche y miel, y en ti serán bendecidas todas las generaciones de la tierra. Y Abrahán, dócil a estas voces de Dios, sigue su llamamiento, y lo abandona todo; y Dios fiel a su promesa, le indica el lugar donde permanecer para siempre, objeto de sus complacencias. Desdichado él, hija mía, si no hubiese sido pronto a las voces de su Dios. El ...

El Señor te llamó también, hija mía, a un convite, al abandono de todo; a una perfecta unión con él para que le sirvieras de un modo especial en el lugar que con su dedo te señalare; y hoy, hija mía, te constituye, y para siempre, en este lugar de su predilección, para que seas objeto de sus complacencias. Con cuánta más razón que Abrahán ...

Y bien; ¿qué te promete el Señor en cambio de la docilidad a su voz, en cambio de tu sacrificio? El te promete, hija mía, en este santo retiro la tranquilidad que no podrán perturbar todas las criaturas mancomunadas; consuelos preciosos desconocidos a los ojos mundanos, nacidos a la sombra de una conciencia libre; las vivas efusiones de la gracia del espíritu de Dios.

Al admitirte hoy Dios a su regazo, entras a ser dueña de su corazón; depositaria de su gracia; vienes a ser (según la expresión de la misma Iglesia) como el propiciatorio de la ley antigua, colocado en el interior del santuario, y que era el lugar del asiento de Dios, donde se conservaba el maná y las tablas de la ley, y donde daba sus oráculos. Pero ¿dónde voy? ¿No es acaso este día en que te se repite aquella expresión de los Cánticos: Veni ... [(Cant 2, 10)].

Pero ¡ay! hija mía, que en medio de las

promesas que el Señor te hace, en el tiempo y en la eternidad, te exige grandes sacrificios aun en el lugar que te coloca, porque quiere que vayas subiendo a la perfección de tu estado; y sino, mira lo que le sucedió a Abrahán, a fin de hacerle más digno de sus promesas. Poco tiempo después de haber pisado la tierra prometida, el hambre le obliga a emigrar a Egipto, la tribulación le apremia, la esterilidad le llena de angustia recordando las promesas de Dios; más adelante Dios le manda la inmolación de su hijo; se ve obligado a arrojar a Agar; su vida fue una cadena no interrumpida de virtudes y actos de sacrificio; y cuando parecía haber llegado al colmo de la santidad, Dios le exige aún que sea perfecto; ¿cómo? andando en su presencia continuamente.

Una cadena no interrumpida de actos de sacrificio te pide también el Señor, hija mía. Sin ellos la vida religiosa no tendría ninguna belleza.

Tú los has meditado ya. Y no es Preciso me detenga demasiado en recordarlos.

Cuatro promesas solemnes vas a ofrecer a Dios, hija mía. Al desprenderte con el primero de aquella carga que se llama propiedad, recuerda, hija mía, que no ha de ser una [renuncia] exterior y de fórmula, sino que tu corazón ha de estar absolutamente apartado de todo aquello que fascina a los mortales, al ver el brillo de las cosas percederas. Y una inclinación excesiva a cualquier cosa, por insignificante que sea, te haría menos agradable a los ojos de aquel Dios, que hoy te asocia a sí, tan amante de la pobreza, y que no quiso tener para él ni donde reclinar la cabeza. Y cualesquiera que sean las circunstancias en que te puedas [hallar], recuerda que ha de ser tu distintivo principal, y que es lo que más se olvida, sobre todo a medida que avanzamos en nuestra edad, y que es lo que más fácilmente podría poner en peligro tu salvación.

Y vas a hacer el sacrificio de tu cuerpo a

Jesucristo, y que ha de durar toda tu vida. Y con él debes negar a tus sentidos el uso de satisfacciones, para otros legítimas, para que puedas merecer el título de esposa del Cordero. Y debes remontar tu alma, a fin de [?] aparte esta casa de barro, que por todas partes

Y aún no basta esto, hija mía; al consagrarte en este día imitadora, víctima suya, debes arrostrar todas las consecuencias. Y contraes para con Dios la obligación de un servicio continuado de amor y gratitud, entonando cánticos de entusiasmo y de acción de gracias en los momentos de fervor y de calma; y de humillada y fervorosa oración, cuando las indefinibles tristezas del alma te asaltan en los caminos espinosos de la perfección, según nos lo aconseja el apóstol Santiago

Y contraes obligaciones contigo misma, atándote a las prescripciones de tus reglas, como una muralla que te pondrá a salvo de los ataques del enemigo, y a las que no debes faltar por insignificantes que sean, si no quieres que Dios te eche en cara la nota de infidelidad.

Y contraes obligaciones para con tus semejantes. La Santa Iglesia, hija mía, al admitirte hoy, no sólo quiere que seas como el propiciatorio del tabernáculo para que sirvas de asiento a Dios, sino como propiciatorio constante de su justicia, y para que sirvas de ejemplo y de edificación ante los ojos del mundo, y conducto de gracia para ellos.

¡Cuánto sacrificio, hija mía, para todo esto! ¡Sacrificio en tus votos, en tus deberes, en tus reglas, en la obligación de tu perfección, en el uso de tus sentidos, de tus potencias, para contigo misma, para con tus semejantes! ¡Cuánto sacrificio, repito! Y sin embargo, hija mía, la Iglesia no te admite más que bajo esta condición. ¡Desdichada de ti, si no lo cumplieras esta santidad sin límites! No corresponderías a los fines que Dios y la Iglesia se proponen en el alma religiosa.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 32, págs. 1-4**

*Lledó. Profesión religiosa, 2 Julio 1873.
Vinaroz, Sor Gonzaga, 9 Julio 89.*

Mi hija en el Señor: Ha llegado por fin el suspirado momento.

Pero ¿dónde vas, hija mía? ¿Qué vas a hacer? ¿Estás resuelta a dar tu último paso? Porque mira, hace ya más de un año, te dirigía la palabra por tu toma de hábito, te pintaba la situación triste en que nos encontrábamos, los peligros que nos rodeaban, el porvenir que nos amenazaba, y quería excusarme de dirigirte la palabra y darte el parabién.

Pues mira, hija mía: hoy las circunstancias no han desaparecido; al contrario, el horizonte se presenta más negro; la tempestad arrecia; aunque tuvieras otros motivos, el aspecto severo con que hoy celebramos este acontecimiento, te lo diría bastante; ya lo ves: un silencio sepulcral nos rodea; en una hora intempestiva y cerradas las puertas, y rodeado de contado número de personas, que silenciosamente asisten (como si fuéramos a cometer un crimen de lesa sociedad), te ves precisada a emitir tus votos; ¿y te atreves todavía a dar este solemne paso?

Que no puedas decir nunca que te hemos atenuado los peligros que te rodeaban y las circunstancias que acompañaron tu profesión

No quiero atormentarte. No, no quiero atormentarte, poniendo en ejercicio tu

fideliad; ya sé que en tu acertado criterio, lo ves todo, y que a pesar de ello, está sereno tu corazón, desafiando el provenir, colocada bajo las alas del Dios del cielo, y por lo tanto no quiero retirar ni retractarme del parabién que yo debo darte en este día, en nombre de la Iglesia, de tu familia y amigas.

Yo te envío mi felicitación, y al tenerlo que hacer en estas circunstancias críticas, de un motivo especial, porque empiezas a ser perseguida por tu amor a Jesucristo; esta falta de desahogo, con que hoy nos entregamos a las expansiones de nuestro corazón, es porque quieres ser seguidora de Jesús; ¿lo dudas, hija mía? Pues, mira, y medítalo para tu consuelo. Los hijos del siglo han puesto su vista a nuestros recintos, y quieren [?] la perturbación en el santuario; ¡ay! si se tratara de una asociación de mujeres protestantes, clamarían por su conservación en nombre de la libertad de conciencia; si se tratara de un edificio dedicado al culto del Corán, lo escudarían con el manto del derecho y de la justicia, sin poner en cuestión estos derechos; si trataras, hija mía, de prestar tu nombre a una asociación de impúdicos mormones, nadie te disputaría tu derecho; pero ahora no; aunque estás en tu derecho, aunque ningún perjuicio puedas ocasionar a la sociedad; aunque [la] casa que ocupas sea fruto de los sudores de vuestras familias; aunque el pan que te alimentará sea ganado con el trabajo de tus manos, y la bondad de tus hermanos; ¡ah, no importa todo esto! Eres seguidora de Jesús, y esto basta; por más que la impiedad no sepa ella misma distinguir, que todo esto es el odio con que el enemigo de las almas se infiltra en sus corazones.

Debiera yo concluir, hija mía: pero deseas que te diga algo sobre tu estado, para actuar tu disposición, y voy a hacerlo brevemente. Y al querer ponderar hoy tu dicha, trasládete a pensar cuando la idea de ser religiosa

Pero no; no es preciso que yo me esfuerce en

ponderar tu felicidad.

Y no era una ilusión, es una realidad. Si ahora

Pues bien: hoy realizas y entras en posesión de todas estas felicidades. Y a medida que se deslicen los años, desde la altura de tus consideraciones, y a la luz de la experiencia lo comprenderás mejor; y desde tu agradable retiro, cual desde elevada montaña, registrarás con tu vista las ruinas de las grandezas humanas, derrumbadas al impulso de la desgracia, de la enfermedad, del desengaño, de la contradicción, de la amargura.

Flores del campo a lo más, hija mía, todas las felicidades humanas; por la mañana de su juventud nacen, y a la tarde caen marchitas, si es que no agostadas ya, como la mayor parte, al soplo del mediodía.

Todo lo comprenderás, hija mía, y darás gracias a Dios por ello

Pero y bien: ¿y qué te exige en cambio el Señor por todas estas felicidades, y otras que omito, por no excitar tu impaciencia?

Plática Rib.

Y vas a ser coronada con la corona de espinas de una santa obediencia, sujetando tu voluntad. Pero no, hija mía, corona agradable es ésta. Para los oídos de los mundanos que no lo comprenden, no es extraño que lastime sus oídos este nombre de abnegación de la propia voluntad, sobre todo en estos tiempos de independencia y orgullo. Pero tú ya sabes lo que implica este nombre de obediencia. La obediencia no es otra cosa que el ofrecimiento de la voluntad para todo aquello que conforme a la ley de Dios, y cumplimiento de tu estado, sirve para la mayor santificación de tu alma. Si en los mandatos pudiera jamás haber ninguna cosa, que se opusiera a la ley de Dios, y a tu conciencia, cierta y clara, no entraría en ello el deber de la obediencia. Más aún ...

Y por lo tanto, y siendo esto así, la obediencia no es sino la entrega de tu voluntad a una mano cariñosa que te conduzca más

fácilmente por los senderos que deseas caminar; la obediencia es una madre prudente que te ordena; es una barrera que se opone a la inconstancia y ligereza de nuestro corazón; una luz que nos guía en las nieblas ordinarias de nuestro espíritu; un báculo, en fin, seguro para no tropezar en los impedimentos que a cada paso encontramos en el uso de nuestra libertad.

Y has de hacer a Dios el sacrificio de tu cuerpo

No le compadezcas demasiado a tu cuerpo: un día estará en este mismo lugar expuesto a la vista de las gentes; que al desaparecer tu cuerpo para siempre a los ojos y hasta a la memoria del mundo, puedas tener la satisfacción de que haya sido una oblación sacrificada por el bien del mismo mundo; y sea tu cuerpo como una semilla [?] que debe resucitar el día de la eternidad.

En cambio de esta corona

He aquí, pues, tus grandezas; he aquí tus obligaciones.

Animada con el celo del cumplimiento de estos deberes, y atraída por la esperanza de estos bienes, henchido tu corazón por el entusiasmo y la gratitud, acércate ya, y pronuncia tus promesas y tus votos; promesas que quedarán escritas en [el] libro de la vida, y que nunca jamás podrán borrarse.

Acércate, hija mía; y cuando después de prometer tus promesas, Dios te haya sellado con el sello del Cordero, como esposa suya que serás, en medio de la satisfacción que inundará tu alma, llena como te encontrarás de una satisfacción desconocida, entonces aunque abstraída del mundo, piensa que, como agradable que serás a los ojos de Dios, y como tributo de tu felicidad, no desdeñar una mirada a tantos a los cuales eres deudora.

Envía una mirada a Dios, hija mía, en favor del Sumo Pontífice; hoy como todos, y como cabeza, puesto en tribulación, no espera más que de las oraciones. No le amarga no tanto el cautiverio en que se encuentra, ni los tiros

que se le dirigen, lo que más le hiere es el desdoro de la gloria de Dios, el extravío de las almas. Al rogar hoy por él, llora también por los males de la Iglesia y de las almas.

Envía una mirada a nuestra España querida, para que amanezca el día en que podáis descansar tranquilamente a la sombra de una libertad verdadera.

No olvides ¡ay! y como olvidarla a esta tu patria querida. La Providencia ha colocado este convento en lo más elevado de ella, como si quisiera que fueseis los centinelas avanzados y guardianes de su protección por medio de vuestras oraciones. Muchos de sus hijos no lo conocen.

No olvides, no sólo hoy, sino todos los días de tu vida a tus familias. Cuando te levantes a medianoche, en aquella hora apacible y tranquila, en que nosotros estamos entregados al descanso, seas en aquella hora como el ángel que vele su sueño, pidiendo al Corazón de Jesús en aquella hora en que nadie piensa en él, las gracias que necesitan en medio de los peligros de la vida.

Ruega también por tus amigas, que no han dudado en sacrificar el sueño, y que hasta algunas han venido de lejos por presenciar tu desposorio, y que te saludan con el corazón, y cuyo interior se confunde con el tuyo. Ruega por este [Prelado] que te admite por una gracia especial, dejando a otras que lo solicitan. Ruega por todos, y para que así como ahora

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 33, págs. 1-4**

*Predicado a Sor María de Estrada,
el día de su profesión religiosa,
día ... 1873.*

Mi hija en el Señor: Vas a realizar tu profesión religiosa, y a unirte a Dios con lazo indisoluble y para siempre. Y bien: ¿Debo yo felicitarte por ello? ¿Debo yo darte la enhorabuena por el acto que vas a practicar? Si examinamos las grandezas de tu estado, las gracias corporales y espirituales vinculadas a él, los beneficios que va a reportarte en el tiempo y sobre todo, para la eternidad, verdaderamente que deben llenarte de un santo placer y de una indecible alegría. Poderte llamar dentro de poco esposa de Jesús, con toda la propiedad de esta palabra, verte sellada con el sello misterioso del Cordero, quedar tu cuerpo y tu corazón completamente consagrados a Dios, entrar [en] el derecho de las inefables promesas ... por Jesús a sus seguidores; poder entonar dentro de ti aquel cántico misterioso de amor íntimo que el mundo no conoce y que es sólo dado a las vírgenes purísimas, cosas son, hija mía, por demás extraordinarias y halagüeñas, y que cada una de ellas sería para derramar lágrimas de reconocimiento tu corazón en su presencia.

Pero si a todo añades que es Dios, Dios, sólo él, el que te va a proporcionar esta dicha, debes subir tu admiración y tu gratitud.

Mira: recuerda aquel pasaje de la Escritura cuando Dios quiso escogerse un corazón, que fuera como el modelo del suyo, y que gobernara a su nombre el pueblo de Israel. Y mando el Señor a Samuel que fuera a Belén, a casa de Isaí, que llevara consigo el aceite de la unción real, y allí le indicaría al que debía ser [rey] de Israel. Y fue Samuel a casa de Isaí e hizo venir a su presencia a sus hijos; y vino el primero, joven de gallarda presencia y de robusto brazo; y Samuel exclamo: no elige el

Señor a éste. Y se presentó el segundo joven, también de elevada frente; y no eligió el Señor a éste; y le presentó los seis hijos que había en casa, y no escogió el Señor a ninguno de ellos. ¿No tenéis otros hijos, exclamó triste el Profeta? ¡Ah! no: no tengo más que uno muy jovencito todavía allá en el campo, tostado por los rayos del sol y por el relente de la noche [(1 Re 16, 11)].

¡Ah! Envíale a buscar; y al verle en su presencia, exclamo: *Hunc elegit Dominus*. Este es [el] que el Señor quiere escoger, y derramando sobre su cabeza el aceite, le dijo enternecido: sepas tú, hijo mío, que el Señor te ha escogido para sí, para que seas representante en el pueblo de Israel [(1 Re 16, 12)].

Hija mía: El Señor quería escoger una alma más para sí, para unirla al corto número de sus escogidas, y que formara parte de esta santa comunidad, y a quien adornar con la corona de esposa de su corazón.

Y hubiera podido escoger una de tantas otras almas criadas y redimidas por El, y de mejores condiciones, de alma más grande, de una santidad mayor. El hubiera [podido] escoger cualquiera de las muchas que tú has conocido de mejor posición que la tuya ...

Pero ¡ah! no, no: *non eas elegit Dominus*: No quiso el Señor elegir a ellas. Ha querido escogerte a ti, para que sea mayor tu humildad y más grande tu reconocimiento. Ha querido que seas tú, para que te manifiestes ante el mundo como un trofeo de su misericordia; justa es, pues, tu satisfacción en este día.

Pero no; no quiero yo tan sólo felicitarte por tu santa dicha. Prefiero recuerdes, en este instante solemne, los deberes a que vas a sujetarte voluntariamente; deberes, que si cumples como es debido, te proporcionarán la verdadera libertad.

No hablo aún de los deberes esenciales a tu estado; de este voto de castidad solemne, que la Iglesia te acepta y que te ha constituir

como propiciatorio de la [?] oculto a las miradas del mundo, en el santuario de Dios, velando sobre tus sentidos para que no puedan empañarlo ni los más ligeros vapores del mundo; ni de tu voto de pobreza religiosa, tal vez no bastante comprendido, y que te ha de hacer semejante a aquel que hoy te acepta por compañera, y tan pobre que ni tuvo donde reclinar su cabeza en el día de la necesidad. Ni de tu voto de obediencia, que debe constituirte esclavo de la voluntad de Dios, por el conducto de tus superiores.

¡Cuántos otros deberes tienes que cumplir todavía! Al ofrecerte hoy a Dios, ya no te perteneces; toda tú eres de Dios y para él; y esta tu memoria no debe ocuparse más que de recordar sus beneficios y sus misericordias para contigo, para que puedas exclamar con el Profeta ...

Y este entendimiento no debe servirte más que para mirar a Dios en todas partes y para ahondar en las consideraciones de los misterios y de las bondades de Dios, en una constante oración.

Y tu corazón consagrado hoy con el aceite de la gracia especial de la profesión, no deberá alimentarse ya sino del deseo constante, puro, desinteresado de agradarle y darle gloria, para que pueda ser el tabernáculo donde descansa dulcemente y donde pueda guarecerse cuando experimente los desvíos del mundo. Y contraes deberes para con tus sentidos.

Y tus ojos vendados con la cinta de una santa modestia, para que nunca se levanten a una curiosa vanidad. Y tus labios, como pedía David, rodeados con la puerta de circunstancias para que seas mujer perfecta como dice el apóstol Santiago, y en tus oídos espigas, como pedía el mismo Profeta, para que rechacen hasta el aire sutil de la más ligera maledicencia.

Y además de todos éstos, tienes los deberes de tus reglas, que la santa Iglesia ha puesto como murallas para impedir tu debilidad, y a cuyo cumplimiento ha vinculado muchas gracias,

y a cuya transgresión acompañan muchas debilidades.

Y tienes sobre éstas las obligaciones particulares de tus quehaceres, los cuales han de obrar tu santificación, más que ningún otro ejercicio voluntario; puesto que con ellos sabes ciertamente que cumples la voluntad del Señor que de hito en hito te contemplará, para que se lo ofrezcas todo, con pureza de intención, humildad de espíritu y alegre sencillez.

Y tienes ... pero no quiero extenderme, hija mía. Yo me complacería en detallarte estos deberes, poniéndolos a tu alcance, para que supieras practicarlos; pero se me ha dado muy limitado el tiempo, y por otra parte tú los habrás meditado ya durante este año, y sobre todo en estos días de ejercicios.

Sólo, si, y concluyo, hija mía: debes pensar y no olvidarlo nunca que la vocación aunque beneficio especial, es una gracia, y que las gracias son principio de mérito; es decir, hija mía, que debes negociarte esta gracia. Es como un tesoro que el Señor te concede, para agenciar con ella tu santificación y salvación. No debes adormecerte a la sombra de esta gracia, como si no tuvieras más que hacer. No es el término. Es el principio de la carrera en el camino de la perfección. Esta vocación que el Señor te ha concedido es un caudal de gracias que necesariamente o han de ser aprovechadas, y en este caso formarán una cadena que te elevarán a la perfección, o serán desaprovechadas, y en este caso colocarían tu alma en el peligro de una lamentable tibieza que yo ahora desisto el pintarte, y que tan fácil es caer en ella.

Porque, y recuérdalo, desde este día en que te resuelves a consagrarte a Dios, no te bastará el ser buena; no te salvarías si te sorprendiese la muerte no estando en camino de perfección.

Y sobre todos estos deberes, y aparte de todos ellos, al asociarte hoy a Jesús, debes

revestirte de un gran espíritu de abnegación y sacrificio, dispuesta a todo lo que el Señor quiera disponer. Y aunque se levanten las tempestades en el mar agitado y misterioso de nuestro espíritu; aunque la mano de Dios coaligara todas las criaturas para ejercicio tuyo, piensa que deberás ser como el modelo de predestinados, Cristo Jesús, como manso cordero, poseedor de las condiciones de aquella dulce y tranquila humildad que nos descubre S. Pablo. ¿Quieres, en fin, cumplir con el designio de Dios sobre ti?

Arroja tu alma con generosidad en manos de la obediencia y del sacrificio, no compadezcas demasiado a tu cuerpo, porque ¡ah! un día ...

Lleno de santo júbilo

Que ha querido honrarte con su presencia y tomar parte en tu felicidad.

Ruega, en fin, por todos.

De esta manera cumplirás con tus deberes, y recibirás la recompensa que el Señor promete ya en esta vida a los que se consagran generosos a su amor.

He concluido, hija mía, y ...

* * *

Cuando te encuentres abrazada con Jesús, por medio del más puro entusiasmo, aunque abstraída del mundo, no desdeñes una mirada de gratitud para todos a los que eres ...

Ya que has sido asociada a esta comunidad, depositaria especial de las riquezas del Corazón de Jesús, pídele que las derrame abundantes sobre nosotros.

Piensa que ha querido acompañarte de un modo es

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 34, págs. 1-7**

*Profesión de Sor Encarnación Colom,
Sor Dominga Poy, Sor Magdalena Tost,
25 Abril 1875.*

*Dirigida a Sor María Encarnación Colom,
Sor Dominga Poy y Sor Marina Magdalena Tost,
en su profesión religiosa,
que presidí el día 25 Abril 1875.*

Mis hermanas en el Señor: En medio del silencio que llena este ámbito sagrado, al examinar las circunstancias que nos rodean, los objetos que tengo a mi vista, no dudo en asegurar que la tierna ceremonia que va a verificarse es un espectáculo digno de las miradas del cielo y de la tierra. Unas jóvenes, víctimas voluntarias, ataviadas ya e impacientes para realizar su sacrificio. El ver aquí a unas madres, hermanos, parientes, en quienes tiene más poder el amor a la religión que la naturaleza, y que no temen rodear el altar sobre el cual los derechos de la carne y de la sangre van a ser inmolados al amor divino,

La Iglesia que se regocija en engendrar vírgenes en los días de su vejez, (y se gloria de esos felices signos de su perpetua virginidad); los ángeles que presencian invisiblemente esta solemnidad rodean solícitos a estas esposas de Jesucristo, y se preguntan alborozados: «¿Quiénes son estas almas

privilegiadas que aspiran a las bodas del Cordero, y que se elevan ya sobre la tierra por el deseo de una vida toda celestial?». El mismo Jesucristo que parece llamar a las que eligiera, y decirles: venid, venid, a recibir de mis manos una vestidura de gloria y una corona inmortal; en fin, estas coronas

Este modesto velo que ocultándolas a la vista de los hombres, va a encerrarlas para siempre en una sagrada soledad con su Dios ... ¿puede darse, hijas mías, un espectáculo más interesante, ni más digno de la atención de todo el universo?

Pero no, hijas mías en Jesús: no quiero distraeros en prolijas consideraciones, y otros son los motivos que debo poner a vuestra vista y a vuestra consideración.

Y bien: Al dirigirme a vosotras en este momento solemne, ¿qué os diré yo que pueda preparar vuestro corazón?

Al cumplir el deber y el honroso encargo de presidir vuestra profesión, y la renovación canónica de vuestro pacto con Dios, paréceme oportuno recordaros y traer a vuestra memoria aquel pasaje de la Escritura, cuando Josué, el caudillo del pueblo de Israel, después de Moisés, próximo ya a la muerte, después de haberlo introducido ya en la tierra de promisión, y puéstolo en posesión de ella, reunió a los ancianos de Israel y a todo el pueblo, y les decía: Esto dice el Señor, ¡oh, Israel! Yo soy el que saqué a vuestro padre Abrahán de la Mesopotamia para que no sirviese a dioses extraños; yo soy el que os saqué a vosotros de la tierra y esclavitud del Egipto y pasasteis el mar Rojo sin anegaros en sus aguas; ¿te acuerdas, oh Israel? Yo soy también el que te he introducido en esta tierra de promisión en que te encuentras; y te di estas [tierras] que no labrasteis, y estas ciudades que no edificasteis, para que habitaseis en ellas; las viñas y olivares que no plantasteis. Ahora, pues, temed al Señor, ¡oh, Israel! y sírvele de corazón perfecto y muy sincero, y

quidad allá los ídolos y dioses a quienes sirvieron vuestros padres en la Mesopotamia y en el Egipto, y servid al Señor. Pero si no os parece bien servir al Señor, continuaba, se os da a escoger: Eligite hodie cui servire potissimum debeatis. Elegid hoy lo que más os agrade, a quien principalmente debáis servir. (Eligite): O a los dioses de los amorreos, que están alrededor de vosotros, o al Dios que os saco de Egipto. Eligite hodie [(Jos , 15)].

Representante de la Santa Iglesia, y comisionado para presidir vuestro paso solemne, no extrañéis, hijas mías, que yo tome en mi boca estas palabras de Josué. El Señor es el que sacó a nuestros padres de la Mesopotamia de la idolatría, dándoles la luz de la fe; él es el que sacó a vosotras de la esclavitud del Egipto del mundo, y os salvó del proceloso mar donde tantos se anegan, y os introdujo en esa verdadera tierra de promisión que no labrasteis, es decir, que sin mérito alguno os concedió el Señor; él, en fin, ha sido el escudo contra vuestros enemigos en todas las circunstancias de vuestra vida; recordad, pues, en este instante, todos estos beneficios, y ved y elegid, si queréis que continúe siendo el esposo de vuestro corazón el Dios que os saco de Egipto. Eligite. La puerta tenéis abierta todavía; todavía habrá para vosotras un lugar en el mundo; todavía una corona podrá ceñir vuestras cabezas.

Ya sé, hijas mías, que vuestra elección está hecha; que vuestros deseos son de estar unidas con vuestro Jesús, hasta el último [instante] de vuestra existencia, y con lazo indisoluble; y por lo tanto, no me queda sino repetiros, sino que renovéis ya para siempre el repudio hasta de los idolillos que un día pudieron pegar vuestro corazón, y que os actuéis y penetréis de los compromisos que vais a contraer con vuestro Dios

¿Y cuáles [son] estos deberes? ¿Cuáles son los compromisos que vais a imponeros?

No ignoráis los sacrificios inherentes que

vais a imponeros, y los ídolos que debéis renunciar. Vais a hacer entrega de vuestro cuerpo, de vuestra alma, de vuestro corazón, de vuestro presente, de vuestro porvenir, y hasta de vuestras esperanzas.

Y vais a hacer el sacrificio de vuestro porvenir. Al desprenderos con el primero de vuestros votos de aquella carga que se llama propiedad.

Y cualesquiera que sean las circunstancias en que os podáis ver; aunque las tempestades del siglo se levanten contra vosotras, cualquiera que fuera la situación en que el Señor quiera colocaros, confiad en su Providencia, y recordad que la santa pobreza deber ser el distintivo principal de las hijas del padre S. Francisco; que la Providencia no os faltará, y que él velará sobre vosotras.

Y vais a hacer el sacrificio de vuestro cuerpo, ...

Y vais a hacer el sacrificio de vuestra voluntad, sujetándola a una santa obediencia. ¡Oh! Y mediante este voto sujetáis vuestro entendimiento y vuestra voluntad al yugo suave de la voluntad de Dios, representada en vuestros Superiores, y en todo aquello que sea de su gloria. Y la indiferencia de vuestro corazón ha de reflejarse en todos vuestros actos

Y no basta esto sólo: al consagraros hoy

Pero ¿dónde voy, hijas mías? Si vosotras no ignoráis estos sacrificios. Si ya sabéis la extensión de los votos con que os vais a ligar. Si ya sabéis por experiencia en qué consisten, y por esto os son tan gratos.

Vosotras no ignoráis que esta pobreza os libra de inquietos cuidados y os semeja más a Cristo Jesús, entregado a la Providencia del Padre, y que no quiso tener como propio ni donde reclinar su cabeza.

Vosotras sabéis que esta obediencia, que los hijos del mundo

¿Dónde voy, repito? Si hace 15 meses que sabéis por experiencia lo que significa todo

esto.

Si, estos ejercicios que forman el tejido de vuestra vida, tantos actos de penitencia, tantas mortificaciones, tantos días de ayuno, tantas horas de oración, el levantaros a media noche todo el año, el silencio, la abstracción de las criaturas; todo esto forma como una cadena de oro que os eleva y os une Intimamente con Dios, único objeto de vuestros deseos.

No quiero, pues, retardar más vuestras santas impacencias.

Acercaos ya: pronunciad ya vuestros votos en presencia de Dios, y en presencia de su pueblo: in conspectu omnis populi ejus [(Sal 115, 1)]; dad vuestro último adiós al mundo, para morir a él y a sus concupiscencias, y poder vivir perpetuamente crucificadas con Jesucristo.

El Angel de vuestra guarda, sonriendo de placer, ansía el momento de poderos ofrecer a Dios, esposas consagradas a su Señor

Y cuando postradas en tierra, os ofrezcáis víctimas a Dios, y cuando al pronunciar vuestros [votos] recibáis el abrazo de Jesús, al embriagaros en vuestra felicidad, no olvidéis en aquel momento, en que tan gratas seréis a sus ojos, no olvidéis, digo, una súplica por tantas necesidades

Y pedid [en] una súplica ardiente bendiciones para la Santa Iglesia y para el atribulado Pontífice Pío IX

Y una súplica también por nuestro digno Prelado que deseaba hacer el obsequio de honraros con su presencia y que no ha podido asistir por habitual malestar, consecuencia de su trabajo y de la carga que pesa sobre sus hombros.

Y pedid por nuestra España, a fin de que Dios le conceda amanecer días de verdadera paz católica

Y tú, Sor María Encarnación, ofrécete a Dios. Huérfana a la edad primera, el Señor se acordó de ti, compadeciéndose de tu juventud; al lado de cariñosas hermanas se han deslizado tus años, y guarda[da] por un celoso Rector,

que hoy deseaba recoger el fruto de tanto desvelo asistiendo a tus desposorios; pero tristes circunstancias se lo han impedido; en este momento está ofreciendo por ti el santo Sacrificio, y está pidiendo al Corazón de Jesús, una bendición para ti, y te Envía su cariñosa felicitación, a través de las distancias. Sea él el primero en tu corazón en este día.

Y tú, Sor María Dominga de Jesús, al pronunciar tus votos, los haces ante una madre que por tercera vez ha asistido a este hermoso espectáculo; que tiene la satisfacción de tener ofrecidos tres frutos de su corazón ante el altar de la santa religión. No la olvides jamás en tus oraciones.

Y tú, Sor María Magdalena de la Cruz. Procura corresponder a tu nombre. Sea la cruz tu refugio y tu descanso, y puedas saborear como la esposa de los Cánticos, bajo su sombra, los frutos dulces al paladar.

Todas tres, ¡ay! sin padre sobre la tierra, que puedan presenciar esta solemnidad; pero desde el cielo os contemplan, y anhelosos os bendicen y desean colocar [sobre] vuestras cabezas las coronas de vírgenes de su Dios.

Rogad, en fin, por todos los aquí presentes que participan de vuestra satisfacción; una súplica por mí también, y así como ahora asistimos a vuestros desposorios en la tierra, todos sin faltar ni uno podamos

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 35, págs. 1-7**

*Sor María Asunción de S. José,
Abril 1875.*

¿Qué te diré? Introducción de la de Estrada.

¿Qué te diré, pues, hoy para actuarte en la consideración del beneficio de tu vocación y de los caracteres que deben acompañar tu sacrificio? (Ideas sacadas del Troncoso)

Yo encuentro un modelo con que comparar este beneficio de la vocación, y los deberes de tu separación del mundo; esto es, en los Reyes Magos. Iluminados por la luz de la fe, aunque en medio de la idolatría, abandonan su patria y familia, y se dirigen a la Judea, y exclaman: Hemos visto brillar en las lejanas tierras que habitamos la estrella de aquel a quien anunciaron los Profetas, y que tantos siglos ha que espera el Universo, y desprendiéndonos del seno de una patria querida, y de una familia amable, venimos a buscar al Rey del cielo, oculto entre los hombres, para ofrecerle nuestro corazón y nuestros tesoros.

Si yo te preguntara, hija mía, qué es lo que te ha conducido a este lugar, por qué has escogido esta manera de retiro y de silencio, responderías también: Una luz brilló ante mis ojos, ya en las tinieblas de mi infancia; y entre las sombras de dudas de mi corazón, vi la estrella que debía conducirme hacia mi Dios, y heme aquí pronta a sacrificar todas las cosas, con tal que se digne aceptar el homenaje de un corazón que no respira sino por él.

Medita, pues, para agradecerlo al Señor los caracteres de este llamamiento. En primer lugar, la vocación religiosa debe venir del cielo; por eso en el cielo los sabios de Oriente aperciben la estrella, que les instruye y les llama. No es uno de aquellos fuegos producidos por los vapores que se levantan del lodo de la tierra, ni uno de aquellos meteoros brillantes que se forman en el aire, de otros vapores más sutiles, los cuales deslumbran un

momento la vista, y desaparecen; es si, un astro que brilla en el firmamento, colocado allí por la mano de Dios, para esclarecerles y conducirles.

Tal es, hija mía, la vocación verdadera: un llamamiento, un don del cielo. Porque no es, no. Los hijos del mundo, ignorantes según la expresión de S. Pablo, del Espíritu de Dios, efecto de una educación más o menos piadosa, o de un temperamento melancólico, o de una preocupación del espíritu, sino que es una gracia, tal vez la más preciosa, que el Señor tiene reservada en el tesoro infinito de sus misericordias; es un llamamiento dulce, atractivo, claro como la luz del cielo (que si bien el alma puede rehuir); es, en fin, un don de Dios.

Y para comprender mejor el mérito de este favor, considera en segundo lugar, que la vocación religiosa no es una gracia general y común, sino una gracia particular y especial que sólo concede a aquellos a quienes el Señor se digna escoger para sí. La estrella que apareció a los del Oriente no se hizo visible más que a ellos solos. A pesar de su brillantez, ocúltase a la vista de los innumerables observadores del cielo. No bastan para descubrirla los ojos de la carne, ni prestan auxilio alguno el estudio y la ciencia humana; es necesario estar dotados de aquellos ojos del corazón, según el lenguaje del Apóstol, que Dios concede a quien quiere, y sin los que la criatura permanece ciega, aun en medio de la mis- ma luz.

¿Cuál es el fundamento de esa preferencia divina?

¿Por qué, hija mía, has sido objeto de una elección tan especial de nuestro gran Dios?
¿Por qué concede a algunos lo que niega a muchos?

Este es un secreto que se ha reservado a sí mismo; porque él es dueño absoluto de estos dones.

El Evangelio no nos dice otra cosa respecto

de esto sino que de dos personas que trabajan en un mismo campo, la una será escogida, la otra será abandonada. Dos hermanas, dos amigas, han sido educadas bajo un mismo techo. La una impulsada por una fuerza secreta no estimará más que los bienes eternos, sólidos; la otra no sabrá desimpresionarse de las vanidades del siglo; la una fijará su felicidad en estrechar y multiplicar los lazos que la unen con el mundo; la otra sólo piensa en romperlos y libertarse de ellos, bien así como el avecilla que se ve enredada, y desea remontar libremente su vuelo hacia Dios.

¿De donde puede imaginarse esta diferencia sino de la gracia de Dios?

Y esta gracia cuyos efectos son tan admirables, se transforma bajo mil diversas maneras. (Troncoso).

Finalmente, hija mía, el tercer carácter, o más bien fruto ya de la vocación religiosa, es la santa alegría y dulce convicción que la acompaña.

Al llegar los Magos al término de su viaje se llenaron de un gran gozo, gavisí sunt gaudío magno valde [(Mt 2, 10)].

Tal es el júbilo de una alma llamada por Dios, cuando se acerca el término de sus deseos y la hora del sacrificio, después de larga cadena de ansiedades, dudas, temores, e inquietudes, dificultades que suelen acompañar el camino de la vocación religiosa. Tú sabes los sentimientos que te embriagaron cuando pisaste por primera vez los umbrales de este claustro; el efecto que producían en ti las paredes de tu solitaria y dulce habitación; las emociones del día en que despojada de los atavíos del siglo, fuiste cubierta de ese hábito de la Virgen Inmaculada, como de una vestidura nupcial y de un manto de gloria.

¿Cuál deberá ser el arrobamiento que el Señor te aguarda en este día, en que vas a celebrar las bodas del Cordero misterioso, y unirte con votos irrevocables a aquel a quien adoras?

¡Oh, hija mía! ¡Cuán preciosa debe serte tu vocación! ¡Qué gratitud, qué amor debes a aquel que se ha dignado llamarte hacia sí!

Pues bien, si quieres corresponder a ella, es preciso que en la prontitud y fidelidad con que los Magos salieron de su patria copies el modelo de tu fidelidad y de la separación que el Señor exige de tu profesión. *Vidimus et venimus*. Vimos la estrella, y lo abandonamos todo, todos los cuidados de la vida, y hemos venido [(Mt 2, 2)].

He aquí, hija mía, el modelo de tu perfección religiosa: De este modo debes abandonar todas las cosas para entrar en la senda del Calvario que te muestra tu vocación.

Eres víctima escogida y designada por Dios para ser sacrificada a su amor, y por lo tanto, debes ser separada ya de la multitud para un perfecto sacrificio. Debes vivir extranjera al mundo y a las cosas terrenales; olvidar a las criaturas, y ser olvidada de ellas.

Al separarte hoy y para siempre del mundo, no sólo debes separarte de aquellas conversaciones frívolas e inútiles o perjudiciales, con las que en el siglo se vulnera la caridad, tal vez la modestia, sino que deseosa de no tener que dar [cuenta] al Juez supremo ni aun de las palabras ociosas, debes continuar imponiéndote la ley de un continuado silencio. Y debes separarte hasta de las amistades sensibles. Acordándote que el esposo que eliges se llama el Dios celoso, debes temer si por un solo momento osaras dividir tu corazón entre él y las criaturas. Y debes guardar toda la ternura y vivacidad de tus sentimientos para aquel [a quien] toda te vas a consagrar; y así como las aguas ...

Y debes separarte de la solicitud de las cosas exteriores. Sierva y discípula del que ha dicho: «Bienaventurados los pobres de espíritu», y que poseyendo todas las cosas, quiso vivir y morir en la más extrema pobreza, no sólo debes abrazarte con la pobreza de espíritu, sino que ni aun exteriormente debes

mirar nada como propio.

Y debes separarte ¡ay! hasta de ti misma, depositando tu entendimiento y tu corazón, tu juicio y tu voluntad, todo el gobierno de tus facultades interiores y exteriores, todo el cuidado de tu salud, de tu reposo, de tu vida misma, en manos de Dios y de la santa obediencia.

¡Cuán grande aparece la soledad de una alma que de esta manera se separa de todas las criaturas y de sí misma!

Pero ¡ah! ya lo sabes: en medio de tu desnudez, encontrarás a tu Dios, y con él todos los bienes.

Por lo mismo que estarás sola, se complacerá el Señor en visitarte; y te alimentará con la leche y miel de los divinos consuelos.

Porque quieres ser pobre, te llenará de su gracia y te enriquecerá con todos sus dones; porque quieres renunciar a tu porvenir y tus propios intereses, tomará a su cargo el cuidado de tu felicidad, y te hará gustar aquí un destello anticipado de la bienaventuranza.

Tales son, hija mía, los frutos y recompensas de esa total separación que tanto asusta a los que no miran más que las apariencias, pero que tan dulce es para los que las conocen y gustan.

* * *

Olvida ya el mundo; pero no lo olvides, no; acuérdate en la presencia de Dios y en tus oraciones, sacrificios y penitencias.

No olvides tampoco a los que miran tu profesión.

No te olvides del mundo; como el ave colocada encima de la roca, y en la orilla del mar, al estallar la tempestad gime, así también desde tu elevado retiro y tu dulce

contemplación, procura gemir ante el Señor por este mundo tempestuoso y por los que por él navegan en medio de olas tan agitadas.

Envía un gemido al Señor por las tempestades que agitan a la Santa. Iglesia, para que las calme con su palabra divina.

Gime por la pobre España, a fin de [que] el Señor le conceda días de bonanza y de felicidad verdadera.

Envía suspiros al Señor por tu familia separada de ti la mayor parte por tristes circunstancias.

No olvides a estas tus amigas que hoy han venido a obsequiarte sacrificando el descanso de la mañana. Acuérdate de ellas ante Jesús para que les dé luz en medio de las encontradas tempestades que agitarán su corazón.

Ruega, en fin, por todos, para que sepamos corresponder a las voces de Dios y cumplir su divina voluntad, y así como te felicitamos aquí reunidos en la tierra, podamos un día todos reunidos congratularnos en nuestra próxima eternidad en el cielo.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 36, págs. 1-2**

*Profesión de
Sor Dominga de los Dolores Maspons.
Mataró, 10 Noviembre 1881.*

Mi hija en el Señor, e hija en su dulcísimo Corazón: ha llegado por fin tu suspirado día; cercano está tu anhelado momento; próximo el

término de tus ardientes y prolongados deseos; pronto completarás tus esponsales con el Eterno; una corona de flores coronará tu cabeza, como señal de tu triunfo; y entre el concierto armonioso de los ángeles ... exhalarás tus promesas; y tu nombre quedará escrito en el libro de la vida; y quedarás sellada con el sello del Cordero; y entrarás en el derecho de pronunciar aquel cántico de amor indescifrable que, según nos dice S. Juan, sólo es dado a las vírgenes entonar; y obtendrás el derecho a las promesas ofrecidas por Jesús a sus seguidores; y recibirás el anillo de sempiterno desposorio; y serás ya objeto sagrado ante la Iglesia y la sociedad, espectáculo digno ante los ángeles y los hombres.

* * *

Y por lo tanto, al contemplarte yo en este momento, víctima agradable y dispuesta al sacrificio, quisiera decirte como a la hija anunciada por Salomón: Audi filia; oye hija y mira, e inclina bien tu oído, y olvida hoy tu pueblo y a ti misma, *quia concupiscit Rex decorem tuum*: porque quiere complacerse en la belleza de tu alma, y desea a todo trance tu corazón y unirse a él con lazo eterno; et ipse est Dominus Deus tuus: y éste, ya lo sabes, es el mismo Señor y Dios tuyo [(Sal 44, 11-12)].

Yo quisiera ... pero ¿qué he de querer, hermana mía? Si yo debía con esto terminar ya, felicitándote en este día memorable, que será de tan gran recuerdo a tu corazón. Pero me has obligado a decirte una palabra en esta solemnidad y, por lo tanto, permite que retarde por un momento tu dicha.

Pero ¿qué podré ni sabré decir yo, para llenar este rato? (Mi compromiso)

Si tuviera ... (Plática de X. Ribas y Lladó)
Hoy realizas

En cambio ¿qué os exige el Señor? Antes de admitiros a vuestros [votos] nosotros en nombre de la Iglesia debemos recordaros vuestros deberes. Mirad, Josué, ... Vide Poy (El).

Y debes [ser] pobreza.

No te perteneces.

Y las circunstancias en que lo verificas.

Y el amor: Pone ...

Porque no es tierra de descanso la que ...

Pero, ¿a qué obligaciones? Yo podría recordarte que el beneficio de la vocación ..

Acércate ya .

Pide por tus padres, en reconocimiento ... pero en estos momentos te saludan.

Ruega por estos padrinos que representan hoy a tus padres, y que han hecho el sacrificio de este viaje, y cuando por la noche ... Ruega por mí.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 37, págs. 1-7**

*Profesión de
Asunción, hoy Dolores de S. José,
de Balaguer.
Vinaroz, Febrero, 89.*

Mi hija en el Señor: Ha llegado tu suspirado y retardado momento.

Hace poco más de un año, en un día memorable (la Purificación de la Virgen) depositabas sobre los umbrales del claustro tu última

corona de flores del siglo, y dabas el adiós a todos tus devaneos, y despojada de tus galas, hiciste tus esponsales; y en aquel día memorable te animaba a posesionarte de los sentimientos de la Virgen Santísima, que ofreció lo más caro de su corazón, y el Señor aceptó la ofrenda de tu alma, y depositó en el corazón de Jesús el aroma del tuyo; y gracias a las bendiciones que alcanzaste has pasado tranquila el año de tu noviciado; y hoy vas a consumirte víctima de propiciación en holocausto, como anhelaba tu corazón, y puedes exclamar con el Profeta: *Unam petii a Domino* [(Sal 26, 4)]. *Vota mea Domino reddam* [(Sal 115 14)]

¿Qué te diré, pues, ya, hija mía, que pueda hacer novedad en tu corazón e interesarte?

Obligado, como la otra vez, a dirigirte la palabra a última hora yo me complacería, hija mía, en entretener a este piadoso público, hablándoles de los Institutos religiosos, que es el tema propio en estas solemnidades.

Yo les recordaría el hecho, admirable en gran manera, digno de atraer las miradas del hombre pensador, que sobresale entre los gloriosísimos hechos del Cristianismo, el hecho de las órdenes religiosas.

Porque las Ordenes religiosas no constituyen la esencia misma del Cristianismo, pero dimanar necesariamente de ella, como las propiedades de la naturaleza de la cosa, como los arroyos del manantial, que siempre corre, como los reflejos proceden de la luz. Prueba inefable ...

Y por más que la Iglesia católica pueda subsistir sin los Institutos religiosos, mientras la Iglesia exista ...

¿Y cómo no? Si la vida religiosa es la vida de Cristo Jesús que dejó trazadas sus huellas, y animó a las almas privilegiadas a su seguimiento. Así que las órdenes religiosas ..

Y era tal el deseo de Cristo Jesús del seguimiento de esas almas, que durante los días de su vida iba trazando a grandes rasgos las condiciones de sus especiales seguidores, e

insinuando, si podemos decirlo así, con misteriosas y dulces [palabras] los deberes de sus escogidos.

Cuando aquel joven del Evangelio quiso: vade ...

Cuando para manifestar la abnegación que exigiría a los corazones: *Qui vult venire post me* [(Mt, 18,)].

Y cuando animándoles al abandono de todos los placeres, aun los lícitos de la vida, para consagrarse como El, virgen perpetuo, les dirigía aquella significativa expresión: *Sunt eunuchi ...* [(Mt 19, 12)].

Las almas religiosas, pues, son las seguidoras especiales de Cristo Jesús en el camino de la cruz, del amor, del sacrificio y [de la] abnegación.

* * *

Yo diría a mis oyentes que (Lorán).

(Cuyo aroma en el cielo)

Pero ya lo ves, ante unos padres cariñosos

Pero no, hija mía, no es preciso me dirija a ellos; tú eres el objeto especial de esta fiesta, y a ti debo dirigirme, y ¿qué te diré? Permíteme que te recuerde aquel salmo de David: *Dominus regit me* [(Sal 22, 1)].

Acércate, pues, ya. Pronuncia tus votos eternos, coram populo. In medio Jerusalem.

* * *

Vinaroz, 8 Julio 89.

Mis hijas en el Señor: Al veros aquí

ataviadas en este momento de un modo especial, con este ropaje blanco, no puedo menos de recordar aquella pregunta asombrada, que en el día de ayer ponía la Iglesia en nuestra boca en el oficio divino: *Hi qui amicti sunt stolis albis, qui sunt et unde venerunt?* Estas almas cubiertas de vestidos blancos, ¿quiénes son y de donde han venido? [(Ap 7, 13)].

Esta palabra está tomada de aquella visión de S. Juan, cuando allí, en la isla de Patmos, vio aquellas numerosas almas que estaban delante del trono de Dios, en presencia del cordero misterioso, vestidas con vestiduras blancas, con palmas en sus manos, entonando cánticos al Señor que estaba sentado en el trono y al cordero. Y en medio de aquel éxtasis en que s. Juan estaba, le preguntó uno de los ancianos respetables: Estos que están cubiertos con blanco, ¿quiénes son y de donde han venido? El santo Evangelista turbado en medio de aquella magnificencia, exclamó: *Tu scis Domine. Vos lo sabéis, Señor.* Y entonces el anciano le contesto: *Hi sunt qui venerunt de tribulatione magna, et laverunt stolas suas, et dealbaverunt in sanguine agni. Ideo ...* [(Ap 7, 14)].

* * *

Pues esta misma pregunta asombrosa ¿os parece que sale hoy de la boca de la Iglesia, y aun del mundo?

Esta misma pregunta parece dirigirme este pueblo que está presente, y que presencia este espectáculo; esto mismo parece preguntarme el mundo al contemplar estas escenas, que aunque frecuentes aquí, por la gracia de Dios, siempre son un asombro para el mundo.

¿Quiénes son, parece preguntar el mundo? Y yo en nombre de la Iglesia y en nombre de esta comunidad puedo dar la misma contestación que

recibió S. Juan.

Estas son las que han venido aquí de *magna tribulatione* [(Ap 7, 14)], después de largas contradicciones, de tribulaciones, de angustias, de temores, de incertidumbres.

Estas son las que han blanqueado sus vestidos con la sangre del Cordero. Y con la humildad, y el arrepentimiento, y compunción han logrado blanquear la estola de su inocencia.

Estas han venido del mundo, pero escapado del mundo.

Han sido entresacadas de la masa general del mundo.

Por esto están aquí ya ante el trono verdadero de Dios, para servirle día y noche en su templo; y aquel que está sentado en este trono, habitará sobre ellas.

Y no caerá sobre ellas el sol que pueda agostar el candor de sus almas, ni ningún calor extraño. ¿Por qué?

Porque el Cordero está en medio del trono, las conducirá a las fuentes de las aguas de la vida, y quitará ya toda lágrima de sus ojos.

Tal es, hijas mías, la contestación de aquel pasaje del Apocalipsis; y tal es la contestación que yo en propio sentido acomodaticio doy al mundo que pregunta quiénes sois.

Tal es también la contestación que os doy a vosotras para consuelo de vuestro corazón.

Vosotras sois las que lavadas vuestras almas y blanqueadas con la sangre del Cordero venís a ofreceros hoy para consagraros en su santo templo, y servirle día y noche, para ser conducidas a las aguas de la vida.

¿Qué os diré más ya, hijas mías?

No deseaba yo

Sunt ante thronum Dei, et serviunt ei die ac nocte in templo ejus; et qui sedet in throno, habitavit super illos. Non esurient, neque sitient amplius, nec cadet super illos sol, neque ullus aestus. Quoniam Agnus, qui in medio throni est reget illos, et deducet eos ad vitae

fontes aquarum, et absterget Deus omnem
lacrimam ab oculis eorum [(Ap 7, 15-16)].

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 38, págs. 1-12**

*Profesión de Sor Nieves. Vinaroz 16 Febrero
1890.*

Purificación Espuny y Fausta, Noviembre, 1892.

¿Qué significa esta función, estas señales que aquí veo, esos cánticos que oigo? ¡Ah! si, es [que] otra vez una alegre fiesta viene a celebrarse en este templo. Otra vez vais a ser espectadores vosotros de uno de esos acontecimientos que, aunque repetidos, siempre llenan de dulzura el corazón. A diferencia de las fiestas mundanas, que no presentan cuando se celebran más que la ilusión y el atolondramiento, y cuando han pasado, va a resonar el hastío y el vacío en el fondo del corazón; estas fiestas son suaves al presenciarlas, y dejan luego en el fondo del alma las delicias de dulces recuerdos. Por esto no me extraña que las repitáis y las presenciéis alborozados.

¿Y cómo no va a ser grato para vosotros, el ver que una nueva flor va a ser consagrada para siempre en el altar de María, y para siempre? ¿De una nueva planta que ha de echar sus raíces de virtudes en el jardín franciscano de la divina Providencia? ¿Como no arrebatara vuestra mirada, y vais a escuchar otra vez el acento de una alma que pronuncia sus votos, que han de

enlazarle para siempre con su Dios?

Sí, hija mía, sí; tú eres el objeto de la atención y del anhelo de este pueblo en este día; tú eres hoy, y vas a ser espectáculo ante los ojos del mundo, de los ángeles y de los hombres. Tú vas a cantar alegre: Ipsi sum desponsata cui angeli ... Voy a ser desposada con Aquel, al que sirven los ángeles, y el sol y la luna asombrados. Y en aquel momento el Angel de tu guarda sonreirá de placer.

Y vas a decir ante el pueblo: Posuit signum. Hoy ha puesto el Señor sobre mi frente una señal, para rehusar todo otro amador; y ante esta palabra, vas a entrar en el derecho de pronunciar un canto que sólo las vírgenes [pueden] entonar.

¿Qué te diré, pues

Son tantas las veces que mi voz precursora de este acto, ha resonado en tus oídos, que ninguna novedad puedo ofrecer. Mas ya [que] obligado, también a última [hora], ¿qué te diré?

Queriendo, hija mía, escoger algunas pocas flores con que tejer tu corona, que yo no deseaba tejer más aquí, me he querido atrever, aunque con timidez, a penetrar en el místico jardín del libro de los Cánticos, para escoger algunas, y ofrecerlas a tu alma en el día de tus desposorios. Mas es tal la variedad de ellas, es tan subido el perfume de todas, que me he encontrado indeciso, porque si las recogiera todas, y como la mística esposa de este jardín, desfalleceríamos, pediríamos como ella el ser el zumo.

Porque son tan subidos los sentimientos expresados por el Espíritu Santo, aunque en enigma y místico, pero propias y relativas a este acto; son tan dulces a la par que temibles aquellas luchas de amor, de sufrimiento, de deseos contrariados, de solicitud amorosa, de gratitud y de generosidad, que son los que te inundan, entre aquellos dos amantes, uno divino y otro humano, que el entendimiento se confunde, la lengua enmudece y el corazón corre

a impulso de los atractivos que despiertan estas luchas y estos sentimientos.

Porque yo oigo en este libro aquella voz triste que gimiendo a las puertas de la esposa: *Aperi mihi, soror mea, quia caput meum plenum est rore, et cincinni mei guttis noctium ...* [(Cant 5, 2)]; y luego, percibo la voz sencilla de esta amada, que exclama: *Surrexi ut aperirem* [(Cant 5, 5)]. *Surgam et circuibo civitatem. Me levantaré para abrirle, at ille declinaverat, atque transierat* [(Cant 5, 6)]. *Circuibo civitatem. Daré vueltas a la ciudad, per vicos et plateas* [(Cant 3, 2)], por las plazas y cortijos, buscaré al que ama mi alma; le busqué y no le encontré.

Y me encontraron los guardas que guardan la ciudad. ¿Acaso habéis visto al que mi alma ansía?

A poco de pasar ellos, ¡ah! *Inveni*, encontré al que yo buscaba; y entonces, *tenui eum*, le detuve y le apreté, y no le dejaré, *donec introducám in domum matris meae*, y hasta con él en la casa de mi madre, en el retrete de la que me engendró [(Cant 3, 4)].

Y allí exclamé: *Pone me ut signaculum. Ponme* [(Cant 8, 6)]. *Trahe[me] post te* [(Cant 1, 3)], porque mi amor es fuerte como la muerte. ¡Oh! ¿no son, hermana mía, estas palabras la historia de las luchas de Dios en tu corazón, y de tu corazón con el suyo?

¡Oh, qué vasto campo de consideraciones que yo no te sabré expresar!

Aperi mihi, soror mea [(Cant 5,2)], dice en primer lugar. Pondéralo bien, hija mía. ¡Qué noche triste, fría y tenebrosa debía ser aquella en que el Amador de los Cánticos tocaba a las puertas del objeto amado!

¿Cómo expresaba su pesar diciendo que el relente de la noche

¿Cuán amargo debía serle la somnolencia o sueño de aquella que era objeto de su anhelo!

Este eterno Amador de las almas, este Verbo divino, este [?] en la noche de la eternidad, desde el principio del mundo, va en pos de ese

objeto de su amor, del alma humana, corazón de la criatura, y las almas no le responden.

Y con el fin de asegurar, vino a vestirse de nuestra carne, y de pastor como aquel,

Y llama

¡Cuán amarga no es la somnolencia de tantas almas! ¡sobre todo de aquellas que quiere por esposas! Y no le responden; y a través de los siglos sigue mendigando el albergue.

Y también tocó a la tuya, y de cada uno, que le responde [?] de indolentes.

Mas ¡ay! Surgam [(Cant 3, 2)].

Esta voz hirió, y como aquélla desfalleció, e hirió.

Circuibo [(Cant 3, 2)]; y disteis vueltas, y le buscabais tal vez en las plazas del mundo. Y preguntaste a los directores, a los libros; y al poco, después de [luchas] y dificultades, tenui eum [(Cant 3, 4)]. En los sacramentos; sed tenui eum.

* * *

Nota: en la pág. 6 se hallan escritas unas líneas sobre un tema ajeno al de esta plática; y por eso no se transcriben.

* * *

¡Pobre amante desairado! ¿quién te albergará?

Y este Verbo divino tocó también a las puertas de tu corazón y con el acento de su voz triste te expuso el deseo de albergarse en tu corazón, y te exponía el fin del mundo, y oíste su voz, tal vez todavía en el sueño, o quizás

en la somnolencia, como una voz indefinible (como es la voz que oye el que está semidormido).

Mas esta voz hirió tu corazón, y te produjo desfallecimiento, y te causo un vacío que deseabas llenar, y dijiste: se despertó el deseo del amor, de la dicha, de la felicidad. Surgam [(Cant 3, 2)].

Me levantaré y daré vueltas por el mundo, a ver si encuentro lo que excita el ardor de mi corazón. *Per vicos et plateas*, buscaré lo que amo pero que aún desconozco; et non inveni [(Cant 3, 2)].

Y diste una mirada, y recorriste los cortijos del mundo, y las plazas donde se encuentra la disipación y las diversiones tuyas.

Y como Agustino, no podías hallar en ello lo que buscaba tu corazón. Y viste que todo lo que hay en el mundo has

Y viste que eso que tu corazón ansiaba no se encontraba en

Y me encontraron en esta situación, en estas incertidumbres, en esos vacíos de mi alma, en estas dudas y ansiedades.

¿Acaso, les dije, habéis visto al que ama mi alma?

No puedo extenderme, hija mía, en prolijos comentarios, a que se presta cada una de estas expresiones. Mas ateniéndome tan sólo a la exposición de S. Gregorio [?] los Doctores y Padres de la Iglesia, que con su palabra y sus escritos nos enseñan. Y los ejercicios de piedad, y las lecturas santas, y las inspiraciones de la gracia, y sobre todo los consejos de tus directores abrieron tus ojos, y aclararon las dudas de tu alma, y comprendiste cuál debía ser el objeto de tu único amor, y exclamaste: *Tenui eum, nec dimittam* [(Cant 3, 4)]. Le detuve y le apreté, y nunca jamás le dejaré. Y unida por el amor y la gracia, y los Sacramentos, se sosegó tu alma.

Pero ¡ah! aún no estaba satisfecho tu corazón, y repetiste: *Non dimittam*. No le

dejaré, no, y no pararé hasta poder estar con él in domo *matris meae*, en la casa de mi divina Madre; y no sólo en su casa, sino en lo más recóndito de su habitación.

Y esta Madre divina escucho tus deseos, los anhelos de tu alma, y saltando por montes de dificultades, de asperezas y distancias, y allanándote los caminos espinosos, te ha conducido aquí para que puedas apretar, y para siempre, sobre tu pecho a aquel a quien buscaste, que tu alma amaba; y aquí puedes ofrecerle con paz y tranquilidad y sin peligros de perderle, el vino de tu amor y de tu sacrificio.

¿No es esto hija mía, lo que te ha sucedido, y lo que Dios ha hecho por ti?

Pero todavía oigo otra palabra: Una que te dirige aquí el Señor, colocada ya en la casa de tu madre, y otra que él desea le dirijas: Pone me, te dice, ya que no has deseado más que a mí; *pone me ut signaculum super cor tuum* [(Cant 8, 6)] y no consiento división; mis celos

Y este sello ha de ser hasta el sacrificio.

Y a más de esta palabra que él te dirige, desea también la tuya, que le diga: *trahe me; post te curremus in odorem unguentorum tuorum* [(Cant 1, 8)].

¡Oh, Señor, que comprendo mi debilidad! A pesar de mis deseos yo sé por experiencia lo que da de sí mi corazón, y mis pasiones son vivas, y mi imaginación inquieta, y mis fuerzas son pocas, y mis inconstancias continuas, y ... pero no obstante, *trahe me*. Arrástrame tu y tráeme con la fuerza de tu gracia y tu poder y tu valimiento.

Déjame percibir el unguento aromático de tus virtudes, de tus sufrimientos, de tus amores, y tras él correré por el camino de tus mandamientos, y adquiriré las virtudes, y me será fácil tu obediencia, y dulce la mortificación, y sabrosa la humildad, y alegre el apartamiento del mundo, y la privación de todas las cosas perecederas.

Tráeme. Arrástrame, Señor, para que contigo

pueda correr por los caminos de la santificación, y sin parar, aunque sea hasta el monte de la mirra y del sufrimiento.

Trahe me. Arrástrame, Señor, de tal modo que como S. Pablo pueda exclamar, que ni la vida

Trahe me. Para que con él pueda decir: Mihi vivere, Christus. Et mori lucrum; y el morir mi ganancia, porque le podré apretar mejor en la feliz eternidad [(Flp 1, 21)].

Trahe me.

¿Estás animosa para ofrecer al Señor esta palabra? y repite como en otro tiempo: Surgam ut aperiam dilecto meo. Me levantaré para abrir al amado de mi alma, que tocó a las puertas de mi corazón, y me dejó desfallecida [(Cant 5, 5)]; y que ahora quiere habitar de un modo especial, y mediante mis votos en la habitación de mi alma.

Acércate y realiza tu profesión, y perdóname ya si estoy distrayendo tu atención, y retardando tus ardientes deseos.

* * *

Y hoy en medio de la alegría de tu corazón, no te olvides de los demás. No olvides que vas a ser constituida medianera entre Dios y el mundo, y víctima para obtener gracias para sus necesidades.

Pide, pues, 1.º Pontífice. España. Pueblo, familia. Madre. Sea la memoria de tu [familia] y las gracias que puedas alcanzarle un lenitivo al dolor de tu separación. A tus hermanos, que Jesús los guíe. Pide por esta comunidad, y que sea fecunda en obras, y pueda trasplantar alguna semi[lla] para salud de otras gentes. Pide.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 39, págs. 1-2**

*A María Pastor.
Fiesta del Sgdo. Corazón de Jesús,
25 Junio 97.*

Mi hija en el Señor: ¿Qué idea te sugeriré yo para prepararte a tu consagración?

Entregada la criatura a los desenfrenos de su corazón, perdió el conocimiento de Dios, y no pudiendo saciar la sed de su corazón, fue tras los objetos exteriores, haciéndolos dioses de su corazón. Todo era dios, menos Dios.

Tanta era esta abominación, que el Real Profeta, dio una mirada: usque ad unum [(Sal 13, 1)].

El Eterno Amador de las almas no podía sufrir tanta miseria y esterilidad, y reveló a las almas de la antigua Ley: las almas en la plenitud de los tiempos deberían seguir al Rey de la humanidad, bajo las banderas de la Reina: Adducentur virgines post eam [(Sal 44, 15)]; de aquí que al venir este Dios divino, y escogerse esta Reina, madre suya, se apresuro a hacer el llamamiento a las almas que quisieran seguirle por el sacrificio de sus corazones y del abandono de los placeres mundanos, que El quiso seguir. Y al eco de esta voz, yo contemplo a Santa Inés, Sta. Cecilia y muchas miles, tanto que al contemplar San Juan ...

¡Qué hermosa visión la de San Juan!

Mi hija en el Señor: El Señor te ha escogido para ser contada en el número de estas almas

... Y vas a ser contada entre los seguidores del Cordero; y tu nombre va a quedar escrito en el libro de la vida; y podrás decir a Jesús cariños y amores que no le podrías decir en otro estado; y recibir el abrazo de Jesús.

¿Qué le darás a Jesús en cambio?

Gratitud, fidelidad, reparación.

Gratitud el Señor te dice: in charitate perpetua dilexi te [(Jr 31, 3)]

¡Oh! Mientras ha dejado a tantas almas [?] objetos hija de [?], a ti te ha elevado al grado de esposa de su corazón, y esta palma nadie te la podrá arrebatarse.

Reparación: ¡Cuántas almas de tu sexo no conocen a Jesús, ni saben sus amores !

Consuélale de todos estos olvidos y frialdades. Tu cuerpo no es tuyo. Tu alma ...

Si te encuentras con ánimo, débil tu alma, que no te quede ni una fibra.

Dile que es pobre tu corazón, débil tu alma, pero ya que soy tuya cuidarás de mí. In te speravi [(Sal 7, 2)].

Y en la hora de la muerte podrás decirle: Pecadora he sido, pero al fin, Jesús, vuestra soy.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 40, págs. 1-4**

*Profesión de Marina N.
Ulldecona, 1901*

Mis hermanas en el Señor: Otra vez un alegre acontecimiento va a tener lugar en este templo

y en esta casa.

Otra vez vais a escuchar cánticos de espiritual regocijo, de santa expansión, precisamente después de los cánticos fúnebres de esta pasada semana.

Otra vez vais a ser espectadores de una de esas fiestas, que aunque repetidas, siempre llenan de dulzura el corazón.

Bendito sea el Señor, mis amados, que en medio de las disipaciones con que han de tropezar tan frecuentemente nuestros ojos, nos permite asistir a estas santas y agradables fiestas.

Porque, ya lo sabéis, estas fiestas, a diferencia de las fiestas mundanas que cuando se celebran no producen más que la ilusión y el atolondramiento, y cuando han pasado no dejan más que el hastío y vacío del corazón, estas fiestas, digo, son suaves al presenciarlas y dejan luego en el fondo del alma las delicias de los recuerdos.

Y como no puede menos de ser grato a vuestra piedad el ver que una planta arrancada del mundo y trasplantada al jardín de la religión, va a ofrecer para siempre el fruto de consagración a Jesús para seguirle por el camino de la perfección evangélica.

Y cierta- mente, hija mía, Sor N. N., tú vas a ser en este momento objeto de la atención y del anhelo de este pueblo. Vas a ser motivo de satisfacción para tu familia, y ser spectaculum mundo et hominibus [(1 Cor 4, 9)]; y hasta la Iglesia santa se regocija en ver este nuevo germen en los días de su vejez, y se gloria de esos felices signos de su perpetua fecundidad.

¿Qué te diré, pues, ya? Yo no debía hacer otra cosa sino lo que el Profeta decía a la mística hija del Rey: *Audi filia*: oye e inclina hoy tu oído, y olvida a tu pueblo y a ti mismo, porque el Rey inmortal de los siglos ha querido complacerse en tu alma, y quiere a todo trance tu corazón, y unirse a él con lazo sempiterno [(Sal 44, 11)].

Yo debía limitarme a anunciarte que está

cercano tu suspirado momento, y que pronto, muy pronto una corona de flores ornará tu cabeza, y entre el concierto armonioso de los ángeles y sobre todo del de tu guarda enunciarán tus promesas, y tu nombre quedará escrito en el libro de la vida, y quedarás sellada con el sello del Cordero misterioso, y entrarás en el derecho de entonar aquel cántico divino reservado a las vírgenes, y que no es dado al oído humano descifrar.

A esto debía limitarme yo en este momento.

Mas ya que comisionado por el Ilmo. Prelado, y por lo tanto a nombre de la Iglesia, debo yo exigirte nueva protesta de tu resolución, poner ante tus ojos las obligaciones que vas a contraer, y beneficios de Dios, para que obres con sumo conocimiento de causa; ¿qué diré yo y qué te recordaré? Trasládate con el pensamiento a aquel pasaje de Jacob ... Eligite ...

El Señor, hija mía, te ha sacado del [?]

¿Será preciso que yo te exija la protesta de Josué?

¡Oh, no! yo sé que tu resolución está hecha, que tus deseos son de unirme estrechamente con tu Jesús hasta el último momento de tu existencia; que le has jurado fidelidad; y por ello no debes olvidar las obligaciones que te imponen las promesas que vas a ofrecerle, y los deberes que vas a contraer. [?] pues, al Señor.

Y al hablarte de estas promesas y de estos deberes, yo, hija mía.

Y hoy más que nunca.

Pero ¿dónde voy, hija mía? Hace 14 meses que estás practicando

Porque al pensar que es Dios, El solo, el que te hace esta gracia, tu corazón no puede menos de latir al impulso de la gratitud.

Acércate, pues, y dile con el Profeta: Unam petii a Domino. [(Sal 26, 4)].

Vota mea Domino reddam in conspectu ... Omnis populi ejus, in domo Domini, in medio tui Jerusalem [(Sal 115, 19)].

Acércate, y entra de lleno en el gozo de tu felicidad.

Pero ¡ay! en medio de la dicha que te embargue, no olvides al mundo y a las necesidades de la Iglesia y de las almas todas. Vas a profesar en días peligrosos. Ruega por el mundo. Ruega por tu familia que hoy hace en su corazón el sacrificio de tu compañía. Seas para ella en medio de los sinsabores y tribulaciones y miserias que agitan el mar de esta vida, como aquellos ángeles que nos pinta el poeta, que se interpolen ante Dios en medio de las tempestades [?] en este día

Una súplica a Jesús y siempre, para el celoso sacerdote que te ha querido apadrinar y te ha cuidado espiritualmente para Cristo. Que cumpla Jesús con él los designios de su gracia para que sea un reparador de su Corazón; y a ese ferviente padrino y bondadoso sacerdote que no ha dudado, después de ayudarte espiritualmente para Cristo, en poner el sello de su afecto, haciendo los oficios de padre en este día. Que Jesús llene en él ... y una súplica ferviente para esa amable joven y querida amiga, que ha querido tener a gloria el apadrinarte: que el Señor le constituya en una celosa, constante reparadora de su Corazón.

Una supliquitita para mí ... (que me has obligado a [?] en obsequio tuyo a tejerte esta pequeña corona de flores).

Una súplica para todos los que aquí te rodean y se asocian a tu dicha, y en nombre de los cuales te doy el parabién.

Pide a Jesús que así como nos reunimos al esplendor de esta fiesta, podamos un día reunirnos para entonar ante el Cordero aquel cántico eterno de [?] en la feliz eternidad.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 41, pág. 1**

*Profesión.
A María de Ulldecona. 1901*

Otra vez un alegre acontecimiento va a tener lugar.

Y ciertamente, Sor N. ... vas a ser el objeto de la atención de este pueblo. Id.

Y el Angel de la guarda espera ... Y [?] en el desierto.

¿Qué debía decirte yo, sino Audi filia ...? [(Sal 44, 11)].

Mas ya que [soy] enviado por el Prelado para recibir tus votos en cumplimiento de mi deber, yo debo, antes de que des este paso, que te lo pienses bien: trasládate con el pensamiento a aquel pasaje de Josué.

Ya sé que tu elección está hecha. Pero debo recordarte una palabra: tus votos; y al desprenderte, con el efecto de ellos, de lo que el mundo llama propiedad, y hasta el sacrificio,

Pero ¿dónde voy? Acércate.

En tu felicidad no te olvides ...

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 42, págs. 1-2**

Benicarló, 21 de Enero de 1900

Y tú Juliana Ferré, desde hoy Sor Juliana del Smo. Sacramento, bendice al Señor, hermana. La Madre Purísima ha sido tu esperanza, y hoy quiere ser tu recompensa. Al despertar de tu vocación, una luz brilló ante tus ojos, y fijaste tu mirada a esa estrella, y hoy puedes ofrecer el homenaje de tu cuerpo y de tu corazón, colocada bajo el manto de esta Madre cariñosa. No olvides en este [momento] a tu padre y a esta tía cariñosa, que lo han dejado todo para asociarse a tu fiesta. Seas con tus oraciones el ángel que vele por ellos en todas las tribulaciones de la vida. Y no olvides de un modo especial a aquella madre que te dio el ser, y que hoy desde el cielo te mirará complacida.

Y tú Soledad Arahuel, desde hoy Sor Soledad del Sagrado Corazón. Da gracias al Corazón de Jesús, que hoy te admite a sus santos esponsales. Circunstancias de enfermedad han impedido la presencia de tu familia. No obstante, en estos momentos están pensando en ti, y yo te envío, a nombre de ellos, mi parabién. No los olvides en tus oraciones, [?] en la alegría de este día.

Todas dos no olvidéis un recuerdo para estos [?] y estos fieles, a fin de que

 Cuando el mundo materializado,
 Tobías.

Una vez más.

Si vosotras vais a ser objeto de
Y la Iglesia se regocija.

¿Qué os diré yo? Yo debía exponeros lo que es, lo que significa el estado que vais a abrazar.

 Pero, lo sabéis.

 ¿Qué os diré?

Me contentaría con recoger algunas flores del libro de los cánticos, apropiadas al llamamiento que Dios ha hecho de vosotras, y lo que exige de vuestro corazón.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 43, págs. 1-7**

(bb)
(Nieves)

¿Qué te diré, pues, en este día? Ante todo como comisionado por el Ilmo Prelado, y por consiguiente, a nombre de la Iglesia santa, para presidir y dar fe de tu profesión canónica, mi primera obligación debería ser el hablarte de tus deberes, de los compromisos que vas a abrazar, de las obligaciones que vas a contraer. La santa Iglesia, hija mía, que si en todo obra con suma delicadeza, y con aplomo santo, lo exige muy principalmente cuando se trata de la elección de la vida religiosa; quiere ante todo un claro conocimiento y una entera libertad. Y tú sabes, hija mía, lo que se hace en esta materia. Como si las pruebas verificadas antes de tu entrada no fueran bastantes, tú sabes que hace poco una comisión expresa, y de personas que no pudieran hacerte ninguna presión, intervino, para que sola y en el secreto de la confianza, manifestaras tu voluntad, y dijeras cuanto pudiera ofrecerse para obrar con santa independencia. Te se han hecho probar todas las austeridades de la regla, sin dejar ni una, para que supieras la cadena de actos sobre los cuales ha de girar tu vida. La santa Iglesia quiere aun que se practiquen los ejercicios preparatorios a fin de que, de nuevo y a la luz de una santa tranquilidad y entrando dentro de ti misma,

puedas ver el paso que vas a dar.

Y no contenta con todo esto, la santa Iglesia quiere que hoy todavía repitan a tus oídos la voz santa de la amonestación, para que obres con acierto.

Yo por ello digo, debía decirte hoy, que apenas acabes de pronunciar tus votos al Eterno, quedarás atada con la triple cadena de la castidad, de la obediencia, de la pobreza.

Pobreza. Y al desprenderte con el primero de estos votos de aquella carga que se llama propiedad, recuerda que no ha de ser sólo exterior y de fórmula, sino que tu corazón ha de estar apartado de todo aquello que fascina a los mortales con el brillo de lo perecedero.

Nada te faltará, hija mía, porque la Providencia velará sobre ti, pero tu corazón ha de estar libre de todo objeto por insignificante que sea, para que no te hagas desagradable a los ojos de aquel que hoy te asocia a sí, y tan amante de la pobreza, que no

Y con el de castidad, vas a hacer el sacrificio de tu cuerpo a Jesucristo, y que ha de durar toda la vida. Y con él has de negar a tus sentidos las satisfacciones para otros legítimas, para que puedas merecer el título de esposa del Cordero. Y debes remontar tu alma, a fin de emanciparte de esta casa de barro, que te rodea por todas partes.

Y con la obediencia has de sacrificar tu voluntad, para no vivir sino en la de Dios, señalada por tus superiores en todo aquello que no sea ofensa a Dios.

Y has de practicar las reglas estrechas, sin despreciar un ápice, por insignificante que sea, porque ellas te servirán como de barrera para impedir la inconstancia y ligerezas de tu espíritu. ¡Oh, y cuánto sacrificio!

Yo debo recordarte [que] este lazo ha de ser eterno. Para siempre consagrada a Dios, y en el estrecho círculo de un claustro.

Desde hoy ya no te pertenecerás. Ya no pertenecerás más que a Dios y al prójimo. A Dios, para no pensar más que en él, y no obrar

sino por su gloria. Al prójimo, para ser víctima por él, levantando tus manos y tus ojos al cielo por ellos, a fin de arrancar gracias de consuelo al Corazón de Jesús, en favor del mundo.

Yo debo decirte también que cualesquiera que sean las circunstancias que el Señor te prepare, no debes olvidar las promesas que hoy haces a Dios, y que te constituirán esposa de su Corazón.

Y no debo ocultarte las circunstancias de tiempo y época en que realizas tu profesión religiosa. Porque si siempre deben ponerse a la vista de la que debe profesar sus futuras obligaciones, hoy mucho más, que median peligros especiales, que ponen en peligro tu tranquilidad y tu porvenir.

Una tempestad revolucionaria se cierne sobre nuestras cabezas, velada sólo con vapores de aparente tranquilidad, pero que avanza, avanza, llevando en [su] seno gérmenes de destrucción, ora envuelta en viento que [se] oye de lejos, ora en ... Si se tratase

Y que no lo ignores: se dirige a los Institutos religiosos .

Estamos sobre un volcán, hija mía. Bien es verdad que en la mano de aquel Dios que manda a las tempestades, puede calmarla; pero si su divina voluntad quisiera que descargarse sobre nuestras cabezas, cuán triste sería tu posición y tu porvenir.

Y por lo tanto, hija mía, hoy tienes tiempo todavía para conjurar amarguras, el evitarte estos peligros, el sacudir estas obligaciones.

Hoy debo decirte que tienes aquí una madre cariñosa, ¡ay, que lo sabes!, no pensaría más que en labrar tu felicidad. Aquí tienes una numerosa y amable familia, que velarla por ti.

Hoy ... pero ¿donde voy, hija mía? ¿A qué hablarte ya de peligros, de deberes de obligaciones ...? Perdóname si por última vez mortifico tus oídos, en cumplimiento de un deber.

¿A que hablarte yo de deberes cuando te son

tan conocidos, cuando no son para ti más que lazos de oro que te ligan más íntimamente con el objeto de tus deseos, con tu deseo de sacrificio, de amor? [(Rom 8, 35)].

¿A qué hablarte de peligros, cuando todo lo sabes y lo has meditado, y con el deseo de abrazarte con Jesucristo, has repetido como el apóstol S. Pablo: Quién me separará del amor de Jesucristo? Cierta estoy que ni la vida, ni la muerte, ni

No, hija mía, no; bendice hoy con toda la efusión de tu alma al Señor que te ha escogido y dejado lograr tus deseos. Bendícele con todo tu corazón, tu alma y tus potencias.

Nunca te he hablado de felicidades; pero hoy puedo: al manifestarte el sacrificio completo que encierra tu profesión, puedo decirte que has elegido la mejor parte. Hoy entras a ser porción escogida del rebaño de Cristo Jesús. Desde hoy queda escrito tu nombre con letras de oro en el libro de la vida, y eres declarado objeto sagrado a los ojos de la sociedad, y entras en posesión de los derechos prometidos por Jesús a sus seguidores, y eres honor de la religión, la honra de tu familia; desde [hoy] serás instrumento en manos de Dios para conducir al mundo [en] sus extravíos.

Ahora bien: ¿qué le darás al Señor en cambio de este beneficio inmenso? ¿Quién ha guiado tus pasos hasta esta montaña de tu descanso? ¿Quién te ha conducido por la mano hasta dejarte en el interior de este tabernáculo santo?

* * *

¿Quién te ha proporcionado esta dicha? ¡Ah, Dios; sólo él! Su mano cariñosa te ha escogido para consagrarte para él. Mira bien en las lecciones de ayer, del oficio divino, aquel pasaje de la Escritura, cuando el Señor quiso

buscarse un amigo según su Corazón, rechazado a Saúl. Y dijo Dios a Samuel: ve a casa de Isaí y te diré a quién debes escoger para rey de Israel. Y fue Samuel a casa de Isaí, y se presentó Aminacab, joven de bella estatura y de elegante porte, y dijo Dios a Samuel: No [te] dejes llevar del exterior, porque Dios mira el corazón; y exclamó Samuel: A éste no elige el Señor; y se presentó su segundo hijo ... y exclamó: ni a éste escoge el Señor; y se fueron presentando sus siete hijos, y a ninguno eligió el Señor.

¿No tenéis otro? exclamó Samuel: ¡Ah, sí! otro hay, joven todavía tostado del sol, apacentando el rebaño allá en la soledad del campo; y al verlo Samuel exclamo: Hunc elegit Dominus. A éste escoge Dios para sí, para objeto de su amor [(1 Sam 16, 12)]. Y este corazón, ya lo sabes, fue David, el

Pues bien: El Señor quiso buscarse una alma para sí; dueño de los corazones y de las voluntades de las criaturas, nadie puede resistir la eficacia de su voluntad. Y ve a tantas almas a quienes él mismo ha derramado todos los dones de la naturaleza en su cuerpo y en su alma; ve a esas grandezas del mundo envueltas en el brillo de la vanidad, (y a quienes si él escogiera tal vez correspondieran cariñosamente a este llamamiento); y pasa su vista de ellas, y las deja a ellas, y pone su vista en ti, y te escoge con predilección desde la eternidad, para ser objeto especial de sus complacencias.

Y sino, dime: cuando al despertar de tu razón, cuando ignorabas lo que constituía la felicidad y el porvenir, y sola y sin consultarlo con nadie, sentías oprimido tu corazón y llorabas, y la idea de Dios ya agitaba tu mente, y te sentías enamorada, ¿quién calmaba las olas de ese corazón?

Quando al apuntar tu discreción,

Y en medio de las vanidades del mundo,
cuando éste te se presentaba a tu alrededor,
Desgraciados hijos del mundo, que

acostumbrados a gemir por sus contentos y sus pasiones, no comprenden lo que es la voz de Dios, y desconocen ese llamamiento divino, y creen preocupación y fanatismo, lo que tan dulce y sosegado es para el Espíritu. Tú, hija mía, que sabes por experiencia lo que [es] sentimiento de vocación, compadécelos, porque ¡si ellos supieran lo que es ese don de Dios!

Beneficio grande, inmenso es de la mano de Dios, que te ha escogido para sí, y te convida para que le hagas el sacrificio completo de tu corazón. Y aún ahora no percibes cuán grande es este beneficio: al conságrate tú, no te lleva más que la idea de poder amar más a Dios con tu ardiente corazón. Pero a medida que avances en tu edad, comprenderás, hija mía, las ganancias de este sacrificio. Si mueres joven, podrás decir con el apóstol S. Pablo: *Mihi vivere Christus est*. Mi vivir ha sido Cristo; el morir me es ganancia (para esto entré en el claustro) [(Flp 1, 21)].

Y si al contrario, el Señor prolonga su existencia, a medida que se deslicen los años, desde esa elevada montaña, y a la luz de la experiencia, registrarás con tu vista la ruina de las grandezas humanas, derrumbadas a impulso de la desgracia del desengaño, de la amargura.

Cuando esas campanas que todos los días resuenan en tus oídos te anuncien la muerte de tus conocidos, al mismo tiempo que te servirán para rogar a Dios por ellos, te recordarán cómo pasa el mundo y sus concupiscencias. Cuando las penas que afligen a la humanidad las llores en la presencia de Dios, comprenderás que cuanto hay sobre la tierra no es más que vanidad de vanidades, según la expresión de Salomón.

Y tu vida escondida con Cristo en Dios, separada de los ojos del mundo, subirá en olor de suavidad ante el trono de Dios, y un día podrás entonar aquel cántico, reservado a las vírgenes.

He aquí, pues, expuestos sencillamente tus deberes y tus grandezas.

Yo me extendería en prolijas

consideraciones, pero no quiero.

Acércate, pues, ya a realizar tus eternos desposorios con Jesús. Pronuncia tus votos en presencia de Dios y de este pueblo todo; da tu último adiós al mundo para morir a él y a sus concupiscencias.

El ángel de tu guarda sonriendo de placer ansia el momento de tener la dicha de presentarte ante todos los coros como la esposa consagrada a Jesús.

Y cuando postrada en tierra te ofrezcas víctima a Dios, cuando al pronunciar tus votos recibas el abrazo de Jesús, al embriagarte en tu felicidad, no olvides en aquel momento, en que tan grata serás a sus ojos, no olvides, digo, enviar una súplica al cielo por tantas necesidades.

Envía una mirada ...

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 44, pág. 1

Quando el mundo materializado ...

Si, hijas mías, vosotras

¿Qué os diré? Si yo tuviera que hablar ante un auditorio menos piadoso, diría que el estado religioso

Pero ¿donde voy? Si vosotras sabéis, y yo no debo manifestaros más que lo que significa el acto que vais a practicar ...

La santa Iglesia

Pero ¿donde voy? Si yo no debo hablaros más que de deberes.

La grandeza de vuestro estado

Los motivos de conveniencia social. El honor que les reportaría a las familias, aun ante los

ojos del mundo; lo que diría. El consuelo.

Pero ¿para qué? Si hablo a un auditorio ..

¿Qué os diré, pues? Yo me complacería en pintaros los bienes, las riquezas que el Señor os ha mostrado con la luz de la vocación. Pero ¿como abarcarlos en una breve plática?

Mirad: Trasladaos con el pensamiento a aquel hermoso pasaje del Génesis, cuando Jacob huyendo de las iras de su hermano Esaú le mostró la divina Sabiduría (según la expresión de la Escritura), el reino de Dios, caminando a la Mesopotamia.

* * *

No debía yo dirigiros la palabra, hijas mías. Muy lejos estaba de ello. Las repetidas veces que en este mismo lugar, y con idéntico objeto la he dirigido ante esa venerable comunidad, me

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 45, págs. 1-4**

*Profesión.
Sor Consuelo de Canet.*

No; no quiero registrar tu pasado. Tú misma echa una mirada retrospectiva a los días de tu existencia.

Cuando al despertar de tu razón y de tu adolescencia, en tu corazón brotó la llama del deseo del amor, de la dicha, de la felicidad, y el mundo se presentó a tu vista, y sus primeras impresiones hirieron tu imaginación,

Y el brillo de sus vanidades te hacían distinguir como un camino de flores de falsa felicidad,

Y tu corazón indeciso, como mariposa inquieta, buscaba un objeto en que fijarse, y la inconstante navecilla de tu alma era como batida por vientos diversos que la agitaban, y lo presente no te satisfacía, y lo porvenir preocupaba tu alma, y los peligros se multiplicaban, y los enemigos de tu alma acechaban los momentos, y la agitación vino a apoderarse de tu alma

Y entonces, y en tu adolescencia, por medio de la luz de la fe y de una cristiana educación, y dispuesto tu corazón, oíste una voz amiga que te decía: Ven, ven a refugiarte en los agujeros de la piedra. Enuncia esta piedra el apóstol S. Pablo: Petra autem erat Christus [(1 Cor 10, 4)]; y el agujero de esta piedra, su dulcísimo corazón.

Y unida a él, tal vez íntimamente, desde el día de tu primera comunión, descansaste de tus primeras agitaciones.

Unida a tu Dios, te parecía [poder] desafiar el huracán del siglo, que percibías en tus oídos. Y en el fondo de aquel bendito retiro, en tus primeros fervores y en el silencio de tus pasiones exclamaste con David: Si el Señor no hubiese estado conmigo, cuando las tempestades de mi imaginación y de mi corazón se levantaban contra mí, hubiera perecido.

Bendito sea el Señor: he sido arrancada como el pajarillo, de las redes del cazador; la red se ha roto y yo he sido libertada.

Todo mi apoyo está en Jesucristo, que es para mí la piedra de mi refugio. A él permaneceré unida.

Pero ¡ah! que no estaba contento el Señor. Las prácticas de piedad y tus habituales

ocupaciones formaban la cadena suave de [tu] primera juventud; y en el fondo de este sagrado retiro, he aquí [que] oíste otra voz que te decía: *ascende superius* [(Lc 14, 10)].

No; no quiero yo, hija mía, proseguir en mis consideraciones. No quiero retardar por más tiempo el momento deseado de tu consagración, que bastante te ha sido dilatado.

Acércate ya, y pronuncia aquellas palabras que la Iglesia pone en tu boca en este día: *Posuit signum in faciem meam*.

Y en este momento el Angel de la guarda sonreirá de placer y entrarás a ser del número de los seguidores de Jesús en el camino de la perfección evangélica.

Y tu nombre quedará escrito en el libro de la vida, y entrarás en el derecho de las promesas ofrecidas por Jesús a sus perfectos seguidores, y será el principio de tu santificación y felicidad.

Pero en medio de la satisfacción que te cabe en este día, no olvides, no, las necesidades de la Iglesia; ni olvides tampoco a los que nos asociamos con el corazón a tu dicha.

Ruega hoy, y todos los días, por la santa Iglesia combatida por tantos enemigos solapados y descubiertos, para que salga pronto triunfante de la crisis por que está pasando.

No olvides al anciano León XIII, para que pueda completar los designios de la caridad en bien de tantas naciones, a las cuales atiende con solicitud.

Ruega por este pueblo, para que se aumente la piedad en él, y se multipliquen las almas que reparen al Corazón de Jesús.

Ruega por este tu hermano y cuñada que con tanta solicitud han atendido a tu bienestar.

No olvides, no, como no olvidarás a aquellos seres queridos, a los cuales debes la dicha y que hoy no pueden presenciar este acto, pero que desde el cielo te contemplan con el gozo de tu corazón, asegurada para siempre en el seno de la religión.

Ruega por esas atentas amigas tuyas que

viniendo [?] y no reparando en la estación del tiempo, se han apresurado a tener la satisfacción de saludarte en tus desposorios.

Ruega por mí,

A fin de que así como reunimos

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 46, págs. 1-12

Mis hermanas en el Señor: Cuando el mundo materializado parece haberse hecho extraño a todo sentimiento religioso; cuando las pasiones humanas parecen desencadenadas contra toda idea de grandeza en el orden espiritual; cuando nuestros oídos escuchan con frecuencia el bronco grito de los descendientes de Edón, que no cesa de repetir, como en otro tiempo, el exterminio del templo y del altar, ¡cuán dulce! ¡cuán grato y consolador no debe ser para los corazones piadosos la presencia de esta solemnidad! El ver aquí a esa nueva virgen (o joven), que viene a acrecentar el número de la escogida grey de Jesús, y a ofrecerse a Dios para siempre.

¡Cuál no debe ser nuestra gratitud para con el Señor, que al dejarnos repetir estos acontecimientos, nos recuerda la juventud, siempre lozana de la Iglesia católica, y nos afianza de que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella!

Sí, ¡oh, hermana mía!: tú eres objeto en este día de una escena que por lo grandioso y tierno que ella encierra, no puede menos de producir afectos dulces y emociones suaves a cuantos se honran hoy con su asistencia a este grande acto de nuestra religión santa. Tú nos

vas a enseñar prácticamente el desprecio del mundo, sus pompas y vanidades; tú eres hoy espectáculo digno ante el mundo, ante los ángeles y los hombres. A los ángeles ...

¿Qué podré decir, pues, yo en este momento, que pueda interesar tu corazón y el de estos mis oyentes?

No era yo el que debía dirigirte la palabra en este día. Lejos estaba de preveerlo. Pero ya que me veo precisado a ello por la necesidad de última hora, ¿qué podré decir para llenar el vacío del que *mejor que yo debía* haberlo hecho?

Me limitaré, pues, a manifestarte y manifestar a mis oyentes el beneficio que Jesús te ha hecho en la vocación y en tu profesión religiosa ... y como has de corresponder, ... Ave María.

Mis hermanos en el Señor: Si yo tuviera que dirigirme a un auditorio menos piadoso, o en el que pudiese caber alguna de esas preocupaciones, hijas del Espíritu del siglo, yo me complacería en exponer lo que es, lo que significa la vocación religiosa.

Yo os diría que la vocación religiosa es una luz, un llamamiento especial del cielo. No es uno de aquellos fuegos producidos por los vapores que se levantan del lodo de la tierra, ni uno de esos meteoros brillantes que se forman en el aire de otros vapores más sutiles, y que desaparecen luego. Es, si, un astro que brilla en el firmamento, colocado allí por la mano de Dios, para esclarecer y conducir al alma escogida para ello.

Porque no es, no, como creen los hijos del mundo (ignorantes del espíritu de Dios, como dice el Apóstol), efecto tan sólo de una educación más o menos piadosa, o de un temperamento melancólico, o de una preocupación de espíritu, sino que es una gracia, tal vez la más preciosa, que el Señor tiene reservada en el tesoro infinito de sus misericordias; es un llamamiento atractivo, dulce y claro como la luz del cielo.

(Y para comprenderlo mejor, yo les diría que

la vocación religiosa no es una gracia general y común, sino que es una gracia especial y particular, que sólo se concede a aquellos que el Señor se ha dignado escoger para sí.

No bastan para descubrirla los ojos de la carne, ni prestan auxilio alguno el estudio y la ciencia humana; es necesario estar dotados de aquellos ojos del corazón, según el lenguaje del mismo Apóstol, que Dios concede a quien quiere y sin los cuales la criatura permanecerá ciega en medio de la misma luz).

Yo diría también, si fuesen otros mis oyentes, los motivos que en el orden moral, social y aun material representan estos actos de virtud, obrados por la mano del mismo Dios. Yo diría que los muros religiosos son como faros luminosos, colocados de trecho en trecho para enseñarnos el camino del cielo en medio de las tinieblas de vicios y pecados en que está el mundo sumergido.

Yo les diría ... pero ¿donde voy, hermanos míos? ¿Para qué todo esto, si yo estoy hablando ante auditorio piadoso que al venir aquí a presenciar este acto, no viene a indagar razones, ni a que se expongan motivos, sino rebosando fe, y acompañando esta fiesta con el corazón?

Sí, ya lo veis; ante unos padres cariñosos que ... y hermanos queridos que sacrifican gustosos en aras de su piedad y de la voluntad de Dios, lo que más aman sobre la tierra, y que, como Abrahán, no dudan rodear el ara donde han de sacrificarse las más dulces emociones de la paternidad. Hablo ante corazones piadosos de personas conocidas, que se asocian con júbilo a esta fiesta.

Ya que esto no, me limitaré, hermana mía, para alentar tu corazón, a pintarte los tesoros escondidos en la Religión que el Señor te ha hecho entrever a través de la luz de tu vocación.

Trasladaos con el pensamiento, hermanos míos, a aquel pasaje de la historia sagrada, cuando Jacob para huir, por consejo de su

madre, de las iras de Esaú, se vio obligado a dirigirse a la Mesopotamia, y fatigado en medio del desierto, pobre y desamparado, arrimando el báculo que llevaba, se puso a dormir sobre la tierra.

(Me estorbáis y ya seguiría).

* * *

Nota: no se transcribe la página 8 al no guardar relación con el documento. Al principio de la 9 se repiten las últimas líneas de la pág. 7.

* * *

arrimando el báculo que llevaba, se puso a dormir sobre la tierra, poniendo la cabeza sobre una piedra. Apenas hubo cerrado los ojos del cuerpo, Dios abrió los de su alma, y le mostró su reino, y vio una escala que tocaba con una punta la tierra y la otra llegaba al cielo por la cual subían y bajaban los ángeles; y vio al Señor de ellos que estaba apoyado sobre ella, y le decía: Yo soy el Dios de Abrahán; yo te daré esta tierra [en] que duermes, que mana leche y miel, para ti y tus descendientes; yo seré tu protector y tu guarda. Y al despertar Jacob exclamo: Verdaderamente Dios está en este lugar, ésta es la casa de Dios y la puerta del cielo [(Gn 28, 16-17)].

Ahora bien: según el P. Lapuente, fue Jacob en esta jornada figura de las almas a las que Dios llama al estado religioso, la cual figura exponiéndola el mismo piadoso autor dice: que

las almas a las que Dios llama, se resuelven a obedecerle por huir de las iras de su hermano Esaú que es el mundo, hermano según la naturaleza, pero su cruel enemigo por la culpa, pues no trata sino de quitarles la vida de la gracia y arrebatárles el mayorazgo del cielo; y para escaparse de sus manos, no dudan abandonar la casa paterna y las comodidades que en ella podrían tener.

Mas que para que hagan esto con mayor suavidad, les enseña el Señor las riquezas de su reino y las excelencias de la vida religiosa, figurada por aquella escala. Porque no es otra cosa la sagrada religión, sino una escala para subir al cielo, firme y segura y hermosa, la cual por una parte toca la tierra, por estar fundada en el conocimiento propio y en el desprecio de sí mismo y de las cosas criadas, y por la otra toca al cielo donde está Dios apoyado, porque llega hasta el amor perfecto, porque junta el alma a su Criador.

Los escalones de esta escala, continúa el mismo expositor, son pobreza, castidad y obediencia y demás ejercicios de lección y meditación, por los cuales suben a modo de ángeles en el cielo. Y de aquí es que, como cada uno gusta de juntarse con su semejante, los ángeles del cielo bajan y suben también por esta escalera; bajan para conversar con las almas, y suben para ofrecer a Dios sus oraciones.

Y para que no desmayen en esta jornada, el mismo Dios está sobre ella, para decirle: «*Yo soy tu recompensa, que es grande en demasía*».

Por esta semejanza de oficios entre los ángeles y las almas que viven en la religión, dijo S. Jerónimo aquellas palabras: *Quod faciunt angeli in coelis, hoc monachi faciunt in terris.*

Pero perdónenme; ya sé [que] te estoy entreteniendo demasiado. Acércate y exclama con el Profeta: *Unam petii a Domino*. Una sola cosa había pedido al Señor; *ut inhabitem in domo Domini*; el habitar en la casa del Señor; *in*

longitudinem dierum; durante la longitud de mis días [(Sal 26, 4)] *Vota Domino reddam.* Ofreceré mis votos al Señor, en presencia de todo el pueblo, colocada *in Atriis domus Domini*, en los atrios del Señor [(Sal 115, 14.19)].

Y en este día de tu dicha, no olvides las necesidades del mundo, todo, puesto que empiezas a ser víctima de propiciación.

Pide una bendición al Señor por todas las necesidades del mundo. Pide por el Sumo Pontífice ... para que el Señor rompa las cadenas ...

Pide por nuestra España, para que vuelva a ser la España del P. Sto. Domingo y de Teresa de Jesús.

Pide por ...

No olvides a estas tus amigas ... en cuyo nombre te felicito.

Pide por la Obra de la máxima gloria.

No olvides a aquella hermanita consagrada como tú al Señor, que en estos momentos te contempla a través de la distancia y te está ofreciendo a Dios en su corazón.

Pide [por] padres, hermanos, difuntos, tíos, ..

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 47, págs. 1-4

Mis hermanas en el Señor: Obligado dulcemente a última hora, a dirigiros la palabra, y en ausencia imprevista del que mejor que yo hubiera entretenido y enfervorizado vuestro espíritu, ¿qué es lo que podré yo deciros para llenar tan gran vacío, en esta dulce solemnidad?

Si yo tuviera que dirigiros la palabra ante un auditorio menos piadoso, y para quien fueran desconocidas estas solemnidades; ante un auditorio en quien pudiese haber algún rastro de aquellas preocupaciones, hijas del espíritu del mundo, que han logrado penetrar hasta su corazón, mi situación sería más desembarazada; bastaría exponerles lo que es, lo que significa la vida y la profesión religiosa y vindicarla de los atrevidos ataques con que la impiedad ha querido empañar su belleza.

Yo les diría que el estado religioso es para la Iglesia y para el mundo el huerto cerrado de los Cantares, inaccesible al ojo profano, donde el Amador de las almas derrama sus efusiones, como en su propio paraíso. Que el estado religioso es, en el lenguaje de los Santos Padres, la porción escogida del rebaño de Cristo Jesús; que es la pequeña grey a la cual este Divino Salvador enviaba su llamamiento con acento tierno y cariñoso durante los días de su vida mortal, y cuya perspectiva le llenaba de dulce complacencia, en medio de las amarguras de su tierno corazón. Que las almas religiosas son las anunciadas por el Espíritu Santo como lirios olorosos que debían brotar entre los abrojos y espinas de una tierra maldecida; como aquellos ángeles, que nos describe el poeta, que se interpolen en medio de las tempestades para rogar por los náufragos, los tabernáculos de la ley de la gracia.

Y aun sin acudir a estas razones, tal vez no cautivarían su entendimiento analizando tan sólo las necesidades del corazón humano, les haría ver la razón de estos asilos del alma, unos asuetos para los corazones sedientos de verdad y de amor; la necesidad de estos puertos abiertos por la mano divina a los corazones agitados en medio de las tempestades del siglo; y a la luz de la historia, les evidenciaría los beneficios que en el orden moral, [?] social han reportado estos recintos sagrados colocados en medio de la noche y de las tinieblas de la desgracia y del vicio como faros luminosos que

nos señalan el camino de la virtud y del cielo; como oasis en cuya sombra nos es permitido respirar en medio del cansancio del espíritu. ¡Oh, qué vasto campo se ofrece a mi imaginación en este momento!

Yo les diría ... pero ¿dónde voy, hija mía? Si os dirijo la palabra ante un auditorio escogido, que al venir a presenciar vuestros solemnes desposorios, no viene a indagar razones, ni a que se le expongan motivos, sino con el corazón rebosando ternura y entusiasmo, deseándote saludemos con el corazón.

Y ya lo veis: ante unos padres en quienes ejerce más imperio la piedad que la naturaleza, y no temen rodear el altar, sobre el cual los derechos de la carne y de la sangre van a ser inmolados al amor divino.

Ante unos parientes amigos, conocidos, que se asocian a vuestra dicha, de ver en vosotras la perpetua fecundidad de la Iglesia católica, engendrando vírgenes en los días de su vejez.

Ante esos ministros sagrados, que se preparan a bendecir esos símbolos venerables, y a ser testigos autorizados de vuestra consagración.

¿Qué podré decir, pues, que pueda interesarles?

¿Qué es lo que podré decir, pues, yo ya en este momento?

Por otra parte si al dirigirme a vosotras tuviera que tratar con almas menos instruidas también en los deberes religiosos, o en otras épocas en que fomentadas algunas vocaciones desde la infancia y al calor de continuados ejemplos, sin los atractivos que le corresponden del siglo, yo me complacería en exponeros todos los deberes y asperezas de la vida religiosa, para que obrarais con conocimiento de causa en el paso trascendental de la profesión religiosa, sobre todo en medio de los peligros que hoy día pueden rodearnos.

Pero ¡ay! nacidas en medio del siglo XIX, no ajenos vuestros oídos al clamor que la impiedad nos ensordece con sus amenazas; heridas más de

una vez por los apóstrofes que el espíritu; y en medio de una atmósfera que se respira, concedoras perfectamente de lo que vais a practicar, ¿qué podré decir yo, hijas mías, que sea nuevo para vuestro corazón? (Yo deberla no más que felicitaros).

No obstante, en cumplimiento de mi cometido y de lo que la Iglesia nos manda para este acto, permitidme que os recuerde tan sólo para actuar vuestro corazón, lo que es el acto que vais a realizar.

Y bien: ¿qué es el acto [de] la profesión? Dos caracteres abraza la idea de la profesión solemne: la de felicidad del logro de nuestros deseos y la idea del sacrificio

Mirad: hace poco más de un año que combatidas por los temores y las contradicciones, la incertidumbre agitaba vuestros corazones, y hasta vuestros semblantes por las fuertes emociones Humedecidos todavía vuestros vestidos por las tempestades del siglo, pudisteis felizmente guareceros en la pena santa de la religión, y respirar tranquilamente, después de la larga travesía de combates y de esfuerzos.

¿Y qué era lo que entonces tan fuertemente impulsaba vuestro espíritu, y os hacía ansiar la sombra de una tranquila soledad?

¡Ah! cuando al despertar de vuestra discreción, encontrados horizontes se descubrieron a vuestra vista, el deseo de felicidad agitó vuestro corazón, y con el instinto de la gracia, y con la antorcha de la fe comprendisteis muy bien que, como dice Jesucristo, una sola cosa era necesaria para la perfecta felicidad: el tesoro escondido del reino de los cielos, la calma de corazón.

Y visteis que este tesoro escondido no se encontraba, como dice Job, ni en los abismos del mar ni de la tierra, que a cada suspiro y a cada deseo de vuestro corazón, respondía: *non est mecum*, no está conmigo la felicidad.

Y que no se encontraba este tesoro en las altas cumbres de la vanidad, y de los placeres,

que a cada paso están gritando: *non est mecum*, no está conmigo.

Y que no se encontraba ni en los atractivos del lujo, ni en el bullicio del mundo, ni en el brillo de las riquezas.

Visteis que todo cuanto hay en el mundo, como dice S. Juan, es concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida. Que la felicidad de la tierra es como la flor del campo, que por la mañana nace, y por la tarde cae marchita y seca sobre su tallo.

Visteis con la luz de la vocación, porque sin ella nada hubieseis visto, que el verdadero tesoro, la felicidad sólida

* * *

Pero la perfección religiosa encierra también la idea del sacrificio. Yo no debo ocultaros, hijas mías, que desde el momento en que pronunciéis vuestros votos, encadenáis vuestro corazón, vuestra alma, y vuestro cuerpo con el triple lazo que debe uniros a la perfección evangélica. Y al desprenderos con el primero (véase la adjunta a Rivas y Asunción de S. José).

* * *

(a) lida y verdadera podíais encontrarla en la soledad del claustro, en la alegría con que se sufre y se mortifica por Dios, en la dulzura, al pensar como S. Pablo, en estar cautivos y prisioneros por Jesucristo; en el interior gusto con que se soporta su yugo; en los consuelos interiores de la penitencia,

preferibles a los placeres de los sentidos, y en la paz del alma que causa una vida austera.

Y al ver que empezáis a realizar los instintos de vuestra alma y los deseos de vuestro corazón en el hallazgo de la verdadera felicidad, ¿cómo puedo llamarlo sacrificio ya, sino un beneficio inmenso del Señor que os ha concedido sin mérito ?

(De la plática de Nieves, Vestición).

Ahora (Lladó), hoy realizaréis

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 48, págs. 1-7

Sor María

Mi hija en el Señor: ¿Y es verdad que ha llegado tu suspirado momento? ¿Es verdad que ha llegado, al fin, el día de tu profesión religiosa? ¡Ah! sí, pronto esta corona de flores ceñirá tu cabeza, como una señal de triunfo y

Y tu nombre quedará escrito en el libro de la vida.

¿Qué te diré pues, hija mía, en este momento que pueda interesar tu corazón, y actuarte para el acto que vais a practicar?

¡Oh! Si yo tuviera que dirigirte ahora mi palabra ante un auditorio menos piadoso, me sería muy fácil extenderme en consideraciones: porque les hablaría de lo que significa este acto; de lo que es el estado religioso que vas abrazar [?] ante los ojos de la Iglesia y de la sociedad. Yo le diría que para la Iglesia el

estado religioso,

Y para la sociedad,

Pero ¿dónde voy? Si te hablo, hija mía, ante personas piadosas que al venir aquí no preguntan ni vienen a buscar razones ni a que se les diga lo que es, sino que vienen prevenidas, henchido su corazón de ternura y de entusiasmo.

Ya lo veis: ante unos padres queridos, que gustosos te ofrecen su sacrificio ante los altares de su Dios; te hablo ante parientes y ante amigos y amigas que te rodean con santo júbilo, y que con el corazón te felicitan.

¿Qué te diré, pues? Ya que deseas una palabra de mí antes de verificar tu consagración, sólo quiero que medites las palabras que pone la Iglesia en la Epístola de la fiesta de este día, y que muy [bien] puedes aplicarte, pues parecen dichas para esta festividad.

In [his] omnibus requiem quaesivi et in hereditate Domini morabor, dice el libro del Eclesiástico. En todas las cosas busqué el descanso, y sólo en la heredad del Señor podré morar [(Eclo , 11)].

¡Oh! hija mía, pondera bien estas palabras: En todas las cosas busqué el descanso. Cuando al despertar de tu razón, tu imaginación inquieta, ¿no es verdad que buscaba un lugar en donde descansar tu corazón? Y todas las cosas del mundo desfilaban ante tu vista; y en ellas observabas si podías encontrar el descanso apetecido; y nada de ello satisfacía tu alma; y el vacío llenaba tu espíritu; y el Señor te enseñó la heredad santa de la religión, y exclamaste: In hereditate Domini morabor; en la heredad del Señor quiero fijar mi morada; y a este grito de tu corazón mil dificultades se levantaron, y sobrevinieron contradicciones.

Pero el Señor que cuidaba de ti, repitió: In Jacob inhabita ... No temas habitar en Jacob, y tener tu herencia en Israel, y entre mis elegidas fija tus raíces. Y el Señor te entresacó [(Eclo , 13)].

Y al verte así privilegiada, bien puedes repetir hoy ante el mundo todo, con el libro de la Sabiduría: Et sic in Sion firmata sum; he aquí el modo como he sido asegurada en Sión; he aquí que descanso ya en esta ciudad santificada, y tengo mi poder aquí en Jerusalén [(Eclo , 15)].

Quasi cipressus exaltata sum in Sion. Como ciprés he sido elevada en Sion sobre todas las demás, y como planta de rosa en Jericó [(Eclo , 17)].

Como oliva especiosa en medio de los campos; quasi platanus: y como el plátano junto a las aguas [(Eclo , 19)]. Tales son, hija mía, los conceptos que en este día de la alegría [de] tu corazón, puedes decir ante el mundo, y más en el fondo de tu corazón. Porque son, hija mía, los privilegios que el Señor te ha concedido al elevarte al estado religioso; ésta es la preeminencia que adquieres en este día y esos títulos magníficos son los que te [ha] concedido la gracia de la vocación.

Gloríate, pues, hija mía, y bendice al Señor, que así te ha bendecido.

Pero ¡ay! que otra compañía y otra circunstancia indica el libro de la Sabiduría, porque concluye con estas palabras:

Sicut cinamomum et balsamum aromatizans odorem dedi; quasi mirra electa dedi suavitatem odoris [(Eclo , 20)]. Como el cinamomo, aquí en la heredad del Señor, produjo aromas; como la mirra da suavidad de olor.

¡Oh! hija mía; ¿comprendes bien estas palabras? El Señor te ha introducido aquí para que des ejemplo de virtud en el mundo, a los ángeles y a los hombres; al mundo, para con tu abnegación y sacrificio [y] tu fervor afrontar su indolencia, y atraerles al reconocimiento de sí mismo; a los ángeles, alegrándoles con tu pureza y tus virtudes; a los hombres, ayudándoles con tus oraciones.

Y aquí debes dar aromas en todos tus actos. Y el cumplimiento de tus votos esenciales que hoy vas a prometer a Jesús; y la práctica de

las reglas; y la cadena de obligaciones que vas a imponerte; todo, todo, hija mía, serán aromas dulcísimos que el Ángel de tu guarda recogerá para depositarlos en el seno de Dios.

Y además de estos aromas de virtudes, debes, hija mía, como la mirra producir suavidad de olor.

Que no basta, no, el cumplimiento de tus votos; no basta, no, el servir a Dios con fidelidad; no basta aun, no, el aspirar a la perfección apartada del mundo. Es preciso que seas como mirra. El Señor escoge a sus esposas para que sean mirra amarga de sacrificio y por lo tanto, hija mía, cualesquiera que sean las circunstancias por donde el Señor quiera conducirte, debes aceptar la mirra que el Señor te envíe.

Los pecados del mundo se elevan al cielo irritando la justicia; las almas viven al borde del precipicio; el Señor está para descargar sus iras; y sólo víctimas agradables pueden detener su brazo.

Víctima, pues, debes ser ante el Señor. Y si el Señor quiere rodear tu corazón de espinas interiores para castigar los pecados del mundo; y si el Señor quiere conducirte hasta el Calvario; y si como grano de mirra quiere que te consumas sobre las brasas de la enfermedad y de los dolores, de la muerte, mirra voluntaria debes ser ante el Señor, y exclamar como el Apóstol: Quis me separabit? [(Rom 8, 35)]

¿Te encuentras con ánimo, hija mía?

¿Estás resuelta a ser víctima de amor y de sacrificio? Si no tienes ánimo, aún tienes tiempo; aún puedes retroceder. No faltará todavía para ti una corona en medio del mundo; todavía ... pero, perdóname, hija mía: ya [sé] que tu resolución está hecha; ya sé que anhelas apresurar el momento de tu consagración, y por consiguiente, no debo retardarlo yo más

Exclama con razón, como el amante del libro de la Sabiduría: En la heredad del Señor quiero descansar. El Señor me ha colocado entre sus elegidas; y como ciprés me distinguió, y como

rosa junto a las fuentes de la gracia del Señor; aquí quiero echar mis raíces para siempre.

Adelante, pues, hija mía. Pronuncia tus votos, como David, en presencia de su pueblo, dentro [de] los atrios del Señor.

Pero en medio cla

No olvides al Sumo Pontífice

A la España

A tus padres. Seas el ángel que vele por ellos en sus necesidades.

A esta comunidad que te ha admitido. A estas amigas.

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 49, págs. 1-5

De la de Tost

Esta visión del Profeta va a tener hoy en ti su cumplimiento. Y vas a ser esa hija del rey de las almas, y vas a ser sellada con el sello del Cordero, y vas a entrar en posesión de las promesas ofrecidas a los seguidores, y tu nombre estará escrito en el libro de la vida.

Tú vas a ser espectáculo

Mejor que David podemos y puedes alegrar tu corazón en este día

¿Qué te diré, pues, ya?

Y yo debiera terminar aquí, felicitándote por tu elección, y animándote a realizar cuanto antes tu eterno desposorio.

Pero obligado a decirte una palabra en esta solemnidad, ¿qué te diré, hija mía, que pueda

interesar vivamente tu corazón, y actuarle para [que] prepare tu alma para este solemne acto?

Tres solas palabras, si las meditas bien, serán bastante para disponer tu corazón ante el beneficio inmenso que el Señor te va a proporcionar: Dios, tú, la vocación

¿Quién te ha traído aquí, hija mía? ¿Quién ha elegido tu alma? Dios ...

¿Qué necesidad tenía de ti, pues, ese Dios inmenso y eterno? Y, sin embargo, este Dios fue el que desde toda la eternidad tenía fija su mirada en ti, y se complacía en señalarte con el dedo como elegida para este estado; e indicaba al ángel que debía guiar tus pasos; y preveía los peligros que debían rodearte y apartaba los tropiezos que podían separarte de él. Como si no tuviese otra ocupación, Dios es el que ha cuidado de ti, desde toda la eternidad. Para que no lo olvidaras, él mismo ha tenido cuidado de advertírtelo por su Profeta: *in charitate perpetua dilexi te. En caridad eterna te he amado [(Jr 31, 3)]*.

¿Y quién eres tú para haber merecido esta mirada eterna de amor y de predilección?

¡Oh! no es preciso que te lo diga; hace muy pocos años no existías; estabas en el olvido de la nada; nadie te conocía ni pronunciaba tu nombre; apareciste en el mundo con el estigma de la muerte; y tu existencia desaparecerá como la sombra; y tu cuerpo volverá al polvo de donde trae origen.

¿Y tu alma? Con el sello del pecado original desde el día de tu nacimiento, con la cadena de nuestras continuas infidelidades, *tanquam pannus*, como paño sucio somos en la presencia de Dios, menos que el insecto que se arrastra sobre la tierra.

Y sin embargo, ese Dios tan grande es el que [te] ha escogido. Y mientras, en sus impenetrables arcanos, deja a tantas otras distinguidas en el mar borrascoso del siglo, que le hubieran servido mejor que tú; y mientras hubiera podido crear almas seráficas a quienes ofrecer su corazón, te escoge a ti por

predilección especial. Has non elegit.

Muy bien podrás exclamar con el Profeta, hija mía, al considerar esta bondad de Dios en los pasos de tu juventud: Recordatus sum tui, miser[ans adolescentiam tuam (Jr 2, 2)]

El Señor se acordó de mí, compadecido de mi juventud.

¿Y cuál es esta vocación, este beneficio, este estado a que el Señor ha querido elevarte?

¡Ah! Yo debiera detenerme aquí, hija mía; yo debiera recordarte y decir a estos oyentes que

Pero ¿dónde voy, si lo tienes meditado! Sólo si, permíteme que te recuerde una comparación del V. P. Lapuente, que me parece oportuno ofrecer a tu consideración en este momento.

¿Recuerdas aquel pasaje

Yo debiera añadirte, hija mía, para hablar de tu estado, los elogios de los S.S. Padres, los magníficos y poéticos rasgos de S. Jerónimo sobre el valor de la virginidad; las consideraciones que ante el mundo ha merecido.

Pero ¿dónde voy, hija mía? Yo recuerdo, te hablo de las grandezas de tu estado, y olvido los deberes que este estado te impone.

Como comisionado por el Ilmo. Prelado, y por lo tanto a nombre de la Sta. Iglesia, yo debiera más bien en este momento, poner ante tus ojos, las obligaciones que vas a contraer, para que tu profesión [fuese] hecha con conocimiento de causa.

Y cuánto augentur dona ...

Yo debía decirte, hija mía. Estrada.

Pero ¿dónde voy? Hace 14 meses que estás practicando lo que ha de formar la cadena de tu existencia; conocidas te son tus obligaciones; por lo [visto] estás resuelta a cumplir tus obligaciones.

Yo lo espero en el Señor, y lo espera la Sta. Iglesia, y lo espera esta venerable [comunidad] que te ha recibido en su seno, y lo espera tu familia, y lo esperan las almas que Dios tenga destinadas santificar por tus oraciones y sacrificios, de que corresponderás al deber de tu estado, ofreciéndote víctima

continua en favor de todos ellos.

Y, por lo tanto, cuando

Vota mea. Quid retribuam? Calicem salutaris.
Nomen Domini, y será ... [(Sal 115, 12-13)]

Acércate, pues, ya, hija mía.

No quiero lastimar tu corazón, que todavía tiene frescas las heridas causadas por reciente tribulación; pero no puedo menos de recordarte, para que lo hagas en la presencia de Dios, a seres queridos.

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 50, págs. 1-8

Profesión Llasat e Ibáñez.

En medio del silencio ... Plática de profesión de Colom.

Pero, ¿y es verdad, hijas mías, que vais a realizar vuestra profesión? ¿Es cierto que vais a ofrecer vuestros votos al Eterno?

¡Ah! permitidme por un momento, y antes de pronunciar vuestra última palabra, que como encargado de acompañaros en esta solemnidad y a nombre de la Iglesia, os diga, hijas mías, que os fijéis bien en el acto que vais a realizar.

En primer lugar, hijas mías, vais a dejar padres ... sois las flores ... el porvenir ... las dulzuras de la sociedad; porque os,

Y os obligáis no sólo a la obediencia, pobreza, castidad, sino a una cadena de actos violentos, y os acostaréis cuando no tengáis ganas.

Pero ¿a qué voy, hijas mías? 14 meses que lo

practicáis.

¿Qué os diré, pues, yo para prepararos a este acto? No debiera ser yo el que os dirigiera la palabra en este día; las repetidas veces que en este mismo lugar, y con idéntico objeto la he dirigido ante esa asamblea, y más aún las emociones encontradas por las que ha pasado mi corazón estos días, me hacen menos propio para ello. Pero ya que me veo precisado a hacerlo por la necesidad de última hora, al fijarme ayer en vuestra solemnidad me han ocurrido dos citas propias para preparar con ellas vuestro corazón.

Al examinar lo que Dios ha hecho, y lo que ello entraña.

Al leer días atrás, en la festividad de S. Juan, las palabras de la Epístola de aquel día, saboreaba las frases del profeta Isaías, aplicadas por la Iglesia a aquel santo.

Antes

Al consideraros hoy trofeos de la gracia de Dios, no podéis exclamar mejor que el Profeta.

Non vos me eligistis [(Jn 15, 16)].

El real profeta David al considerar los beneficios de Dios, que le habían venido con la elección que había hecho de su alma, decía en el salmo 22: Dominus regit me, et nihil mihi deerit [(Sal 22, 1)].

Dominus regit me, et nihil deerit. El Señor es el que me rige. El Señor es el que [me] rige, y me guía y me gobierna. ¿Quién os ha conducido aquí? El Señor, hija mía. El Señor, y sólo él es el que te ha conducido, te ha llamado. Non vos me eligistis. Para haceros ver la gracia del apostolado.

Y os ha regido y conducido y gobernado desde siempre. Y sois. Y os ha llamado hacia el claustro. Mejor, pues, que David podéis decir: Dominus.

* * *

In loco paschuae ibi me collocavit [(Sal 22, 2)]. Si el tiempo lo permitiera, yo me complacería, hijas mías, en haceros ver lo que es la santa religión en lenguaje de los Padres y doctores. Yo os diría que las almas consagradas a Dios, forman la grey ...

Que es el huerto cerrado, donde el Amador

Que es la piedra preciosa del Evangelio

Que es tal la abundancia de los bienes de la gracia, que al preveerlos en lontananza el Profeta, decía ya: *Quam dilecta tabernacula* [(Sal 83, 2)].

Super aquam refectionis educavit me [(Sal 22, 2)]. El Señor os reengendró con las aguas del santo Bautismo; os robusteció con las aguas de sus demás gracias; y no contento con esto, os quiere colocar en las aguas de la religión. Si el Profeta consideraba dichoso a aquel que como el leño de la selva había sido plantado junto a la corriente de las aguas, ¡cuánto más felices vosotras, a quienes el Señor viene a colocar junto al manantial de estas mismas!

* * *

Deduxit me super semitas justitiae [(Sal 22, 3)].

En

Et si ambulavero in medio umbrae [(Sal 22, 4)].

Y cómo no, si estás en la misma viña del Señor, y desde el tabernáculo

Virga tua et baculus tuus [(Sal 22, 4)].

Impinguasti in oleo caput [(Sal 22, 5)].

Pero ¿dónde voy? Si os fuese comentando este salmo, mejor que David confiaríamos.

Pero el tiempo no me lo permite, y por lo tanto omito otras consideraciones.

Yo debiera, hijas mías, haceros ver y detallaros más vuestras obligaciones, pero como las conocéis yo me creo dispensado de ello.

Sólo, hijas mías, sí debo recordaros que sois spectaculum mundo et angelis et hominibus, o como dice en otra parte: mundo et hominibus [(1 Cor 4, 9)].

* * *

Y por lo tanto ... Perfección. Ejemplo. Víctimas.

No olvidéis

Pero acercaos ya.

* * *

Dignas de Dios, por medio de la santificación, hijas mías. Ya sabéis, una vez elegidas, el deber de la santificación. No es materia de descanso.

Espectáculo a lo ángeles. ¡Ay! hijas, en medio de esa disipación general que va invadiendo las clases de la sociedad, en medio de esa sed de lujo, de placeres y de diversiones, paréceme que la virtud y la pureza quieren desaparecer de las naciones.

Al dar una mirada a este mundo, Dios parece que volverá a repetir: Omnis caro. No tiene donde fijar su mirada. Sed, pues, vosotras espectáculo digno a los ángeles, y que vuestra virtud alegre el Corazón de Jesús.

Et hominibus. Y sois espectáculo a los hombres. De vosotras lo esperan todos: la Iglesia, el mundo, las almas, vuestras familias. Oh, hijas mías, si la Iglesia

consiente vuestra consagración; si vuestros padres hacen el sacrificio; si todas esas almas os felicitan y os saludan y se complacen, es porque lo esperan de vosotras; sois llamadas a ser reparadoras de Dios; vosotras debéis [ser] los ángeles de vuestras familias; y con las alas levantadas al cielo debéis recabar gracias y bendiciones; y sus penas y quebrantos, y sus dolores y enfermedades, debéis depositarlas en vuestro corazón para agenciarlas ante Dios; y de día y de noche debéis velar por los intereses de sus almas; sólo así cumpliréis vuestros deberes.

Pero basta ya; acercaros, proferid vuestros votos; y al quedar selladas con el sello, que no sea toda para vosotras la felicidad de este día. Que prueben los demás los frutos.

Pedid por el Papa. Obispo. España. Esta ciudad. Esta comunidad.

* * *

Os priváis de la satisfacción de vuestras familias. Es verdad que pasarán unos años y vuestros padres y vosotras tal vez habréis desaparecido de la tierra, y solas en el mundo ¿qué haríais?; pero también es verdad que con el dote que os dan y con lo que aún podrían ofreceros, podríais pasar vuestra existencia sin necesidad de sujeciones, y aun practicando el bien y la virtud.

Y no sólo renunciáis a las satisfacciones humanas, aun las más lícitas,, sino que os imponéis obligaciones muy rígidas. Prescindo aun, hijas mías, de vuestras obligaciones esenciales vinculadas a los votos de castidad, de obediencia y de pobreza, que éstas os serán dulces; pero el estar sujetas a las prescripciones de la regla, es lazo bastante estrecho. Vosotras no ignoráis que ni un cuarto

de hora del día está a vuestra libertad; y que no está a vuestra elección ni el trabajo ni el descanso, sino que tendréis [que] trabajar y comer y descansar en la hora y en la ocasión que os prescriba la obediencia. Y tener que levantaros a medianoche; y madrugar por la mañana; y practicar esa cadena continuada de actos que forman el tejido de vuestra existencia; y hacerlo todos los días, y siempre y también el [?] ¡Oh! hijas mías, todavía es tiempo; de aquí a un momento ya no lo será; ¿y vais alegres a hacer este sacrificio?

Pero perdonad, hijas mías, si yo mortifico por última vez vuestros oídos. Sé que vuestra elección está hecha, y no anheláis más que el momento de realizar vuestro sacrificio. Hace catorce meses que sabéis la vida religiosa, y sin embargo, queréis pronunciar aquella expresión de David: Elegi abjectus. Una dies in atriis tuis super millia [(Sal 83, 11)].

¿Qué os diré, pues, hijas mías?

Pide por el alma de tu querida madre. Hazla participe de tu dicha. Sea la primera en tu corazón.

Ruega por tu padre y hermanos, que aunque no han tenido valor

Ruega por estas tus dos hermanas, que hoy no han dudado apadrinarte, y rodear como Abrahán el ara.

Pide por ellos las bendiciones de Isaac sobre ... Que caiga sobre ellos el rocío del cielo. Sean bendecidos los que a ellos bendigan, y puedan presenciar los frutos de su herencia.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 51, págs. 1-9**

Carlota Calatayud (Profesión)

Siempre que he asistido ... (Plática de Magdalena Boix).

Más ¡ay! que esta elección te impone deberes.

Yo debería hoy recordártelos.

¿Qué te diré?

Pero no. El día que verificabas tus esponsales aquí, ante este mismo pueblo, y con sorpresa del mundo, y agrado de las almas buenas, me complacía en recordarte las misericordias de Dios sobre tu alma; humedecidos todavía tus vestidos, como las alas de la paloma escapada de la tempestad, te hacía recorrer con tu imaginación los caminos por donde te había conducido la Providencia en medio de las agitaciones de tu corazón y de tu apenada adolescencia; las voces que allá en el vacío de tu corazón sentías de la necesidad de la calma; y visto que no la podías encontrar ni en el ruido del mundo y de sus pompas y vanidades, ni en el brillo de las cosas perecederas, ni en ... cuando en medio de estas tempestades, pudiste vislumbrar el puerto seguro que [debía] proporcionarte la ansiada dicha, y exclamaste: Unam petii a Domino [(Sal 26, 4)].

Y el Señor te tío[concedió; y te excitaba a la gratitud para con él al pisar los umbrales de esta santa cena, adonde con mano amorosa te conducía la Providencia.

¿Qué te diré, pues, hoy? Son tantas las veces que he tenido [que hablar aquí] que difícilmente podré encontrar tema.

No obstante, obligado a decirte algo, al recitar el día 9 de este mes el oficio de la ínclita Sta. Inés, hay entre las expresiones de aquella fervorosa alma, una que debes pronunciar tú y grabarla para todos los días de

tu vida.

Annulo suo subharravit me Dominus, et tanquam sponsam.

Pronto vas a recibir el anillo que, según práctica de esta casa, va a adornar tu dedo, y como aquella santa puedes exclamar: *annulo suo*, con su propio anillo me ha arrado el Señor, y me corona con corona como esposa verdadera del Rey inmortal.

¡Oh, qué vasto campo de consideraciones se abre a mi vista en este momento!

El Señor ha puesto en mi mano el anillo como arra de eterno desposorio.

¿Qué significa el anillo? No ignoras, hija mía, que el anillo ha sido siempre una señal simbólica y expresiva, adoptada desde el principio de las generaciones, practicada por los mismos Patriarcas de la antigua ley, y seguida y conocida en todas las naciones y en todos los tiempos, según consta de la historia, y reconocida y santificada por la misma Iglesia católica.

¿Qué significa, pues, el anillo? Entre otros significados que varios autores, aun paganos como Cicerón ...; todos ellos convienen en que significa principalmente el amor, la fidelidad y la mancomunidad de miras, de afectos y de intereses.

Y significa, en primer lugar, el amor, amor mutuo y de correspondencia.

Por ello decía ya un maestro, y lo acepto S. Isidoro, que se pone el anillo en el dedo cuarto, porque hay allí cierta vena que va directamente al corazón, para hacer ver que ha de ser Intimo, de la sangre al corazón, y mutuo entre el donante y el corazón del donado; que es redondo, como señal de lazo y sello; y sin terminación alguna, como expresión de su continuidad.

Ahora bien, hija mía. El eterno Amador de las almas va a repetirte a tus oídos en estos momentos, como dice Isaías: *in charitate perpetua dilexi te*. En caridad perpetua te he amado. *Ideo atraxi te miserans tui*; por esto te

he llamado y atraído hacia mí, compadecido de ti [(Jr 31, 3)]. *Recordatus sum tui, miserans adolescentiam tuam* [(Jr 2, 2)]. Me he acordado de ti, lastimado de los sinsabores de tu juventud. *In manibus meis descripsi te* [(Is 49, 16)].

¿Qué le vas a decir, pues, hija mía, al Verbo divino humanado por tu amor y que va a ponerte el anillo de eterno desposorio? ¿Qué correspondencia exigirá de ti esa señal de su predilección?

¡Ah! ninguna otra que la que exigía de la mística esposa: *Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum*. Ponme como sello sobre tu corazón, y como sello pon mi imagen sobre tu brazo [(Cant 8, 6)]. Porque el amor es fuerte como la muerte, y duros como el infierno los celos verdaderos; sus lámparas son lámparas de fuego y de llamas, y los ríos no pueden apagarlo.

Y para excitar a tu amor ... Cuenta Cicerón que los discípulos de Epicuro solían llevar sobre su anillo la imagen de su maestro, y otros de sus discípulos más queridos, para que esta imagen les recordara más fácilmente al objeto que amaban.

¡Ah! sí, pon sobre tu corazón y en tu brazo las llagas de Jesús crucificado y las heridas y espinas, y ellas te recordarán el amor inmenso que las abrió; y la memoria constante de estos amores, de estas bondades y de estos beneficios, excitarán en tu alma llamas de vivísima gratitud y de amor, que no podrán apagar todos los ríos de la tentación y de los halagos del mundo, y de las fascinaciones de los enemigos de tu alma.

Y este amor debe ser continuo, sin interrupción, formando círculo como el anillo; y lo mismo en las horas felices de la consolación que en las arideces del espíritu; lo mismo en medio de las tareas de tu futuro apostolado que en los momentos de la contemplación; ya en las vigiliass del día como en el descanso de la noche, para que puedas

decir como la antedicha amante: *Ego dormio, sed cor meum vigila*. Aun en los momentos que dé al descanso, mi corazón no dejará de velar por ti [(Cant 5, 2)].

Y este amor debe [ser] no sólo continuo, sino constante, sin romperse jamás; y cualesquiera que sean las circunstancias que puedan sobrevenirte, por variados que fueran los vientos de las tribulaciones, esté siempre tu corazón dispuesto a decir como S. Pablo: *Quis nos separabit a charitate [Christi]*. (Rom 8, 35)].

Seguro estoy, decía el Apóstol,
Sea éste [el] amor con que debes
corresponder [?] hoy te da [el] anillo de sus
desposorios.

* * *

¡Bendito sea el Señor, hija mía, que nos permite hacernos partícipes de sus intereses para trabajarlos para su gloria!

Me extendería demasiado, hija mía, si tuviera que ir recordando los intereses que Jesús quiere confiar a tu celo y a tu solicitud.

Da una mirada por el mundo. Mira tantos infieles sentados en las tinieblas de la infidelidad, allá en lejanas regiones.

Los justos. Los pecadores.

Y lo que no puedas lograr con tus esfuerzos, con tus oraciones,

Y te alegrarás por lo que se alegra; y te entristecerás por lo que se entristece.

Mira tantas naciones, un día vivificadas por la fe de Cristo, hoy sumidas [en] la herejía.

Tantas almas redimidas con su sangre y reengendradas por la gracia del Bautismo, y sin embargo olvidadas de Jesús.

Contempla a la Santa Iglesia combatida ...

* * *

Profesión de Carlota Calatayud

por tantos enemigos.

Tantas almas inocentes rodeadas de precipicios.

Tantas almas justas puestas en tribulación.

Tantos moribundos de cuyos últimos instantes depende toda una eternidad.

No hay fonda, ni café, ni casino, ni ferrocarril, en donde, en todos los momentos del día y de la noche, no estén peligrando los intereses de su gracia; y todos éstos son los intereses de Jesús; y [un] grito angustioso de Cristo Jesús repercute a nuestros oídos y al de todas las almas: *Mensis quidem multa*; mucha es la mies [(Mt 9, 37)].

Y este grito te lo dirige a ti, hija mía, hoy de un modo especial, en que va a depositar en tu mano, y va a abrirte las puertas de su casa que es la Iglesia, para que veles por estos intereses, y tomes parte en los negocios de su gloria.

Por lo tanto, cuando en ese vasto campo que te han señalado, de la educación de la juventud femenil, en medio del vasto campo de su Iglesia, el cansancio te fatigue, y las molestias inherentes a esta Improbable labor te rindan y tengas que soportar, como aquellos operarios del Evangelio, *pondus diei et aestus* [(Mt 20, 12)] el peso del día y del calor, piensa, hija mía, que con ello acrecientas una de las heredades más preciadas del campo del Padre celestial, y esto reanimará tu corazón y duplicará tus fuerzas.

Y lo que no puedas obtener con tu trabajo, lo lograrás con tu ejemplo; y a donde no puedas acudir con tus manos, lo realizarás con tus

oraciones, y pedirás al *Dueño* de la mies que envíe operarios que acudan en socorro de tantos intereses suyos; y pondrás los pecadores a tus espaldas, y las necesidades de las almas en tu seno, y ofreciéndote víctima ante el altar del sacrificio, obtendrás lluvia de gracias, que fertilizarán y fecundarán todos los campos de la gloria de Dios.

Tal es la misión que Jesús va a confiarte, al aceptarte en su eterno desposorio.

Amor y amor continuo, y mucha fidelidad y celo por la honra, interés por los intereses de su gloria: he aquí lo que significa el místico anillo con que él va a [?] y podrá decir con gozo y entusiasmo: *Annulo tuae*.. .

Yo podría, hija mía, completar aquí la idea, y excitarte más a la gratitud, manifestándote la dignación de ese Dios, que va a poner a tu cabeza corona de verdadera realeza. Pero ... te molestaría, tal vez, y no quiero retardar el momento dichoso de tu consagración a Dios, que tanto anhelas, y serán bastantes para tu ilustración y para predisponer tus santos afectos, las sencillas reflexiones que acabo de exponerte.

Acércate, pues, ya hija mía. Deposita tus promesas al altísimo, ofrece tus votos al Corazón de Jesús, y con toda la efusión de tu alma da un adiós eterno al mundo; y el Señor los aceptará, y tu nombre quedará escrito [en] el libro de la vida, y entrarás en el derecho de las promesas hechas a sus seguidores.

Bendice al Señor, hija mía, en perpetuas eternidades.

Yo te bendigo y me felicito por tu dicha, y al ofrecerte a Jesús, le pido, como Jacob, que envíe sobre ti el rocío del cielo.

En medio de tu dicha permíteme ... No quiero herir tu corazón.

Pide

Y al darte mi bendición, no puedo expresar todo lo que en ella quisiera expresar.

Yo quisiera en este momento pedir como Isaac cuando bendijo a Jacob, que caiga sobre ti el

rocío de las gracias del cielo y la multiplicación de las obras de tus manos en la tierra.

Yo, como Moisés, quisiera pedir a Jesús para ti todas las bendiciones de aquel varón en esta tierra de promisión en que vas a poner tu [?] para siempre. Yo, como Tobías, quisiera explayarme en sus afectos tiernos. Pero tú comprenderás hasta donde llegan mis deseos por tu felicidad.

En cambio no me olvides en tus oraciones, y al pedirte las para mí, no debo dejar de recordar el deber mayor que tienes para con otros. Ruega, hija mía, por esa santa comunidad que con gozo te ha admitido. Ruega por este pueblo que Jesús confía de un modo especial a tus desvelos y oraciones. Ruega de un modo especial por este hermano tuyo, y a la vez hermano e hijo mío queridísimo, para que el Señor llene en él los designios amorosos de su gracia, y le haga efficacísimo Operario de su máxima gloria, y pueda difundir la piedad, si es preciso en lejanas regiones, y pueda ver a los hijos venir [de] lejos hasta la tercera y cuarta generación.

No olvides y [?] a esta respetable madrina que en alas de su afecto no ha dudado en venir para hacerte los oficios y representarte a aquella madre querida que hoy no puede ver este día.

Ruega por tus difuntos.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 52, págs. 1-2**

Sub umbra illius [(Cant 2, 3)].

¿Qué debía pasar por la mente?

Sin duda que se presentaría algo de esta escena.

¿Cuál es el fruto? El corazón de Cristo, fruto bendito de este árbol.

Y estos deseos de la enamorada de los Cantares los plantó en tu corazón.

Y cuando al despertar de tu razón, el mundo se presentó a tu mirada, todos te parecían estériles como los de las selvas, son fruto agradable a tu nombre.

* * *

Y divisaste este árbol, y en los cuidados de una madre cariñosa viste esta estrella del mar, esa Madre, ...

Y Ella te enseñó el fruto dulce a tu paladar, a Cristo Jesús, único que llenaba tu alma, y exclamaste: *sub umbra* ...

Y el Señor te lo ha concedido; y te ha cobijado; y vas a saborear para siempre en el jardín de la religión; y vas a emitir tus votos; y vas a exclamar: *Haec requies mea* [(Sal 131, 14)]. *Sub umbra* [(Cant 2, 3)], sin temer el calor del día y a las [?]

* * *

Quid retribuam Domino? [(Sal 115, 12)].

¿Qué le darás?

Yo te explicaré los sacrificios

1.º *Qui vult venire post me* [(Mt 16,)].

Abneget: bienes, voluntad, obediencia.

Tollat crucem: todos los acontecimientos

Y hoy sobre todo

Y tú sobre todo alegre al Señor después de nuestras fatigas.

Sequatur: Ejemplos, compañía,

Yo te diría ... Pero ¿dónde voy? si lo sabes, y en estos meses has aprendido.

Sólo, sí, te encargo, que no olvides: 1.º La santificación es un deber.

2-. Los pecadores.

3.º El celo por las almas.

Mas es doble tu sacrificio.

Dios te ha escogido; cada uno tiene uno.

* * *

A divertirte vas; pero no; pide ...

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 53, págs. 1-4**

Profesión.

Preparado para las Serranetes de Vinaroz.

(No se predicó)

Mis hijas en el Señor: hace 19 siglos que al ángel de los misterios se le representó aquella visión magnífica de aquellas personas vestidas de blanco, que allí, ante el trono de Dios, y el Cordero, entonando cánticos que no podía comprender y que sólo ellas cantaban, se ofrecieron a su vista asombrada.

Y tal era la emoción que le produjo esta visión al Profeta de Patmos, a aquel Apóstol virgen, que no tuvo miedo de preguntar: *Hi qui amicti sunt stolis albis*: estos que llevan cubierto con velos blancos, qui sunt? [(Ap 7, 13)].

Y se le respondió: Estos son los que vinieron de la tribulación y lavaron sus estolas en la sangre del Cordero; por esto están ante el trono de Dios y le sirven de día y de noche, y vencieron al dragón por los méritos de la sangre del Cordero, y cantan un cántico nuevo que ellos solos pueden entonar; virgines enim ... porque son vírgenes, y sequuntur Agnum quocumque ierit [(Ap 14, 4)].

¡Ah! muy bien podemos creer que en la mente del Profeta se le representarían en aquella visión alguno de los actos que estamos presenciando.

Y ciertamente, hijas mías. Porque si viniera aquí ahora alguno que desconocedor del acto que se va a realizar, al ver en el silencio de esta mansión, esta solemnidad, esta comunidad en actitud devota y recogida, y a estas tres figuras con la vela en la mano y cubiertas con el blanco velo, símbolo de la profesión que van luego a realizar para cambiarlo en el negro, símbolo de su muerte mística, y preguntara: Hi ...

¡Oh! muy bien podría contestársele: *Hi sunt qui venerunt* ... [(Ap 7, 14)].

¡Oh! si yo pudiese parafrasearos estas palabras, ¡cómo comprenderíais muy bien la analogía de la visión del Profeta!

Yo os recordaría las tribulaciones por las cuales habéis pasado.

Las ansias que habéis tenido. Los ejercicios de paciencia que la larga cadena de vuestra estancia en el mundo ...

Et laverunt stolas suas [(Ap 7, 14)].

Y durante vuestros años os habéis ido purificando.

Y durante este noviciado habéis completado vuestra purificación con los ejercicios de la

Regla.

Ideo sunt ante tronum Dei [(Ap 7, 15)].

Por esto, el Señor os ha admitido a su misericordia ante el trono de Dios y del Cordero inmaculado.

¿Para qué? Ut serviant [ei] die ac nocte [(Ap 7, 15)]. No sólo de día, sino siempre. Cor meum vigilat.

Et ipsae venient [?] y ni los trabajos del mundo, ni las máximas mundanas.

Et cantavit quasi canticum novum [(Ap 14, 3)] Desde hoy, y una vez consagradas a Dios, cantaréis un cántico nuevo, canto de amor que no pueden cantar los que no están consagrados a Dios. ¡Oh! con cuánta razón el Apóstol, al pensar en esto, decía a los de su tiempo: De virginibus. *Qui cum uxore est, [sollicitus est] quae sunt ... Sed virgo e contra cogitat quae Dei sunt, ut sit sancta corpore, et spiritu* [(1 Cor 7, 25.32-33)].

Por esto merecéis, pronunciados vuestros votos, entonar un cántico de amor exclusivo, de amor que no admite otro amor en vuestro corazón, cántico que se empezará aquí ante Jesús sacramentado, y para continuarse y ser el cántico perpetuo de la eternidad.

¿Qué debo deciros, pues?

Repetiros tan sólo lo del Profeta.

Dirupisti vincula mea [(Sal 115, 16)].

Quid retribuam Domino? (Sal 115, 12)].

Vota mea Domino reddam [(Sal 115, 14)].

Con esto se contentará el Señor. No quiere grandes sacrificios, no.

1.º Sólo alabemos.

2.º Cáliz de salud, aceptando todas las molestias.

3.º *Vota mea*. Los propósitos de santificación que le tenéis hechos.

* * *

Recordad que unam petii a Domino [(Sal 26, 4)].

No olvidéis en este día a los abuelos, padres, superiores.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 54, págs. 1-2**

*Sor Cinta Prades.
Benicarló.*

Quando el mundo materializado ... (Lorán).

Si yo tuviera que dirigir la palabra ante un auditorio, (a).

¿Qué os diré? Que seáis agradecidas.

¿Qué os exige esta fiesta? Gratitud, amor y sacrificio (Plática de Asunción Curto).

¿Qué más? Pasaje de Josué (Plática de Poy)

Sor Francisca: Bendice al Señor, hermana mía, que te ha escogido para ser la primera flor de María en este tu patrio suelo; tú eres la primogénita de esta casa. Mientras el Señor ha dejado a tantas almas, tal vez mejores, en el mar tempestuoso del mundo, te ha escogido a ti, para propiciatorio de su amor y de su descanso en el arca salvadora de la religión. Seas agradecida a esta elección; ruega por tu Patria; ruega por tu padre, hermano, y seas el ángel del Señor en su favor de ellos con tus oraciones.

* * *

¿Y Doña Cinta Paredes?

Da una mirada retrospectiva a tu pasado. No, no quiero recordarte los episodios de tu agitada existencia. Piensa tan [sólo en] los admirables caminos de la providencia, y como paloma agitada que ha encontrado el agujero de la peña, descansa en ella.

Pero en medio de tu descanso, no olvides a los seres que hoy no existen ya ante ...; hoy no existen, pero desde el cielo contemplan ...

Ruega por tus tíos, hermanos, amigas que unen la ...

Rogad, en fin, por [?]

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 55, págs. 1-2**

*Profesión de Sor ... de S. Luis Gonzaga
Vinaroz*

Mis hermanas en el Señor: Hace un año que, por providencia especial, sin pensarlo yo ni quererlo, me vi obligado aunque con satisfacción a ser testigo de su silenciosa vestición.

Allí, en aquella grada, en hora quieta y desusada, ni la campana anunciaba tu fiesta, ni el murmullo santo de los fieles te distraía, ni siquiera el canto de tus hermanas te acompañó.

En la aurora de aquel día, en la misma en que Sta. Cecilia hacia su consagración, como dice el Breviario: *dum aurora finem daret*, verificabas tu deseada y tan temida vestición.

En cambio, hermana mía, aunque ningún aparato exterior te acompañaba en tu fiesta, el mismo silencio y la misma soledad hablaban mejor a tu alma, y te podías entregar mejor a los sentimientos y desahogos de tu espíritu; y aquel día silencioso, después de tan deshechas tempestades y amarguras fue el primero de tu felicidad, y pudiste respirar sin pena tras las largas travesías de escollos y dificultades.

Y aquel día te dirigí mi palabra, y te expuse los deberes y obligaciones que ibas a contraer, y la necesidad de corresponder a la larga cadena de beneficios, si querías que el Señor completara su obra admirable.

Y el Señor la ha completado. Y hoy con más sereno semblante, con alegría más viva, y con satisfacción más dulce puedes exclamar con el Profeta: *Vota mea Domino reddam*; hoy si que vengo a repetir mis votos, no a escondidas, sino *in conspectu omnis populi ejus*: en presencia de todo el pueblo [(Sal 115, 18)]; *in medio tui Jerusalem* [(Sal 115, 193): en medio de mi misma patria, en medio de esta mi amadísima comunidad. *Benedic anima mea Domino, et omnia quae intra me sunt ...* [(Sal 102, 1)]: Bendice al Señor, hermana mía, y sea este día monumento que te recuerde las bondades de tu Dios.

Ahora bien, pues; ¿qué te diré yo para animar la alegría de tu fiesta?

Al querer fijarme en una idea propia para celebrar tu fiesta y cumplir el encargo de predicarte que me impusisteis se ha fijado mi mente, y no ha podido separarse ... Tres palomas

Escritos I.º, vol. 9.º,

doc. 56, págs. 1-7

¿Qué es esto, hermanas mías? ¿Qué objeto nos reúne hoy en este lugar? ¿Cuál la causa del religioso movimiento que observo entre vosotras? Si hubiera de tomar pie de los preparativos que observo, de los adornos de esa mesa, de las flores que coronan esos vestidos, más aún, del animoso aspecto que resplandece en vosotras, casi estaría por creer que ibais a celebrar algunas de aquellas solemnidades tan gratas a la religión, festivas para esa comunidad y en las que se anunciaba al mundo la adquisición de alguna de sus hijas, la consagración a Dios de alguna flor arrancada a ese mundo.

Pero ¡ah! No deberá ser así sin duda; ¡ay! no, no debe ser esto; dispensad, que padecía una ilusión; ya veo que la hora intempestiva en que nos encontramos me dice que no se trata de esto; el silencio sepulcral que nos rodea me lo manifiesta claramente; ni los armoniosos ecos del órgano resuenan a nuestros oídos, ni los alegres tañidos de las campanas hieren nuestros corazones; ni el entusiasta murmullo de los fieles nos importuna santamente; ni el tierno cortejo de vuestras familias os acompaña, ni ... ni ...

¡Ah! no, no; no debe ser esto pues ... yo estaba padeciendo una ilusión, era un alegre sueño el que embargaba mi imaginación.

¿Qué vais a hacer, pues? ¿Qué ceremonia vais a prescribirme? ¿Cuál la que hoy nos depara la providencia, compañera de vuestras emociones, de vuestras ... ¡Ah! hermanas mías. ¿Y es una triste realidad esa ilusión de mi alma? ¿Y vais a celebrar este acontecimiento? ¿Y tengo que asociarme a esa solemnidad augusta? ¿Como es,

pues, que no evocáis los recuerdos de otras veces? ¿Cómo es [que no] prestáis atavíos de pompa y alegría? ¿Cómo es que esquiváis vuestros prodigios y piadosos festejos para animar esta festividad? ¿Qué ocurre ...? ¿Qué pasa? ¿Qué fatal presión gravita sobre vuestros corazones? ¿Estamos en las catacumbas?

Ah, sí, hermanas mías. La mano de Dios pesa sobre nosotros, un golpe terrible, suspendido sólo por la misericordia de Dios, vibra sobre nosotros.

Como el apóstol S. Pablo podríamos exclamar: Como los hijos de Israel durante los días de su aflicción: las lamentaciones, han sido y son todavía nuestro alimento.

Como Jeremías, ...: la amargura la única bebida que los hijos del siglo nos están proporcionando

Como Jeremías: (Hacéis bien, pues: solacémonos en la misma fe; hacéis bien, pues de sustraeros a las miradas del mundo: justo es que desahogemos ... habéis pisado las puertas ...)

¿Qué vais a hacer, pues, fervorosas jóvenes? Nuestros hermanos del siglo han declarado una guerra de exterminio, ¿y os atrevéis todavía a penetrar en el Santuario? Y quien sabe si la tempestad puede arreciar todavía, y entonces seríais objeto de sus iras y la ... Volveos, pues, no queráis proseguir en vuestra empresa noble.

Pero no: acercaos; esta animosidad me consuela, y al veros hoy decididas y denodadas y llenas de una santa confianza a pesar del porvenir, es la mayor gloria y preparación y adorno que podéis llevar a esta festividad. Acercaos, porque esta consagración a Dios y estos propósitos de vuestra alma nadie os los podrá quitar; porque tomándoos Dios por suyas, ni la vida ni la muerte ni nada [os podrá impedir] este desposorio con Cristo. No importa, pues, que nos veamos precisados a hacerlo de escondidas, como criminales; ni importa que no os encontréis rodeadas de la

pompa exterior para que haga impresión toda la vida. Este silencio será el mejor ... Y esta soledad y aislamiento será más conmovedor que todas, y dejarán unas huellas más vivas en vuestras almas, y las recordaréis con gratitud ante el Señor todos los días de vuestra vida. Porque los atavíos de vuestro corazón serán más agradables al Esposo a quien vais a prometer vuestra fidelidad.

Acercaos, pues; y al veros yo ante Dios como víctimas del sacrificio, quisiera deciros como el Señor a Abrahán: Egredere de terra ... [(Gn 12, 1)], y venid a esta tierra que el Señor os ha mostrado; y multiplicaré vuestras virtudes como las estrellas del cielo; y haré llover en ella el rocío de lo alto que vivifique vuestras almas; y os colocaré junto a la fresca corriente de las aguas de la gracia; y produciré en ella frutos saludables al debido tiempo para ser transportados a los graneros de la eternidad.

O como la esposa de los Cánticos: Ven y te introduciré en el retrete de mi madre, y allí os daré el vino que produce vírgenes y que embriagará vuestro corazón.

O como Salomón: O como la esposa de Salomón: Audi filia ... [(Sal 44, 11)].

Y al iros a revestir de este santo símbolo de vuestra incoada consagración a Dios, de vuestro adiós al mundo, de la libertad de sus peligros, de las redes de sus asechanzas, bien podéis recordar las palabras que el Señor dirigía a jeremías: Recordatus sum tui [(Jr 2,2)].

Palabras divinas que debíais recordar siempre, y que debéis avivar en este momento: recordatus ...

El Señor, hermanas mías, se ha acordado de vosotras, ha puesto su vista en vuestras almas, se ha conmovido ante el porvenir de vuestra vida; y mientras ha dejado a tantas otras, a vosotras os ha elegido; y ha sembrado en vuestros corazones la semilla de la vocación y os ha conducido con mano cariñosa, y os ha

sacado de la esclavitud del mundo donde gemíais y hubierais gemido para siempre, y os ha hecho saltar montes de obstáculos y de dificultades, y quiere en fin, dejaros descansar en esta tierra de bendición, en el huerto cerrado de sus escogidas, en el jardín de sus amores, en el puerto feliz de la religión después de la larga travesía de las tempestades del mundo. No quiero hablaros, no, de la dignidad ... Si consideraréis las circunstancias, la compañía del Señor a que vais a ser elevadas; de la gloria que se oculta en el interior de este hábito, como la hija de Salomón, porque ...

No me queda ya, pues, sino felicitaros por vuestra dicha; recibid mi parabién en este día en nombre mío, [en] el de la religión y de la Iglesia.

No me queda otra cosa sino animaros a que os acerquéis fervientes a los santos esponsales a que el Señor os convida, para prepararos a vuestro eterno desposorio con El; acercaos ya, pero deteneos un momento todavía.

El deber de mi ministerio me exige todavía una palabra más: en medio de la alegría que nos inspira esta festividad, este grato acontecimiento, no puedo menos de llamaros la atención a reflexionar los deberes que vais a imponer a vuestros hombros.

Porque sí os debe llenar de entusiasmo la consideración de la dignidad para la que os disponéis, de los bienes que os va a reportar en el tiempo y en la eternidad, es preciso que os hagáis cargo de los compromisos que vais a contraer para con Dios, para con vuestras hermanas, para con vosotras mismas; de las obligaciones de vuestro estado, de los trabajos que el Señor os prepara, del sufrimiento continuo al que debéis sujetar vuestro corazón.

No, no; que no es una tierra de paz y de sosiego completo la que habéis pisado, porque si es verdad que al pisar ... os habéis librado de los combates exteriores con el mundo, es también la viña en donde debéis trabajar vuestra santificación; arrancando y plantando,

edificando y destruyendo, sosteniendo en ella el peso de calor y del día, según la expresión del Evangelio, para merecer la recompensa de que os admita hoy a su servicio.

Agrupémonos para celebrar silenciosa y piadosamente esta profesión, ya que la amorosa providencia nos lo permite todavía.

Pero si esto es así, ¿qué hacéis vosotras, animosas jóvenes, hermanas mías?

Yo quisiera ahora, hermanas mías, concluir felicitándoos por vuestra dicha; yo quisiera entretener vuestra atención describiéndoos con bellos rasgos la dignidad del estado a que vais a ser elevadas aunque temporalmente, de la gloria que se oculta en el interior de ese hábito, como [en] el interior de la hija de Salomón.

Pero no; las circunstancias y el humor no me lo permiten; tal vez si el Señor se apiada de nosotros, podáis algún día solazaros en estas alegres consideraciones.

Yo tan sólo, y esto aun en cumplimiento de mi deber, quiero después de animaros al sacrificio a que sois llamadas, quiero, digo
...

Pensad que la Virgen Santísima os considera hoy como fruto de las súplicas que ha obrado en favor vuestro cuando acudíais a Ella, y, por lo tanto, hijas de su corazón, y que alegre os cobija bajo su guarda, sonríe de placer al ver coronados sus sudores y os sostiene entre sus brazos para sosteneros hasta que completéis el sacrificio; acercaos, pues, y ante el corazón y en [el] regazo de Jesús, vuestro Esposo, ofrecedle el sacrificio de vuestros sentidos, de vuestra lengua, de vuestros ojos, de vuestro cuerpo, de vuestra alma, de vuestras potencias, de vuestro corazón, con protesta de no usarlos sino para su gloria, y entregándolo todo entero, como cosa suya para el tiempo y la eternidad.

* * *

Pero si siempre y en todos [los] tiempos ha sido un deber de las almas consagradas a Jesús, el aspirar a la perfección, hoy es una obligación particular; en otros tiempos cada casa era una comunidad; en muchas familias reinaba el espíritu de piedad y de perfección cristianas; El Señor tenía en el mundo miles de almas en quienes se complacía, lirios de pureza, de amor y de santidad, cuyo incienso subía hasta el trono de su justicia y arrancaba bendiciones para la tierra. Hoy, hermanas mías, ha desaparecido esto. Ya casi no le quedan más que las comunidades religiosas, donde se le consagre todo a su servicio; no le han quedado más que esos nidos de su amor y su descanso; no tiene ya más que esos pararrayos colocados para detener las iras de su justicia y de los azotes con que amenaza al mundo; ¡ay, desgraciadas de ellas, si no correspondieran a esas miras, a ese objeto de su providencia; si no supieran ser víctimas agradables para detener su brazo! Si en estas circunstancias no lo desearais y procurarais, nunca lo procuraréis ni lo esperaría el Señor de vosotras.

Pero aún hay otra consideración que debe obligaros más al deseo de santificación, y que se refiere a vosotras en particular. Tal vez, Dios no lo permita, ¡ay, no lo permitirá en su bondad!, las tempestades aumentan si nosotros no sabemos conjurarlas, y tuvieseis que estar en más roce con el mundo. ¡Ay, me turbo al pensarlo, hermanas mías! no tan sólo por lo sensible de la tribulación, que aunque amarga, nunca podría arrebatarnos el cielo que es a lo que aspiramos, sino que el mundo, hermanas mías, el mundo os tiene por santas; se figuran que al penetrar una vez en claustro, os hacéis ya insensibles a las pasiones más ligeras; que ni la envidia, ni la murmuración, ni el genio

anidan en vuestros corazones; que una santa y apacible presencia de Dios absorbe vuestras potencias; ¡ay, si al ponerlos en contacto con el mundo, no vieses más que unas mujeres medianamente piadosas, vestidas de los defectos de la carne!; ¡ay, caeríais de su concepto, no corresponderíais a los designios de Dios!

Por esto, hermanas mías, hoy más que nunca debéis tener el deseo de ser no buenas, sino santas; de aspirar a la perfección, aunque tuviera que costaros la pérdida de la salud y de la vida.

Si no aspiráis a esto, retroceded; que mis palabras ...

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 57, págs. 1-11

Mis hermanas en el Señor: ¡Cuán dulces son las fiestas y solemnidades y acontecimientos de la religión! ¡y las alegrías del espíritu! Hace poco con júbilo de vuestro corazón ...

Hoy ... para hacer ver la felicidad siempre creciente de la Iglesia católica ...

A diferencia de las fiestas ...

Estas siempre son nuevas.

He aquí dos nuevas flores arrancadas al mundo para el santuario

¿Qué os diré, pues?

¿Qué os diré, pues, a vosotras, hermanas mías, tampoco ...

Si yo tuviera que dirigirme a almas menos instruidas en la piedad, desconocedoras de lo que es, de lo que significa el estado religioso, yo debería, hermanas mías, en cumplimiento de mi deber y como delegado por la

Iglesia para este acto, [exponeros] las prescripciones a que vais a sujetaros.

Yo os diría: 1.º Que al despojaros pronto de los Atavíos del mundo, ha de ir acompañado del desprendimiento interior. Que vuestro vestido será un negro sayal y mortaja, con la misma que un día han de ser enterrados vuestros cuerpos.

Que en lugar de la posesión de lo que el Señor quisiera concederos, no tendréis más que el uso de las cosas que la necesidad exija, y os permita la caritativa necesidad y cuidado de vuestros superiores.

Que debéis sujetar vuestro juicio y vuestra voluntad a la voluntad de Dios, significada en la de vuestros superiores, en todo aquello que sea lícito y honesto y conforme a vuestras Reglas, para que seáis semejantes a Aquel que fue obediente hasta la muerte de cruz.

Que vuestra vida ha de constituir la un tejido de actos de continuos sacrificios.

Que vais a dar el adiós a vuestras esperanzas para encerraros, para siempre en la soledad, al retiro y al silencio.

Pero ¿para qué todo esto? Si lo sabéis, y además se os sujeta todavía a un año de probación, para que podáis experimentar las fuerzas de vuestro espíritu y de vuestro cuerpo.

¿Qué os diré, pues? ¿qué idea os daré que ocupe vuestra mente y vuestro corazón, al realizar vuestros esponsales con Dios?

Estaba yo revolviendo un tema con que entretener vuestra devoción en este rato, y al consideraros [a] las dos reunidas y atadas con el lazo del mismo cariño, de la misma fe, y de los mismos sentimientos, me ha ocurrido aquellas dos palomas que se mandaban ofrecer en el templo de Jerusalén, en la antigua Ley, como primicias de reconocimiento a Dios, y que luego eran sacrificadas.

Al veros, pues, aquí como dos palomas místicas, que van a ser sacrificadas juntas, no en el altar del templo de Jerusalén, sino en el altar espiritual de la religión, en aras del

altar de la divina Madre, ¡oh, qué campo de ideas, y de comparaciones y de aplicaciones se me ofrecen a mi mente para excitar vuestra devoción!

Bastaría, hermanas mías, recordar las condiciones naturales de las palomas, para haceros ver las condiciones que deben adornar vuestro espíritu. Condiciones que al divisar al Amador de los Cánticos en lontananza, en las almas, en los días de la gracia, exclamaba entusiasmado: *Una est columba mea*. Una es mi paloma [(Cant 6, 8)]. Mi paloma en los agujeros de la peña, en la cueva de la abundancia. *Fac me audire vocem tuam* [(Cant 8, 13)].

Y ciertamente, hermanas mías, que estas condiciones son las que el Señor desea le prestéis místicamente hoy, en que vais a consagraros a él ...

Y lo primero que caracteriza a la paloma es su pulcritud, su nitidez, su pudicicia, su limpieza, que la inclina a repeler todo lo que pueda mancharla. Porque realmente la paloma extrae de su nido toda sordidez; ella limpia con su rostro y su pico, con asiduidad, sus alas y sus plumas; ella no posa su pie en la tierra fangosa; y nos dice el Génesis, que cuando en el diluvio Noé envió el cuervo no volvió, porque pudo posarse sobre aquella corrupción de cadáveres; mas habiendo enviado después la paloma, dice que volvió, porque no encontró en la tierra lugar limpio y enjuto donde descansar sus pies. Esa nitidez, esa limpieza del alma era la que atraía las miradas del Esposo de los Cánticos, cuando al darla el dictado de paloma, la llamaba sin mancha e inmaculada.

Y esa nitidez y esa limpieza del alma es a la cual desea que aspiréis, hermanas mías, el eterno Amador que ha tocado y llamado a las puertas de vuestro corazón, y que, como allá en los Cánticos, os repite en este día: *Aperi mihi, soror mea, columba mea, [amica mea], immaculata mea* [(Cant 5, 2)]. Esta pureza es la que desea Aquel que no quiere apacentarse

[sino] entre lirios.

Ya lo sé, hermanas mías, que el deseo de esa pureza de corazón y de alma y de cuerpo, es la que os atrae y os ha conducido a este lugar y os hace apetecer el retiro del mundo; puesto que habéis empezado a practicar lo que se nos dice de la paloma: que cuando sentada junto a la corriente de cristalinas aguas ve reflejar en ellas la sombra del milano o del gavilán, escondido allá todavía en las nubes, se atemoriza, huye y se esconde, así vosotras a la vista sola del mundo, al considerar los peligros que os rodean, al temor de las miradas del gavilán que pudiera arrebatarse la joya de vuestro corazón y la pureza de vuestra alma, habéis resuelto alejaros y esconderos en la piedra de la religión para poder exclamar con el Profeta: *Ecce elongavi fugiens ... He aquí que me he alejado huyendo del mundo, prefiriendo la soledad* [(Sal 54, 8)].

Sea, hermanas mías, esa pureza de corazón la que ofrezcáis a Jesús en este día, para que podáis merecer la palabra salida de boca del mismo: *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt* [(Mt 5, 8)].

Otra de las propiedades singulares que distinguen a la paloma es que según los anatómicos no tienen hiel.

¡Oh, qué bella cualidad para ser aplicada y formar uno de los propósitos que podréis ofrecer a Jesús. De la hiel nacen y se alimentan todos los afectos de la parte irascible, que con [los de] la parte concupiscible, son los dos focos de donde brotan las afecciones todas de las pasiones.

Al significar, pues, que no tienen hiel, quieren decir que están libres de las iras, enojos y demás movimientos, propios de otros animales.

Y en este concepto yo debería explanaros los propósitos de dulzura, de mansedumbre y humildad que debéis ofrecer hoy al Esposo de vuestras almas; frutos principales y casi únicos que exige el Señor a sus seguidores e

imitadores, cuando lo encarga con estas palabras: Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y con esto encontraréis paz para vuestras almas; frutos que no sólo servirán para dicha paz de vuestras almas, sino para el logro de la felicidad, paz y bienestar común, puesto que el mismo divino Salvador nos dice que son bienaventurados los que poseen la mansedumbre, porque ellos se harán dueños y poseerán la tierra; frutos, en fin, que al mismo tiempo que os harán morir a toda inquietud de recelos, afanes, estimaciones y demás inquietudes que agitan al corazón de la pobre humanidad os granjearán méritos de vida eterna y darán edificación al mundo, a los ángeles y a los hombres con vuestra dulzura, amor, santa alegría y caridad.

Más aún: aun se dice vulgarmente que no tienen corazón; de aquí que el P. Rodríguez en sus ejercicios de perfección, hablando del desprendimiento en que deben estar los religiosos, no sólo [en lo tocante] a todas las cosas naturales que les pueden arrebatarse, sino a todas las injurias que pueden recibir, dice hermosamente ...

Mas si no debéis tener corazón para sentir la pérdida de ... sí que debéis tenerlo para gemir como la tórtola, que en defecto de las palomas debían ser sacrificadas, porque dice el Espíritu Santo [que] la paloma cuando puesta en su agujero, en lo elevado de la [roca] ve venir la tempestad, gime; vosotras, pues, debéis gemir, y éste ha de ser el empleo de vuestra [vida].

Otra de las propiedades de las palomas es el instinto, que, según dice Aristóteles, se lavan en el agua de lluvia y ... con polvos para librarse de las pulgas e insectos, y quedar libres de toda mancha, que aborrecen tener.

¡Qué imagen tan bella para el fin que os proponéis en el estado religioso, que es el de vuestra santificación y perfección, propósito de continua perfección!

¡Y la fuente de los sacramentos, Cristo

Jesús!

Porque no basta, no, hermanas mías, estar libres de pecado, y libres de los peligros del mundo. No basta, no, poseer las virtudes sino que vuestro propósito, ¿qué digo? vuestros votos serán un día el de caminar por el camino de la perfección por medio de una continua purificación de vuestras almas.

Y la frecuente confesión y el examen diario de vuestras conciencias a mediodía y por la noche, y la continua oración, y las solemnidades de las religiosas, y las pláticas y lecturas, y las luces que recibiréis en la oración serán aguas continuas que os irán purificando, para que no se anide en vuestra alma ni el más pequeño insecto de falta, y os blanqueen cada día más para ser dignas de las complacencias del Amador eterno de vuestros corazones.

Y si yo quisiera, hermanas mías, continuar estas series de consideraciones que voy exponiendo para que grabéis en vuestro corazón los sentimientos que deben animaros en esta solemnidad, para ofrecerlos al Señor, yo os diría que otra de las consideraciones de la paloma es la sencillez, condición expuesta por el mismo Jesucristo, y que nos tiene recomendada, y con ella os haría ver la necesidad de esta virtud principalmente en el estado religioso, sin la cual serían perdidos muchos de vuestros sacrificios, y con la cual podéis convertir en méritos de vida eterna hasta las acciones más insignificantes, constituyéndonos en un estado de inalterable paz y tranquilidad.

Yo os diría la sobriedad de la paloma y su fecundidad, para que produjeráis frutos sazonados de buenas obras en el camino de vuestra santificación. Pero ¿dónde iré ya? Estoy molestando ya, y retardo demasiado el momento que tanto anhelaís de pisar los umbrales de este claustro. No quiero, pues, retardarlo, y permitidme que repita a vuestros oídos la palabra del libro de ... *Aperi [mihi]*

soror mea [(Cant 5, 2)]. Ábreme alma cristiana, mi paloma *in foraminibus petrae*; quiero colocarte en el agujero de la piedra de la religión, *in caverna maceriae* [(Cant 2, 4)]. *Fac mihi audire vocem* [(Cant 8, 13)].

Hacedle oír al Señor vuestra voz; la voz de vuestras promesas, de vuestros propósitos, de vuestros deseos de santificación, de vuestros gemidos continuos con vuestras oraciones y penitencias; y el Señor sólo de este modo se quedará complacido de los arrullos de vuestro corazón y de vuestro amor.

Acercaos, pues, a la vestición; deponed vuestros vestidos del siglo para revestiros de Cristo Jesús, y proceded a celebrar vuestros esponsales.

Y empezad a cumplir vuestro destino.

En este día de la alegría de vuestro corazón, empezad a ejercer el oficio de palomas, enviando gemidos de amor por todas las almas.

Orad hoy y siempre por la Iglesia, para ...

Orad por este pueblo. Orad y gemid por los pecadores.

Y tú, doña G., desde hoy Sor ... No quiero herir las fibras de tu corazón. Pero no puedo menos de pedirte oraciones y gemidos especiales [para] seres queridos [que] han ido desapareciendo de tu lado; sólo queda tu buen padre, que en aras de tu bien, no duda en ofrecerte a Dios para no privarte de tu deseo y de tus santas inclinaciones, y que no ha dudado en asistir a tu sacrificio. Sean para él primeramente los gemidos de tus gemidos y oraciones de toda tu vida. No olvides a esas tíos y primas queridas que han hecho el sacrificio de largo viaje para acompañarte en tu fiesta. Ruega por tu tío que no ha podido ... Ruega por todos para que [?] .

Escritos I.º, vol. 9.º,

doc. 58, págs. 1-6

Mis hermanas e hijas en mi Señor Jesucristo: Ha llegado por fin vuestro suspirado día; cercano está el término de vuestros ardientes y prolongados deseos; pronto completaréis vuestros desposorios con el Eterno; una corona de flores ornará vuestra cabeza, y entre el concierto armonioso de los Angeles de vuestra guarda, exhalaréis vuestra promesa, y vuestro nombre quedará escrito en el libro de la vida; y seréis selladas con el sello del Cordero; y alcanzaréis el derecho de poder entonar aquel cántico misterioso y divino, reservado a las vírgenes, y que no es dado al ojo humano descifrar.

Y [al] contemplaros yo en este momento, hijas mías, víctimas dispuestas al sacrificio, bien quisiera deciros como a la Esposa de los Cánticos: Venid y os introduciré.

O como la Esposa de Salomón: Audi filia [(Sal 44, 11)].

Es verdad, hijas mías, que no puedo haceros esta invitación, con todo aquel entusiasmo que desearía. Hace dos años, cuando al recibir vuestro santo hábito, lamentaba ...

Hoy no ha desaparecido todavía; algunos hermanos del siglo nos han declarado una guerra de exterminio, y semejantes a los ... ni el murmullo.

Acercaos, pues, pero ... detened todavía un momento vuestro paso, aunque con ello haya de mortificar algún tanto los ardientes ímpetus de vuestra santa agitación.

Breve voy a ser

Y al querer os ponderar

Trasladaos con el pensamiento

Y al ir os a coronar hoy como vírgenes de

Dios,

Yo quisiera también recordaros las promesas, las recompensas que el Señor os tiene prometidas,

Pero no, no; no es preciso que yo me detenga a haceros ver la grandeza y los beneficios de vuestro estado; vosotras los comprendéis bien, y habéis meditado la nada de este mundo que dejáis, las víctimas ...

Pero, y bien: ¿qué es lo que el Señor os exige, hijas mías, en cambio de esta dicha? Porque si debe llenaros de entusiasmo la consideración,

Pero sobre todo amor. *Pone me* [(Cant 8, 6)].

Mirad, que la santa Iglesia (como os [he] dicho otras veces) os considera como lámparas del santuario,

Y un amor tan grande que os haga imponer silencio a todas las criaturas y a todo aquello que pueda distraeros.

Y un amor hasta el sacrificio. Por grandes que sean las contradicciones a que

Esto es lo que os exige Dios. Si no os encontrarais con fuerza para ello, volved atrás, hijas mías, aún es tiempo. No importa que vuestras familias,

Y si, por el contrario, os encontráis animadas, avanzad ya a vuestro abrazo eterno con Jesús, y despedíos del mundo; olvidadle ya; pero no ... no le olvidéis del todo; acordaos de él, pero sólo para un objeto, para constituíros víctimas delante de la justicia de Dios.

Y así cuando la tempestad ruja y el cielo nos amenace, y las inundaciones nos sobrevengan, y las desgracias nos persigan, elevad a Dios en favor de la humanidad, y en medio de los pecados que todos los días se levantan irritando la justicia de Dios, ofreceos víctimas ante él, deteniendo su brazo, semejantes a aquellos ángeles que se interponen.

Y en las necesidades de vuestras familias, y cuando estén en el lecho del dolor, velad con

vuestras oraciones por ellos y les serviréis mejor que si estuvierais a su lado. Sólo para esto debéis acordaros del mundo, para nada más.

No quiero molestaros más: pasad a verificar vuestro abrazo con Dios, y ya que hoy seréis hostias agradables, pedidle, hijas mías, muchas gracias.

Rogad muy en particular por vuestros padres, que tanta parte toman hoy en vuestra Iglesia; ya sabéis cuán acreedores son a vuestro amor y a vuestras oraciones; los sacrificios que han hecho a fin de poder proporcionaros la dicha que hoy disfrutáis; después de Dios, son los primeros en vuestro cariño.

No olvidéis tampoco a nuestro venerable Prelado, que no ignoráis ha trabajado últimamente para allanaros vuestra profesión; rogad [por] mí y por todos los que estamos presentes, a fin de que así como ahora nos reunimos al calor de esta festividad,

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 59, págs. 1- 2

a ser objeto sagrado y venerado ante los ojos del mundo.

Y vais a cantar luego el ... y el eco de esta palabra repercutirá allá en los cielos, e inundará de placer a los bienaventurados porque si hay gozo en [el] cielo sobre un solo pecador que haga penitencia, ¿cuál no será el de los coros de las vírgenes, registrando un nuevo nombre entre los seguidores del Cordero, y entonadores de aquel cántico siempre antiguo y siempre nuevo, que llena de nuevo placer los ámbitos de las bóvedas celestiales?

Y vais a ser objeto de cariño de esta comunidad, de alegría y honor a tu piadosa familia, y de alegre satisfacción a tu madre, que hoy te engendra de nuevo en Cristo, para ofrecerte a su corazón.

Y ... pero ¿dónde voy, hija mía? Yo debiera terminar aquí felicitándote por tu dicha y animándote a que pronuncies ya tus votos, y dando por terminado mi cometido.

Mas ya que me veo obligado a añadir una palabra ¿qué te podré decir ya? Son tantas las veces que mi voz, precursora de estos actos, ha resonado aquí, que ninguna novedad podré ofrecer.

Mas ya que, como casi siempre, ha tenido que ser a última hora, ¿qué es lo que puedo decirte, que disponga tu alma para el acto [de] tus perpetuos desposorios?

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 60, págs. 1-3

Y tú, Sor María Rosario, un día Josefa Espinosa, bendice al Señor que te ha ungido con el óleo de su misericordia y te ha introducido a la casa de tu Madre divina, objeto de tus deseos, y no olvides jamás estas divinas misericordias para ser más fiel a tu vocación.

No olvides los sacrificios que para ello han tenido [que hacer] tus padres y hermanos queridos. En pago seas tú la que con tus oraciones sostengas esa fe católica tan viva y constante en toda tu familia, que sostiene en medio de tantos de su misma clase, que olvidan a su Dios. Seas para ellos el ángel que interceda para [que] sean guardados de los

peligros de la vida y de los temores de la muerte. Pide para ese hermano querido que hoy recibe tu consagración, para que sea un apóstol del amor de Jesús; por esos hermanos, primos y tíos, con los cuales has pasado tranquila y guardada los años de tu niñez y de tu juventud.

Y tú, Cinta Payá, hoy Sor María de la Cinta. ¿Qué encargos te haré a ti en este día de la alegría de tu corazón, al verte elevada y ennoblecida para esposa del corazón de Cristo? Que no olvides jamás tampoco los caminos amorosos por [donde] Dios, casi sin pensarlo tú, te ha conducido.

Y por esto, al mirarte tan favorecida, no olvides a cuantos han contribuido a tu ...

No olvides, en primer lugar, a ese tu padre amantísimo, que por ti se ha sacrificado y sacrifica para que puedas lograr colocación feliz. Pídele a Jesús por él, para que lo guarde en todas las situaciones de su vida; que sea él fiel a la fe que él mismo te ha infundido; que bendiga el Señor las obras de sus manos.

Pide también, en este día tan grato, por esa tu hermanita con la cual compartiste las tristezas de la orfandad, y que al verse hoy sin ti se encuentra como tórtola solitaria del desierto.

No olvides a ese tu respetable y cariñoso abuelo, que hoy se ve rejuvenecer al contemplar colocada en el altar una flor brotada de su descendencia, y que quizás en medio de la alegría que le embarga exclame como el anciano Simeón del Evangelio: Nunc dimittis. Ahora, Señor, moriré ya contento [(Lc 2, 29)].

No olvides a esa tía querida que tiene la dicha de recibir tus votos en nombre de la religión [y] te ha podido albergar en sus brazos, como segunda madre sobre la tierra.

¡Ah! no olvides, no, tampoco a tu querida madre que hoy desde el cielo te está contemplando [y te] bendice, y celebra tu resolución y tu dicha.

Rogad, en fin, las dos por todos esos

presentes, amigos y conocidos, que hoy lo han dejado todo para acompañaros en vuestra fiesta, a fin de que así como nos reunimos en lazo de unidad

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 61, págs. 1-2

caber algún rastro de aquellas preocupaciones, con que el espíritu del mundo ha logrado infiltrar[se], aun en corazones bien nacidos les diría lo que significa la profesión religiosa: presentaría ante sus ojos los beneficios que en el orden religioso y social reporta la vida monástica; atendiendo las necesidades del corazón humano, les haría ver la razón de estos asilos, únicos asuetos para las almas ardientes de verdad y de amor; les manifestaría que

Debéis ser santas: Santas, he dicho, y hoy cual nunca.

Víctimas continuas al Señor con vuestros sacrificios y oraciones. Mirad: en medio de las agitaciones y combates en que hoy se encuentra la Iglesia, en medio de las amarguras que la rodean, un hecho consolador se presenta a nuestra vista: miles de almas de toda condición y sexo se levantan ansiosas para combatir las batallas del Señor, y [ah]ora con la enseñanza, con la pro

Nota: prosigue el párrafo más abajo. Se ha respetado el orden del texto original,

* * *

Y tú, Sor Concepción del Sagrado Corazón de Jesús: Ha llegado; cercano está ... una ... da, pues, una mirada a tu pasado y mira tu porvenir. Cuando atraída por la voz que resonó en el fondo de tu alma, al despertar de tu razón, la mirada suave de Jesús penetró y cautivo tu corazón, formó tu encanto; y ¿para quién sino para El debía ser el tesoro de emociones y ternuras de tu corazón?

Cuando resuelta a seguir el camino que la Providencia quisiera trazarte en el campo y en la viña del Señor, y en el campo variado que se presentaba ante tus ojos, un instinto secreto te atraía a trabajar en este campo por el camino de la soledad, y exclamabas: ¡La soledad, Jesús mío, la soledad! Como la paloma de los Cánticos exclamabas en las luchas de tu [?] ... volaré y allí descansaré. Y cada día era más imperiosa la voz que te decía: Ducam eam [in] solitudinem ... [(Os 2, 14)]. Sí, no temas; te llevaré porque allí hablaré a tu corazón. Hoy vas [a] asegurar para siempre tu amada soledad; hoy vas a interponer, y para siempre, una muralla impenetrable entre el ruido del mundo y la paz de tu corazón. Y entras en la soledad, bajo el manto de María Inmaculada, como deseaba tu alma. Y entras en la soledad en los ... que un hermano.

¡Ah! ¡Benedicid al Señor!

¿Cuál debe ser, pues, tu conducta en el porvenir? El de escuchar constantemente las voces de ese Dios que te ha escogido; la de acompañar a Jesús incesantemente en las soledades con que el mundo le deja; la de

participar de las ansias de su Corazón sagrado, ya que llevas este nombre; la de ser como el víctima de propiciación; la de seguirle sin parar lo mismo en las alegrías del Tabor, que en las amarguras de la Cruz; la de transformarte cada [día] en él, para que puedas repetir como el Apóstol: Vivo ego ... [(Gal 2, 20)].

Sólo de esta manera podrás corresponder al beneficio inmenso.

* * *

con la propaganda, con la palabra, con el Espíritu de caridad y de beneficencia, nos indican y nos hacen esperar en la aurora de una regeneración social; pero ¡ay! que este aguerrido ejército de almas denodadas necesita oraciones continuadas; víctimas de continua propiciación, que puestas ante Dios les alienten en los combates de la guerra; por esto Dios quiere que en medio del estruendo de esta batalla, quiere que las almas de vida contemplativa sean cual nunca los pararrayos de la justicia de Dios, y conducto de gracias para las almas. Mirad a Moisés: allí en el monte. Los hijos de Amalec, enemigos del pueblo de Dios, se levantan para impedir el paso de los hijos de Israel hacia su amada tierra de promisión; una lucha formidable se traba entre ellos; en el fragor de la batalla, Moisés se separa de la muchedumbre, y sobre la cima y en la soledad del monte, levanta sus brazos al cielo, y la victoria [se inclina hacia] su pueblo; y cuando fatigados sus brazos, se detiene por el cansancio, son repelidos los hijos de Israel, hasta que torna, y ... acuden a sostenerle.

¡Ay, hijas mías, si en medio de esa batalla universal, vuestros brazos dejaran de estar

levantados hacia el cielo! ¡Ah, si os fatigarais en el camino de la santificación! ¡De cuantas gracias privaríais a las almas que combaten, y que os lo echarían en cara en el día del juicio!

Si no tenéis valor para ser santas, retroceded, todavía es tiempo. No temáis, no os faltará un lugar para combatir también las batallas del Señor; para ello bastaría que seáis buenas.

Si por el contrario, lleno vuestro corazón de esfuerzo,

(Sólo con esta esperanza miramos con santa satisfacción vuestro sacrificio)

Seréis los ángeles de paz. (Y cuando la calamidad nos amenace)

No, no; lo confío en el Señor; y yo espero y lo espera la Iglesia, y lo espera esta comunidad, y lo esperan vuestras familias, y lo

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 62, págs. 1-2

lida y verdadera podáis encontrarla en la soledad del claustro, en la alegría con [que] se sufre y se mortifica por Dios; en la dulzura que causa el pensar como S. Pablo, en ser cautivos y prisioneros por Jesucristo; en el interior gusto con que se soporta su yugo; en los consuelos interiores de la penitencia, preferida a los placeres de los sentidos, y en la paz del alma que causa una [vida] austera hecha en espíritu de sacrificio.

Esto era lo que [te] impulsaba entonces.

Pues bien: hoy vais a ver realizados por completo los instintos de vuestra alma, y los

deseos de vuestro corazón. ¿No es esto el complemento de vuestra felicidad?

Por ello, con más tranquilo semblante, con más sosegado espíritu, aseguradas con el sello de la elección del cielo, venís a presentaros ante Dios y los hombres, para hacer el acto protestativo de vuestro desprendimiento de todo, para revestiros de vuestro Señor Jesucristo.

Sí, hijas mías, cercano está vuestro anhelado momento; próximo el término de vuestros prolongados deseos; pronto completaréis vuestros desposorios con el Eterno; una corona de flores ornará vuestra cabeza (con la señal de vuestro triunfo), y entre el concierto armonioso de los ángeles, exhalaréis vuestras promesas, y vuestro nombre quedará escrito en el libro de la vida, y quedaréis selladas con el sello del Cordero, y entraréis en el derecho de entonar aquel cántico misterioso y divino de amor indescriptible, que como asegura S. Juan, sólo es dado a las vírgenes entonar, y entraréis al derecho de las promesas de Jesús, concedidas a los que le sigan de cerca, y seréis ya objetos sagrados ante la Iglesia y ante la sociedad, y recibiréis el anillo de sempiterno desposorio, espectáculo digno de la veneración de los ángeles y de los hombres.

He aquí, hijas mías, lo que significa la gracia de la profesión religiosa.

* * *

1 .° .

Yo no debo ocultaros, hija mía, los deberes y obligaciones a que os somete la grandeza y la felicidad de vuestro estado.

Y debéis separaros de la solicitud de las cosas exteriores.

Y debéis desprenderos ¡ay! hasta de vosotras mismas, depositando vuestro entendimiento y vuestro corazón, vuestro juicio y voluntad, todo el gobierno de vuestras facultades interiores, todo el cuidado de vuestra salud, de vuestro reposo y hasta de vuestra vida en manos de Dios y de la santa obediencia.

No, no;

* * *

Si continuáis aquí, debéis ser santas; de lo contrario, seríais infieles a Dios, y haríais traición a los fines de vuestro estado.

No, no; lo confío en el Señor; y espero y lo espera la Iglesia y lo espera esta comunidad, y lo esperan vuestras familias y cuantos participan hoy de vuestra dicha, que corresponderéis a este deber de vuestro estado, siendo víctimas santas en favor de ellos. Sólo con esta esperanza miran con santa satisfacción el sacrificio de vuestra separación. Y por lo tanto, hija mía, cuando las calamidades les amenacen, cuando la tribulación les aqueje, cuando la enfermedad les aflija, cuando la muerte les toque; cuando las persecuciones amarguen a la Iglesia, cuando la impiedad nos atormente, que vuestros corazones, y vuestras [manos] se levanten hacia el cielo en nuestro favor; sólo así corresponderéis a vuestra vocación; sólo con esta esperanza.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 63, págs. 1-4**

Cinteta Benet

Mis hermanas en el Señor: ¿Qué significa vuestra temprana presencia aquí en esta mañana? ¿Qué nos dicen estas señales que aquí veo, esa corona, esas flores, ese órgano y estos cánticos que hemos escuchado? Ah, sí; es que otra vez una alegre fiesta viene a celebrarse en este templo. Otra vez [venimos] a ser espectadores de uno de esos silenciosos acontecimientos que, aunque repetidos, siempre llenan de dulzura el alma.

A diferencia de las fiestas mundanas, que cuando se celebran no producen más que la ilusión y el atolondramiento, y cuando han pasado, no dejan más que el vacío y hasta el hastío en el fondo del corazón; estas fiestas, digo, son suaves al presenciarlas y dejan luego en el fondo del alma las delicias de sus recuerdos.

¿Y cómo no ha de ser grato para vosotras, al ver que una nueva flor va a ser consagrada para siempre en los altares de Jesús ... que una nueva planta va a germinar con sus virtudes en este jardín franciscano? ¿Como puede menos de arrebatara vuestra piedad el acento de una alma que va a pronunciar sus votos que han de enlazarla para siempre con su Dios?

Sí, hermana en el Señor e hija en su dulcísimo corazón: Tú vas a ser ...

¿qué te diré, pues, ya en estos momentos para preparar tu corazón? Ya que me has obligado con tantas instancias a que reciba yo tus votos en nombre de la Iglesia y del Prelado, y has tenido el desacierto de exigirme el tejerte con mi palabra la mística corona de flores, mustias sin duda deberán salir éstas de mis labios balbucientes, ajenos tantos tiempos a estas festivas solemnidades.

No obstante, ya que me veo obligado a ello, me he atrevido a penetrar, aunque con timidez, [en] el misterioso huerto del inspirado libro de los Cánticos sagrados para escoger algunas flores que ofrecer a tu espíritu en este día de tus desposorios.

Mas es tal la variedad y amenidad de ellas, es tan subido el perfume de todas, que me he encontrado indeciso.

Porque son tan subidos los sentimientos expresados por el Espíritu Santo, aunque en enigma y misterio; son tan dulces a la par que terribles aquellas luchas de amor y de sufrimiento, de deseos contrariados, de solicitud amorosa ... de gratitud y generosidad entre aquellos corazones, uno divino y otro humano, que el entendimiento se confunde y él corre a impulsos de los atractivos que despiertan estas luchas y estos sentimientos.

Porque oigo, en primer lugar, en este libro aquella voz triste que gimiendo a las puertas del objeto amado, le dice: *aperi mihi soror mea* [(Cant 5, 2)]. a)

¡Oh, qué vasto campo de consideraciones se ofrecen a mi mente que yo no te sabría explicar!

Aperi mihi. Dios había criado al hombre para hacer de él su morada. Mas desde el día del primer pecado el Amador de las almas va tocando a las puertas de los corazones, y los corazones no se le abren por ello. Mas este eterno Amador quiso vestirse de nuestra naturaleza, para así ser mejor sentido, y al hacer su primera entrada en el mundo, y dirigirse a los suyos, los suyos no le recibieron.

Y este Amador toco a las puertas de tu corazón al despertar de tu adolescencia, y con el acento de su voz triste, y con deseo de amor, de dicha, de felicidad, que deseabas llenar y no sabías cómo. Y dijiste. Y diste una mirada por los placeres y cortejos del mundo y los lugares donde se encuentra la disipación y las diversiones tuyas, y comprendiste que todo cuanto hay en el mundo era vanidad de vanidades

y aflicción de espíritu, y que no podías hallar en ello lo que buscaba tu corazón.

Y en esta fluctuación te encontraste los guardas de la ciudad,

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 64, págs. 1-3

Y vosotras, Sor María Purificación y Sor Francisca González: al dar una mirada retrospectiva a vuestro pasado y a vuestro presente, pensad cómo Jesús os está diciendo a vuestros oídos, como a Jeremías: *Recordatus sum tui miserans adolescentiam tuam*; el Señor se ha acordado de vosotras compadeciéndose de vuestra juventud [(Jr 2, 2)].

¡Ah! mientras ha dejado a tantas otras en el mar borrascoso de la vida, mientras a otras, bien lo sabéis, amigas vuestras, quizás de mejores condiciones, de más brillante posición, no ha permitido que llegasen al puerto, a vosotras os ha hecho [llegar] felizmente a él. Al contemplar, pues, sentadas ya en la playa feliz de la religión, bendecid al Señor que así se [ha] compadecido de vuestra juventud. Y desde vuestro envidiable descanso no olvidéis a este vuestro director espiritual, que como piloto os ha dirigido durante los días de vuestra travesía larga, y entre los escollos inherentes a vuestra edad, y que hoy tiene la no esperada satisfacción de presenciar vuestra dicha.

No olvidéis tampoco a estos vuestros padres, tíos, hermanos que no han vivido sino para labrar vuestro bienestar; a estas amigas que han venido con el único objeto de acompañaros

en vuestra dicha.

Pedid, en fin, por todos, y así como hoy nos reunimos aquí como en una sola familia, con un mismo espíritu y un mismo corazón, así como os vemos hoy coronar esposas de Jesucristo sobre la tierra, podamos un día veros coronadas y ser coronados en el cielo sin faltar ni uno.

Y tú, María de la Providencia Benet, y distinguida en el Corazón de Jesús, *in ipso enim genui te*. ¿Qué te diré en el momento de tu suprema felicidad? No, no es el momento oportuno para herir las fibras de tu débil sensibilidad; tan sólo y para que tu entrega a Jesús sea con toda la efusión de tu alma, abarca con tu mirada penetrante las misericordias del Señor para contigo.

Al venir al mundo, ya fuiste objeto de solicitud de la buena Madre de la Providencia, que te cobijo bajo su manto, y protegió tu existencia, porque te quería un día para hija de su corazón.

Cuando en los albores de tu adolescencia y entre las ignorancias de la juventud, mecida en una quieta indolencia, ¡oh! bien los sabes, y podía repetirte con el poeta:

Tu adormida en un mundo de glorias
Del Esposo los silbos no oías,
Ni a su voz amorosa atendías,
Tal vez pronta del mundo al querer.

Y en aquellos días buscando norte donde fijar tu corazón ...

Y mientras tus días se deslizaban entre las densas nieblas que ocultaban los escollos de tu corazón.

Otras fueron ansiosas las almas,
Que alzaron su voz por ti al cielo,
Y así, pues, qué grato consuelo
Ver tu vida al Eterno ofrecer.

Y cuando fijo ya tu corazón [y] cierto el rumbo que debías tomar, y el norte en que debías fijarlo, la divina Providencia te lo señalo con el dedo de su santísima voluntad, y por ello,

El serafín de Francisco te admite

Como flor que hoy el cielo le envía
Tierna planta que el mundo quería
En sus campos incultos plantar.

Al recordar en este momento esta cadena de beneficios, bien puedes decir con el Profeta: *Tibi sacrificabo hostiam laudis, et nomen Domini [invocabo]*. Invocaré, Señor, eternamente vuestro nombre, y una hostia de alabanza será el sacrificio perpetuo de mi corazón [(Sal 115, 17)].

Alaba, pues, al Señor en este día, y entre las lágrimas de gratitud que ofreces a tu Dios dedica una a estos tus padres queridos, a quienes después de Dios debes las inefables satisfacciones de este día; seas su ángel tutelar en todas las circunstancias de su existencia.

Todas tres, en fin, [en este día] en que el Señor os imprime el sello de esposas de su corazón, emplead vuestro poder para con El.

Pedidle por la Iglesia.

Por España.

Por el Prelado, que por ser hoy su día no ha podido presidir vuestra profesión, para que el Señor le conceda una longevidad, llena de bendiciones y de gracias, para poder multiplicar tantas obras de la gloria de Dios.

Pedid por estos presentes, hermanos, amigos que os acompañan con el corazón, y en cuyo nombre os doy el parabién.

Pedid también por mis colegiales de San José.

Rogad, en fin, por todos.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 65, págs. 1-4**

Mis hijas en el Señor: Al veros aquí en actitud modesta, próximas a ser coronadas con corona de predilección divina, y escogidas entre miles como aquellas vírgenes anunciadas por el Profeta, para ser presentadas y consagradas más de cerca, al rey inmortal de los siglos, *adducuntur Regi virgines post eam, proximae ejus afferentur tibi* [(Sal 44, 15)], no puedo menos de recordaros, para que bendigáis a ese Dios eterno, aquel tan sabido y repetido pasaje del libro de los Reyes, cuando el Señor, queriendo formar un corazón semejante al suyo y constituirle objeto de su predilección y rey de Israel, envió a Samuel a casa del ciudadano Isaí. Y al llegar a la casa, y verse honrado Isaí con la llegada del profeta, le dijo: ¿Es acaso pacífica tu venida? Ah, sí: he venido a inmolar al Señor.

¿Dónde están tus hijos? e hizo llamar a sus hijos. Y le fue presentado el primero, Abinadach, hombre de alta estatura, de brazo robusto; y el Señor le dijo a Samuel: *non hunc elegit Deus*. No te fijes en las apariencias. No escoge el Señor a éste. Y se presentó el 2.º, de bello porte y de elegante figura; y dice el Señor a Samuel: *nec hunc elegit Dominus*: ni a éste. [(1 Sam 16, 6-8)].

Y le fueron presentados sus seis hijos, y a ninguno de ellos eligió el Señor. Y contristado Samuel, después de haber sido enviado allí por Dios, le preguntó a Isaí.

¿Y no tienes otro hijo? ¡Ah! sí, otro tengo, pero jovencito y tierno, que está allí en el campo tostado por los rayos del sol, David. Tráemelo, contesto Samuel. Y al verlo Samuel se sintió poseído del espíritu de Dios, y exclamó: *Hunc elegit*. Este, éste es el que eligió el Señor, y derramando su aceite sobre la cabeza del joven exclamo: A ti, a ti, ha ungido el Señor para rey de Israel, sobre todos [tus] hermanos, y ser depositario de todas las esperanzas del pueblo de Dios [(1 Sam 16, 11 - 12)].

Ahora bien, hijas mías; al pensar en la elección que hoy hace el Señor de vosotras; al ver tantas almas distinguidas por su talento y su posición; al ver tantos corazones ardientes, a los cuales deja sin embargo Dios en medio ...

Doy una mirada, y veo tantas almas de vuestra edad y de vuestro sexo, pero más distinguidas que vosotras, por su posición y su talento, sobre las cuales no quiere fijar el Señor su mirada, y las deja en medio del mundo; y pasea sobre ellas su vista, y os escoge a vosotras de en medio de la humildad de vuestras tareas, y derrama sobre vosotras el aceite de la divina vocación; y os escoge para esposas suyas y para siempre; ¡oh! no puedo menos de replicar lo que el mismo David decía después a todo el pueblo: Sí, sí, el Señor es el que me ha escogido, mientras iba tras las ovejas de mi padre.

El es el que me saco cuando iba tras las ovejas de mi padre, el que puso bajo mis pies a todos mis enemigos, [el que] me salvo de los peligros.

También vosotras debéis exclamar: El Señor es el que me ha escogido, y me ha hecho grande en su reino.

¿Qué os diré, pues?

Yo debiera con esto terminar, recordándoos esa elección de Dios, pero ya que [me] habéis obligado casi sin quererlo a que os sugiriera una idea que preparara vuestro corazón, ¿qué os diré?

¡Son tantas las veces ...!

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 66, pág. 1**

Mis hermanos en el Señor e hija distinguida en el dulcísimo corazón: *in ipso enim genui te*. Ha llegado el suspirado momento.

Pero ¿dónde voy, hija mía? Dos sentimientos encontrados agitan tu corazón, como el mío, en estos momentos. No debía dirigirte mi palabra de felicitación en este momento. Las circunstancias no me acompañan ni te acompañan. Dios ha querido que en este día de tu alegría poner un velo negro de tristeza. Seres queridos para tu corazón, te ha querido arrebatarse Dios durante este año, y que no pueden asociarse a esta satisfacción. Pero por otra parte, ¿cómo resistir el dirigirte mi voz en este día, por el cual tanto has suspirado, y cuyo pensamiento ha absorbido tu vida toda? Prescinde, pues, por un momento de todo, para no pensar más que en el acto que vas a practicar, y poder derramar tu corazón en su presencia, y pronunciar entusiasta los votos *in conspectu*, en presencia de todo tu pueblo y *in atriis domus Domini*, ya que has logrado entrar en los atrios del Señor, *in medio tui*, Jerusalem, en medio de la Jerusalén, de la casa de tu Dios [(Sal 115, 19)].

* * *

Y bien, hija mía, ¿qué te diré en este día de tus místicos desposorios, que te recuerde las misericordias de tu Dios?

Yo ante todo, como comisionado por el Ilmo. Prelado, y por lo tanto en nombre de la santa Iglesia, para dar fe y valor canónico a tu profesión, mi primera obligación debía ser el poner ante tu vista tus deberes, y no ocultarte los sacrificios que te aguardan.

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 67, págs. 1-4

(a) Y bien; ¿qué podré deciros ya que pueda ser nuevo para vuestro corazón?

Si a lo menos al rechazar mi compromiso,
Si yo tuviera que dirigiros la palabra ante personas menos piadosas, y en las cuales pudiera haber algún rastro de esas preocupaciones, hijas de nuestro siglo, me complacería en exponerles lo que es, lo que significa la perfección religiosa, y el estado de una perfecta consagración a Dios.

Yo les diría lo que los santos Padres dicen del estado religioso, las bellas pinturas que de él hace el delicado pincel de un S. Jerónimo; y hasta lo que de él han cantado las inspiradas imaginaciones de los poetas.

Yo les diría que el estado religioso es como el huerto cerrado anunciado en los cánticos, donde el Amador de las almas derrama sus efusiones como en su propio paraíso. Que las almas religiosas son como aquellos lirios olorosos que debían brotar, según el mismo Espíritu divino, entre los abrojos y espinas de una tierra maldecida.

Yo les diría los beneficios que en el orden moral, y aun social, ha producido para los pueblos.

Pero ¿donde voy? si os dirijo la palabra ante un auditorio escogido, que al venir aquí, a presenciar vuestros solemnes desposorios, no viene a indagar razones, ni a que se expongan motivos sino rebosando afecto y ternura, y deseando saludaros con el corazón.

Ya lo veis: ante unos padres cariñosos, que

sacrifican gustosos en aras de su piedad y de la voluntad de Dios, lo que más aman en su corazón, y como Abrahán, no temen rodear el ara donde van a sacrificar sus más dulces emociones de la paternidad.

Os hablo ante corazones piadosos de personas amigas, conocidos que se asocian a vuestra dicha y os saludan con entusiasmo. ¿Qué les diré, pues, ya?

Por otra parte, si yo viniera de nuevo a este lugar, y pudiera suponeros menos instruidos en los deberes de la profesión religiosa, hoy, como delegado del Ilmo. Prelado, y por lo tanto a nombre de la santa Iglesia, al mismo tiempo que os expondría las grandezas de vuestro estado, os detallaría también los deberes de la vida religiosa.

Os diría lo que significa el acto que vais a practicar. Os diría que en el momento de pronunciar vuestros votos, viviríais atadas, y para siempre, con el triple lazo de los votos esenciales.

Pero ¿a qué explanaros estos deberes de la vida religiosa, cuando os son tan perfectamente conocidos y agradablemente aceptados? Practicado hace 14 meses cuanto ha de constituir el círculo de vuestra existencia toda, y sin que os hayan ocultado la más mínima de las asperezas, inherentes a vuestro sacrificio; sacrificio que el mundo desconoce; ¿para qué extenderme en pintarlo a vuestra vista, a fin de que obréis con conocimiento de causa?

Si, en fin, en cumplimiento de mi deber, y ante las dudas que podrían asaltar en otras épocas en que, fomentadas algunas vocaciones desde la infancia y al calor de continuados ejemplos, y sin los atractivos de la compañía del siglo, yo os expondría también todas [las] ventajas que en el mundo podríais tener.

Pero ¡ay! nacidas en el siglo XIX; no ajenas al clamor con que la impiedad, y no sólo la impiedad, sino aun las personas que tal vez son buenas nos [?] heridas más de una vez por los

apóstrofes que el espíritu del mundo, y no sólo el espíritu del mundo sino aun de ciertas personas que pueden pasar muy bien por piadosas; habiendo vivido en medio de una atmósfera de un siglo de encantos, ¿qué puedo decir ya tampoco que pueda servir para prevenir vuestra libertad, y obrar con perfecto conocimiento?

¿Qué debo hacer, pues, ya? ¿Qué objeto puede tener cuanto os diga?

No me queda, pues, sino felicitaros al logro de vuestros deseos. Y para que dispongan vuestro corazón a la gratitud en este momento en que vais a realizar vuestro abrazo con el Eterno, recordad y fijad en vuestra mente y en vuestro corazón, para considerar[lo], el beneficio que el Señor os ha hecho, estas palabras: Dios, yo ... la vocación.

(b) Y este amor debe ser para todo lo que tenga relación con los intereses de vuestro Esposo, Cristo Jesús.

¡Y tantos como son estos intereses divinos!

Y debéis alegraros por lo que él se alegra, y entristeceros por lo que a él le apena. Y las necesidades de la santa Iglesia, y la situación de los pecadores, y los peligros de las almas justas, y la propagación de la gloria de Dios, nada debe seros indiferente. Y las tribulaciones de cuantos [?]; Oh, si son tantos los intereses divinos que el Señor confía al cuidado [vuestro]! Como dice un escritor no hay fonda, ni café, ni ferrocarril, ni fábrica, ni lugar de la tierra donde los intereses de Jesús no estén en continuo peligro. Y vosotras debéis ser el fomento de estos intereses, los vigilantes de tan multiplicados peligros, levantando vuestras manos al cielo de día y de noche, y ante el Corazón de Jesús, que desea haceros depositarias de los tesoros de sus misericordias en favor de las almas todas.

Como víctimas de propiciación entre el cielo y la tierra, ¡ay, de vosotras, si por vuestra apatía, vuestro olvido y vuestra falta de celo, se menoscabaran las gracias que el Señor quiere

enviar a las almas! Estas almas os las pedirán en el día del juicio.

Que no sea así, hija mía; que desde hoy pueda decirse lo que el Apóstol decía: Que sois el sacerdocio, la generación santa, el iris de paz entre Dios y los hombres, las reparadoras de Jesús, hostias, en fin, agradables a su corazón en el tiempo y en la eternidad.

Pero basta ya; no quiero retardar por más tiempo vuestros deseos Venid: cercano está vuestro suspirado momento: (c)

Y ante esas voces amorosas de Jesús, pronunciad vuestros votos y ante Dios y ante los hombres.

Pero ¡ah!, no olvidéis en este día de vuestra felicidad, de extender vuestras miradas

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 68, págs. 1-4

Ahora bien, hija mía: El eterno Amador que va a confiarte el anillo de su eterno desposorio, repite a tus oídos lo de S. Juan: in charitate perpetua dilexi te [(Jr 31, 3)].

Ideo atraxi; misereor tui [(Jr 31, 3)].
Recordatus sum tui [(Jr 2, 2)]; misereor dolorum tuorum.

¿Qué debéis decirle al Amador eterno, que Va a ponerte el anillo de su predilección?

Pone me ut signaculum [(Cant 8, 6)],

Y ha de ser continuado como la Esposa de los Cánticos: Ego dormio [(Cant 5, 2)].

Y ha de ser constante, pudiendo decir, como el Apóstol: Quis me separavit: Ni las tentaciones, ni [los] combates [(Rom 8, 35)].

Este deber de amor vas a contraer al recibir

y aceptar con tus votos este anillo de místico desposorio.

Pero he dicho también que significa la fidelidad e interés por la honra del objeto amado.

* * *

Y esta fidelidad ha de ser en primer lugar, para no dar lugar en tu corazón a otros amores, y por ello te va a imponer un velo sobre tu rostro y tu cabeza, para que puedas decir, como dirás: *Posuit velum in faciem meam, et nullum praeter eum admittam*; no sólo ha de ser para no albergar en tu alma el amor del mundo, pues por esta razón exclamas y dices públicamente: *Ancilla Christi sum*; no sólo esta fidelidad ha de ser para el aborrecimiento y desamor de ti misma, porque también repetirás: *Mortua sum et victima*, sino que esta fidelidad ha de ser para tener celo por la honra del objeto amado.

Nada hay,

Nada que nos ofenda.

Perfección sin [?] al de aquel que,

Sta. Teresa de Jesús: *Ut vera sponsa*.

Y aquí, hija mía, yo debiera pintarte,

Y sentir las ofensas que se le hacen.

Nada hay que nos ofenda tanto como las injurias inferidas al objeto amado. Un insulto, una desatención a un padre, a una madre, la sentimos más que si se infiriese a nosotros; y por otra parte, ninguna cosa nos complace tanto, ni agrada tanto como el sentimiento y dolor que sabemos experimentar por aquellos que nos aman, por las desatenciones o atropellos de deshonra que se nos quiere causar.

Ultimamente, intereses comunes

Por ello ya sabéis que el mismo Jesús

Este sentimiento delicado de celosa fidelidad por su honra desea Jesús de las

almas. Por ello sabido es aquel hecho de la vida de Sta. Teresa de Jesús, en que este divino Salvador le entregó aquel clavo misterioso, señal de Intimo y doloroso desposorio, con estas palabras: *Deinceps ut vera sponsa*.

Este sentimiento vivo de tierna delicadeza por la honra de Jesús es el que te impondrá tu místico desposorio; este encargo es el que Jesús va a pronunciar a tus oídos, y éste te impone al colocar el anillo de fidelidad en tu [mano]

¡Oh, hija mía! Aquí debiera yo pintar a tu imaginación las ofensas. Yo

Y aquí debiera yo, hija mía, para excitarte a estos sentimientos, poner a tu consideración las injurias que recibe Dios, lo desconocido de sus beneficios, las ... pero tu corazón y tu imaginación más fecundas que mis palabras, podrán correr por ese campo de desagrazos al Señor. Y tus continuas alabanzas en el coro, y tus cánticos de acción de gracias anunciarán las bondades y perfecciones de tu Dios, y su eco repercutirá a los oídos del mundo, y le compensa de las [?] que contra él ... y con tus gemidos silenciosos repararás los agravios que de continuo se hacen a su amor sacramentado.

Y con tus penitencias ... templarás el rayo de su justicia, por los vicios de los hombres.

Y con tu

De esta manera, celarás la honra de tu Amado, que para ello te da ese anillo de fidelidad.

Ultimamente, he dicho que el anillo significa la comunidad de intereses. Por esto, los [?] romanos al dar el anillo, solían dar las llaves de la casa, como señal de velar los intereses de la misma, [?]

Escritos I.º, vol. 9.º,

doc. 69, pág. 1

nos amenaza ruina. Y con la mortificación y la penitencia angelizar esta carne, para que pueda reformarse, y ser semejante a Jesucristo, que te admite a su lecho immaculado.

Y vas a hacer, y perpetuo, el sacrificio de tu voluntad. ¡Ay! hermana mía, es preciso que lo comprendas. Porque este sacrificio racional, que viene a proporcionarte libertad y sosiego para tu espíritu, debe ser perfecto; y al entregarte en los brazos de la santa obediencia, debes cerrar los ojos de tu entendimiento, debes cortar las alas de tu voluntad, y no mirar sino el dedo de Dios en las más ligeras indicaciones de aquellos a quienes Dios ha puesto como representantes de su autoridad, como oráculos de sus palabras, como órganos de su voz sobre la tierra; sólo así podrás tener la seguridad, y felicidad y libertad de espíritu; sólo así podrás ser semejante a aquel que fue obediente

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 70, págs. 1-2**

Ha llegado, por fin, tu suspirado día; cercano está el término de tus ardientes y prolongados deseos; pronto completarás tu desposorio con el Eterno, y corona de místicas

flores ornará tu cabeza, y entre el concierto armonioso de [?] exhalarás tus promesas, y tu nombre quedará escrito con letras de oro; nombre envidiable y distinguido, que no es dado al ojo humano el describir; y y y

Y al considerarte yo, hija mía,
Tu ángel contemplando ti... con sonrisa cumplida la

Pero ¡ah!, no: deténte tu paso por un momento siquiera, aunque con ello hayas de mortificar algún tanto los ardientes ímpetus de tu santa agitación; no quiero des este paso decisivo sin reflexionar un instante los deberes que te impondrás al consagrarte eternamente a Dios con este lazo sagrado; si, como ministro de la Iglesia, y en nombre suyo, como padre, como amigo, quiero al ... tu grandeza, tu dicha, la cadena de beneficios que ha hecho el Señor para lograr tu ventura, exponerte también con sencillez los vínculos sagrados que deben estrechar tu alma, los compromisos que contraes, a fin de que obrando con claro conocimiento, nunca puedas excusarte en su cumplimiento, ante la presencia de Dios.

Breve seré, hija mía; no detendré tu impaciencia.

Al quererte ponderar, hija mía, de pronto te verás rodeada, los beneficios que has recibido de la mano del Señor conducentes a este fin, los bienes que vas a conseguir, los males y peligros que vas a evitarte, las circunstancias especiales que han concurrido a la consumación de la obra que hoy, henchido de júbilo nuestro corazón celebramos, quisiera condensarlos en ...

Trasládate, si, y con la imaginación a los primeros días de tu vocación, y cuando la idea de ser religiosa ocupaba tu mente, y embargaba tu ánimo, cuando después de una larga resistencia a las voces de Jesús, halagada con los repetidos ofrecimientos del mundo, resolviste tu abrazo eterno; recuerda, digo, entonces las emociones de tu [alma], los latidos de tu corazón; las promesas que a los

pies [de Jesús] hacías; recorre las ventajas que entonces velas en

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 71, págs. 1-4**

Y no creas, hija mía, que yo quiero ahora, para prepararte al acto solemne que vas a practicar, quiero digo, ensalzarte las grandezas que encierra tu estado, las consideraciones que merece para con Dios, con la Iglesia, y con la misma sociedad. No quiero decirte con los santos Padres que al aceptar hoy Dios tu consagración, entrarás a ser constituida en el número de las escogidas de Jesús, porción selecta del rebaño de la Iglesia:

No creas tampoco que venga a decirte las ventajas hasta temporales que vas a alcanzar. Ya sabes cuán generoso [es] el Señor con aquellos que le siguen. Ya sabes que su divino corazón, amante ya [en] los días de su vida, y deseando tener almas que le siguieran del todo, para atraerlas, pronunció aquellas palabras: El ...

Es decir, que él mismo se te constituye hoy
No: no quiero, sino para que veas y comprendas en este momento cuanto debes a Dios, que recuerdes los pri

El Señor te constituye hoy su posesión ...

Y la abundancia les rodeaba y el colmo de todos los bienes y de todas las bendiciones venían sobre ellos, mientras fieles correspondían a Dios y a su vocación.

Toda esa abundancia prometida al alma escogida, te va a prometer el Señor en este día

...

Y lo hace por su voluntad. Recordatus sum
... [(Jr 2, 2)].

¡Oh, cuán grande debe ser tu gratitud!
Cuando los hijos de Israel, después de haber
gemido mucho tiempo bajo el yugo de Babilonia y
arrastrado sus cadenas, y prometía al Señor que
primero se pegaría su lengua a su paladar antes
que olvidarse de Jerusalén y de su templo, y
cuando restablecido a su patria y a su propia
habitación, bendecía la mano paternal que había
enjugado su llanto, y había puesto término a
sus desventuras, y le había librado de los
peligros de aquella nación corrompida,
prorrumpía en llanto del más puro entusiasmo,
como en testimonio de su agradecimiento: Ya que
vos, Señor, sois el autor de mi libertad,
seréis también para siempre el Dios de mi
corazón. Hija mía, apartada ya del mundo,
libertada de las cadenas de tu cautiverio,
próxima a tomar para siempre posesión de esta
tierra de promisión, bien puedes bendecir al
Señor con toda la efusión de tu alma, y
prométele olvidarte de ti, antes que olvidar el
beneficio que te va a conceder.

Y así como el pueblo de Israel

Y cuando mires tu vestido,

Quando los hijos de Jacob salieron de
Egipto, conservaron muchas ceremonias y
recuerdos a fin de que cuando sus hijos les
preguntaran qué significaba aquello, exclamaran

Quando veamos tu santo hábito, cuando
recuerdes este día, bendice a Dios también:
Esclava estaba, hubiera sido perpetuamente, y
el Señor me liberto.

Y bien, ¿qué le darás al Señor en cambio?

Sacrificio

Pronúnciate ya ancilla Christi, sierva de
Cristo, y te aceptará por Esposa de su corazón,
y esa corona de flores será el símbolo de la
corona de oro que te reserve en la
[in]mortalidad, y de los muchos adornos que te
guarda.

Y te sellará

Y tendrás derecho

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 72, págs. 1-2**

*Profesión de Agustina Ferreres,
Sor María de Lourdes
(No lo prediqué)*

Mi hija en el Señor: Ha llegado por fin tu suspirado día.

¿Qué te diré, pues? Si yo tuviera que dirigirme a un auditorio,

Si al menos yo me dirigiera a una alma menos instruida en los deberes religiosos, en lo que significa la profesión religiosa, yo en cumplimiento de mi deber, y a nombre de la Iglesia, te diría ...

Pero ¿qué puedo decirte? Si hace 14 meses, ¿Qué podré decirte, para poder cumplir mi compromiso? Ya que debo cumplir la promesa de tejerte la corona de flores,

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 73, págs. 1-2**

Exponiendo S. Crisóstomo esta palabra, nos

dice que el amor que Dios exige ha de ser tal, que así como el sello forma una misma cosa con la materia de que está compuesto, así el amor de Jesús ha de formar una sola cosa en tu alma.

Y así como el sello no desaparece nunca, así el amor de Jesús no puede desaparecer sino con la muerte.

Y así como

Y este amor ha de ser hasta el sacrificio; y en la salud y en la enfermedad, y en los contentos y en la sequedad, y en la calma y en las tempestades del mundo y del infierno; y en cuantas circunstancias sobrevengan.

[Ten] presente, hija, vas a realizar tu profesión en los días en que en antros tenebrosos, nuestros hermanos del siglo nos han declarado una guerra de exterminio, y no sabemos las pruebas que Dios nos aguarda; y por esto el amor de Dios en tu corazón debe estar dispuesto hasta el martirio.

¿Qué le responderás al acento de ese Amador que te pide le pongas como sello indeleble en tu corazón? ¡Ah! debes responderles lo que la amada de los Cánticos: *Trahe me* [(Cant 1, 3)].

* * *

y quebrantos, y que un día ofreció al Señor una flor de su corazón que él quiso luego arrebatlarla, y que ve hoy en ti un retoño de lo que el Señor [?]

Y cómo olvidar hoy una súplica por esta comunidad que te ha recibido en su seno, y de la cual vas a formar parte, y en especial por esta predilecta, que mientras revoloteabas como mariposa, o más bien, como pajarito en busca de flor y de la rama en donde debías [poner] el nido de tus amores, tal vez debiste a sus oraciones que seas colocada a la sombra de su solicitud y de su cariño.

Ruega por estos tus hermanos, presentes y conmovidos, que hoy han venido a demostrarte su afecto, honrándote con sus presencia; y en cuyo nombre te felicito.

Una súplica para estos sacerdotes, que te bendicen, para que Jesús te haga verdadera reparadora de su amor sacramentado.

Ruega, en fin, por todos para que, así como nos hemos reunido para verte coronar en la tierra, podamos un día verte coronada

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 74, págs. 1-2

No; no quiero ya fatigar vuestra atención, ni retardar vuestro momento feliz. Acercaos ya, olvidad el mundo y todas las cosas, para no pensar sino en vuestro Dios; pero no olvidéis en este [momento] de gracia y de bendiciones, en que tan poderosas sois con el Corazón de Jesús; echad una mirada a las necesidades del mundo, y como avecilla colocada,

Un gemido al Señor también por otros objetos queridos que ... no existen ya ... No; no quiero lastimar vuestro corazón en este día de completa alegría y felicidad; pero un gemido para ellos, ya que deben ocupar el primer [lugar] en vuestros corazones.

Una súplica para vuestros padres aquí presentes, que no miran sino en la vuestra, su propia felicidad. Que vuestra profesión religiosa sea para ellos fuente de bendiciones en [su] venerable ancianidad, para su vida y para su muerte.

Una súplica por estos hermanos, y sobre todo, por estas hermanitas a quienes dejáis en

el proceloso mar del mundo, desconocedoras del derrotero que deben seguir: Que el Señor las ilumine, las sostenga en las tempestades que todavía amenazan la existencia de su vida.

Rogad por estos vuestros amigos, amigas, que os acompañan y con emoción indecible os acompañan en vuestra felicidad, y en nombre de los cuales os doy el parabién.

Rogad por mí, hijas mías, ya que él os [ha confiado] y pedid al Señor.

Que si hay piedras

Le diréis que si hay, como dice David, en los valles cuevas para los erizos, hay también montes para los ciervos.

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 75, pág. 1

Una cosa habéis pedido al Señor: el habitar en su casa; vota mea Domino reddam[(Sal 115, 14)]. Hoy veo cumplirse mis votos, in medio tui [(Sal 115, 19)], en medio de ti, amada Jerusalén de la religión.

Esta profesión tuvo lugar en la entonces capilla nueva de este Colegio, el día 25 de noviembre, fiesta de Sta. Catalina de 1887, diciéndole la misa el P. Wenceslao Bruno, rector del Colegio que le dio la comunión y recibió sus votos.

Mirémosle luego en aquella habitación

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 76, pág. 1**

Y tú, Sor Concepción, bendice al Señor en este día: No creo el momento oportuno para herir las fibras de tu corazón. Sólo sí, y para que tu entrega a Jesús sea con toda la efusión de tu alma, abarca con tu mirada todas las misericordias del Señor para contigo. Piensa como que Jesús te está diciendo a tus oídos: *Recordatus sum tui, miserans adolescentiam tuam.* (Jeremías) [(Jr 2, 2)].

No puedo menos de recordar aquel pasaje del libro de los Reyes. Este elige el Señor: El Señor te ha elegido; seas fiel a tu elección; y desde tu amado retiro, envía un recuerdo, en primer lugar, a un objeto cariñoso, a un padre querido que ¡ay! no puede asociarse a tu dicha en este momento, pero que desde el cielo está contemp[lando].

No olvides a tu hermana querida, ornada como

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 77, pág. 1**

Y tú, Sor V. del Corazón de Jesús: En este

día de tu felicidad da una mirada [a] tu pasado y a tu porvenir. Cuando al despertar ya de tu razón, una voz misteriosa resonó en tus oídos, la suave mirada de Jesús penetró en tu interior y formó tu encanto; ¿y para quién sino para él debía ser el tesoro de emociones y ternuras de tu corazón?

Resuelta a su seguimiento, y en el vasto campo que se ofrecía a tu vista en la viña del Señor, un instinto secreto te conducía a trabajar en esta viña por el camino de la soledad, y exclamabas: La soledad, Jesús mío, la soledad.

Y como la paloma de los Cánticos en tus luchas interiores repetías: Volabo et requiescam. Llevaré mi vuelo al alto, para allí descansar sola [(Sal 54, 7)].

Y cada día era más imperiosa la voz que te decía: *Ducam eam in solitudinem*. No temas, te llevaré a la soledad, y allí hablaré a tu corazón [(Os 2, 14)].

Y logras esta soledad, acompañada de la satisfacción de ver próximo también el ver consagrado a Dios, como tú, un hermano querido, que aunque separado por la distancia, ¡oh! en estos mismos instantes está unido a ti con su espíritu, y unido a Jesús le está pidiendo una cariñosa bendición para tu alma.

¿Qué le darás al Señor en cambio?

FRAGMENTOS DUDOSOS

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 78, pág. 1**

Y tú, Dolores C. C.: Bendice al Señor, hija mía. Muy bien puedes exclamar al considerarte elegida por Dios, al ver las misericordias de Dios: El Señor se ha acordado de mí, compadeciéndose de mi juventud. No sólo ha logrado con mis oraciones

El Señor escucho mis preces, y me concedió el consuelo de ver consagrada para él una hermana, objeto de tantos temores, y no contento con esto, ha querido compadecerse de mi juventud.

Sea para él todo tu corazón, y no olvides las necesidades de tu familia.

Todas las dos, en fin, huérfanas de madre sobre la tierra, sean vuestras madres objeto de vuestra memoria en este día, puesto que desde el cielo os contemplan complacidas, y os ven colocadas bajo el manto de la divina Madre.

Rogad por todos, para que

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 79, pág. 1

Y no era una ilusión, hija mía, no: era una realidad lo que presentías; en un plazo más o menos corto hubieras experimentado lo que en lontananza preveías; en la parte material [?] ¡ay! hubieran pasado unos [años]

Colocada bajo las alas de la providencia amorosa, descansando en el regazo de su

Pero no, no: aun supongamos que nada te hubiera faltado, que la hubiese deparado un lugar, o hubiese sido en otro estado ...

No quiero exponerte los peligros ...

Baste decirte, que sin quererme oponer a la vocación que el Señor concede, es más digno de compasión que de otra cosa, el estado opuesto al de virginidad.

Supongo, pues, digo, que hubieses continuado ¡ay!, y el mundo no os quiere; al contrario, en el estado religioso se mira como un deber por el mismo mundo el tener que practicar lo que fuera reprobado en él; y sin respetos humanos ...

Eso en cuanto al aspecto material.

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 80, págs. 1-2

Mis hermanos en el Señor, hijos de este pueblo de la Vall del Sol: ¡Cuán dulces son estas fiestas que presenciamos! ¡Qué alegría os causan estas solemnidades que no pudieron presenciar vuestros antepasados!

Hace 4 meses que con el entusiasmo de vuestros corazones inaugurasteis este santo edificio, y recibíais a esta comunidad y la ofrecíais en testimonio de vuestra gratitud.

Y los predicadores de aquellos días os decían que este edificio sería el centro de vuestros corazones. Os anunciaban que aquí se verificaría la profecía de Isaías, de que afluiría aquí la gloria de las gentes, que el nombre de la Vall resonarla en muchas partes, y lo que antes era un campo árido se convertiría en jardín delicioso, y que brotaría el lirio en lo que era soledad.

Y este vaticinio se está cumpliendo. Y a raíz de la misma fundación, visteis aquí la primera flor, primicia de esta casa, venida de

lejano punto para hacerse vuestra vecina; y la visteis aquí abandonándolo todo: su destino, su posición, su porvenir, para ser lirio de esta casa, y sacrificarse por el bien de vuestras hijas. Y luego presenciasteis el ofrecimiento de una humilde jovencita que venida también de lejanas tierras, quiso sentar aquí el nido de sus amores a Jesús.

Y hoy veis aquí dos nuevas flores arrancadas al mundo para ser colocadas en el santuario, conducidas por la propia mano de distinguidas familias, que se desprenden de ellas y las dejan aquí para sacrificarlas en bien vuestro.

¿Qué os diré, hijos míos, sino que a *Domino...*

¿Qué puedo hacer, sino felicitaros y felicitar a esta población, y felicitar a esta comunidad, y pedir os que deis gracias a Dios, que os permite repetir de nuevo estas fiestas?

¿Y qué os diré a vosotras, hijas mías?

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 81, págs. 1-2

Las tres palomas.
Y todo esto Dios. Dios, sólo él ...
Tú, ¿qué eras?
¿Qué le darás en cambio? Gratitud. Los hijos
de Israel.
Termino, pues,

Mis hijas en el Señor: Sois unas obligadoras, por más que seáis muy poco obligadas. Me pedís que aproveche mi estancia en vuestra compañía, ampliando las ideas que esta mañana se [?] agotado, si bien con la impaciencia y desficio más grandes. No queriendo, pues, dejar pasar esta ocasión de mi permanencia involuntaria entre vosotras, ¿qué os diré?

Al querer fijarme en una idea

* * *

Envía una mirada al Sumo Pontífice abandonado, y sin otro auxilio que las oraciones de sus hijos: que el Señor le dé acierto en la conducción de la navecilla de Pedro; y que rompa para siempre las cadenas que le oprimen.

Envía una mirada a nuestra pobre España, agitada hoy por la impiedad; que pueda ser una vez el patrimonio de María Inmaculada.

Ruega, y muy en particular, hija mía, por este pueblo de Vinaroz, a quien la Providencia ha confiado a los cuidados de vuestras oraciones. Cuando al despertar de la mañana, y en el descanso de la noche, sean las almas de esta población objeto de tus gemidos.

Y cuando te levantes a media noche,

Y cuando la tempestad arrecie, y la tribulación les amargue, y la enfermedad les visite, y la muerte les arranque, seas, hermana mía, el ángel de su Providencia.

Ruega por estos padres, y que han hecho dos sacrificios.

Ruega por ese cura Párroco, a fin de que el Señor le conceda consuelos en la grey que ha confiado a su cuida[do].

Ruega por estos dignos sacerdotes que han

querido acompañarte con su asistencia y participar [de] tu alegría.

Ruega por estas dos discípulas, amigas, que te saludan con el corazón, y a cuyo nombre te felicito.

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 82, pág. 1

¿Y quién es, hermana mía? ¡Ah! Supremo autor de todo, infinitamente feliz para nada necesitaba de ti. ¿Qué gloria podrás darle? ¿Qué provecho podrás proporcionarle? Decimos: ¿Acaso te necesitaba porque necesitaba de los afectos de tu corazón?: ¡Ah! miles de Angeles ...

¿Qué méritos le pudiste presentar? Ninguno, tal vez ingratitudes. Y sin embargo, movido de su piedad puso los ojos en ti, y te escogió entre millares para colocarte en lugar especial, para elevarte sobre los demás. Y sin ningún título de tu parte.

¡Ah! dirige tu mirada por el mundo: Cuántas personas de vuestra edad, de bellísimas condiciones, de talento privilegiado, de gran corazón, hermosas plantas dispuestas para todo, tal vez más virtuosas. Y, sin embargo, las deja en el borrascoso mar de este mundo, y te escoge a ti; y deja esas plantas en el campo inculto del mundo, y te trasplanta a ti a la corriente de las aguas de la religión.

Y si Dios quisiera, una sola inspiración sería bastante para arrebatarse aquellos corazones, y, sin embargo, Dios no lo hace.

¿Y qué eres, hermana mía? ¡Ay, un poco de polvo y ceniza, sierva inútil! ¿Qué fuiste?

Ingrata al Corazón de Jesús, y con todo: ¡Oh, mira divina!

¿Ignorabais, Señor, acaso nuestras infidelidades? ¡Ah! no:

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 83, pág. 1

Además: os ha hecho el beneficio de poderos dedicar a la práctica de virtudes dentro de los atrios de la casa del Señor. Unam petii ... [(Sal 26, 4)].

Mirad: Hace unos años ...

Si consideráis bien este favor ...

Pero ¡ay! hermanas mías, ¡cuántas obligaciones te imponen estos beneficios y esta dignidad a la que has sido elevada!

Mira: eres árbol plantado

Eres lámpara del santuario

En fin, hermana mía, ¿por qué el Señor te ha elegido a ti? ¿Por qué te dio esta vocación, y el poderla conseguir? Echa una mirada por el mundo, y ...

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 84, pág. 1

No: no era yo el señalado para dirigirte la

palabra; ningún lazo particular me daba derecho a ello: otro debía hacerlo, y mejor que yo hubiera interpretado tus sentimientos; pero un compromiso de última hora, las exigencias de un amigo santamente molesto, me obligan a hacerlo brevemente. ¿Qué te diré, pues, para actuar tu corazón al acto que vas a practicar? ¿Quién es el que te ha proporcionado el beneficio de la vocación religiosa? ¿Qué significa el acto que vas a celebrar?

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 85, págs. 1**

Ruega por esa tu amada y piadosa padri[na] la cual un día te elevo, ya regenerada de las aguas del Sto. Bautismo, y allí te ofreció a Dios en sus brazos, y por ti le prometió renunciarías al mundo, a sus pompas y vanidades, y que hoy te ofrece otra [vez] viéndote cumplir con placer aquellas promesas de la manera más completa, con el sacrificio más cumplido.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 86, pág. 1**

Una vez más vais a escuchar cánticos de

espiritual regocijo y de santa expansión.

Hace dos días que visteis aquí consagrarse con lazos eternos a dos almas generosas que se ofrecieron en perpetuo holocausto.

Hoy presenciamos el ofrecimiento de otras dos flores arrancadas del mundo para ser colocadas en el altar de María Inmaculada, otros dos corazones.

Bendito sea el Señor que en medio de la disipación que nos vemos precisados a presenciar de continuo [en el] mundo, nos permite repetir fiestas tan gratas.

Porque a diferencia,

Hoy se presentan a vuestra vista otras dos flores arrancadas del mundo para ser trasplantadas en el altar de María Inmaculada.

Ataviadas todavía con las galas del siglo, vienen a protestar aquello: Elegi, van [a dar] un adiós [?] a sus pompas y vanidades para ser investidas

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 87, pág. 1

¡Oh, hermana mía! El Señor dio una mirada a tantas almas, de condiciones naturales más distinguidas, de mejor posición, de más claro talento, tal vez de más virtud, *et eas non elegit Dominus*, y pasó por alto sin mirar, y no les dio la gracia de la vocación; y se fijó en ti, y a ti te llamó para esposa de su corazón. Bien podía, pues, decirte con el Profeta: *Dominus recordatus est . . . [(Jr 2, 2)]*.

¿Qué le darás al Señor en cambio de este ...

VIDA Y CASAS RELIGIOSAS

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 88, págs. 1-10**

*Plan para un sermón en la fundación de la Vall
(pero no lo prediqué)*

Cuán bellos son tus tabernáculos ...

Ave María

Si yo tuviera que dirigirme a un auditorio menos piadoso, y en el cual pudiera haber algunos inficionados por las máximas de la impiedad o del mundo, que hacen mirar al estado religioso con ojos de prevención, yo me entretendría en haceros ver lo que es, lo que significa el estado religioso en el orden moral y aun social.

Yo les haría ver que los Institutos religiosos son en el orden moral como faros luminosos colocados por Dios de trecho en trecho en medio de las tinieblas del vicio y del olvido de Dios, y que nos señalan y nos recuerdan constantemente nuestros deberes y nos señalan el camino del cielo. ¡Cuántas almas entregadas a la disipación y al desenfreno de sus pasiones, al recuerdo de estos seres entregados a la penitencia y al sacrificio, han sentido en su corazón el aguijón del remordimiento, y han despertado del letargo del pecado!

¡Cuántos ejemplos podría citaros, y que nos

refiere la historia de algunos criminales, que al ir en oscura noche a cometer un crimen, el acento de las voces de la oración salidas a aquella hora del recinto del claustro, a la memoria sólo de sus moradores entregados tal vez a la penitencia, ha sido bastante para detener su paso en el camino del mal!. S. Pedro de Alcántara.

¡Oh! si el tiempo me lo permitiera, yo os recordaría los ejemplos de arrepentimiento, los cambios que en muchas almas extraviadas ha obrado la sola vista de uno de esos modestos recintos de la inocencia y de la piedad.

¿Y como no ha de ser Así, hermanos míos?

Estas almas delicadas, que a la flor de su edad y cuando el mundo les sonríe con la copa de sus placeres halagüeños lo abandonan todo; esos corazones, que poseídos de una fuerza superior, apartan sus ojos a las pompas del mundo; esos seres, en fin, que iluminados por la luz del cielo y de las vanidades de la tierra, cierran sus corazones a todos los amores profanos, y aun a los lícitos, para consagrarlos del todo a Dios, ¿cómo es posible que no llamen la atención del mundo, que condenen sus máximas, y que dejen de ser un ejemplo constante y vivo de edificación en el orden moral?

Y si algún preocupado hubiese entre vosotros, que se atreviese todavía a preguntar el porqué de esta abnegación y de este sacrificio y de este apartamiento del mundo, bastaría le dijera, aunque otras razones podría darle, que así lo quieren por un derecho natural e inalienable del que nadie les puede privar, ni ninguna ley puede cohibir.

Pues qué: ¿no proclaman los derechos naturales del individuo?; se están proclamando todos los días los derechos para establecer centros de disipación, ¿qué digo? , hasta se defiende el derecho que se debe tener por cada uno para esos centros del vicio, y esas casas de degradación, y ¿no habrá el derecho para que cada uno escoja el estado de vida que más le

plazca en el retiro y la soledad, o en medio del mundo, sin ofender a sus semejantes?

¿Pero dónde voy, hermanos míos?

Si yo hablo a un pueblo católico, y no sólo católico sino piadoso, que al venir hoy aquí no viene a que se le den razones, sino que llenos de fe no pueden menos de reconocer la virtud, el sacrificio, el valor que encierran esas almas que se consagran a Dios.

Si, vosotros lo comprendéis y yo [no] necesito esforzarme para recordaros los beneficios que en el orden espiritual reportan los pueblos en la posesión de los Institutos religioso- sos.

Los conventos religiosos, aun los que solamente se dedican a la contemplación y a la penitencia, son aquellos huertos cerrados, anunciados en los Cantares, en donde el Amador eterno de las almas tiene sus delicias como en su propio paraíso.

Esas almas religiosas son aquellos lirios del campo que debían brotar en medio de una tierra estéril y maldecida; son aquella pequeña grey de seguidores de los consejos del Evangelio, en la cual Jesús se complacía ya en su sola perspectiva.

Son aquella falange de almas, que S. Juan vio en su Apocalipsis, que rodeaban de más cerca al cordero santificado, y que entonaban un cántico nuevo de amor, que nadie más que ellos sabían cantar; y que estaban [cubiertos] de vestiduras blancas, y con palmas en su manos, que llevaban un nombre escrito que nadie sabía leer. (Visión del Apocalipsis).

Esos conventos, esa reunión de almas, son la porción escogida de la Iglesia católica, y objeto de sus más solícitos cuidados.

Por esto habréis visto cuántas prescripciones exige la Iglesia para su estancia en un pueblo. Vosotros habréis visto como las señala una rigurosa clausura, y las rodea con altas murallas, para significar a los fieles que son los santuarios de la religión, a los cuales no deben acercarse ni las miradas

profanas del mundo.

Esas almas consagradas a Dios con lazos de eternas ataduras son aquéllas objeto del entusiasmo de los santos Padres, y a las cuales han dedicado las páginas más brillantes de su pluma.

Yo recuerdo al austero S. Jerónimo, enterrado en la cueva de Belén, consagrar a su hermana Leta las más bellas descripciones del estado religioso.

Yo recuerdo a S. Isidoro, el gran doctor español del siglo VIII, dedicar con fruición sus mejores obras a la utilidad de su hermana, la distinguida abadesa Sta. Florentina.

Y si esto es así, hermanos míos, que la Iglesia las mira con tanta predilección, ¿cómo no hemos de creer, como no hemos de decir, que la existencia de esos asilos de la piedad son un beneficio en el orden espiritual para los pueblos que los poseen?

¡Cuántas gracias no podemos esperar nos alcanzarán del cielo con sus virtudes y con sus oraciones! Ejemplo de Moisés.

Recuerdo en este momento, hermanas mías, aquel hecho que nos refiere la Historia de España, respecto de Ramiro, rey de ...

Que bien ...

Llama a S. ... como se nos refiere en las Lecciones del Breviario.

Y Ramiro es un nombre que ha quedado con[signado] en la Historia de España.

¡Oh! ¡Quién es capaz, hermanos míos, de preveer las gracias y bendiciones que pueden obtener del cielo esas almas sacrificadas a Dios por el amor! (Vivimos en una vida de fe, Faber).

La misma Sta. Teresa de Jesús, esa alma grande y emprendedora, esa inteligencia excepcional entre las mujeres, ese corazón varonil y recio como ella decía, no dudó en consignar aquella exclamación: ¡Qué sería del mundo si no fuera [por] las almas religiosas!

El mismo S. Isidoro antes citado, no dudó poner en una de sus dedicatorias a su hermana

el deseo de sus oraciones, para sí y su hermano Leandro, porque como dicen las lecciones del Breviario: Flectere ... creo que inclinará sus oídos a tu oración porque es oración virginal.

Cuando la tentación nos combate ... en las agonías de la muerte ... en los peligros de la vida ...

Y si del orden social, moral y espiritual quisiera yo concretar o referir los beneficios que este convento puede reportar con el ejemplo y la educación ... ¡cuánto podría decir!.

Vosotros sabéis como están los tiempos ...

A ...

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 89, págs. 1-3

Que las casas religiosas son aquellos tabernáculos amados, que al divisarlos en lontananza hacían exclamar al Profeta: ¡Oh, cuán queridos me son tus tabernáculos! ¡Oh, Dios de las virtudes!

Yo os diría que el amador de las almas
Que son los seguidores de Jesús.

Que son como las [lámparas] del santuario.
Mirad lo que hacen las lám

Lámparas, sí, pero lámparas vivas del Corazón de Jesús. Y en medio de la noche oscura del olvido y de infidelidad en que le tienen tantos corazones, en medio de la soledad en que le tienen tantas almas, -en medio de vuestros propios descuidos,- ellas nos suplen, no dejan de enviar sus acentos y sus clamores por nosotros al Corazón de Jesús y le reparan.

* * *

Yo os repetiría que
Semejantes a aquellos ángeles, que nos describe un poeta, que se interponen en medio de las tempestades para interceder por los náufragos, sus manos se elevan por nosotros agitados por las borrascas del mundo, rodeados de tantos peligros.

¡Oh, hermanas mías! en medio de tantas corrientes [como] se agitan sobre nuestras cabezas, de impiedad y de blasfemia, que excitan la justicia de Dios, pensar que tenemos víctimas sagradas, corazones bien nacidos que se ofrecen víctimas de propiciación, y levantan sus brazos penitentes ante el Dios de las venganzas. De tal suerte, hermanas mías, que según expresión de Sta. Teresa de Jesús, el mundo habría acabado si no fuera [por] algunas almas predestinadas del interior de los claustros.

* * *

Pero no tengo necesidad de acudir a estas razones que tal vez no cautivarían todos los entendimientos; porque si el tiempo me lo permitiera, analizando tan sólo las necesidades del corazón humano, os haría ver la razón de estos asilos, único descanso para los corazones sedientos de verdad y de amor; la necesidad de estos puertos abiertos por la mano divina a los corazones agitados en medio de las tempestades del siglo; y la luz de la historia os evidenciaría los beneficios que [en] el orden moral y aun social han reportado estos sagrados recintos. ¡Oh, hermanas mías!, al considerar el

desenfreno de las pasiones y la corrupción moral que como vértigo domina, tantos olvi
Pero, ¿donde voy, hermanas mías?

DESPRECIO DEL MUNDO

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 90, págs. 1-4**

digno de las miradas de Dios y de los hombres. Y comprenderéis que será una gloria de este pueblo. ¡Ah! Mientras tantas otras poblaciones de más categoría y vecindario, no pueden ostentar tal religión, vosotros llenos de santo orgullo mostraréis a las generaciones venideras este árbol de salud, plantado por vuestras manos a las orillas del Ebro, y esto en medio de la indiferencia del siglo XIX.

Comprenderéis servirá de medio de unión con las poblaciones vecinas, a las que hará con su nuevo lazo tributarias.

Y vendrán las dotes de las religiosas, y atraerán con frecuencia a sus familias, y será un medio más de animación y de prosperidad para este pueblo. ¡Oh! pronto el canal, recorriendo vuestras campiñas y atravesando vuestras montañas, os abrirá horizontes a vuestra actividad, a vuestro comercio; al lado de esa prosperidad material, Mora saludará con júbilo también otro medio de bienestar material y moral con la instalación de este convento, de esta casa de bendición.

Permitidme, pues, que repita con el Profeta:

Alégrate hija de Sión, porque el Señor va a poner su habitación secreta en medio de ti.

Ahora bien, pues, hermanas mías, y termino: ¿Qué hemos de hacer? ¿Cómo no interesarnos todos por la pronta terminación de este edificio que será una memoria de nuestra piedad, que transmitiremos a las futuras edades? ¿Cómo no querer grabar nuestros nombres en sus paredes por medio de nuestras ofrendas, de nuestras limosnas, de nuestros sacrificios? Porque, mirada, hermanos míos, ... estas paredes hablarán por nosotros al Señor, y tendremos corazones ...

Yo os felicito, pues, hijos de Mora. Y un motivo especial me obliga a felicitaros. Tal vez en tiempo no lejano veamos realizada la beatificación de vuestra hija privilegiada, Sor Filomena de Sta. Coloma, a impulso de cuyo espíritu se comienza esta obra. Y si llega este día venturoso, al lado de su nombre, se pronunciará el nombre de Mora de Ebro, en toda la tierra, y por toda lengua, toda tribu y toda raza.

Yo os felicito, pues, y a nombre de nuestro Ilmo. que ha querido venir a honrarnos en este acto, y a tomar parte en vuestra [?] os doy gracias por vuestro entusiasmo.

Y yo diré a tantas almas que hoy mismo están pensando esto; yo diré a los cooperadores de esta obra, que de todas las provincias de España pregunten por ella, y ofrezcan sus ayudas con sus limosnas, que Mora se ha hecho digna de sus simpatías y de poder albergar en su seno a las hijas de S. Francisco de Paula, y obtener el monumento glorioso anunciado para Sor Filomena.

Demos, pues, gracias al Corazón de Jesús, y pidámosle en primer [lugar] por la pronta y feliz terminación de este edificio. Pidamos también por las religiosas que llenas de abnegación y sacrificio se ofrecen a fijar vivienda entre vosotros. Pidamos que todos los aquí reunidos podamos presenciar la fiesta [de] la instalación solemne de Jesús en este lugar.

Y ahora como, como un tributo de gratitud,
como una protesta de nuestro entusiasmo,
digamos todos a voz en grito:
Viva.

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 91, págs. 1-7

Del desprecio de las cosas del mundo

Claras in festo sanctorum Philipi et Jacobi

¡Cuánto no amamos la tierra, hermanas mías!
¿En qué consiste que estamos tan inclinados y
aferrados a ella? Ya se ve, somos de la tierra.

Cuanto más cercano es el grado de
parentesco, tanto es más mutuo el afecto.
Padre, hermanos.

Pues esta simpatía que tenemos con la tierra
es porque estamos con ella en el primer grado
de parentesco. A ninguna cosa se adhiere
nuestra mente con más fuerza que a la tierra.
De todo cuanto hay bajo él - nada nos une tanto
- a ella cultivamos y trabajamos.

Con los demás elementos no tenemos tanto
comercio. Al fuego no le toleramos ni le
permitimos que se nos acerque. Con el agua nos
indignamos si nos hiere. Del agua no nos
fiamos.

Mas en la tierra, si sobrevienen
tempestades, a la tierra recurrimos, si
necesitamos cal, arena, maderas, etc., a la
tierra recurrimos. Si viene la guerra y
enemigos, a la tierra con murallas.

En fin, miramos a la tierra como madre.

Y sobre todo en este tiempo de verano, lleno de hojas, de frutos, campos, prados, árboles, - pues en el invierno no tanto.

Mas, almas cristianas, ¡qué niños somos! si la tierra nos está unida y es nuestra madre en cuanto al cuerpo,- he aquí, por el contrario, tenemos al Padre celestial que está allá en los cielos.

A él, pues, debemos convertir nuestro corazón, separándolo de la tierra, de este mundo, que es: inconstante, mutable, fugaz, engañador.

1.º Locura inenarrable es la de aquel que se apoya en caña quebrada, o de aquel que se fía de un impostor que mil veces le ha engañado.

¡Qué impostor más grande que [es] este mundo, que mientras ofrece y envanece con perpetuo afecto y felicidad, ha engañado torpísimamente a todos amadores de él!

¡Qué criatura hay de cuantas existen sensibles y humanas que no las haya muerto a todas! Dad una mirada por el mundo, y lo veréis que no hay una que no haya muerto. De tantos árboles que ella ha criado, no ha perdonado ni uno; de tantas flores, de tantos objetos ... [?] duración y muerte.

* * *

Nos figuramos que el mundo que existe es el mismo que Adán pisó, y nos engañamos, pues aunque la tierra germina etc. como entonces, no hay yerba que no esté plantada este año y que el otro siglo la halle aquí.

La tierra es enemiga de sus propios hijos, pues aunque por una parte los consuele y alimente, por otra parte cría vapores que convertidos en nieblas, granizos, rayos, los desgaja, los hunde, los destruye.

Hasta las mismas montañas -Pirineos, Alpes,

Mola de Chertcuán diferentes han estado, o llenas de flores o áridas, coronadas por el rocío, nieve, etc.

¡Cuánto más nosotros! Si los montes, islas, etc. cambian, ¡cuánto más nosotros compuestos de carne y lodo! . Sólo quedan de las cosas los nombres, no las cosas. Los ríos mismos. Las ciudades. Roma. Este pueblo.

Mirad los imperios -Persas, Griegos, Romanos-; si ahora volviesen aquellos emperadores, ¿dónde encontrarían sus reinos?.

Ningún Príncipe ha podido establecer su reinado en sus hijos.

* * *

¿Y los sabios? Sus libros y todo han desaparecido.

¡Cuán ciegos somos, que la tierra devora a sus habitantes! (Tierra tragona).

* * *

El mundo nos halaga y acaricia, como hiena - en un principio- y luego se echa encima y nos mata.

Sisara fue halagado, pero para traspasarle con un clavo.

Sansón por medio de Dalila.

* * *

¿quéréis ver los trofeos del mundo? Pues mirad los que vivieron 20, 30 años atrás. Entrad en sus túmulos.

* * *

Y si esto hace la tierra material, el mundo material, ¿qué diremos del mundo moral? ¿qué es propiamente el verdadero mundo? Los mismos engaños e instabilidades. ¡Cuántos engaños, espinas!.

Mas suponed que Dios quiere que nademos en todas las felicidades. (Lasselve Domi. 4.^a post Pen.)

* * *

Son despreciables las prosperidades:

1.º In se. ¿Qué es el oro, la plata? Fetos de la tierra. ¿Qué los vestidos? pieles, [?] ¿Qué las danzas, liras, cítaras? Un poco de aire. Sino, mirad lo que dicen los Reyes: Salomón, Alfonso de Sicilia ... Los asnos eran más felices. Carlos V.

2.º Respecto de los gozos espirituales. Algunos creen que en el servicio de Dios no hay más que tristeza. ¡Ah! no. Manna [?] Sino no conocéis más que el agua, o el pan no apreciáis nada más. Mas luego que viene el vino, las comidas.

3.º Respecto de los bienes de la gloria.

* * *

Son transitorios.

1.º Como la hoja. (Mirad las bulas).

[2.º] Como la hiedra. Jonás. La hiedra significa la sombra que hacen las riquezas, los honores, los placeres, los amores.

3.º Como las ruedas, que bajan y suben.

Hecho de Sesotris.

¿Quién, pues, amará la prosperidad material?

Es peligrosa.

Suponed que no son malas las prosperidades de este mundo; sólo por lo peligrosas que son, ya no debían hacernos gozo.

1.º Ocasión de pecado. Si bien es verdad que a los justos todo coopera al bien, como las abejas que de las flores dulces y amargas, así los justos.

No obstante vemos que los que tienen vida próspera, soberbia, ambición, inclinación a las disipaciones y vanidades, etc

No suele pensarse en la muerte, y se apegan a las cosas.

2.º Se privan de bienes celestiales. Pues si bien hay ricos y abundantes que se santifican, con todo es muy difícil; no puede haber dos paraísos. Ejemplo de Lázaro y el Epulón.

Recepisti bona in vita tua [(Lc 16, 25)]

3.º Es ocasión de perdición. La prosperidad es como un fuelle, un viento que empuja hacia el precipicio, así como las adversidades un viento hacia el cielo.

No envidies a los prósperos. Los bueyes que se destinan a ser sacrificados no engordan. Las ovejas que allá en la montaña se alimentan con pocas yerbas, no deben envidiar a las que [a]bajo en el valle son engordadas con buenos pastos por un mes.

No envidiemos las glorias del mundo. No amemos el peligro porque en él pereceríamos; sino amemos las cruces y las tribulaciones que ofrecen más seguridad. Acordémonos que *per multas tribulationes oportet intrare in regnum* [(Hch 14, 21)].

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 92, págs. 1-7**

La santa Iglesia solícita del bien espiritual de sus hijos y constante en tributar a Dios en todos [los] tiempos la gloria que le es debida, procura [en] todas las épocas poner a nuestra consideración algún objeto, que alimentando nuestra fe y [a]firmado nuestra [esperanza], produzca en nosotros el fuego de la devoción, cuyo último resultado sea nuestra más íntima unión con Dios. Por ello, unas veces nos traslada a la cima del Calvario para que contemplemos en la soledad de nuestro corazón las amargas del varón de dolores, según la expresión de Isaías; otras veces nos recuerda la necesidad de nuestra penitencia; otras veces hace vibrar de alegría nuestro corazón en sus alegres y solemnes festividades. Todos los días pone además a nuestra vista esa multitud de santos, esas flores de virtud que presenta el cristianismo, para que nosotros como abejas industriosas vayamos recorriendo el jugo de estas grandes acciones con que podemos fabricar un panal de virtudes y de gracia en nuestro corazón. Ahora, pues, ¿qué nos dice la Iglesia en este día? ¿qué objetos nos propone? ¿qué nos manda?

¡Ah! Hoy la santa Iglesia despl[i]ega el aparato de sus tristes ceremonias, para poner ante nuestra vista una idea al parecer triste, pero sublime, un recuerdo amargo para el amor propio, pero provechoso al espíritu; la Iglesia, en fin, revestida de su dignidad y representante de Dios, repite hoy a la

humanidad las palabras que el mismo Dios pronunció a su cabeza: Pulvis es et in ... Polvo eres y en polvo te has de convertir [(Gn 3, 19)]

Ella recuerda esta idea a los pecadores y a las almas justas: a los pecadores que han corrido estos días tras el desahogo de sus apetitos, para [que] reconociendo su ceguera, vean lo que son y a qué han de parar estos placeres pasajeros, y se conviertan a penitencia; a las almas justas, [para] que, siempre y sobre todo estos días, colocadas ante el Señor de las misericordias rogando por sus hermanos, para que se alienten y esfuercen a continuar sacrificados su cuerpo y su corazón a Dios, en vista de lo que será pronto esta corrompida [carne].

A todos, pues, habla la Iglesia en este día, a todos se dirige.

Nosotros hijos fieles de la Iglesia, hermanos míos, respondamos a este llamamiento que nos hace; fijémonos en esta idea que es como la base de nuestras consideraciones; idea por sí sola capaz de desprender nuestro corazón de las cosas de la tierra; idea, en fin, que ha llenado de santos los desiertos y el cielo. Recorramos, pues, este dilatado campo, recojamos en nuestro Espíritu las impresiones que nos produzca para rumiarlas después en nuestro corazón.

Procuraremos hacerlo con la brevedad y sencillez que nos sea posible; pero antes: Ave María.

Pero si tan felices sois, hermanos, que nada hay que reformar en vuestro corazón, si nada hay que os remuerda en el fondo de vuestro espíritu, permitidme que al menos os dirija las palabras que el Real Profeta David dirigía a su alma cuando decía: Audi filia, ... Oye, hija, y mira, e inclina tus oídos a las voces que el Señor quiera enviarte estos días, y olvida a tu pueblo y tu casa y todas tus cosas; pues quizás el Señor tiene vinculadas muchas gracias a estos días, quizás el Señor quiera derramar con

abundancia el aceite de su amor y de su misericordia para que puedas presentar[te] hermosa en su presencia, engalanada con el aroma de las virtudes y del amor [(Sal 44, 11)].

Una idea.

La santa Iglesia para hacer vigilante nuestro corazón, hermanas mías, nos representa bajo diferentes comparaciones lo fugaz de nuestra existencia; unas veces según la idea del santo Evangelio nos la representa: Ybarg 235. Pero hoy ... abarca la cuestión.

Ya sea, pues, para reformar nuestro espíritu, ya sea también para escuchar las voces de Dios, debemos aprovechar todos los momentos durante estos días, para que ni una sola [gracia] defraudemos al Señor, procurando siempre estar abiertos y dispuestos a recibir sus impresiones, que como rocío derramará sobre nosotras.

Al efecto, pues, demos principio, exponiendo a nuestra consideración la idea que la Iglesia nos recuerda en este día. Idea que es la base de nuestras consideraciones, idea capaz por sí sola para desprender nuestro corazón totalmente de la tierra; idea, en fin, que ha llenado los desiertos de santos.

La santa Iglesia, hermanas, solicita de nuestro bien espiritual y constante en tributar a Dios en todos tiempos la gloria que le es debida, procura todas las épocas del año poner a nuestra consideración algún objeto, que alimentando nuestra fe y [a]firmado nuestra esperanza, sirva para encender en nosotros el fuego de la devoción cuyo último resultado sea nuestra más íntima unión con Dios. Por esto unas veces nos traslada a la cima del Calvario para que contemplemos en la soledad de nuestro corazón las amarguras del varón de dolores, según la expresión de Isaías; otras veces nos recuerda la necesidad de nuestra penitencia; otras, en fin, hace vibrar de alegría nuestros corazones en sus solemnes festividades. Ahora bien, ¿qué nos dice la Iglesia en este día?

¿qué objeto nos propone? La santa Iglesia al inaugurar el santo tiempo de Cuaresma con la patética y solemne ceremonia de imponer la ceniza sobre nuestras cabezas, nos indica y señala prácticamente nuestro origen, lo que somos, lo que hemos de ser bien pronto. Ella nos enseña con esto una filosofía sublime que no saben comprender los hijos de las tinieblas. ¿Qué somos? ¿Cuál es nuestro origen? Hace unos años que no existíamos, hace poco que nadie nos conocía, nuestra existencia era una mera posibilidad, nada; solo Dios sabía que habíamos de existir, y en su bondad inagotable creó nuestra alma y compaginó nuestro cuerpo. pero ¿qué es nuestro cuerpo? ¿qué somos nosotros? ¡Ah! si oímos a Job, somos una flor que por la mañana nace, y a la tarde se marchita; como sombra que huye fugitiva sin dejar rastro siquiera. Si escuchamos a David, somos como el heno que cae seco el mismo día de nacer. Somos vasos de corrupción que llevamos en nosotros mismos la semilla de disolución. Si consultamos a nosotros mismos, somos unos tristes viajeros que a largas jornadas caminamos por el desierto de la vida; somos unos sentenciados a muerte desde el día de nuestro nacimiento. Sí, hermanas mías, sentenciados a muerte. En el día que recibimos el ser, Dios nos repitió la sentencia que [en] un principio fulminó contra Adán: llevarás una vida trabajosa hasta que vuelvas a la tierra de donde has salido. Y aunque un sentenciado a muerte ignore dónde está colocado el lugar de su suplicio, sabe sin embargo que va caminado a pasos contados hacia allá, aunque lentos, y que no puede tardar mucho ya. Así también nosotros, aunque ignoramos el lugar y el momento, caminamos en derechura al suplicio. Cada día que pasa, andamos veinte y cuatro horas hacia el abismo del sepulcro. Sentenciados a muerte; aún más: un sentenciado aun en su fatal posición, conserva algunas veces en su corazón una esperanza aunque triste, ilusoria; pero nosotros ni esta duda, ni esta esperanza,

podemos aun abrigar en nuestro corazón; todos estamos plenamente convencidos de esta verdad; nada hay que pueda ilusionar nuestra imaginación; la fe, la razón y la experiencia hacen de esta verdad un axioma, un principio indefectible. Sentenciados a muerte; he aquí lo que somos los hombres, sin distinción de clases y condiciones.

Y ¿qué es lo que hemos de ser? La santa Iglesia nos lo dice hoy con mudo lenguaje, ella nos marca hoy el humilde destino de nuestro cuerpo, con sus santas, tristes ceremonias. Polvo y nada más que polvo, y aun un poco de polvo es todo lo que hemos de ser. ¡Ah, hermanas mías: cuántas ideas se a- golpan a mi imaginación en estos momentos! Mirad: trasladaos con el pensamiento a aquellas espaciosas ciudades antiguas, cuyo solo nombre ha quedado en la historia; aquellas ciudades que por comercio en sus artes, en sus riquezas, en su continuo movimiento parecían destinadas a una vida sin término. Recordad aquella ciudad de Nínive, que según nos refiere la Sagrada Escritura tenía novecientos mil niños de pecho y que estaban entregados a una animación desenfrenada de placeres, y ved que ya no existe, la soledad ocupa aquellos campos; buscad sus cementerios, y no los encontraréis, ni los restos que nos señalan su existencia han quedado ya. Mirad la antigua Roma, capital del mundo pagano, con más de tres millones de habitantes, a donde concurrían las producciones, las riquezas de todo el mundo para satisfacer la vanidad y el lujo de sus impúdicas matronas, y veréis que ya no existe ninguno de sus nombres, ni sus sepulcros soberbios, ni sus ricos mausoleos; todo ha quedado reducido a un poco de polvo, confundido aun éste en la tierra. Pero ¿a dónde voy tan lejos, hermanos míos? ¿Cuántas generaciones no han pasado antes de nosotros? ¿Quién [es] el que recuerde el nombre de nuestros antepasados? ¿Quién sabe el lugar en donde están colocados? Cuántos sacerdotes célebres, religiosos,

sabios, virtuosos, apreciados de todo el mundo, y ya no existen; ya no hay ningún corazón que dé latidos por ellos; ni sabemos tan siquiera sus hechos ni sus nombres. En este mismo santo retiro, hermanas mías, cuántas religiosas han paseado sus claustros; y muchas de grandes cualidades, de talento despejado, de salud robusta; ¿y qué se han hecho? ¿en qué han parado? En nada, ni sus nombres conserváis ya. ¡Felices ellas si dóciles a su vocación supieron aprovechar los momentos de su existencia transitoria! ¡Felices ellas si recordando lo que había de ser su cuerpo, supieron hacer de él una hostia viva, aceptable, como lo manda el Apóstol S. Pablo! Y nosotros, ¿qué seremos también pronto, hermanas mías? ¡Ah! Dentro de poco seremos como ellos: nuestro cuerpo será confundido entre el polvo de la tierra, y nadie nos distinguirá; pasarán unos años, y nuestra memoria quedará borrada de los hombres. De aquí a cien años, hermanas mías, ninguno de cuantos existirán en el mundo nos habrá conocido; ninguno tendrá conocimiento ni de nuestros hechos, ni de nuestras familias, ni de nuestros nombres, de nada. Todos estaremos relegados al olvido y en la soledad y silencio obscuro del sepulcro; convertidos nuestros cuerpos, primero en gusanos, y después en nada.

¡Qué ideas, mis amadas hermanas, tristes pero sublimes al mismo tiempo, nos recuerda la Iglesia en este día, con un sencillo hecho! ¡A qué reflexiones no da lugar!

Y no me digáis, hermanas, que sabemos ya todas estas cosas, que las vemos todos los días; no: es necesario reflexionarlas de manera que nos produzcan efecto; es necesario corresponder a la intención que la Iglesia tiene; ahondando y cavando más, hasta producir en nuestra [alma] impresión saludable; de lo contrario, nada nos aprovecharía. Cuantas veces. Mirad ... Napoleón.

Nosotros, hermanas mías, dóciles hijos de la Iglesia, dediquémonos a este ejercicio que ella

nos propone; ejercicio que no es de principiantes, sino también de almas ejercitadas en la virtud; los Brunos, los Bernardos y otras almas privilegiadas recurrieron a este medio saludable para desprender del todo su amor hacia el cuerpo. Yo conozco, hermanas mías, un varón justo, un religioso ejemplar, vive aún, que va todas las noches tres horas a pasar sobre las sepulturas de sus hermanos, destinando las pocas restantes a dar un breve descanso a su cuerpo por necesidad, y quizás por obediencia.

Dediquémonos, pues, también nosotros a este ejercicio, ahondemos en esta gran verdad, de lo que somos y hemos de ser, y esta idea producirá en nosotros: primero, afectos de humildad; ¿cómo podrá el corazón abrigar sentimientos de vanidad, recordando lo que somos y hemos de ser? En segundo lugar, desprendimiento de las cosas de la tierra; ¿cómo podemos amar lo que pronto se nos escapará de las manos y hemos de dejar para siempre? y sobre todo esto, esta idea producirá odio, odio santo a nuestro cuerpo, a este cuerpo de pecado, no concediéndole otra cosa que las exigencias de la naturaleza piden, reduciéndole a esclavitud continua, formando de él, como dice S. Pablo, una hostia agradable al Señor.

Recordad estas ideas durante estos días, hermanas mías, y de esta manera, en ...

Ya sabéis, hermanas mías, que el cuerpo es el compañero del alma para el bien y para el mal; Dios nos ha dado nuestro cuerpo, como un instrumento para nuestra santificación o para nuestra perdición. Esta carga pesada, de la cual deseaba estar desatado S. Pablo, y que es la que ha de ser humillada en el sepulcro, puede servirnos de un gran bien: nuestros ojos, nuestra lengua, nuestras manos, que no son más que un poco de polvo, pueden, sin embargo, ser el sacrificio que podemos ofrecer a Dios, y que nos puede merecer el cielo.

Pero para ello es necesario, como hemos dicho, que mantengamos viva la idea de lo que

son y han de ser nuestros miembros y nuestro cuerpo, y estad seguras de que este pensamiento alejará de nosotros la pereza en los ejercicios penosos, la tibieza, el desaliento, y no os afectará la idea de la eternidad, sino que todos los días consideraréis que son los últimos, como lo hacía aquel buen religioso, que habiéndole dicho debía recibir el Viático, no se inmutó sino que se preparó lo mismo que los otros días! pues él los

VOCACIÓN

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 93, págs. 1-13**

Predicada en la Purísima, ejercicios de 1864
S. Juan, ejercicios de 1865
Predicada en Santa Clara, ejercicios de 1869

Plática sobre el beneficio de la vocación religiosa

Beneficio de la vocación religiosa

Creo os dije en otras ocasiones, mis amadas hermanas en el Señor, que el motivo de no esforzarnos a hacer con constancia y con alegría los sacrificios de nuestro estado, es porque no consideramos como debíamos el beneficio que Dios nos ha hecho con él; que una cosa por grande que sea no se aprecia tanto en cuanto se tiene, y únicamente cuando no se

tiene es cuando se pondera su precio; y que, por consiguiente, debíamos considerarlo como si no lo tuviéramos, para agradecerlo ahora que lo tenemos.

Con este motivo creo os hablé otra vez, aunque muy por encima, de los beneficios y bienes, que sobre todo a vosotras os han venido con la profesión religiosa, mirándolo sólo bajo el aspecto material, esto es, bajo la consideración de los inconvenientes, amarguras, desasosiego con que hubierais tropezado en el mundo, ya con el deseo de vivir unidas a Dios, ya en cualquier otro estado del siglo, y cuyos inconvenientes se han cerrado para vosotras en el mismo momento de la profesión religiosa.

Yo vengo, pues, en este día a repetiros esta idea, recordándoos otros beneficios materiales también, bajo el aspecto de grandeza y de bien temporal; ya sé que no serán los que más halaguen e interesen a vuestro corazón, pero materiales como somos, hermanas mías, quizás sirvan mucho estos bienes para mover vuestra gratitud al cumplimiento de vuestros grandes deberes.

Dejando, pues, en todo caso para otra ocasión los bienes espirituales y por consiguiente, como consecuencia de ellos, los que tenéis reservados para la eternidad, nos dedicaremos a considerar la grandeza a que os ha elevado vuestro estado, y las consideraciones y aprecio que merecéis a la Iglesia y aun al mundo.

Para ello imploremos la gracia. *Ave María.*

No creáis, hermanas mías, que al desarrollar a vuestra mente, [a] vuestra consideración, el cuadro sublime de la dignidad religiosa, no creáis, digo, que yo aglomere los diferentes pasajes y alabanzas con que los Santos Padres la ensalzaron. No os diré con S. Cipriano que sois la flor de la Iglesia y el rebaño escogido de Jesucristo. No; no os expondré tampoco aquellos arranques de religioso entusiasmo que S. ... dirigía a su hermana querida, Sta. ... pintándole su dicha, felicidad. Ni tampoco los

tributos de admiración que le han tributado los genios más brillantes, derramando sobre vuestro estado las flores de la elocuencia.

No; sería pesado e interminable, y vuestros oídos están acostumbrados a estas magníficas descripciones.

Sólo os indicaré el destino sublime de vuestro estado bajo la consideración de la solemne consagración que la Iglesia ha hecho de vosotras al Señor.

¿No recordáis, hermanas mías, aquel pasaje de la historia sagrada, cuando al salir el pueblo de Israel de Egipto, al emprender el viaje hacia la tierra de promisión, antes de pasar aun el mar Rojo, Moisés el Sacerdote y Profeta del Señor, mandó se escogiese al principal de cada familia, tanto de hombres como de animales, para que le consagrasen a Dios, para que fuesen la porción escogida, para que sirvieran como una ofrenda constante, bajo cuyos auspicios se dignase el Señor bendecirlos en aquella larga y peligrosa expedición?

Pues bien, hermanas mías: vosotras sois también la porción escogida del pueblo de Dios; en el viaje de sus hijos hacia la eternidad la Iglesia os escoge y os consagra ella misma de un modo especial; rodeada de enemigos, como los hijos de Israel, quiere escoger también sus predilectos, para que sirvan de ofrenda y oblación constante, para que merezcan por medio de vosotras la asistencia y bendiciones del Señor.

¿No recordáis también aquel propiciatorio fabricado también por Moisés, colocado en lo recóndito del Tabernáculo y que debía ponerse encima de la plancha que cubría el arca de la alianza, y que consistía en dos querubines de oro, en cuyas alas Dios había prometido tener su asiento, comunicar su voluntad, y ... ?

¿No recordáis, hermanas mías, ...

Recordad también, hermanas mías, el propiciatorio fabricado por orden de Dios, para colocarlo en el tabernáculo de los Israelitas y después en el templo de Jerusalén.

Era el propiciatorio, hermanas mías, una pieza de oro finísimo, en figura de querubines que debía colocarse en lo más escondido del santuario, encima del arca de la alianza, y en las alas de cuyos querubines había prometido Dios tener especialmente su asiento, y desde cuyo lugar debía comunicar su voluntad, y por cuyo conducto quería comunicar sus favores [y] dar sus oráculos; y a cuyo lugar nadie podía dirigir sus miradas. Sólo el Sumo Sacerdote podía entrar una vez al año, y dirigirle su mirada tan sólo en la oscuridad y entre el humo del incienso.

Ahora bien, pues, hermanas mías, elegidas para ser colocadas en el interior del Santuario, asiento constante vuestro corazón de la presencia de Dios, no me será permitido compararos al propiciatorio de la antigua Ley, y propiciatorio aún más aceptable a los ojos de Dios.

Y sino, mirad la solicitud que la Iglesia tiene en vuestra consagración, y los medios que emplea, y entonces podréis [apreciar] lo oportuno de mi comparación.

Ante todo, hermanas mías, y después de presumir que Dios os llama a este destino, os pulimenta por medio de un riguroso noviciado, para que aparezcáis materia brillante y pura para este objeto; y después de haber examinado y estado cierta la Iglesia de vuestra disposición, ¡oh, y cuántas ceremonias no usa para que esta materia sea acepta a los ojos del Señor! ¡y qué aparato no ostenta para haceros comprender lo sublime del destino a donde os va a colocar!

Ella os dice que vais a morir al mundo, para no vivir sino para Dios.

Ella pone una señal en vuestra frente para manifestaros que ha de ser vuestro único objeto amado.

Ella, en fin, os bendice con las más tiernas oraciones.

Y después de todas estas purificaciones, la Santa Iglesia, alegre y contenta, os admite con

todo el júbilo de su corazón y os consagra para materia apta para este Propiciatorio, para que nunca jamás pueda aprovechar para otro objeto.

Otras Ordenes hay, hermanas mías, como vosotras sabéis a quienes la Iglesia dedica a Dios, pero a quienes admite a una perpetua e indisoluble consagración.

Personas hay en el mundo que se han consagrado perpetuamente a Dios, pero a quienes puede disolver este lazo, y se disuelve de hecho algunas veces para que sirvan para otro uso.

Pero, ¡ah!, a vosotras no; la Iglesia os ha separado total- mente; ha hecho que constituyáis un estado absoluto e independiente del cual no os podáis separar.

De modo que hasta el mismo A. D. Sto. Tomás duda y hasta llega a negar pueda la misma Iglesia deshacer el destino de esta materia.

Y después de admitiros ya la Sta. Iglesia, os coloca en el interior del Santuario para que seáis asiento constante ya y especial de Dios, para que vayáis formándoos como querubines. ¡Ay! ¡y cuántas disposiciones ha dado para que no sean profanados estos objetos predilectos de su veneración y de su amor! Ella los ha escudado con el velo de una clausura rigurosísima para que ...

Ella ha amenazado con el brazo de la indignación de Dios a los que osaren pasar el dintel de ese santuario y fijar su mirada en esas víctimas de propiciación. Ella hasta ha fulminado sus excomuniones contra aquellos que se acercaran con frecuencia a las puertas de estos Tabernáculos, temerosa siempre de que no sean emponzoñadas con el hálito o soplo mundanal las víctimas que en él se encierran.

Ella os [ha] rodeado con una poderosa muralla de santos preceptos y disposiciones para impedir hasta el más remoto peligro de la más leve profanación

¡Oh! ¡y qué lugar tan preferente habéis ocupado en los Concilios! ¡cuántos cánones dedicados al bien, a la reforma, al

mejoramiento de las religiosas! ¡Con qué prudencia, con qué caridad, con qué cuidado ha procurado investigar las causas de ... las necesidades espirituales, para oponer enseguida el oportuno remedio!.

Ella ha destinado oraciones para vosotras; ella hasta ...

Lo mejor del sacerdocio lo ha destinado para vosotras; y como si al consagraros y admitiros mudarais de esencia, hasta ha marcado las cualidades y condiciones de los que habrán de tomar a cargo vuestro espíritu, y no lo concede indistintamente a todos, sino que es indispensable una concesión especial.

En fin, hermanas mías, son infinitas las consideraciones de la Iglesia al admitiros al Santuario; y es, como he dicho, que la Iglesia os considera como porción, como piezas escogidas de su Santuario, como Propiciatorio sagrado [en que] debe reposar constantemente el amor de Jesucristo y servirle de asiento; y es que la Sta. Iglesia se gloria en vosotras, y tiene su placer y deseo de presentaros como un modelo, no sólo al mundo cristiano, sino también al mundo pagano, para que aparezcáis como un espectáculo digno de admiración de los Angeles y de los hombres. ¡Ojalá todas y en todos tiempos correspondieran a este vehemente deseo y a esa confianza de la Iglesia!

He aquí, hermanas mías, una consideración sencilla, pero que os puede dar una idea de la altura de vuestro estado.

Pero hay más aún: también podéis medir la grandeza de vuestro estado por las consideraciones que el sacerdocio os tiene, por la estimación y respeto y confianza que os tiene; no por el Sacerdocio considerado como Iglesia, sino aun en particular como Sacerdotes.

¡Oh! para probar esta verdad, sería suficiente describir la historia de la mayor parte de las religiosas.

¡Oh! ¡y cuantos desvelos por vuestras almas, y aun para vuestro bienestar habéis merecido de

parte de vuestros directores! ¡cuántas ingeniosas pruebas para haceros dignas de vuestro estado! ¡cuántos suspiros han dirigido al Corazón de Jesús para que hiciera segura vuestra elección y vocación! ¡Cuántos disgustos y hasta murmuraciones han estado dispuestos a sufrir! ¡Cuántos sacrificios han estado dispuestos a hacer en su corazón; y si no los han hecho [es] porque no ha habido necesidad de ellos!

Aunque todas las almas son hijas de Jesucristo y redimidas con su sangre, y por consiguiente, todas igualmente dignas de la caridad sacerdotal, sin embargo, no han dudado en consagrar sus desvelos a vosotras de un modo particular, ya en los días de vuestras aspiraciones a este estado, ya después de llegadas al término de vuestros deseos. Y es que os consideraban como un depósito sagrado que la Providencia les confiaba, para que lo guardaran de un modo especial; es que os consideraban como lámparas privilegiadas colocadas a su cuidado y vigilancia; es que han mirado como un sacrificio muy acepto a Dios el ofrecer hostias vivas a él, y que no dejarán de tener una especial recompensa.

En fin! hermanas mías, no es preciso que descendamos a enumerar todos los servicios prestados por el sacerdocio a las religiosas, con preferencia a todas las demás clases de la sociedad y de la Iglesia, que pudieran alegar igual título que vosotras, y aún mayor, si se hubiese de atender a sus necesidades.

Pero aún hay más, hermanas mías: aún no lo sabéis vosotras todo; el afecto, todo el interés que ha tenido por vosotras el sacerdocio. Para ello fuera preciso evocar a la memoria algunas de esas épocas de tribulación, para las comunidades religiosas, alguna de esas épocas que el Señor permite, sin duda por vuestras infidelidades. Vosotras sabéis, hermanas mías, que hace pocos años espíritus inquietos, espíritus extraviados trataron de arrebatarnos vuestros pacíficos bienes; no

contentos con esto, trataron de reducir vuestras comunidades; que Dios sabe dónde hubiéramos ido a parar, si la Purísima Concepción no se hubiera dignado echar una mirada a su predilecta España.

Pues bien, hermanas mías: entonces en aquella época triste, el sacerdocio había visto desaparecer con indiferencia los bienes eclesiásticos que le quedaban; estaba sufriendo sereno las calumnias, los insultos que le dirigían por medio de la imprenta; estaba devorando en el silencio del santuario y de la oración, los escándalos y malas doctrinas que se permitían; veía, aunque con dolor, que iba a desaparecer la unidad católica en España; pero ¡ay!, al ver que esos hombres hablan fijado su vista atrevida en vuestros santuarios, ¡ay! como un grito de indignación unánime resonó por todos los ámbitos de España; y la amargura hasta entonces comprimida, no pudo contenerse, y produjo la explosión.

Los Obispos, algunos de ellos hasta del rincón de su destierro, no se olvidaban de sus pobrecitas religiosas; y dirigían sus voces autorizadas al gobierno, ya suplicando en favor de estas víctimas, ya amenazándoles con la venganza de Dios.

Y los sacerdotes todos, clamaban por doquiera por medio de sus escritos, ya por medio de sus conversaciones, ya convenciendo a las almas menos buenas en favor de esas víctimas de compasión.

Aún más: aun aquellos sacerdotes, permitídmelo que os lo diga, menos fervorosos que sin malicia quizás tienen -Tortosa- cierta prevención y cierta indiferencia y acritud con las personas piadosas, sin embargo, estos mismos al leer y considerar los embozados y maliciosos tiros que se dirigían contra vosotras, arrojaban con indignación los periódicos, y una tristeza indecible e inexplicable a ellos mismos oprimía su corazón. Como si presintieran que si conmovía esta piedra de la Religión, peligraba el edificio de

la Iglesia; como si vieran ya el azote de Dios encima de ellos mismos, si el Señor permitía la humillación de las religiosas; si: veían un interés propio en el bien de sus hermanas.

En fin, hermanas mías, no había ninguno que fuese indiferente a vuestras tribulaciones y vuestros peligros; todos ¡ay! si hubieran estado dispuestos, si se hubiese hecho un llamamiento, a hacer mil sacrificios si hubiesen sido necesarios para vuestro bien.

Pero santos hombres de Dios ¿a qué viene esta tristeza? ¿qué cosas os motivó estas lamentaciones? ¿qué importa un centenar más o menos de personas piadosas? No hay para tanto: dirigid vuestras miradas al mundo, y veréis qué vasto campo se ofrece a vuestro celo y a vuestro amor; y cuántas encontraréis que serán tan fervorosas y quizás más que ellas ante el Señor; y que quizás lo necesitan, más pobrecitas, que se hallan en más peligro. Pues ¿no hay bastantes a quienes aprovecharía mucho esta buena voluntad y estos sacrificios?.

¡Ah! es verdad; pero no importa; éstas nos pertenecen con especialidad; éstos son los asilos predilectos del Señor; son su propiciatorio; son su arca sagrada cuyo cuidado nos está encomendada; son como las plazas fuertes que nos sirven de antemural, y que nosotros tenemos que defender.

He aquí, hermanas mías.

Y esto que muchos de ellos ni os conocen, ni saben vuestros ...

Pero no es esto sólo, hermanas mías; no es sólo el sacerdocio el que os honra con su predilección. Es la sociedad entera, es la Iglesia toda, todos los fieles los que participan de esta veneración y confianza.

Dejo aparte la satisfacción que redundaba a aquellos que os están unidos con los vínculos de la carne. Cosa rara, hermanas mías: Podrá haber una oposición fuerte, sistemática; podrá haber una preocupación contra vuestro estado; sin embargo, pocos hay que no se honren después con contaros en el número de sus familias.

Las personas de vuestra misma clase, vuestras mismas hermanas, vosotras mismas, ¿qué hubierais sido?

Dejo también aparte la confianza que todos los fieles os tienen: ¿A dónde vais? ¡Ay! a que las religiosas encomienden una tribulación espiritual de una familia.

Decid a las religiosas que me encomienden a Dios. Y si en medio de alguna tribulación, entre las angustias de una enfermedad o de la muerte, entre los combates del mundo, saben que esas personas interceden por ellas, ¡ay! la alegría parece renacer en su corazón, la calma viene a su espíritu, y un no sé qué de confianza les reanima; y no dudan ofrecer a Dios, para obligarle, las oraciones de estas víctimas; como si descansaran seguras bajo las alas de estos propiciatorios.

Perecen que están viendo aquellos ángeles que nos pinta un poeta, y que se interponen en medio de las tempestades para interceder por los náufragos.

¡Ay, Dios haga que no queden defraudadas tantas esperanzas por la tibieza y negligencia de ellas!

En fin, y concluyo: hasta aquellas fuertes del siglo que combaten por sistema todo lo que tiene color de religión, que ridiculizan la piedad, que no creen en los sacrificios de la virtud; estos hombres, hermanas mías, combatirán vuestras instituciones, reprobarán vuestros sacrificios de fanatismo, tratarán de inútiles vuestras ocupaciones y vuestro destino; pero en medio de todo esto respetarán vuestras convicciones, admirarán vuestras intenciones, y vuestros propósitos, y vuestra constancia; tras ese tupido velo que os separara de sus miradas, ven un no sé qué de misteriosa grandeza que les sorprende; y os creen que al sepultaros en vuestras soledades, sois ya de una naturaleza superior, e inaccesibles hasta [de] los más leves vapores de la tierra. Y, sin embargo, esto que ellos creen en su preocupación, debía ser una verdad

en la religiosa.

No sé, en fin, qué sello ha imprimido Dios a vuestros santuarios, que ha sido el ... aun de vuestros enemigos. ¡Cuántos ejemplos pudiera citaros en la historia de esta verdad!

Cuando en la revolución francesa, aquellas hordas de hombres que parecían habían sido vomitados por el infierno, se habían cebado en la sangre de innumerables sacerdotes, sin reparo ni miramiento, habían destruido los templos, profanado las cosas más sagradas, sin la menor repugnancia, pero al pisar los umbrales de las religiosas, un cierto estupor les hacía contener su paso, les era necesario recurrir a todo su valor y fanatismo para tener ánimo de sacrificar y destruir aquellas pobrecitas víctimas. Monasterio [hubo] que a la sola presencia -palabra!- de una religiosa sola, retrocedieron aquellas turbas a las cuales nada había arredrado.

Y es, hermanas mías, que al admitiros la Iglesia para vuestro destino, os dedica y os hace objetos sagrados, a los cuales Dios comunica cierta grandeza, e infunde cierto respeto, como lo infundía a los israelitas para con el arca, y castiga a los que se atreven a combatirlos y profanarlos, como castigaba tan terriblemente a los de la antigua ley.

He aquí, hermanas mías, lo que sois; he aquí vuestra grandeza; he aquí los objetos grandes y sagrados que Dios ha hecho de vosotras por medio de la Iglesia, y aunque sin mérito vuestro, he aquí, en fin, las consideraciones que merecéis de la Iglesia, del sacerdocio, de los fieles, del mundo entero.

Repito que quizás halagarán poco a vuestro corazón estas glorias, sobre todo siendo tan ordinarias y tan pobres y sencillas estas consideraciones que os he expuesto por mi boca; pero si no os llenan de una santa gratitud y satisfacción, que os llenen de un santo temor, en vista de [las] obligaciones que reporta la grandeza de este estado.

Tampoco son muy halagüeñas las glorias

sacerdotales, pues que siempre van acompañadas de las cargas insuperables; pero, con todo, yo sé muy bien de algunos sacerdotes que han entrado en su estado algo indiferentes, pasada su carrera ocultos en su seminario, no sabiendo más que en teoría la dignidad sacerdotal, y al ver las consideraciones de que han sido objeto, se han elevado sobre sí, se han enardecido y se han esforzado a corresponder lo que la Iglesia y la sociedad exigían en paga de ellos.

Y bien, pues: ¿qué correspondencia debe ser la vuestra? ¿a qué estáis obligadas por vuestro estado? ¿qué deberes os impone vuestra sublime colocación? ¿qué sacrificios tenéis para con Dios que os ha elegido, para con la Iglesia y el Sacerdocio que os ha adoptado, y para con la sociedad que tiene puesta su confianza en vosotras? Imposible me es, hermanas mías, en sacar consecuencias, porque no quiero alargar los límites de esta plática; lo dejaremos para otra ocasión, si el Señor en su bondad nos lo concede.

Entretanto, hermanas mías, fijad vuestra consideración en estas breves ideas, y pensad: Yo he sido elegida para objeto sagrado de Dios; para asiento de su amor, para conducto de sus gracias; para ángel de la tierra.

¿Qué es lo que soy? ¿Qué es lo que debo ser? Y el Señor os dará [?] para...

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 94, págs. 1-12**

*Predicado en Vinaroz el 29 de enero de 1894,
vésperas de la salida para la Vall.*

Mis hijas en el Señor: ¡A cuántas consideraciones propias se prestan las solemnidades de estos días! ¡En cuántas meditaciones podría engolfarse nuestro entendimiento, nuestra imaginación y nuestro corazón!

¡La venida y descenso del Verbo divino a habitar humanado sobre la tierra!

Las circunstancias todas escoge: el vestido de nuestra piel pasible; la forma de Infante que servía de tanta meditación a un Padre de la Iglesia y transportaba al P. S. Francisco; el lugar, modo y manera: ¡fuera de su casa, por obediencia, en un campo deshabitado! ¡El llamamiento de los Pastores!

¡Los sentimientos de Jesús al ser creada su alma y unida al cuerpo!

¡Oh! Repito, ¡qué cadena de consideraciones no se desprende de todo esto!

Yo podría hablaros de los beneficios de Dios.

Pero como quiera que nos encontramos en circunstancias especiales, dediquémonos a meditar unas palabras brotadas de la boca del divino Salvador, y que parecen dirigidas a nosotros, y que, por consiguiente, son más propias para nuestro aliento y imitación.

Y ciertamente, hijas mías, entre las dulces palabras dirigidas a sus seguidores, a aquellos que llamó para elección especial, ningunas más dulces y graves al mismo tiempo que [las que] nos dice ... que dirigió a los Apóstoles cuando: *Non vos me elegistis, sed ego elegi vos, et posui vos ut eatis, et fructum afferatis et fructus vester maneat* [(Jn 15, 16)].

Non vos me elegistis: ¡Oh, qué idea tan luminosa para hundirnos en el abismo de nuestra pequeñez! Distráidos en nuestras ocupaciones y tareas, encontrándonos en el lugar que nos encontramos, en el estado que hemos abrazado, al ver que tenemos fe, que recibimos los

sacramentos, que trabajamos, que lo hemos dejado todo por Dios, nos parece, no teóricamente, porque claro es que con el entendimiento si reflexionamos sabemos que nada tenemos de nosotros, pero si prácticamente sentimos como si nos fuese propio y por herencia legítima lo que tenemos y lo que somos, como si se nos debiera; como si nosotros lo hubiéramos hecho. Y en medio de este olvido y de este encantamiento de nosotros mismos, resuena a nuestros oídos esa palabra imperiosa y verdadera: *Non vos me elegistis*; y con la luz de esta verdad, nuestra alma sufre un desencanto; pero un desencanto dulce aunque sea humillante, porque la luz de esta palabra nos hace comprender toda nuestra nada y todo el amor de un Dios.

Sed [ego] elegi vos. Si el tiempo me lo permitiera, yo me complacería, ante esa palabra tierna del Salvador, [en haceros] comprender toda la extensión de el la; que no abarca sólo el estado a que hemos [sido] elegido, sino el conjunto de todas las elecciones y preferencias que Dios ha tenido sobre nosotros, que las ha señalado desde la eternidad.

Y yo os recordaría lo que tantas veces habéis meditado en vuestros ejercicios: aquel [momento] incomprensible en que Dios recostado en su eternidad, iba viendo pasar tantos millones [de] seres posibles que hubiera podido crear y que no creaba, dejándolos pasar y dejándolos en su nada; y como en medio de esa cadena de seres posibles se fijaba en mí, en nosotros, y nos detenía, y en su pensamiento y en su voluntad nos entresacaba para colocarnos en su seno, mientras dejaba pasar los otros seres que desfilaban, para señalarnos luego la época, el modo y manera en que quería aprovechar su Providencia amorosa.

Y al segregarnos para ser contados en el número de los seres, yo os haría resaltar la elección libre con que quería convertirnos en criaturas racionales, que pudiéramos conocerle, amarle, siendo así, que hubiera podido

limitarse a dar un ser meramente insensible o con una vida puramente sensible y animal.

Yo os podría representar como al escogernos para criatura racional, y por consiguiente la más distinguida de la creación, yo haría ver la complacencia con que este Dios estaba preparando los cimientos de la gran fábrica del Universo, acomodando todas sus partes, de modo que pudiera servir de habitación, regalo y recreo y utilidad de esta alma y de este cuerpo; y por consiguiente, muy bien y con toda propiedad podríamos decir y aplicarnos a cada uno de nosotros aquellas palabras que directamente se dirigen a la Sabiduría, que debía venir a humanarse: *Quando praeparabam coelos aderam. Quando certa lege et giro vallabat abissos. Quando damenta terrae. Quando circumdabat mari terminum suum, et legem ponebat [aquis] ... Eram ludens coram eo omni tempore [(Prov 8, 27-30)]*.

Y yo para hacer resaltar más [y] más esta elección, os haría pasear con la imaginación, el número de criaturas racionales, y como nosotros fuimos objeto de elección especial; y os haría ver tantos ojos, sin miembros, sin juicio, tantos sin civilización, comiéndose allá en los bosques unos a otros.

Y si luego yo os hacía detener ante esos millones de criaturas aún civilizadas: ¡oh, cuántos herejes, cuántos infieles! Aun de los mismos cristianos: ved esas muchedumbres regeneradas con el agua del Bautismo, y no obstante, como los cerdos que comen las bellotas y no miran la mano, ni la [?] que las hace caer; no tienen otro horizonte que la disipación, el goce de los sentidos.

Aun entre las mismas almas buenas: ¡qué diferencia de elección! Después del sacerdocio, vosotras; fuera del sacerdocio, ninguna otra criatura racional y católica os aventaja.

Estáis colocadas, pues, en lo más alto de toda la creación racional, por no decir de toda la creación espiritual.

Y si para llegar al término de esta elección

quisiéramos entretenernos en examinar y meditar los caminos, su admirable Providencia, las gracias provenientes y concomitantes, los peligros de que nos hemos librado, tanto corporales como espirituales, las gracias, avisos, sacramentos, temores, ¡oh! bien puede decirnos con toda verdad: *Ego elegi vos*.

Muy bien podríamos, como una joven alma fervorosa ... No es verdad ...

Et posui vos: y os he puesto por mi propia mano.

Como consecuencia de toda esta cadena de elecciones, os ha puesto, ¿dónde? en el asilo de la Santa Religión.

Junto a la corriente de las aguas de la gracia.

En el huerto cerrado y amurallado; cerrado, para que no penetren ni las alimañas y fieras del mundo; y amurallado, para resguardaros aún de los vientos maleables de la disipación.

¡Oh, no debo decirlos los que sois y la gloria de vuestro estado!

En el lugar, en fin, que yo es inútil os descubra, pues mucho habéis oído y meditado, y mejor que yo podríais decirlo.

Y ¿para qué?

Ut eatis: ¡Oh! para que caminéis sin parar, por el camino de la santificación.

Al ir Moisés hacia la zarza.

Necesidad de la santificación.

Con la fuga del pecado; ejercicio de las virtudes.

¡Deber terrible! ser santos.

Tu fructum afferatis:

No ha [de] consistir vuestra santificación en el mero ejercicio de las virtudes, sino que hemos de producir frutos.

Gran consuelo es para todos, pero en especial para vosotras, el pensar que todo lo podemos convertir en frutos de santificación; y digo especialmente para vosotras, porque tenéis el gran medio de sellar todas las obras con el sello de la obediencia, que es el sello más fiel y menos adulterado de todos los demás, que

acaso con nuestras intenciones y gusto podemos falsificar.

Son frutos, pues, de nuestra santificación.

1.º Todos los actos materiales purificados por la intención.

2.º Son frutos todas las prescripciones de la Regla.

3.º Son frutos todos los actos de superogación internos que nosotros practicamos.

4.º Son frutos todos los actos internos de humildad, de sufrimiento, de vencimiento de nosotros mismos.

5.º Son frutos de santificación todas las gracias que alcanzamos sobre los demás con nuestras oraciones.

6.º Son frutos toda la gloria que a Dios damos con nuestras alabanzas y con nuestro trabajo en bien del prójimo.

Y ya que toco este punto ¿cómo dejar de animaros a que deis gloria a Dios en las tareas a que estáis dedicadas?

Pronto tendréis que hacer un sacrificio de separaros unas de otras. Aquí habéis venido a morir. Algunas ni soñaban que otra pudiera ser su sepultura.

Pero el grito de gloria de Dios ha resonado, y ante él, vuestro corazón se ha puesto indiferente a todo sacrificio.

¡Oh, cuánto me complacería yo, si ya no os molestase tanto, y para que podáis animaros a pagar a Dios el beneficio de la elección, en haceros ver la gloria grandísima que podáis dar en vuestro apostolado de la enseñanza y educación!

¡Nosotros vivimos en un mundo de fe!

[En] los negocios del mundo se ve el resultado.

Nuestro trabajo es invisible.

No sabéis los resultados. Vosotras faltaréis. Una palabra o ejemplo vuestro caerá en una alma, sin que vosotras lo hayáis percibido. Aquella semilla brotará un día: tal vez será una Mónica que dará un Agustín; éste salvará otras almas, aquéllas a otras, y tal

vez el último día del mundo aún sorprendan las consecuencias de esta acción, de esta palabra, de este sacrificio, para la gloria de Dios.

¡Y poder dar gloria a Dios! ¡Oh, Dios, ese Señor mismo ...!

(Plática de gloria de Dios)

¿Qué son todos los sacrificios?

Aunque nos

Et fructus vester maneat. No basta.

Dos sentidos puede tener esta palabra del Salvador.

1.º Es preciso que sea permanente el producir frutos, y con ello nos indica la perseverancia. Porque no nos aprovechará dar frutos, si no los diésemos hasta el fin.

Trabajosa es la vida; con todo cum *timore et tremore* [(Flp 2, 12)]. El apóstol S. Pablo se olvidaba de la

[2.º] Y la otra interpretación es: *ut maneat*; es decir, os será permanente. Yo os lo guardaré en el cielo.

Allí nos devolverán el 100 por %.

No olvidemos, pues, la elección.

Sentimientos de gratitud. Alientos para seguirle.

Ut fructum afferatis: Propósitos de no abandonar el deseo; con ello seremos santos.

Et fructus vester maneat: Constancia.

En la noche de la muerte, lo que más nos consolará será aquello en que hayamos sufrido más desengaños, más espinas.

Gratitud a Dios, y alegría.

Prontitud a todo lo que sea santificación.

Constancia.

Que estos sentimientos sean los que Jesús grabe en nuestras almas.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 95, págs. 1-4**

(Estos trozos fueron añadidos en otra plática predicada en San Juan, la 2.^a dominica de Adviento).

Una de las ideas, hijas mías, que quizás os habrán impresionado muchas veces, cuya meditación os habrá sido consoladora, es sin duda el beneficio que el Señor os ha hecho de la vocación religiosa, la dicha imponderable de haber podido, a semejanza de David, repetir vuestros votos y vuestra consagración en medio de los atrios del Señor, en medio de vuestra amada Jerusalén. In atriis ... [(Sal 115, 19)].

Siendo, pues, tan pocos, hijas mías, los días que tenemos que dedicar a estas pláticas, prefiero, dejando aparte las muchas y abundantes consideraciones e ideas que pudiéramos entresacar de la idea de la venida del Salvador, y que vosotras podréis sin dificultad meditar, prefiero, digo, recordaros algunas de aquellas ideas que más directamente se dirigen a vuestro estado.

Una de estas ideas, pues, una de estas reflexiones es la que atañe al beneficio de la vocación religiosa, cuyo beneficio debéis tener siempre a vuestra vista, para reanimar vuestro decaimiento. Mirad, hijas mías: Moisés, aquel legislador del pueblo de Israel, destinado por Dios para sacar al pueblo hebreo de la esclavitud de Egipto, después de haberlos [sacado] de este Egipto entre milagros y portentos, después de haberlos hecho pasar [por] medio del mar Rojo sin anegarse en su aguas, después de haber prodigado el Señor su Providencia durante los días de su permanencia en el desierto, cuando ya estaban para entrar en la tierra de promisión, les encargaba con toda la efusión de su corazón que se acordaran de todos estos beneficios, que los tuvieran siempre presentes, que los llevaran grabados en

su frente, en su pecho y en sus brazos, para no olvidarlos jamás. Y algunos de los más fervorosos judíos, entendiendo a la letra estas advertencias de Moisés, se escribían estos beneficios en unos cartones, y los traían siempre pendientes de sus ojos, de su frente, de sus brazos, para no olvidarlos nunca. Hijas mías, el Señor es el que a vosotras os ha sacado del Egipto del mundo entre portentos verdaderos, el que os saco libres y a pie enjuto por el mar proceloso donde tantos se anegan; él es quien os ha conducido por el desierto de tantos peligros, y os ha introducido en esta tierra de promisión que no labrasteis ni cultivasteis, es decir, sin ningún mérito de vuestra parte.

Pues bien, hijas mías: justo es que como los hijos de Israel tengáis siempre presentes estos beneficios que el Señor os ha concedido por medio de la vocación religiosa.

Yo, pues, vengo a explicar un poco a vuestra consideración, no bajo el aspecto espiritual tan sólo, no con respecto a la eternidad, sino también, y aun especialmente bajo el aspecto de vuestro bienestar temporal, aun bajo el aspecto de vuestro bienestar en la tierra.

Procuraré ser breve, y todo lo sencillo que pueda, pero antes necesito los auxilios de la gracia.

Implorémoslos por medio de María.

Sí, hermanas. Mirad: El Señor os ha destinado para lámparas del santuario. Mirad lo que hacen las lámparas: ellas arden constantemente ante el Señor; de día y de noche le hacen compañía; aun entregados nosotros al descanso, ellas no cesan de alumbrar y reflejar sus pálidos rayos sobre la pobre habitación del Señor.

Pues bien, hermanas mías; el Señor al daros la vocación y el cumplimiento de la vocación religiosa, os ha elegido también para que ardáis como lámparas en su templo; para que veléis en su compañía de día y aun de noche,

como la esposa de los Cantares; para que en medio del olvido y del abandono en que el mundo le tiene, no dejéis de enviarle los rayos de vuestras alabanzas y de vuestro amor.

¿Hay cosa, hermanas mías, que deba estimular más nuestra gratitud para con Dios? ¿Hay cosa que pueda interesarnos más para correr, como David, por los caminos del Señor, con prontitud y alegría?

Vosotras también sois, hermanas mías, constituidas medianeras entre Dios y los hombres; ángeles como aquellos de que nos habla un autor, que se interponen en medio de las tempestades para interceder por los náufragos. Es una verdad, hijas mías, que el Señor al permitir las comunidades religiosas, y al llamar almas por esta santa soledad, es su objeto buscar almas que le resarzan y recompensen del poco amor de las criaturas; el Señor os ha escogido como medianeras para que vuestros lamentos, vuestros gemidos, vuestras oraciones, se eleven al trono del Altísimo, y bajen las gracias al mundo. ¿Qué destino más sublime, hijas mías, y que os debía llenar de una santa alegría, y os había de estimular a caminar siempre ante el Señor!

Si miráis vuestro estado bajo otro aspecto, vosotras hijas mías, al entregaros a vuestra vocación, habéis asegurado vuestra eternidad. Al inscribir vuestro nombre en el libro de la religión, lo habéis apuntado en el libro de la predestinación, y si correspondéis a él como no dejaréis de corresponder ...

Vosotras, hijas mías, pero, ¿a qué cansaros? No, no quiero molestar más vuestra atención; sólo sí, quiero tengáis presente aquella máxima de San Ligorio, que quisiera no olvidarais nunca, a saber: Que la religiosa ...

Hijas mías, seamos generosos con Dios; no le neguemos todo cuanto exige de nosotras, y estad seguros que el Señor derramará abundantes sus gracias y sus consuelos sobre nosotros. ¿Y cómo hemos de hacerlo para ser generosos con Dios?

Mirad: una sola regla os daré: y es que lo

hagáis todo por Dios y con desprendimiento de voluntad; no queriendo en todo sino lo que Dios quiere: y así vuestras conversaciones, vuestras alegrías, vuestros gustos no respiren sino la voluntad de Dios; en vuestras prácticas, en la meditación, pensar que el Señor quiere que estemos aunque seamos como troncos; en vuestras amarguras, en las contradicciones de amor propio; no os dejéis llevar de vuestro corazón, poneos ante el Señor con indiferencia, no queriendo hacer [sino] lo que él quiere.

Haciendo esto, y haciéndolo con constancia, os lo aseguro en nombre de mi Señor Jesucristo, él derramará sus bendiciones y os hará experimentar todo el consuelo de la vocación religiosa.

El Señor lo haga así.

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 96, pág. 1

Vocación

Ayer vimos la preferencia.

Dios.- ¿Quién es? Su grandeza, su felicidad.- Bonorum meorum non eges [(Sal 15, 2)].

* * *

¿Y qué le enamoró? Echad una mirada ¡cuántas almas hay, Señor, mirad que os servirán mejor! Cristiana de Saboya.

Jacob dilexi.- Isaías.- La estrella de los magos.- ¡Y cuántos que no pueden conseguirlo! [(Rom 9, 13)].

* * *

Beneficio.- El más grande.- Santos Padres.- La porción escogida.- Cuando Jesucristo vino quiso formarse una grey y echo su voz, de modo que sois sus servidores, destinados a las promesas de ciento por uno.- S. Pedro.- A entonar el cántico melodioso.

En la vida.- Bienes espirituales de consuelos.- Qui sine cruore est.

Beneficios temporales.- Ante la sociedad.

Sobre todo eternos.- En la hora de la muerte, qué ataduras ¡ahora, qué desahogo!

En el *cielo cántico sagrado*.- ¿Y quién soy yo?

¿A qué obliga? - 3 - I.º = Santidad sin retroceder - Amor a Dios - amor al prójimo - reparadores y víctimas.

Veni, sponsa Christi.- Una súplica [?] por todos Padres, etc. por mí.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 97, pág. 1**

Beneficio de la Vocación

El Real Profeta: Quanta fecit animae meae!
[(Sal 65, 16)].

Mejor puedes decir: Quanta fecit animae
meae!

¿Y lo has pensado bien, hija mía? ¡Oh, si nos pudiéramos a considerar los beneficios que Dios te ha hecho! Yo bien me complacería, hoy que hemos terminado el 77, y empezamos el 78, en detallaros los beneficios de cada uno de los años de tu existencia.

Yo te recordaría el beneficio de la creación, por medio del cual te ha escogido en medio de millones de seres posibles, y desde la eternidad te tenía presente, y mientras ha dejado a tantos en el olvido de su nada.

Yo te referiría el beneficio de la educación. Tantos miles de idiotas . . .

Las gracias ... Mach. Meditación sobre el Viático.

Pero en la imposibilidad, fijémonos y meditemos el beneficio y gracia, causa de otras muchas gracias ... el beneficio de la vocación.

Grandeza de este beneficio respecto a Dios, que me llamó.

Respecto de la grandeza del beneficio en sí.
Respecto de mí, que fui llamado.

Respecto de Dios: Infinitamente feliz, para nada necesita de mí. Aún no habías nacido ...

Respecto de la vocación, ¿qué es? Es la consagración entera a Dios, y es la elección de un alma. Es el apartamiento de todas las cosas. es la seguridad. ¡Cuántos beneficios en ella! Beneficios temporales; ¿temporales, he dicho? Sí, hijas mías. Supón que te hubieras quedado en el siglo. O no sirviendo a Dios ... o sirviéndole. O libre y en otro estado.

Beneficios espirituales. No te diré que eres ángel ... Pequeña porción de la Iglesia.

Facilidad de santificaros. Qui cum uxore est . . . [(1 Cor 7, 33)].

Huida de los peligros. ¿Quién te aseguraría el espíritu? Eje.

Consideraciones ante la Comunidad. Beneficio

respecto de lo que sois.

* * *

¿Qué deberás hacer? Deberes para con Dios.
Perfección.

Con el prójimo: oraciones y ayunos. Buen
ejemplo y sacrificio.

LA PERFECCIÓN

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 98, págs. 1-4**

*(Sacada de kroust)
Predicado en Sta. Clara,
Dom. 22 post Pent.,
día 6 Noviembre 1870.*

Necesidad de la santificación.

Varias veces, hijas mías, os he hablado de la dignidad de vuestro ... constituidas espe ... medianeras ... pregoneras de Jesús; sois todas de El; como esposas le debéis vuestro corazón, vuestra alma, vuestro cuerpo, vuestras potencias; como medianeras le debéis vuestras penas, sacrificios, oraciones; como pregoneras

vuestras alabanzas; nada tenéis vuestro, ni casa ni usufructo, y por lo tanto debéis darlo todo a Dios, de quien es todo; pues como exposita San Hilario en las lecciones de la Dominica de este día, al responder ...

Así como dijo Jesucristo que debía darse a Dios lo que es de Dios, como todo en su origen es suyo, a El se debe reducir cuanto tenemos.

Mucho más, vosotras.

Por ello, el Señor para el cumplimiento de estos cargos sublimes, exige de vosotras una santidad mayor que en el común de los fieles, porque como dice San Gregorio: *Quanto argento dona ...*

Pero como quiera que esta verdad la olvidamos demasiado, ya porque [no] procuramos llevarla grabada en nuestra mente, ya porque la costumbre de oírla a la ligera deja de impresionarnos como debía, por ello no he dudado en recordaros esta verdad, mayormente en esta semana en que

Y para que procedamos con sencillez y con orden, y para alentar nuestro corazón a perfeccionarnos ante Dios y [a] aspirar al cumplimiento de la obligación de nuestro estado, debemos meditar, hijas mías, que este estado de santidad no es imposible; que atendidos los socorros del Señor ha puesto a nuestra disposición es fácil, y si nos fijamos en las utilidades que reporta aun en esta vida, nos debía ser agradable y sabroso el aspirar a él.

Y al deciros, hijas mías, que esta santidad no es imposible, bastaría recordaros que es un precepto, y estrecho, que no podemos eludir. El Padre Eterno ...

Pero además de este precepto grave, sobre todo para nosotros, y mirándolo bajo otro punto de vista, que no son tantos los momentos, que ocurren a nuestra imaginación muchas veces.

Ya supongo, hijas mías, que entre vosotras no habrá ninguna de aquellas almas que creen encontrar la virtud y la santidad en los dones extraordinarios de la gracia, en las

maceraciones corporales, ni en todas aquellas otras cosas, que si bien son señales de santidad, y también si se quiere instrumentos, pero que no constituyen la esencia de la santidad; antes bien, sin ella puede encontrarse la santidad, y hasta con ellas puede faltar la gracia, según aquello de Jesucristo: *Nonne in nomine ...* [(Mt 7, 22)].

No sois tampoco por la gracia de Dios de aquellas almas cristianas, que ponen voluntariamente impedimentos a la santidad, y van detrás de los negocios y oficios y empleos, que le arrebatan el tiempo y las ganas de ocuparse de Dios y se excusa con estas ocupaciones que voluntariamente se han buscado, o no apartan las compañías y el roce de las personas que les impiden la santificación. No, os supongo a todas deseosas de apartar estos obstáculos, y que tenéis allá en vuestro interior un deseo, por más que sea algo vago, de adquirir la santificación de vuestras almas.

Pero si, que tal vez somos de aquellos que no trabajamos por nuestra santificación por desidia, por pereza, por falta de verdadera voluntad. *Vult et non piger* [(Prov 13, 4)]: quiere y no quiere el perezoso, de los cuales dice Salomón: *Leo et foris ...* [(Prov 22, 13)].

Y agobiados por el peso de esta desidia al amor propio encuentra pretexto con que cubrirla, contentándose el alma con su virtud habitual, y con llegar al cielo moderadamente. Y unas veces el amor propio nos hace ostentar las enfermedades de nuestro cuerpo, y otras veces nos pondera nuestras ocupaciones, otras nuestros caracteres; y no recuerdan estas almas, que: *infirmitas gravis sobriam facit animam*. Eccle. [(Eclo 31, 2)]

Vexatio dat intellectum [(Is 28, 19)].

No saben, que *diligentibus Deum ...* [(Rom 8, 28)].

No recuerdan lo que dice el Apóstol: *Cum infirmor tunc potens sum* [(2 Cor 12, 10)].
Omnia possum ... [(Flp 4, 33)].

He aquí el impedimento principal de nuestra santificación; esta cobardía de nuestra alma que nos entorpece y enerva las fuerzas del espíritu. Y ya veis que esto no es impedimento de nosotros mismos, que podemos fácilmente remover.

Es verdad, hijas mías, que en el estado de la naturaleza despojado de sus dones primeros por el pecado de Adán, ha quedado herida la fuerza del hombre y su libertad, y desordenadas las pasiones del corazón; pero este decaimiento ha sido superado por la sangre y la gracia del Redentor; y [si] no pudiera superarse, no exclamarla la Escritura tan repetidamente, obligándonos a esforzarnos a ello.

No dependiendo, pues, repito, la santificación de nuestras almas, ni de los dones exteriores extraordinarios, ni de los ejercicios exteriores de mortificación; ni los quehaceres, ni nuestras atenciones, porque repito, *diligentibus Deum ...* debemos confesar que no es imposible ... [(Rom 8, 28)].

Y no sólo eso, [no] es un inconveniente insuperable la santidad, sino que si atendemos a los medios nos parecerá asequible por los medios que tenemos: El ofrecimiento de Dios; el ejemplo de los santos.

El ofrecimiento de Dios, que nos convida a que le sigamos: *Mandatum hoc ...*

Numquid non sapientia clamat in plateis? Si quis est parvulus, que venga a mí, y yo le daré ... [(Prov 9, 3-4)].

Clara est et quae nunquam marcescit sapientia, y fácilmente es encontrada por aquellos que la ... [(Sab 6, 13)].

Maior est qui in nobis est, quam qui in mundo.

Ubi abundavit delictum, superabundavit gratia [(Rom 5, 2)].

Pero, ¿y como dudar, hijas mías, de esta facilidad que nos abre el camino a la consecución de nuestro fin, cuando tenemos una prueba tan evidente de lo dispuesto que está el Señor a apoyar a todos aquellos que llevan

grabado en su corazón el propósito eficaz de ser todos de él, de obrar sólo por su gloria, de obrar, en fin, con perfección?

Oremos y meditemos la infinidad de almas, muchas de ellas conocidas por sus dones extraordinarios, que el Señor ha querido revelarnos, otras escondidas pero escritas en el libro de la vida y que veremos en el cielo, llegadas al término de su perfección. ¡Ah!, hijas mías. Al contemplarlas ... véase el 2.º folio, ...

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 99, pág. 1

Muchas veces, hermanos míos e hijas de Teresa de Jesús, habéis oído, y desde este mismo lugar, el fin noble para qué ha sido formada nuestra alma: en el tiempo y en la eternidad.

En el tiempo, conocerle y amarle con toda nuestra alma, nuestro corazón y con toda nuestra mente; en la eternidad, poseerle. Y habéis oído la obligación de estimularos en este amor, y amor constante, sobre todo vosotras que habéis sido llamadas de un modo especial a la unión de Jesús, por conducto de su madre fundadora y Teresa de Jesús, para conseguir de este modo la verdadera unión con Dios que constituye la santidad.

Porque si a todos llama a la santidad, como dice S. Pablo, Haec est voluntas Dei, sanctificatio vestra: la voluntad de Dios es vuestra santificación [(1 Tes 4, 3)], lo es en especial para las que os habéis ofrecido a seguir las huellas de la virtud y de la

perfección, cada una según sus fuerzas y su estado.

Pero así como el caminante que emprende un largo viaje, le es conveniente allanarle el camino con la consideración de la felicidad y de los medios de llegar a él, así también os es conveniente a vosotras, nobles viajeras en el camino del espíritu, recordaros la necesidad, la facilidad y la recompensa de este camino de la virtud y de la santidad, a la que todos debemos aspirar por ser ésta voluntad de Dios.

Haec est volutas Dei ... [(1 Tes 4, 3)].

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 100, págs. 1-9

*Predicada en los ejercicios de
la Purísima, 1865
S. Juan, id. id.
Sta. Clara, ejercicios de 1870*

**Plática sobre la necesidad de la perfección,
por el beneficio de la vocación religiosa.**

Necesidad de la perfección

Al dirigiros hoy la palabra, mis amadas hermanas, creo debemos reanudar nuestras consideraciones de ayer. Decía en la plática anterior la dignidad y el destino sublime de vuestro estado. Que el Señor os habla elegido y la Iglesia consagrado para que fuerais introducidas y admitidas en el interior del Santuario, para propiciatorio sagrado, en cuyos

brazos debía él especialmente descansar. Que el Sacerdocio os consideraba como porción selecta de su solicitud, y los fieles como Angeles mediadores entre Dios y ellos, y conductores de sus gracias.

Ahora bien, pues, hermanas mías, ¿qué deberes os impone esta sublime dignidad? ¿qué sacrificios os exige?

¡Ay! Deberes para con Dios que os ha elegido; deberes para con la Iglesia y el sacerdocio que os aceptado; deberes para con los fieles y el mundo entero que os admira y respeta, y para cuyo bien la Iglesia os ha ofrecido.

Y bien: ¿cuáles son estos deberes? Deber de una santidad sin límites; deber de sacrificios y oraciones continuas; deber de ser unos verdaderos propiciatorios.

Ya os dije, hermanas mías, que el Propiciatorio era formado de caras de Querubines, o como dicen otros de diferentes caras, representantes de los diferentes atributos o perfecciones de Dios, como que debía ser su trono.

Pues bien: deber de copiar estas perfecciones en vuestro corazón, para ser el verdadero asiento de Dios.

Pero para que no sean tan vagas estas ideas, para concretar mejor estos deberes, fijémoslos bajo una consideración más exacta y que los abrace todos; esto es, obligaciones que tenéis de santificaros y de aspirar a la perfección, puesto que ...

Así, pues, hermanas mías, vuestro estado os obliga a una santificación especial y superior, ya respecto de Dios porque es una promesa y un compromiso que habéis contraído, y un compromiso de justicia y de gratitud; ya respecto de la Iglesia y del prójimo, pues es un auxilio que le debéis; y ya también, para abrazarlo todo, con respecto de vosotras mismas, pues depende de esto vuestra felicidad temporal y eterna. Ave María.

* * *

Esto es, para Dios le debéis una santidad sin límites, porque es una promesa que le hicisteis.

Para con el prójimo le debéis sacrificios y oraciones continuas, porque es un auxilio que le debéis.

Y a vosotras, para corresponder a la grandeza de vuestro estado, os debéis una vigilancia constante. Ave María.

* * *

Al hablaros, hermanas mías, del deber que tenéis de santificaros y de aspirar a la perfección, de purificaros para cumplir vuestros deberes con Dios, no vengo precisamente [a exponeros] la necesidad que tenéis de la perfección común y obligatoria a todos los que se han consagrado a Dios de un modo especial, ya dentro ya fuera del claustro.

Todas sabéis muy bien, hermanas mías, que todos los seres de la creación tienden cada cual a la perfección que le conviene y del modo que le es propio.

En el orden de la naturaleza: el arroyo que nace se extiende, crece y llega a ser un majestuoso río que lleva la abundancia y la fertilidad en su curso; el grano que oculto en el seno de la tierra, se descubre, se eleva poco a poco, y se desdeña, digámoslo Así, de la pequeñez de su origen; la flor que perfecciona cada día la suavidad de su aroma, las gracias de sus esmaltes y la viveza de sus colores; todo nos indica esa tendencia a la perfección.

En el orden moral, ya sabéis: el artesano en su profesión, el sabio en sus investigaciones, el comercio, hasta las pasiones en su mismo desorden nos dan lecciones de adelantos y de perfección; y que por consiguiente todo esto son una imagen de lo que debemos ser en el orden a la salvación.

Todas también sabéis que este deseo de perfección es tan esencial a vuestro estado, que no puede separarse sin esta perfección, o sin el deseo de ella; pero para vosotras sería moralmente imposible, y no me sería difícil probarlo si tuviese tiempo. Por esto quería aquel santo que estuviese grabada fuertemente en el corazón de las religiosas esta sentencia: el cuidado de vuestra perfección es el mismo que el de vuestra salvación, porque no puede estar el uno sin el otro.

No ignoráis tampoco los deberes a los cuales, según la doctrina de Sto. Tomás, os induce la perfección religiosa.

Primeramente: no siendo la perfección de vuestro estado más que la perfección de la caridad, cuyo fin es uniros a Dios, ésta obliga [a] la religiosa a esforzarse para perfeccionar esta unión; y por una consecuencia necesaria, a romper los lazos y allanar los obstáculos incompatibles con esta tendencia con la perfección.

En segundo lugar, consistiendo la esencia del estado religioso en los tres votos, no podéis perfeccionar dicha unión, sin la exacta observancia de ellos.

Y en tercer lugar, estáis obligadas a adoptar los medios necesarios para observar dichos votos, medios que la regla os impone especialmente como un deber.

Todo esto sabéis; todas estas obligaciones, toda esta necesidad comprendéis muy bien.

Pero no, repito; yo no quiero precisamente hablaros de esa perfección de vuestro estado, sólo por la rigurosa obligación que tenéis; por el peligro que hay en no tenerla, por la amenazas que Dios dirige a los que son

desidiosos en ella; en fin, no quiero que obréis esta perfección por puro temor; sino que quiero deciros que debéis obrar y aspirar a esta santidad por gratitud, por la elevación y grandeza de vuestro estado, por el beneficio que el Señor os ha hecho, por el compromiso de amor que habéis contraído con él.

Mirad, hermanas mías: no habláis nacido aún; nadie se acordaba de vosotras, y el Señor os formaba en su pensamiento para esta grandeza.

habíais nacido ya; alrededor de vuestra cuna nadie pensaba en vuestro destino, y el Señor había fijado su vista en vuestro corazón, y encargaba a vuestro Angel custodio de vuestra vida.

Llegasteis a los albores de la razón; nuestra imaginación inquieta y traviesa recorría por todas partes, pero sin preveer ni penetrar a fondo los abismos que nos rodeaban, pero que la Providencia cuidaba no nos despeñásemos en ellos.

Quién sabe ...

Llegó vuestra edad de discernimientos; el Esposo divino que no os perdía un momento de vista, empezó a dar sus silbos, aunque casi imperceptibles; algunas de vosotras, quizás, oyó estos silbos, estando ya medio adormecidas entre las glorias del mundo. Sin embargo, el Señor que os quería a todo trance, como si de vosotras dependiese su bien, hizo que respondieseis a estos llamamientos, que más fuertes de día en día, afianzaron vuestra vocación.

Y conduciéndoos por caminos misteriosos, aunque llenos de tropiezos y peligros, y haciendo romper todos los lazos y dificultades, os ha introducido en los tabernáculos de su amor, en los secretos retretes de sus desposorios.

Pero, Señor: y tantas y tantas que hay alrededor de éstas, de más bellas cualidades, de mejores disposiciones, de ...

¡Ay, no importa!: a éstas únicamente quiero para objetos de mi predilección; a éstas tan

sólo para Propiciatorios.

Hermanas mías, ¿no es esta sencilla consideración más que suficiente, para que comprendáis cuan grandes son vuestros deberes para con Dios; cuántos no sean estos motivos de gratitud, que os deben mover al deseo de vuestra unión con Dios, al desprendimiento de todo, al cumplimiento alegre y constante de vuestros votos, a la observancia de los medios que os imponen?

¡Ah! cuán bien podíais decir como S. Agustín, cuando el amor de Dios: Ay, Señor, vergüenza me doy que me tengáis que mandar el que tienda a la completa unión contigo; pena me da el que hayáis de usar amenazas para moverme a desprender de todo; ¿es posible que haya que recurrir al temor de vuestros castigos para animarme a seguir con constancia? Pues qué, ¿no es suficiente satisfacción para mí el que me lo permitáis, el que me hayáis elegido para este grande estado?

Y sin embargo, hermanas mías, a veces no [es] éste un suficiente móvil; y sin embargo, hemos de recurrir a otros medios.

¡Oh! Y ¡cuán ingratos y miserables somos, y cuán bueno es Dios!

He aquí, hermanas mías, los deberes de gratitud que tenéis para con Dios, que os ha elegido para este estado: deber de un deseo de santidad y perfección; hambre continua de justicia y de pureza, sed viva de llegar a ser, con la gracia del Señor, un verdadero tabernáculo y asiento del amor de Dios.

Pero, y ¿cuales son los deberes que tenéis para con la Iglesia y el mundo? Deberes de ejemplos, de sacrificios y de oraciones, he dicho.

Deberes de buenos ejemplos: ya habréis oído quizás (ojalá no lo hubieseis [oído] nunca), aquella calumnia injuriosa a vuestro estado, y con harta frecuencia repetido en este siglo en que vivimos, a saber: que las religiosas son personas [inútiles] al mundo y a la sociedad, y sólo para sí mismas son buenas. ¡Qué injusticia

y ceguera! Como si fuese una cosa inútil al mundo el servir exclusivamente a Dios, que ha hecho el mundo, y que nada ha hecho en el mundo sino para sí solo. Como si en un estado en el que Dios es el autor, y cuyo fin es honrarle con un culto especial, con una vida consagrada a su gloria, pudiese, sin una especie de impiedad, llamarse inútil; como si este pueblo, enemigo del vicio y dedicado por sus votos a una vida pura y celestial, no fuera por sus oraciones y virtudes, el más firme apoyo de los reinos y de los estados.

Como si esta clase de personas, que se llaman inútiles al mundo, no le sirviesen más útilmente cuanto más alejadas están de su corrupción, cuanto más poderosas son en el Corazón de Dios, y más propias para detener la diestra vengadora, irritada por los crímenes. Como si Moisés, colocado sobre la llanura, separado del pueblo y con las manos suplicantes, no fuese el árbitro de la victoria, mejor que Josué con la espada en la mano.

Como si no fueran más inútiles, Dios mío, esos mismos que dicen esto, estos hombres ociosos y charlatanes, que no hacen sino corromper a la sociedad con sus ejemplos y sus crímenes.

Esos son los hombres inútiles y peligrosos, éstos son los azotes de la sociedad, dignos de su odio y desprecio, de la misma sociedad.

Pero sin embargo, hermanas mías, por más injusto que sea este reproche, que acusa de inutilidad la vida religiosa, digo, que en cierta manera lo mereceríais, si descuidabais vuestra perfección, si no la iluminarais con buenos ejemplos, si no la asistíais con vuestros sacrificios y oraciones; porque éste es el espíritu de vuestra vocación y la intención de Dios y de la Iglesia.

Así, pues, en primer lugar, le debéis ejemplos.

Ya sabéis lo que decía S. Pablo a los fieles: que habían de brillar como astros en

medio de una nación corrompida y perversa. ¿Qué hubiera dicho a las religiosas?

Ya sabéis, hermanas mías, que en el principio de la Iglesia todos cumplían con este deber y con este consejo del Apóstol. Cada familia era por su piedad un claustro en medio el mundo. Cada fiel, en una vida común, era un religioso, pues era un santo.

Pero pasaron pronto aquellos días felices; disminuyó la piedad corrompiéndose las costumbres, y la virtud fugitiva busco en la oscuridad un abrigo, y puso una barrera sagrada entre la inocencia y el crimen. De aquí es que aquella santidad debe encontrarse en los claustros.

De aquí,

De aquí, pues, podréis comprender el fin de vuestra vocación, almas religiosas. Debéis ser un Evangelio práctico. Con vuestro espíritu de retiro, de austeridad, de pureza, de desprendimiento, debéis ser una luz constante para el mundo.

Y notad, notad, hermanas mías; una cosa bien particular, y que sorprende a muchos, y que no se puede explicar este misterio.

Las religiosas viven separadas del mundo, nadie ve ni sabe sus actos, una barrera las separa del mundo. Sin embargo, no sé por qué instinto el mundo sabia distinguir las comunidades y hasta las personas que viven según el Espíritu del Evangelio, y compararlas con las que no viven tan ajustadas a esta regla.

¡Misterio incomprensible! Y es que como Dios os escoge para que vuestra virtud sea una reprehensión del mundo, y como tiene cierta vanidad, digámoslo así, le haga inexcusable; como os quiere para luz del mundo, su Providencia admirable se vale de mil resortes para presentaros como modelos, sabe infundir cierto presentimiento de vuestra santidad al mundo, y en la cual Dios se complace y envanece en hacerla admirar.

¡Ay, qué desgracia sería, hermanas mías, si

Dios cuando le pluguiese, no os pudiera presentar como modelos de santidad! ¡Qué lástima si al fijar el mundo su mirada escudriñadora y perspicaz, aunque entre las sombras del claustro, no pudiese ver sino una mujer ordinariamente piadosa! Faltaríais, sin duda, a vuestra vocación.

Hermanas mías, mucho podría extenderme en esta materia, pero no me atrevo.

Sólo sí os repito, que Dios quiere de vosotras para el mundo un ejemplo vivo y constante de virtud, de santidad.

Y en segundo lugar, he dicho que debéis al mundo sacrificios y oraciones.

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 101, pág. 1

En el Antiguo Testamento hubo castigos, porque no había religiosas.

* * *

Confusión de la perfección con el estado de perfección.

Es necesario el heroísmo; y así lo enseñará la mujer. ¡Pobres Martas!

Vade et vende quae habes [(Mt 19, 21)]: no el dinero, sino las imperfecciones, vicios, pasiones, y los compra Dios.

Toma tu cruz. Hay cruces, pero no se llevan bien. Se han de abrazar, y por esto las abrazan

las monjas. Al seguirle se han dejado
Cuando. Cuando.
Dios nuestro Señor. Dios nuestro Señor.
Mejor. Perfección cristiana, heroísmo en el
mundo; y sino heroísmo en el claustro.
Convento, convento, al estado de perfección,
no individual.
Tenía delante las ...

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 102, pág. 1**

*Votos de Sta. Clara
16 Abril 87*

Qui vult venire post me ... [(Mt 16,)].
El divino Salvador quiso formar una grey.
El que quiera venir en pos ...
Abneget: Negación de sí mismo [(Mt 16,)].
¡Cuántas son las circunstancias!
La carne contra el espíritu.
Las tres concupiscencias.
Y con él, todos [los] deseos del corazón; y
con facilidad.

* * *

Tome [su] cruz.
Desde el día del primer pecado.
¿No basta, Señor?

Sígueme.
Vosotras escuchasteis esta voz.
Para esto el Señor dispuso dos remedios:
uno, gracias. S. Francisco. Cristo [?]
Un confortativo: el Sacramento.

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 103, págs. 1-11

*Predicada en S. Juan y Purísima,
Ejercicios de 1867,
el día cuarto de los mismos.*

Plática sobre la necesidad de la perfección

Necesidad de la perfección

Hemos visto ...

La perfección consiste en ordenar todas nuestras acciones según la voluntad de Dios, copiando en nosotros las perfecciones de Dios por medio del modelo que el mismo Dios nos ha presentado, es decir, por medio de Jesucristo.

El deseo de ser siempre mejores y más agradables a Dios, aspirando a su misma santidad, participada, *Sancti estote*, etc. [(Lv 11, 44)].

Todo en el mundo nos predica el adelantamiento, el progreso, la perfección. En lo natural ...

En lo humano, los artistas ...

Qué vemos, pues, en todo esto sino la imagen de lo que nosotros debemos hacer.

Si el literato tiene obligación de

perfeccionares en sus estudios, si nosotros, que por voluntad propia aunque por elección de Dios, nos hemos dedicado a una carrera, si así podemos llamarla, a un estado, cuyo único objeto es la santificación, ¿cuál no debe ser nuestro conato por conseguirla?

Y sin embargo, hermanas mías, notad la diferencia que hay entre nuestra conducta y la de los hombres del mundo.

Pues bien, para animarnos a hacer los esfuerzos posibles para conseguir esta santificación, debemos mirar los motivos que tenemos para ello. Podemos mirar esta necesidad bajo diferentes aspectos.

No quiero ahora hacéroslo ver por la elección que el Señor ha querido hacer de vosotras para este estado

Ni por la promesas que le tenéis hechas, sino, en primer lugar por los medios de que podéis disponer para conseguir esta santificación.

Ya sabéis que Dios juzga según los talentos.

Ahora bien, aunque en el mundo todos, en cierto modo, deban seguir la perfección, pero como hay algunos cuyos talentos son tan cortos, sucede que la perfección para ellos es el cumplimiento ordinario de sus obligaciones.

Así vemos que hay muchos en el mundo ...

Ahora bien, nosotros que hemos recibido tantos dones del Señor tenemos una doble obligación.

Y sino dad una mirada, aunque sea ligera, a todos los medios que tenéis de santificación. En primer lugar, nada hay que os lo impida; en segundo lugar, tenéis muchos medios.

Una de las cosas que más pueden impedir la santificación y el recogimiento, la unión íntima con Dios, es la necesidad de atender a las cosas exteriores.

Las ocupaciones.

Otra de las cosas que impiden también la quietud del alma es los peligros de los objetos exteriores.

Otra es el peligro siempre de nuestra

inconstancia y de nuestra ligereza.

Pues bien, hermanas mías, vosotras estáis libres y apartadas de todos estos peligros. El Señor os ha introducido en el escondido retrete de su madre, como la esposa de los cánticos, para allí

Vuestra morada es como un huerto cerrado a las asechanzas que el mundo pone constantemente aun a las almas fieles. La santa Iglesia os ha rodeado de diques insuperables, de murallas inaccesibles, para que en vuestras trincheras [no] podáis ser asaltadas jamás. Ella ha hecho de vuestros votos un estado indisoluble para ... hasta la sombra de ligereza que pudiera haber en vuestra movediza voluntad. ¿Qué mas?.

Ella hasta ha fulminado sus anatemas contra el mundo si se atreve a fijar sobre vosotras su atrevida mirada. Semejante al Esposo de los Cánticos, ha amenazado a todo aquel que quiera turbar vuestro sueño de amor y vuestro reposo.

Nada hay, hermanas mías, de todo cuanto en el mundo experimentan aun las almas buenas, que pueda impedir el logro de vuestra santificación.

¿Y qué diré, hermanas mías, de los medios interiores de que disponéis para conseguir esta perfección? ¡Cuántos talentos de gracia en vuestras manos!

Si algún mandamiento ...

En segundo lugar, tenéis obligación de aspirar a la perfección de ser todo lo buenas que podáis, por los efectos exteriores que pueden sobrevenir a los demás por vuestra santificación o vuestra tibieza.

Ya os he dicho en varias ocasiones, hermanas mías, que nosotros, atendida la elección que el Señor ha querido hacer, no hemos nacido para nosotros solos, hemos nacido también para el provecho de los demás.

Estos provechos podemos proporcionarlos de diferentes maneras. En primer lugar honrando a la Iglesia con las virtudes de vuestro estado. No hay duda, hermanas mías, que las comunidades religiosas donde se conserva la observancia y

el fervor son un título de gloria para la Santa Iglesia.

Mientras el mundo pagano

Mientras el protestantismo no sabe producir estos frutos admirables de la gracia, mientras no puede levantar monumentos donde se acoge la inocencia y la penitencia, mientras ellos no pueden presentar ninguno de estos actos de santidad, la Iglesia los puede ofrecer a millares y con orgullo santo. Estos establecimientos son una verdad de nuestra religión. Cuántos se han admirado de la Iglesia, etc. Ejemplo. Ejemplo.

¡Qué desgracia, hermanas mías, si al querer la Santa Iglesia presentaros como modelos de santidad, en esta santidad que la Iglesia espera, no pudiese presentar más que la apariencia de santidad!

¡Ah, hermanas mías, seréis responsables ante [?] de esta santa madre que os [ha] mirado con tanta predilección y que en vosotras ha puesto tantos cuidados!

Este provecho, esta utilidad, este honor que proporcionáis a la Iglesia cuando practicáis, realmente, la perfección, lo proporcionáis también a los particulares, a vuestro prójimo.

Cuántas veces, hermanas mías, la idea de vuestras virtudes, de vuestros sacrificios, de vuestros sufrimientos han servido para honrar la virtud y tal vez para mover el corazón de muchos pecadores. Ejemplo.

Yo he oído ...

Qué sería, hermanas mías, ...

Y eso que el mundo muchas veces ...

Además, esta virtud, esta santidad especial de que debéis estar revestidas, os atrae también la atención y la veneración de la sociedad.

¿No sabéis las alabanzas que muchas veces os tributan, la santa envidia que ocasionáis al mundo, el respeto que se os tiene aun de parte de aquellos que combaten vuestro estado? Consideradas en particular, [?] por muy santas, etc.

Yo conocí

Pues bien, hermanas mías, si no correspondierais a vuestra vocación, si no tuvierais esa santidad que el mundo espera de vosotras, vosotras robaríais este respeto, este cariño que el mundo os tiene, puesto que seríais desmerecedoras de él; y toda la gloria que ahora os pudiera resultar de vuestro estado, sería un motivo de confusión en el día del juicio.

Pero este provecho y esta utilidad la podéis proporcionar a la Iglesia, a la sociedad y a los pecadores, por otro medio mucho mejor, si correspondéis a la santidad de vuestro estado, esto es, por medio de oraciones y sacrificios.

Dios, hermanas mías, que todo lo dispone en orden y suavidad, ha querido disponer un orden en todas las cosas, por medio del cual las unas sirven para utilidad y provecho de las otras.

Dios, aunque hubiera podido hacerlo todo de un modo absoluto

Así por ejemplo ...

Así, pues, también en el orden del espíritu, en el orden de la gracia, Dios, aunque concede sus dones, sus beneficios, envíe sus gracias, quiere interponer de por medio a sus criaturas, para hacer resaltar más su bondad, y para comunicar a los demás su poder, para que contribuyan al orden de su Providencia en la ejecución de sus designios

Mil y mil ejemplos tenemos de esta verdad:

Moisés.

Sodoma.

Judit.

Ester.

Pues bien: vosotras, sin mérito alguno vuestro, habéis sido elegidas para conductores de la gracia de Dios.

Quién sabe si el Señor tiene destinada a alguna de vuestra comunidad para que sea como una Ester en la presencia de Dios.

No lo dudéis, hermanas mías, y os lo digo aunque os haya de causar vergüenza. La historia nos enseña que muchas veces a las comunidades

religiosas, etc. más aún, cuando el Señor ha determinado descargar su brazo sobre alguna nación, sobre algún pueblo, o ha permitido que desaparecieran los asilos, o ha permitido que aflojara la observancia y la piedad en estos retiros, y entonces en lugar de atraer las bendiciones de Dios, lo que hacen es apresurar los momentos de la indignación de Dios.

Pues bien, hermanas mías, procurad ser santas, procurad aspirar a la perfección de vuestro estado, para corresponder al designio que Dios y la Iglesia tiene sobre vosotras.

Y si en todos los siglos ha sido necesario a las comunidades religiosas el ser santas para este objeto, hoy más que nunca sin duda.

¿No veis, hermanas mías, ... cuántos se mueren ...

¿No os enternece, hermanas mías, la situación de tantas almas que están en peligro continuo de condenarse para siempre? Y ya que hemos tenido la fortuna de que el Señor nos haya dado a nosotros más conocimientos, la gracia de poderle conocer y amar, las olvidamos. ¿Y quien sabe si el Señor espera darles el golpe de su gracia a las oraciones de las almas fieles?

Y quién sabe si el Señor nos está mandando que interpongamos nuestras oraciones

Y qué desgracia será la nuestra

Y ya que he hablado en especial, hermanas mías, de la conversión de los pecadores, como uno de los frutos de la santidad que el Señor espera de nosotros, no puedo menos de llamar otra vez vuestra atención y repetiros lo que tantas veces os he dicho sobre el particular.

¿Y será preciso que me esfuerce en mover vuestro corazón a tener compasión y rogar por los pecadores?

Además, el que descuida la vocación falta a la fidelidad de su Amado. Cuando en momentos ...

Pierde muchas buenas obras. ¿De que podrá quejarse?

Pierde muchos consuelos.

Mil y mil otras consideraciones.
Y así, examinad estos días y pensad:

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 104, pág. 1

*Predicada en Vinaroz, en las
Terasas-Dominicas. 4 Agosto.
Novena de Sta. Clara 1881.*

Haec est voluntas Dei [(1 Tes 4, 3)].
Obligado dulcemente a dirigiros la palabra,
etc.

¿A qué os habéis inscrito en la Asociación?
Esto me hace comprender que nuestro fin es
salvaros.

Necesidad de la santificación.

Fin del hombre en general.

Fin del alma en particular. Dios: Sancti
estote [(Lv 11, 44)]. Via [?] est sanctificatio
vestra [(1 Tes 4, 3)].- Jesucristo.- [?]

Necesidad de corresponder a este fin. Parábola
de los talentos. Seguir a Jesucristo. Abrahán.

* * *

Posibilidad de ser santos. No consistiendo
la santidad ni en ... Miramos a los santos ...
Y, sin embargo, ellos: 1.º Tenían la misma
naturaleza. 2.º Tenían la misma gracia. 3.º

Aspiraban al mismo premio. [4.º] Se encontraban en las mismas circunstancias.

* * *

Facilidad de ser santos. Jesús nos invita. Todo puede conducirnos a él: buenas obras. Si la santidad consistiera en hacer grandes penitencias, dones extraordinarios.

1.º ¿Cómo hemos de hacerlo, pues? Bene omnia fecit [(Mc 7, 37)]. Además de evitar el pecado hacerlo todo como Dios quiere: oración, trabajo, descanso.

¿Lo hago así? Cuando me

* * *

¿Cómo he de ser santa? 1-. Queriéndolo. Sto. Tomás Este deseo constante y sincero basta.

2.º Los medios:

1.º Según las inspiraciones de la gracia en cuanto quiera y con generosidad en la oración y en todo.

2.º Hacerlo todo bien. Ya sabéis que todo puede convertirse en obras buenas.

3.º Para hacerlo todo bien, vigilemos, por medio de la oración, del examen, ...

* * *

Consuelos a la hora de la muerte. Si no he respondido al estado

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 105, págs. 1-10**

*Predicado en día de retiro
16 Octubre 1874*

De necessitate perfectionis

Necesidad de la perfección por motivos de amor, de temor y de gratitud.

* * *

Deseo de la perfección.
Motivos de amor. Id. de temor.
Varias veces os he hablado, hermanas mías, de la necesidad y obligación que tenemos de caminar por el camino de la perfección, sobre todo los que un día nos ofrecimos a seguirle con promesa solemne, y por el camino de los consejos evangélicos. Y hemos meditado esta obligación atendida la excelencia de este estado, las ... verdades que habéis leído muchas veces.

Pues bien: examinemos de nuevo hoy esta materia, mirando los motivos de amor y de temor que deben sostenernos para no aflojar en la realización de esta importante verdad, de esta

carrera santa a la que por la misericordia de Dios hemos tenido la fortuna de ser llamados.

Y supuesta, pues, y conocida por vosotras esta obligación, descontado yo del deber de probároslo, convencido, en fin, vuestro entendimiento, debemos examinar, ante todo, la necesidad de grabar en nuestro corazón el deseo de seguir este camino. Notable y sabido es por demás aquella sentencia del Espíritu Santo: *Initium sapientiae est verissima disciplinae concupiscentia*, el principio de la Sabiduría es el verdaderísimo deseo de la disciplina [(Sab 6, 18)]. El deseo de conseguir esta verdadera Sabiduría es el primer paso por el cual el alma se mueve a la virtud; es la primera piedra de este esbelto edificio; es la primera rueda de esta máquina espiritual, en virtud de la cual se han de mover todas las demás. *Initium sapientiae*; pero no basta aún: es preciso que este deseo que grabamos en nuestro corazón: *verissima concupiscentia*, verdaderísima; y, por lo tanto, no basta que sea especulativo, es decir, enamorados de la perfección, porque ¿quién hay a quien no agrade ser muy perfecto, a quien no enamore el brillo de la virtud y de la santidad? sino que es preciso que sea práctica, esto es, dispuesta a poner todos los medios convenientes para conseguirla; y yo todavía aun diría que sea constante este deseo; con la resolución de soportarlo todo, y privarse de cuanto sea necesario para conseguir este intento

Y la razón es muy obvia. Dios no ha querido dar la santidad, la perfección al hombre de un modo absoluto; si esto hubiera querido, hubiéramos nacido santos, o nos hubiese criado en la bienaventuranza. Pero ahora no lo ha querido, y, por lo tanto, el adquirirse la perfección depende, como es sabido, de dos voluntades eficaces, de la voluntad divina ... Pinamonti, tomo 1.º, cap. 4 (de donde se han sacado algunas ideas).

Desgraciada, pues, el alma que llamada a la perfección, no posee en su interior el aprecio

y ardiente deseo de la perfección, que no ha sabido comprender la altura de su misión, que no tiene este instinto de santidad, este anhelo y esta luz que Dios graba en las almas y sólo las que la tienen lo comprenden; desgraciada, digo, el alma que no comprende la grandeza de este reino de Dios de la santificación de su alma, o que si lo ha comprendido alguna vez, lo olvida y lo descuida desapareciendo el deseo de su interior.

La renovación, pues, de este deseo, es el fundamento, el primer paso que se requiere para lograr nuestra perfección. Excitar, pues, nuestro corazón a repetir estos deseos debe ser nuestro constante cuidado.

Pero como quiera que muchas veces no quiere esforzarse nuestro corazón, si el entendimiento no le ofrece motivos que le impulsen, ¿qué motivos le presentaremos a nuestro corazón para excitar a caminar sin descanso por este camino espinoso, sí, pero provechoso y saludable de la perfección?

¿Motivos? ¡Oh! ¡Si tenemos tantos que debieran movernos a seguirlo sin cansancio! Y en primer [lugar] el alma que se dedica al camino de la santidad es para servir a Dios.

¡A Dios, he dicho! ¡Si supiéramos lo que merece este Dios! ¡Si comprendiéramos lo que es su servicio! Dichosos *qui assistunt*. Si penetráramos que merece ser amado sobre nuestra vida y sobre millones de vidas, si tantas tuviéramos, por ser infinitamente grande, infinitamente sabio, infinitamente bueno, infinitamente perfecto, y dignísimo de que todas las criaturas se desentrañen en su obsequio y en buscar su divino agrado.

¡Si penetráramos la felicidad de servir a este [Dios] tan bueno y único que puede labrar nuestra felicidad!

Beati qui assistunt ante tronum tuum. Decía aquella reina de Saba a Salomón. Bienaventurados los que asisten ante tu trono y te sirven día y noche [(2 Cr 9, 7)].

Bienaventurados los que pueden servir a este

Dios día y noche y de todo corazón.

Pues qué, aunque no tuviéramos ninguna recompensa que esperar, ¿no sería suficiente para animarnos el servir a un Dios tan grande? ¡Ah! exclamaba el fervoroso Agustín: ¿Señor, me mandas que te sirva? Vergüenza me doy de ello; pues qué, ¿no es bastante para mí el poderte amar, el poderte servir?

Si nos fuera dable por un momento ver la felicidad que inunda a los Angeles, la que tienen los Santos por haber tenido la dicha de servir a ese Dios que ahora contemplan, si nosotros, digo, pudiéramos ver quién es ese Señor tan grande, tan poderoso, ¡ah!, aunque después de haberle consagrado nuestra salud, nuestro corazón, nuestras fuerzas, nuestra vida, tuviéramos que volver al seno de la nada, nos daríamos por satisfechos.

He aquí el Señor a quien servimos.

Los grandes de la tierra, cuántos sacrificios ...

Y si la idea de la grandeza de este Dios es demasiado espiritual y subida, para que pueda impulsarnos, puesto que somos tan materiales, grabemos en nosotros el deseo de servir a Dios totalmente, siquiera por reconocimiento a los inmensos beneficios que nos ha proporcionado. ¿Qué tenemos nosotros? Hace unos años no existíamos; nadie se acordaba de nosotros, vivíamos desconocidos en el seno de la nada. Digo mal: sí, un entendimiento tenía fija su vista en nosotros. Era Dios que nos estaba entresacando de la multitud de seres y de almas que dejaba en el olvido de la nada, y toda la eternidad nos estuvo contemplando, lleno de amor para con nosotros. In charitate perpetua dilexi te [(Jr 31, 3)]. Con amor eterno te he amado, y esto sin mérito alguno de nuestra parte, por su sola y libre elección.

Al venir a este mundo, miles de contrariedades se oponían a nuestra existencia. Los elementos todos, desde el castigo del primer padre, revelados contra el hombre,

conspiraban y conspiran contra nuestra existencia. ¡Cuántos por falta de ellos fallecieron a la edad primera sin conocer la luz del día, ni el corazón maternal que por ellos latía! El Señor rodeo nuestra infancia de flores de cariños, de comodidades, de recreos, de utilidades de toda especie, y ¿qué digo? nos rodea aun de todas las cosas apetecibles, y en su amorosa Providencia, manda a todas y a cada una de las criaturas que nos alumbren, refrigeren, recreen du[rante la] vida. Cada una de las cosas que usamos es como un regalo, como un cariño que él nos hace, en señal de su cuidado y de su amor para con nosotros; y si nos pasa indiferente esta idea, es porque la costumbre de usar estos regalos de la providencia de Dios para nuestra conservación, nos hace olvidar la mano bondadosa que nos lo Envía (semejante a los polluelos).

Este es el Señor y dueño por quien trabajamos en la santificación de nuestras almas.

Y no contento él con el cuidado que ha tenido y tiene incesantemente de nosotros en el orden natural, al venir a este mundo ya nos tiene una preferencia extraordinaria en el orden de la gracia, derramando sobre nuestras almas el beneficio de la redención, purificándolas y adornándolas con la estola de la gracia. Perdimos esta estola y profanamos esta alma con nuestros actos personales al despertar de nuestra razón, y el Señor a pesar de ello nos llama a la justificación de nuestras almas, proporcionándonos los santos sacramentos, y restituyéndolos, ¡ay!, mil veces esta misma gracia perdida.

Y como si estos desvíos inconcebibles se convirtieran en mayores motivos de amor de nuestro Dios, aun entonces nos dejó oír su cariñosa voz, llamándonos a su seguimiento y atrayéndonos con suavísimos lazos de amor hacia su amante corazón. ¡Ay! tal vez si en aquellos tiempos una ocasión, una simpatía humana u otra circunstancia cualquiera hubiera llamado a las

puertas de nuestro corazón y se hubiera sabido insinuar a nuestro ánimo, tal vez, digo, hubiéramos perdido para siempre este llamamiento, y nos hubiéramos estrellado contra las ilusiones de una vanidad que nos condujera a un desengaño de remordimientos. Y, sin embargo, el Señor no quiso poner a tanta prueba nuestra debilidad, sino que sostuvo con paciencia nuestros extravíos.

Añadid a esto los beneficios particulares concedidos por el Señor: tantas paciencias, tantas condescendencias, tantas veces que nos ha escuchado en la tribulación, toda esta cadena, en fin, de actos de beneficencia de nuestro Dios, que fácilmente nos ocurrirán a nuestra mente, si los examinamos. Todos éstos, hermanas mías, y otros innumerables beneficios que nos circuyen por todas partes, y que nos harían más ingratos que los espíritus malignos, que no lograron tantos beneficios, si no correspondiéramos con un entrañable amor a este sumo Bienhechor, todo esto, repito, ¿no será motivo suficiente para conservar y alimentar en nosotros el deseo de la constante perfección a la que debemos aspirar?

la. Y tan sin medida este amor, que en cuanto Dios nos ha amado con aquel mismo amor con que se ama a sí mismo, deseándonos un bien inmenso en la posesión de su gloria; y en cuanto hombre, amándonos más que nos podemos amar a nosotros mismos, más que el amor con que todos los ángeles y santos aman a Dios en el cielo y en la tierra, más que aquel amor con que podrían amarnos todas las criaturas juntas, aunque todas estuvieran apasionadas de nosotros; y con un fuego tan activo, ¿quedarán helados nuestros corazones?

¡Oh! estoy cierto, hermanas mías, que si con frecuencia penetráramos en esta idea, nos abismaríamos en este océano de bondad y de amor, nos avergonzaríamos de ser tan débil nuestro corazón, y tan inconstantes nuestros deseos.

Esta idea es la que alimentaba a los santos

en medio de todas las contradicciones, de sus temperamentos, de sus pasiones, de todos los desalientos, de las perezas, y de tantas otras series de cosas que forman como la cadena del alma en el camino del espíritu.

Ellos

Y esto era lo que les remordía si no correspondían.

Y si estos motivos de santa concupiscencia no fueran eficaces para movernos y sostenernos en el deseo de una verdadera santificación, si nuestros duros corazones acostumbrados a estas verdades no quieren enardecerse, que nos impulsen a obrar los motivos de santo temor, y que tantos son los que debemos tener, si no correspondemos a la vocación santa a que hemos sido llamados, de caminar y trabajar por la santificación.

Breve es la vida: ayer aparecimos a la escena de este mundo. Hoy estamos a la caída de la tarde de nuestro trabajo; está cercana la noche, para muchos más cerca de lo que podemos pensar; y cuando ésta llegue ya no habrá tiempo para enmendar los yerros cometidos, y ¡ay! cuán sensible será para nuestro corazón el haber ido todos los días tras los fantasmas de las satisfacciones de nuestro corazón, tras los fantasmas de las vanidades de este mundo, de las disipaciones de nuestro espíritu, y no haber apreciado sino con un leve deseo el verdadero y eterno bien, la salvación de nuestra alma por medio de una constante mortificación y deseo de perfección.

Y cuán amargo sería si nos encontráramos con las manos vacías ante el abismo de la eternidad terrible, donde no es imposible caer quien con la pereza y tibieza de su vida provoca a vómito el corazón de Dios.

Porque no ignoráis, hermanas mías, el abismo de los juicios de Dios por los cuales no pocas veces han sido abandonadas aquellas almas que no quisieron resolverse al Señor que las llamaba a mayor perfección, que olvidaron repetir todos los días este deseo en su

corazón.

¡Oh, y cuánto podríamos extendernos en esta materia de las permisiones de Dios para con las almas flojas, y que es mejor dejar para otra meditación!

Y si a todos estos motivos de temor añadíamos la multitud de los pecados cometidos contra una Majestad infinita, que así nos obliga, lo que menos, a hacer y desear otro tanto por su amor cuanto hablamos ejecutado ofendiéndole con las culpas, ¿cuánto no debe excitarnos todo esto a arrancar de nuestro corazón este deseo constante que os he indicado de seguir la santidad?

Pero no: aunque no quiero descuidéis de traer a vuestra memoria estos motivos de santo temor, prefiero os conduzcan a excitaros al deseo de caminar con la luz de las buenas obras, por medio de los medios antes indicados, es decir, los motivos de amor y de gratitud, y el último de todos que es la idea de la recompensa que Jesucristo ha prometido a sus seguidores.

Este divino y amante Jesús para que nunca tuviéramos excusa ha querido y nos ha ofrecido ir delante de nosotros en el camino del sacrificio, para que padeciendo con él, pudiéramos con él ser glorificados.

Aunque no tuviéramos otra gloria y otro interés que el poder acompañar a Jesús, ya sería bastante para

El decía a las almas fieles de su tiempo y con ellas a todos nosotros: el que quiera venir que tome su cruz, que se niegue y me siga.

Vosotras sabéis lo que encierran estas palabras de amorosa invitación de Jesús, y omito el explicarlas.

Pues bien: ¡cuán dulce no es repetir todos los días nuestro acto de ofrecimiento de seguirle por este camino, teniendo a él por compañero!

Y si esto no nos anima, pensemos que para obligarnos nos ofrece un premio, pero cierto, imponderable (Véase el párrafo de la plática

titulada: Cristo Rey).

He aquí indicados algunos motivos de temor
¿Qué fruto hemos de sacar? Memoria todos los días y cuando al mirarnos viéramos que nos falta, esforcémonos. Si pudiera ser, nunca deberíamos acostarnos sin un esfuerzo.

Y todos los días de ejercicios, retiros, repetirlos.

VIRTUDES

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 106, págs. 1-4**

(Rodríguez, 3-291)

Observancia de la Regla

Prescindo hablar de las comparaciones que dicen los Santos del muro y antemuro de que hablan. Urbs fortitudinis nostrae, Sion, ponetur in ea murus et antemurale [(Is 26, 1)], para que así los enemigos no puedan entrar.

Por ello, ayudan para guardar los preceptos substanciales de Dios en los mandamientos y en los deberes sacerdotales. 291. (Aquí habla de los votos).

Son como las ruedas del carro; y las alas estas no pesan. 292.

* * *

Custodi legem atque consilium, et erit vita animae tuae et gratia faucibus tuis [(Prov 3, 22)].

Sansón guardando la regla de no beber vino y de los cabellos.

* * *

No obligan a pecado alguno.

Los Franciscanos tiene 14 preceptos graves, (además de los generales).

Si diligitis me, mandata mea servate.

Los malos oderunt peccare formidine poenae; boni virtutis amore.

Non te teneat catena ferrea, sed catena Christi.

No se han de despreciar por ser cosas pequeñas. Por esto mismo se han de guardar. Adán y Abrahán. Pues, ¿y si fuesen grandes? ¿Como practicaremos lo grande de nuestro estado, si lo pequeño nos molesta? El martirio. 297.

* * *

Se expone a faltas graves.

Qui spernit modica, paulatim decidet. Eclo 19, 1.

Sentencia de Jesucristo *Qui fidelis est in minimo, et in majori fidelis est, et qui in modico iniquus est, et in majori iniquus est*

(Lucas, 16, 10). Qui dissipat sepem, mordebit eum coluber (Eccl. 10, 8) ... 300

Sucede igual que respecto del pecado venial, que de dos modos prepara al mortal. Id.

Es la historia de todas las caídas.

* * *

Premio: Euge serve bone et fidelis [(Mt 21, 21)]. El que es fiel en lo poco también lo será en lo mucho.

Más se ve la fidelidad en lo poco que en lo mucho. El que no quiere robar ni un céntimo, menos más. El buen cuidado en las cosas pequeñas ése es el que es estimado. Ejemplo: Naamán, Siro.

* * *

Además, buen ejemplo. Sic luceat ... [(Mt 5, 16)]. Y como mayores, mejor. Si lo ven los jóvenes ... Rebajar la disciplina. Ab alienis parce peccatis [(Sal 18, 14)].

* * *

La Puente

La Regla será el libro el día del juicio. 2, 420.

Es como una carta que escribe Dios. 421.

Escríbela en las tablas de tu corazón; áatala a tus dedos y guárdalas como las niñas de tus

ojos (Glosado). 425.

De aquí que has de acompañarte de tus Reglas, siempre. 431-32.

Modo de leerlas, según S. Agustín: Parce [?] . 432-33.

* * *

Siete religiones principales. 1-304.

El 7.º de los Clérigos o Clericales, instituido por los Apóstoles. 310.

Excelencias de las Reglas y Constituciones. 338.

Jesús quiso[que] se escribiese el Evangelio a pesar de ... que ...

1.º Instrumentos para que legislen, a los Fundadores.

2.º Mandato de los Pontífices que se escriban.

3.º Prácticas de los Santos.

4.º Todas las Repúblicas tienen leyes.

* * *

Sólo lo inspira en lo principal; en lo secundario, el Sumo Pontífice lo declara.

Es camino seguro para ir al cielo.

* * *

Propiedades de las Constituciones: honestas, sacadas del Evangelio e inspiradas y aprobadas.

Justas: ajustadas a la ley. Posibles: según las fuerzas del hombre; no imponen imposibles ni grandes rigores. Convenientes: esto es, adaptadas a las necesidades de la Iglesia y de los tiempos (Es de interés). Son necesarias y provechosas: mandando lo necesario y conveniente. Claras.

De las religiones aquélla es la mejor que tiene fines más altos y más nobles.

Entre las religiones que tienen un mismo fin, aquélla será mejor que tiene las Constituciones con medios más proporcionados y eficaces para conseguir su fin. 356.

Como lo inspira Dios a los fundadores. 357.

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 107, págs. 1-15

*Predicada en Sta. Clara y S. Juan, 1865
Purísima, 1886*

*Predicada en los Ejercicios de
Sta. Clara, 1869, 28 de Febrero*

Plática sobre el recogimiento

Carísimas hermanas mías: habéis dado término a la tarea saludable de los santos ejercicios; habéis coronado la obra que el Señor os ha permitido, [y que] hace diez días empezasteis con tanto celo; habéis renovado vuestro propósito; habéis protestado al Señor una inmutable constancia; le habéis repetido

vuestra total consagración, habéis renovado vuestro espíritu; habéis procurado, en fin, purificar vuestra alma y llenarla de santos deseos, para continuar con constancia por el camino de la cruz y del amor de Dios, hasta el último momento de vuestra existencia. Todos los actos de recogimiento, de humildad, de mortificación que habéis practicado están escritos en el libros de la vida.

Vuestro Santo Angel estará de enhorabuena.

Pero ¡ay!, en medio de la alegría que naturalmente debe causar en toda alma la renovación de vuestro espíritu, una idea contristarán a vuestro Sto. Angel y me contrista a mí.

¡Ay! vosotras vais a emprender otra vez con constancia la tarea de vuestros ejercicios de espíritu, pero ¡ay! que ya sabéis los obstáculos que se encuentran en este camino; las pasiones, esa raíz envenenada que llevamos en nuestro corazón, los sentidos que tienden naturalmente a disiparnos, las contradicciones, las costumbres, las sequedades que muchas veces nos [conducen] a la tibieza y al desmayo, tantas y tantas espinas, en fin, que encontraréis en el camino de vuestra perfección, ¡ay! hacen temer el desmayo.

Y sino, decidme: ¡cuántas veces hemos prometido al Señor nuestro completo y constante sacrificio, y le hemos engañado!

¿Qué recurso os daré, pues, para que caminéis con confianza? ¿Os hablaré, hermanas mías, de la necesidad de la perseverancia? Pero y para ...

¿Os diré que procuréis hacer todas la cosas bien, por la obligación que tenéis para con Dios? Para no cansaros en el ejercicio de estas obras ...

¿Qué idea os daré, pues? Hermanas mías, yo encuentro una idea buena, eficaz, que me parece muy a propósito para animaros.

* * *

De la necesidad del recogimiento y presencia de Dios

Regnum Dei intra vos est [(Lc 17, 21)]

Hemos llegado, hermanas mías, a la última de las Dominicas de Adviento, y de santa preparación para la venida del Señor [al] mundo; pronto lloverá sobre nosotros la abundancia de gracias, tantas veces prometida por Isaías, durante estos días; justo es que siguiendo el instinto y la voluntad de la Iglesia, procuremos preparar nuestro corazón a recibir sus impresiones.

Pero ¡ay!, hermanas, para recibir gracias abundantes en las festividades y días grandes de la Iglesia, no basta una preparación momentánea, rápida y de corrida; es necesaria una preparación sólida, habitual, constante y continua; pues aunque la Iglesia procura darnos algunos llamamientos para renovar y enervorizar nuestro espíritu, es condescendiendo con nuestra debilidad; es porque supone que nuestro espíritu se ha gastado algo con la costumbre y con el olvido de las verdades que siempre debíamos tener presentes en nuestra memoria, porque si siempre

..

Pues bien, hermanas mías: yo vengo a hablaros de esta preparación habitual y constante, de este espíritu de recogimiento para recibir las gracias que el Señor derrama; vengo a hablaros y a daros alguna idea del espíritu interior.

Lo que es el espíritu interior: cuán necesario nos es a los que estamos dedicados al servicio continuo del Señor, y los medios principales para conseguirlo.

Ya supongo [que] conoceréis, hermanas mías, sin necesidad de largas explicaciones, lo que

queremos indicar con el nombre de espíritu interior. Por instinto mismo entenderéis qué es lo que va comprendido en esta palabra general.

Espíritu interior es aquel hábito de recogimiento que el alma amante desea para estar pronta a oír la voz de Dios, y poder sin esfuerzo entregarse a las tareas del espíritu. Es aquella devoción constante que el alma experimenta, cuando, vacío su corazón de todas las cosas de la tierra, no desea sino la gloria de Dios; es aquel deseo firme y continuo de... Aquel espíritu de presencia de Dios tan deseado de las almas santas: aquel aceite de devoción que el espíritu Santo derrama sobre las almas fieles.

Este espíritu interior, hermanas mías, este recogimiento, este espíritu de devoción debe ser el objeto de nuestros deseos, el fin de todas nuestras aspiraciones.

Todas, hermanas mías, estáis convencidas de la necesidad que tenemos de caminar por las sendas de la perfección; todos estamos convencidos de que al entregarnos enteros para Jesucristo, nos hemos comprometido a seguirle para copiar en nuestro corazón sus ejemplos; a caminar con constancia por las espinas amargas aunque provechosas del camino de la virtud.

Pues bien, hermanas mías: si estamos convencidos de que debemos procurar la perfección, como Jesucristo nos lo manda, también debemos estarlo de que debemos procurar también este espíritu interior, que [es] el principal medio para llegar a él, y el principio de nuestra perfección.

Mirad: Abrahán, aquel gran siervo de Dios, aquel gran Patriarca a quien Dios quería hacer jefe del pueblo de Dios, y tronco de donde debía nacer el Mesías; aquel grande espíritu le hizo subir por todos los grados de la virtud para conducirlo a la cumbre de la perfección y después [de] haber probado su fe llamándole para que abandonara su casa y su parentela para ir al lugar y a la tierra donde quería que viviese; después [de probar] su paciencia por

medio de las tribulaciones, del hambre, de la escasez, de los peligros que experimentó en Egipto; después de haber probado su obediencia por medio del terrible mandato del sacrificio de su único hijo a quien amaba tiernamente, Isaac; cuando este santo estaba purificado con todas estas pruebas, entonces Dios le dio el último documento para llegar al estado de santidad que exigía de él; para llegar a la perfección. Abrahán, le dijo: anda en mi presencia, y serás perfecto. Sí, anda en mi presencia; procura reanimar por medio del recogimiento de tu espíritu la memoria de mí, y fácilmente podrás llegar a la santidad a que te destino.

Hermanas mías, el Señor os ha llamado también a vosotras para que abandonéis, como Abrahán, vuestro país del mundo; para que rompáis, como él, hasta los lazos más tiernos de vuestras familias; el Señor os ha conducido por medio de las tribulaciones para despegar vuestro corazón de todo; el Señor ha probado también vuestra fidelidad por medio de la obediencia y del sacrificio; pero ¡ah!, que el Señor no se contenta aún; el Señor pide aún un poquito más: quiere que todos estos sacrificios, todos estos amores vayan acompañados de la pureza del corazón; y ¿cómo? Por medio de la habitual presencia de Dios, por medio del espíritu interior.

¿No recordáis, hermanas mías, aquellas continuas súplicas del fervoroso David, en que le pedía traspasara hasta sus huesos con el espíritu del temor santo y de la devoción, con que le prometía andar siempre en su presencia, que consideraba al Señor a su derecha, pronto siempre a escucharnos?

¿No recordáis aquellas palabras [de la] esposa de los Cánticos en que deseaba ardientemente abrazarse a su amado, para no dejarle jamás, de tenerle estrechado sobre su corazón?

Además, hermanas mías, vosotras tenéis un motivo especial, pero ¿qué digo un motivo? una

obligación de procurar adquirir este espíritu interior. ¿Acaso no habéis sacrificado cuanto podía oponerse a este espíritu, para formarlo en vosotras? Vosotras estáis libres, como en ningún otro estado, de negocios que preocupan, de cuidados que disipan, de solicitudes que agitan, y de compromisos que dividen el corazón.

¡Ay, cuántas veces, hermanas mías, al aspirar a esta vocación, cuando desde lejos envidiabais la soledad del claustro, cuántas veces, digo, protestaríais ante el corazón de caminar ante sus ojos con un santo recogimiento, con una constante devoción, y sin embargo, hermanas mías, cuántos faltamos a estas promesas, a estos propósitos, a estos ardores momentáneos de nuestro corazón, y por efecto de cansancio permitimos [que] entre la disipación en nuestra alma!

En fin, hermanas mías, tenéis una obligación también particular de adquirir este espíritu interior, este espíritu de devoción, porque como ya os dije en una plática anterior, vosotras habéis sido elegidas por Dios para lámparas del Santuario, y ¡ay! cuánto debéis procurar este aceite para arder constantemente ante el Señor.

Sí, repito pues, hermanas mías, el deseo de adquirir es una obligación.

Pero aunque no fuera una obligación, aunque no fuese un deber de vuestro estado, sólo por nuestro propio interés y por nuestra utilidad, debíamos hacerlo: sólo para hacer con gusto nuestros ejercicios.

Ya sabéis, hermanas mías, que nuestro espíritu por la triste condición humana, es propenso a cansarse en medio de la calma y del retiro; que las pasiones que nunca mueren enteramente en nosotros, dejan siempre un principio de decadencia y corrupción que la gracia necesita sostenerse por medio de esfuerzos y sacrificios para reanimar el sacro fuego de la virtud, y que estos continuos esfuerzos y sacrificios pueden ser un peligro

para enflaquecer el espíritu; vosotras sabéis, en fin, que la lucha constante contra nuestras malas inclinaciones, los combates que contra enemigos visibles e invisibles tenemos que sostener producen en nosotros el cansancio, el tedio, la tibieza, la costumbre rutinaria.

Pues ¿quéremos evitar este cansancio, queremos evitar este poco gusto en nuestras prácticas, en nuestros sacrificios? Pues bien: procuremos alimentarnos constantemente del espíritu interior.

Aún más, hermanas mías: no es conveniente no abandonar este espíritu, porque mirad: muchas veces al penetrarnos vivamente de una verdad, al recordar nuestra próxima eternidad, al considerar la velocidad del tiempo que pasa como sombra, nos impresionamos de ello, y al dar una mirada retrospectiva a nuestro pasado y a nuestro modo de obrar presente, ¡ay! nos atemorizamos y confundimos, y no nos parece estar prevenidos todavía para nuestro premio, y nos encontramos poco satisfechos de nosotros mismos. De donde proviene este cambio tan frecuente en nosotros, por la falta de esta unión con [El].

Pues bien, hermanas mías, si tuviéramos la dicha de adquirir este recogimiento habitual, viviríamos tranquilos y sosegados, difícilmente nos remordería la conciencia, y podríamos decir muy bien a Dios: Señor ¿qué queréis? hago cuanto me es posible, cuanto me exigís, cuanto está en mi mano; ¿qué queréis que haga?. Porque mirad, hermanas mías, aunque es costoso el adquirir este ejercicio, por nuestro propio interés, por el bien y la utilidad que nos reporta, sólo por la circunstancia de hacernos vivir tranquilos y con gusto, debíamos aunar nuestros esfuerzos para conseguirlo.

Ved, hermanas mías, algunos de los ejemplos de este espíritu.

¡Ay, y cuán dulce y consoladora es la tranquilidad del alma que ha llegado a conseguir este espíritu de recogimiento! Miradla, activa y generosa, disfruta en todos

sus actos y tareas, y entra con alegría en todas las cosas y ejercicios; avara del tiempo, lleva constantemente un deseo de emplearlo bien para encontrarlo bien lleno; y al levantarse por la mañana se apresura a ofrecer con la alegría del corazón las primicias del día, y durante el cansancio y el calor disipador del día, se siente como la Esposa de los Cánticos, bajo la sombra del árbol de su presencia; y en el descanso de la noche se entrega en los brazos y en el regazo de su Providencia y de su amor.

Y cuando arrecia el viento de la tribulación y de las contradicciones, se abraza en el árbol de la cruz, y fija allí su mente, se hace superior a todo, y en los momentos de calma, de tranquilidad y de fervor, salta de contento, entona cánticos en su corazón, como lo aconseja el apóstol Santiago; y de esta manera esta alma fiel, esta barquilla dichosa, va siguiendo seguro su viaje, en las calmas y en las tempestades, hacia el término de su peregrinación, hacia el puerto de su querida Patria, de su envidiable eternidad.

Pero me diréis quizás, hermanas mías: todo esto más bien es para decirlo y para conocerlo, que para practicarlo; que toda esta pintura de esta alma fiel es más bien para producir en nosotros un sentimiento vago, pero ineficaz, de ternura y devoción pasajera, que no un deseo eficaz de emprender; porque ¿qué somos nosotros para poderlo practicar, débiles criaturas como somos?

Hermanas mías: sí comprendo toda la fuerza de vuestro argumento y de vuestro reparo. Conozco al menos tan bien como vosotras, lo difícil de esta tarea; encerrada nuestra alma en esta cárcel de nuestro corrompido cuerpo, teniendo que arrostrar continuamente esta pesada carga, de la cual se quejaba tanto el apóstol S. Pablo; llevando como llevamos la gracia en vasos de barro quebradizo; cañas movedizas y veleidables como somos, y que se inclinan al menor viento de la disipación;

corazones miserables que se agostan, enjugan y secan al menor viento de la tribulación; ¿qué hemos de hacer, digo, pobres de nosotros?

Sí, hermanas mías; repito [que] comprendo todo lo espinoso del asunto que tratamos.

Aún os diré más: no hay muchos que hayan llegado a este terreno; hay pocos que hayan conseguido *perfectamente* este estado de recogimiento y de espíritu interior. Avis rara in terra nostra: ave rara en nuestra tierra es ésta, podríamos decir como la Escritura.

Pero sin embargo, hermanas mías, sin embargo de lo difícil, no nos es imposible, que la gracia del Señor es poderosa; comprendo lo difícil de este ejercicio, pero sin embargo recuerdo con temor que es un deber, que es una obligación; y si nos fuere imposible, ya no sería una obligación; recuerdo, hermanas mías, que nuestro estado es un estado de esfuerzos y sacrificios; ¿pues creíais acaso que el camino de la virtud y de la perfección era un estado de calma material y de paz y de sosiego? ¡Ay! no, hermanas mías, que este reino de Dios padece, quiere violencia, y sólo los que la hacen lo arrebatan [Mt 11, 12)]; no, que el estado religioso es una continua malicia; no, que no estamos todavía en la tierra de promisión, sino en la peregrinación del desierto, y por consiguiente, semejantes a los israelitas; estamos rodeados de trabajos y no podemos tener momento de descanso.

Comprendo, hermanas mías, todo esto; pero pienso al mismo [tiempo] que otros con el estado que nosotros, y con la misma gracia que nosotros han llegado a este estado. ¿No recordáis, hermanas mías, aquel gran espíritu, aquella alma pura de la seráfica Teresa de Jesús tan inalterable en los días de calma como en las horas de la borrasca, tan devotamente piadosa y constante en medio de sus ocupaciones y empresas, como en el recinto de su celda?

¿No recordáis, hermanas mías, aquella heroína de la santidad, la admirable Magdalena de Pazzis?

¿No habéis oído aquel ejemplo de Sta. Catalina de Siena, aun en los días de su juventud? Privada por sus padres de la comodidad de retirarse a su habitación para recogerse en Dios, determina fabricar dentro de su corazón este hábito de santo recogimiento, y de esta manera bien podía estar rodeada de ocupaciones, penetrada de este espíritu interior, colocada su mente en esta celda que había fabricado dentro de sí, burlaba todas las asechanzas que su enemigo le dirigía ya directa ya indirectamente.

Pero ¿qué necesidad tenemos de recurrir a estos ejemplos de estas almas privilegiadas?

¿Cuántas almas no hay también, a quienes el Señor ha concedido este don del recogimiento y del Espíritu de devoción interior?. Yo he conocido, hermanas mías, un virtuoso religioso, vive aún, que estaba penetrado de la presencia de Dios, que era un modelo de modestia y virtud. Estoy por asegurar que había pocos momentos al día en que obrara sin advertencia actual. No levantaba su mano que no fuera con conocimiento de causa, y por ello, ¡ay! vivía tan abundantes consuelos espirituales.

Y cuántas, en fin, habrá que tienen al menos fijo, constante deseo en conseguir este estado, y hacen al menos todo lo que pueden para llegar a él.

Pues bien, hermanas mías, el Señor nos ha destinado para seguir el mismo camino; y que podríamos decirnos con S. Agustín: Non poteritis quod isti et istae? ¿No podremos con la gracia del Señor lo que éstos y éstas han hecho? Sí, hermanas mías, que podemos hacerlo; apoyados con la gracia, teniendo por norte la cruz y por guía a María, podemos conseguirla. Muy bien ...

Ahora bien, pues, y ¿qué medios hemos de practicar para llegar a conseguir este estado? ¡Ay! yo os lo podría decir en esta ocasión como lo decía Sto. Tomás a una hermana suya: queriendo, con firme y constante voluntad.

Sin embargo, me atrevo a sugeriros algunos

medios, en mi pobre capacidad, que, practicados como es debido quizás os ayuden a conseguir este recogimiento de espíritu.

Y en primer lugar, hermanas mías, debéis apartar todo aquello que pueda impediros y serviros de estorbo a este recogimiento; y por lo tanto, debéis vivir muertas y crucificadas al mundo y a todo cuanto él encierra; debéis tener vuestro corazón vacío de todo.

Vosotras, hermanas mías, habéis dado un paso solemne; habéis roto vuestras relaciones con el mundo; habéis burlado los lazos de sus tres concupiscencias de que nos habla S. Juan; y os habéis privado hasta de la libertad de poder usar de sus falaces encantos.

¡Triste cosa sería, hermanas mías, que habiendo hecho lo más, no pudiésemos hacer lo menos. Triste cosa sería que vuestro corazón respirara alguno de los miasmas que se respira en el mundo!

Y así, demos una mirada alrededor nuestro, y veamos si alguna cosa, si algún objeto, hasta un mueble que nos llama la atención, y arrojémoslo de nuestro corazón. ¡Hasta nosotros mismos debíamos vivir despegados! ¡Hasta de las personas con quienes estáis vinculadas debíais estar despegadas! Ni los negocios, ni el bien, ni el mal debían interesarnos, sino para ofrecernos ante el Señor víctimas de oración y de penitencia, para nada más. La indiferencia más grande debía reinar en todos nuestros deseos, en nuestros gustos, en nuestras conversaciones, en todo. Y estad seguras ...

¿quéréis ver un ejemplo de este desprendimiento? ¡Ah, trasladaos con la imaginación al portal de Belén! El mundo entero dormía entre los vicios y el pecado; el imperio romano dominaba en todo el mundo. Sus generales victoriosos se extendían paseando triunfantes por todas las naciones. Allí, sin embargo, hay una criatura indiferente a todo esto. María nada de esto sabe ni desea saberlo. Fija su vista en el objeto de su amor, nada la disipa, nada le impide su tranquilidad, descansando en

manos de la Providencia, y dejando a su cuidado todos los acontecimientos.

Trasladaos a Nazaret, y veréis a esta santa familia, al Dios del Universo, a María, José, dos almas interiores en un morada oscura, olvidados del mundo, dedicados a sus tareas bajas y ordinarias, pero olvidados de todo, despegados de todo, indiferentes a todos los sucesos.

Sí, hermanas mías, mientras no tengamos nuestro corazón indiferente, nos será imposible adquirir la tranquilidad y las dulzuras del espíritu interior.

El segundo medio para conseguir este espíritu interior es la pureza de intención en todas las cosas.

Es hacerlo todo porque Dios lo quiere y del modo que Dios lo quiere, hacerlo con el mérito interior de la voluntad. No es preciso, hermanas mías, que hagamos grandes cosas; no, lo que conviene, como decía un alma santa, es el hacer las cosas ordinarias, pero no de un modo ordinario. Y así debemos tener la pureza en todos los momentos. En los momentos dedicados a las tareas y al trabajo material, hacerlo no con demasiada actividad y gusto, ni tampoco con disgusto, sino con tranquilidad y por deber y obediencia, considerando que, pecadores como somos, debemos encontrar en el trabajo la materia de nuestra penitencia y una participación en la cruz.

En los momentos de descanso, hacedlo no por molicie y demasiado apego, como en alivio dispuesto por la Providencia, como un medio de volver a nuestros ejercicios con más facilidad. En el uso de nuestros alimentos, usar de estos alivios de la naturaleza, de modo que los convirtamos en actos de virtud, como nos manda S. Pablo.

Serían una cadena de actos.

Tener la pureza de intención en todas nuestras acciones, velando para no ser sorprendidos por la vanidad, y corregir nuestro orgullo con el deseo de ser olvidados.

Hacer todas la cosas no por compromiso y por respeto humano, sino colocados ante Dios, hacerlo todo por El.

En suma, hermanas mías, y quiero que recordéis esta idea: para lograr la verdadera pureza de intención, debéis considerar como aniquiladas todas las criaturas; que el mundo es como una vasta soledad, que cada una de vosotras es la única criatura racional e inteligente que hay en la tierra, y que Dios está solo y no tiene otra ocupación que hablar con vosotras, y que os está mirando siempre, y que si vosotras no pensáis en El, Dios se queda solo y sin compañía.

Y esta idea, hermanas mías, producirá en vosotras estas reflexiones: Señor, sólo quedas tú y mi corazón; y no os quedará otra regla de vuestros amores que estas palabras grabadas eternamente en vuestra alma: Dios y yo.

Otro medio, hermanas mías, también para conseguir el hábito de recogimiento [es] el recuerdo repetido de los beneficios de Dios. ¡Ay, cómo podremos olvidarlos! Este beneficio de la creación, el habernos elegido entre millones de seres posibles, la bondad de Dios en sostenernos, aunque ingratos, con el hilo suave de su continua Providencia; este beneficio de la Redención; este nacimiento que vamos a presenciar; esta humillación de un Dios pobre por nuestro amor, para nuestro bien, para que le amemos.

Penetraros del beneficio de la vocación, llevar este beneficio continuamente pendiente de nuestra memoria, como aquella plancha o medalla que el sumo Pontífice de la antigua Ley llevaba sobre su frente: Sanctum Domino; lo santo para el Señor. Sí, yo he sido constituida en un estado de santidad para ser toda del señor; repetir dentro de vuestro corazón: y soy religiosa; he sido elegida víctima de sacrificio para consumirme ante el Tabernáculo de Dios.

También sería un gran medio de recogimiento el hacer a menudo, pero bien hechas, nuestras

comuniones espirituales; no por costumbre y sin reflexión, sino con verdadero fervor y con ardiente deseo.

¡Oh, qué medio tan fácil y al mismo tiempo tan poderoso! La comunión hecha [a] cada hora podría servirnos para un habitual recogimiento hasta la hora siguiente, y así mantenernos con constancia entre los vientos de la disipación.

En fin, hermanas mías, las jaculatorias a tiempo, esos dardos enviados desde el fondo de nuestro corazón traspasarán el Corazón de Jesús y derramarán sobre nosotros el aceite de la devoción. Las jaculatorias, aun las más ordinarias y repetidas, proferidas sin exterioridades, pero con atención y con fervor, ¡oh, qué raudales de consuelos producirían en nuestra alma!

No me extiendo más, hermanas mías, por no cansar vuestra atención, y así concluyo ya, hermanas mías; pero antes no puedo menos de advertiros para vuestro consuelo, que os será provechoso este ejercicio de la presencia habitual y de espíritu interior, que no os dejéis arrastrar de un deseo demasiado excedido de hacerlo bien; porque este anhelo, este cuidado en lugar de estimularos no haría otra cosa que atormentaros, y, verdugos de vosotras mismas, desmayaríais en esta empresa. Ya sabéis, hermanas mías, que mientras que viváis en la tierra ...

Nosotros no podemos pretender tanta gracia; y así esta advertencia actual debemos procurarla en aquellos casos en que es preciso tenerla, como v.g. en la meditación; y las otras cosas en que no es preciso tanta atención, basta una modestia habitual y recogimiento tranquilo.

Hermanas mías, hagámoslo así; emprendamos el adquirir este santo hábito, y estad seguras que el Señor bendecirá vuestros esfuerzos.

Pidámosle al Señor durante los días de su venida que nos conceda esta gracia, para que podamos recibir bien y con verdadera disposición las gracias que viene a traernos,

para que nos podamos unir bien a El; y de esta manera unidos por la fe a El en la tierra, podamos unirnos para siempre en la feliz eternidad. Amén.

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 108, págs. 1-15

*Predicado en Sta. Clara,
el 28 de Noviembre 1875.
Purísima, 31 del mismo.
Novicias de Sta. Clara, 1881*

De amore Dei

Todas las cosas son vuestras, decía el apóstol S. Pablo, pero vosotros sois de Cristo; Cristo es de Dios. Dios ha criado todas las cosas para el hombre; pero al hombre le ha criado para sí. Por su inefable dignación ha querido buscar en el alma humana, su objeto especial, su compañera; como si dependiera de la correspondencia del hombre su felicidad, ha querido hacerle coheredero de su gloria, y no se ha avergonzado de decir que sus delicias son el habitar con los hijos de los hombres. Supuesta, pues, esta consoladora verdad, ya no es extraño cuanto leemos relativo al amor de Dios para con los hombres, y no pueden extrañarnos los excesos de sus bondades para con nosotros.

Y aunque es verdad, hermanas mías, que no podemos penetrar toda la inmensidad del amor [de] este Dios (porque los rayos de su caridad

nos impiden tener en El fija nuestra pupila débil), son tan grandes e innumerables los beneficios con los cuales ha querido patentizarnos su amor, que sólo el hombre ciego voluntario (el hombre que cierra voluntariamente sus ojos a la luz de sus beneficios) puede dejar de conocer evidentemente que es y ha sido objeto del amor de Dios.

No puede dejar de querer Dios lo que ha criado, y mucho más al hombre, para quien han sido criadas todas las cosas. Todo el género humano es un solo rebaño de Dios, y cada alma es una oveja suya, Pastor universal que las ve, las alimenta y busca a todas, llenándolas de beneficios y amándolas con tal cariño que no ha dudado el expresárnoslo con aquellas dulces palabras que nos indica por S. Lucas, cuando recoge alguna extraviada: Congratulamini mihi: Congratulaos conmigo todas las criaturas, porque he encontrado la oveja que había perdido [(Lc 15, 6)].

Pero a todos y a cada uno ama el Señor. ¿Y todos los hombres son objeto de las afecciones de su divina voluntad? ¿Siempre y en todas [las] ocasiones hemos merecido la mirada cariñosa de Dios? Siempre, hermanas mías, y cuando olvidados de El corríamos tal vez a nuestra perdición, y cuando obligados por su mano fuerte hemos retornado a su aprisco; y de un modo especial cuando atraídos dulcemente hemos resuelto avergonzados sacrificarnos a su amor.

He aquí, hermanas mías, las consideraciones que nos ocuparán brevemente: 1a. Dios nos ha amado cuando pecadores. 2a. Cuando penitentes. [3a.] Cuando justificados. Verdades que aunque por demás sabidas nunca es inútil al alma recordarlas, mucho más supuesta y conocida como nos es nuestra suma debilidad e incalificables olvidos respecto de sus continuos amores y beneficios.

* * *

Tal vez aparezca menos propia la proposición de que Dios ama a los pecadores, supuesto su odio al pecado, que nunca su pureza y santidad puede mirar con ojos de amor; por ello David ...

Pero S. Agustín solventa esta duda con aquella hermosa distinción como todas las suyas: Amat te, odit tua; Dios ama a ti, pero aborrece tus obras, ¡oh, pecador!

Dios nos amó aunque previó que hablamos de serle ingratos, y durante el tiempo que estuvimos apartados de El, y nos llenó de beneficios a pesar de nuestras ingratitudes.

Antes de hacer nada, desde el principio, antes de extender esos cielos que aparecen sobre el azul del firmamento, aún no existían los abismos, ni había hecho la tierra, y formado los montes en sus bases, aún no habían saltado las fuentes de las aguas, el silencioso caos reinaba todavía, y Dios tenía en su mente ...

Y no sólo Dios determina hacer todo esto en favor del hombre, sino que lo mismo que determina, ejecuta; y para realizarlo debidamente, saca de la nada esa infinidad de criaturas con el único objeto de que sirvan para el hombre, y le proporcionen alimento, alivio, placer, para que le instruyan y las admiren, todas ellas para su satisfacción y recreo, continuándolas y manteniéndolas con su dulcísima Providencia.

Y esto lo hace con todos, con los más ingratos pecadores, y lo está haciendo y continúa repitiendo todos los días, y no se cansa su bondad de prodigar estos beneficios en favor de ellos.

Semejante a una persona, a cuyo cuidado están varios animalitos y que todos los días y a ciertas horas les proporciona lo necesario.

Suponed al Señor que, en prueba de su amor, con su mano cariñosa, desde que se levanta por la mañana va derramando alrededor del hombre, cuanto necesita, y procura que nada le falte. Pero ¡ay! los animales que el hombre alimenta, y que no lo hace sino por su propia utilidad, corren agradecidos a buscar este alimento, y pagan con sus caricias el cuidado que la persona tiene de ellos; pero el hombre, víbora ingrata, en lugar de agradecer el cuidado que Dios tiene de él, los beneficios que le prodiga, no en ciertas horas, sino continuamente, se levanta contra El, y con la baba inmunda del pecado quiere ensuciar y envenenar la mano benéfica de Dios, y quiere convertir y convierte contra el mismo Dios y contra su gloria, estos beneficios de que le está colmando, los hace servir de instrumentos contra su amor.

Esto hace Dios con el alma ingrata, y esto hacía con nosotros, hermanas mías, cuando ingratos a él, olvidábamos su amor.

Pero no basta aún para comprender el exceso del amor de Dios, para con los pecadores, esta idea de haber criado al hombre, y haber criado todas las cosas para su amor. Considerad el excesivo cariño de Dios para [la] rehabilitación del pecador: No hay amor tan grande, decía el divino Salvador, que alguno se atreva a sacrificar la vida en obsequio del mejor amigo.

Y este amor que no cabe ni aun en el pecho del amor más firme, se encuentra en el Corazón de ese Dios, pero de un modo más excelente y subido, pues no sólo quiere poner su sangre, sino que quiere hacerla pasar por el crisol de todas las amarguras, aniquilarse hasta sufrir los ignominiosos azotes y la crucifixión más afrentosa.

Por ello, al contemplarlo S. Bernardo exclamaba: ¡Oh, Señor! majorem charitatem nemo habet ... [(Jn 15, 13)]. No hay amor tan grande que alguno se atreva a sacrificar por sus amigos hasta su alma. Pero tú, oh clementísimo

Jesús, lo has querido manifestar mayor, poniéndola por los enemigos; pues cuando todavía éramos enemigos, por medio de la entrega de esta alma, y el sufrimiento y de la muerte, quisiste obrar nuestra reconciliación.

Y tanta era esta caridad que cuando puesto en las angustias de esta muerte, al expirar en el árbol de la cruz, se queja al Padre porque le había dejado; se queja, dice el V. Beda, no por los tormentos sino porque el Padre no le deja cumplir el deseo de prolongar aquellas ansias, y alargar aquella vida, para padecer más por la redención de los pecadores.

Pero detallemos más estas inmensas manifestaciones del amor de todo un Dios.

Esta muerte y estos tormentos de Jesús fueron generales para aplacar la justicia del Padre, y pudieran aprovecharse los hombres si querían. Pero, ¡ah! ¡y cuántos cuidados para que fuese eficaz a cada [uno] de los pecadores, a cada uno de nosotros! Y sino, decidme, hermanas mías, ¿Cuántas veces hemos merecido que el Señor nos arroje al profundo del infierno por nuestras ingratitudes, y El impidió que cayéramos en él? ¿Cuántas veces bajamos hasta tocar las puertas del abismo, y nos cogió para que no entráramos en él? ¿Cuántas veces nos acercamos a las puertas de la muerte, y El se ofreció para que ellas no se cerrasen detrás de nosotros?.

Si en tal o cual ocasión, y en tal edad nos hubiese sorprendido la muerte, ¿qué hubiera sido de nuestra alma?

Pero el amor de Dios quiso librarnos de la muerte del cuerpo y del alma. Mil veces le obligamos a que con un empujón nos entrara en el infierno, cuando pecábamos en su presencia y ante sus ojos, y hubiera podido hacerlo si hubiera querido; pero no lo hizo porque nos amaba. El enemigo de nuestras almas nos arrastraba como león rugiente, para devorarnos, y nosotros nos dejábamos arrastrar, y el Señor nos arrancaba de sus fauces, y nos defendía de él, ya que nosotros no queríamos.

Y aún no paran aquí los testimonios del amor y de los beneficios de Dios, cuando éramos pecadores.

Ya que nosotros nada hacíamos de nuestra parte para salvar nuestra alma, lo suplía el cariño. Y ponía a nuestra vista su paciencia, por si ella nos movía a la penitencia; y con la antorcha de luz clarísima nos descubría el peligroso camino que nos conducía a la perdición; y en momentos inesperados laceraba nuestra conciencia para inducir la a la curación; y enviaba a sus ángeles para que nos devolviese el camino de la salud; y los iluminaba interiormente con su gracia; y llovían sobre nosotros las gracias auxiliares de lecturas, de consejos, de predicaciones, de temores, para que saliéramos de una vez de cieno, del crimen, y pudiéramos ser purificados. De modo que al prodigar el Señor cada una de estas gracias, y al verlas inútiles, hubiera podido muy bien exclamar con aquellas palabras con que se quejaba en otro tiempo: *Quid debui facere, et non feci?* ¿Qué debía hacer por esta viña que no lo haya hecho ya? [(Is 5, 4)]

Y todo ello, todos estos testimonios de amor, y todos estos beneficios sin mérito alguno antecedente de nuestra parte. ¿Qué título teníamos para que el Señor nos criara y nos hiciera racionales, nos redimiera, nos arrancara de las fauces del infierno, nos esperara a penitencia, y nos llamara con sus voces y con su gracia?

¿Cómo pagaremos al Señor esta cadena de beneficios en medio de nuestros pecados y de nuestras ingratitudes?

¡Oh, hermanas mías, si lo consideramos atentamente todos y cada uno de estos favores de Dios!

Si alguno hubiese restituido nuestra vista, estando privados de ella, o en medio de los dolores de un miembro arrancado o dislocado, nos hubiese restituido la sanidad, ¿qué eternas gracias nos merecería de nuestro corazón?

Si puestos en horrorosa esclavitud, azotados todos los días cruelmente bajo el hierro de una mano despótica, una alma compasiva nos hubiese devuelto la libertad y restituido a nuestra Patria; si al pie de un patíbulo, y pendiente sobre nuestra cabeza la cuchilla que debe cortar nuestra cabeza, un intercesor poderoso nos hubiera arrancado de la muerte, oh, y como pagar con los sacrificios de toda la vida semejante beneficio!

Y el señor que nos ha concedido el uso de nuestros miembros, que nos ha libertado de una esclavitud sempiterna, y nos [ha] arrancado de una muerte inmensamente [más] horrible, ¿qué debe merecer este Dios de nuestro corazón?

Por esto el grande Agustín, que tan bien había experimentado las bondades de su Dios, y cuyo grande corazón estaba posesionado de la gratitud más viva, exclamaba con toda la efusión de su alma en sus soliloquios: Diligam te, Domine, fortitudo mea ... Te amaré Dios mío que sois mi fortaleza; pero será mi amor de todo mi corazón, de toda mi alma, de toda mi mente, y un amor con toda mi fortaleza y con todas mis fuerzas y con todas las médulas de este corazón, y en todas las cosas y en todos los momentos en que disfrutaré de los bienes de tu misericordia. Pues Así como no hay hora, ni punto de toda mi vida en que no disfrute o haya disfrutado de ella, así tampoco habrá momento en que no los tenga ante mis ojos, y en que no te ame con toda mi fortaleza.

Que sea éste también el grito continuado de nuestro corazón, cuando en nuestras meditaciones pongamos delante de este corazón, las inefables bondades en medio de sus extravíos y rebeldías y disipaciones.

Pero prosigamos los caminos inagotables de las bondades de este Dios: y si grande se muestra su caridad en el hombre pecador, mucho más aparece cuando al volver el hombre en sí, y comprendiendo sus extravíos, se resuelve a reparar su pasado, avergonzado de sí mismo.

Mirad la conducta de este buen Dios con el que quiere volverse a El: Por más que Dios, sin faltar a la promesa de recibir al alma arrepenada, pudiese recibir con indiferencia ya que no con desvío, sin embargo le recibe con benignidad, y al verla pronta al reconocimiento, por más que éste sea arrancado por la violencia del remordimiento, se apresura a pronunciar sobre ella aquella palabra que nos dice Oseas: *Desponsabo mihi in sempiternum*: Ahora sí que me desposaré con ella para siempre.

Y tanto es así que el mismo Dios, para hacernos ver la realidad de su promesa, decía por Jeremías a la hija de Jerusalén, esto es, [al] alma humana: si despidiendo el varón a su esposa, y apartándose ésta se uniere a otro esposo, ¿acaso podrá volver a él? ¿Podrá ser bien recibido jamás? ¿Dejará de mirarse para siempre, como contaminada, si volviese al primero? Pues bien: tú has fornicado y contaminado con muchos amadores; sin embargo, vuélvete a mí, dice el Señor, *et ego suscipiam te*, y yo te recibiré.

Y para recibirla con benignidad tiene que olvidar todo lo pasado, y perdonar tantas injurias. Si ofendidos por los defectos de nuestros semejantes, heridos con repetidos agravios, que nos han ocasionado una justa aversión, ¿cuántas veces, aun después que aquello haya desaparecido, y la amargura de nuestro corazón haya pasado, y la amistad haya venido a unir aquella separación, cuántas veces, digo, nos queda en el fondo del corazón una raíz de aquella antigua aversión, y el recuerdo de algunos actos agita alguna vez nuestro espíritu?

Pues mirad, dice el Señor: Si el alma ingrata pecadora, ¿qué digo? si el impío hiciese penitencia de sus pecados, que él ha obrado todas estas iniquidades que él ha obrado, *non recordabor*: no las recordaré [(Is 43, 25)].

Pero, Señor: ¿y siquiera de vez en cuando no

excitará vuestras iras aquellos inexplicables extravíos con que un día se burló de Vos? ¿Y no podrá temer que levantéis vuestra mano, cuando el enemigo os la ofrezca otra vez ante vuestra vista? ¿Y cuándo ésta misma, convencida de sus ingratitudes, la expondrá ante vuestra justicia? *Non recordabor*. Jamás de ella me acordaré para castigarlas [(Is 43, 25)].

Y tanto es así, que el Señor se apresura a cancelar esta pena eterna a que se había hecho acreedor; y tan formal es esta cancelación, que arrojada en el mar insondable de sus méritos y bondades jamás volverá a reproducirse; y si esta alma desgraciada volviese [a perder] otra vez esta gracia de Dios, y muriera apartada de él, aquellas ingratitudes que un día quedaron borradas por la mano misericordiosa del Señor, ya no serán castigadas en el infierno. Podrá sí servirle de mayor sentimiento, al recordar esta bondad de su Dios; pero no sufrirá de ellas ningún castigo.

Tal es la dignación y conducta de Dios con el hombre, con sólo querer reparar su pecado.

Y no contento este buen Dios en olvidar para siempre los desvíos de sus criaturas, se apresura a reparar su alma hermozándola con la estola de la gracia, y si puede ser que sobrepuje la hermosura de su primera inocencia, y que pueda restituirle los derechos perdidos de hija de Dios, coheredera de su gloria.

¿Será preciso que os recuerde las palabras con que el Señor ha manifestado estos deseos, y ha prometido realizar esta transformación?

Recordad al hijo pródigo.

Nabucodonosor habla sido ingrato a Dios que le había exaltado. El orgullo le hizo olvidar que todo lo debía a Dios, y en castigo de ello, Dios le privo de su reino temporal, y arrojado de su palacio se vio precisado a vivir entre las bestias. Pero cuando iluminado por la gracia, reconoció al Altísimo que así le había castigado, no sólo el Señor le perdono, sino que le restituyó otra vez en su reino de que había sido despojado. Tal es la conducta de

Dios respecto de las almas.

¿No es ésta tal vez nuestra propia historia?
¿Cuántas veces olvidados de Dios nos hemos alimentado, como el hijo pródigo, de las viandas asquerosas propias de nuestro sentidos!
¿Cuántas veces la vanidad y el orgullo nos han hecho semejantes a Nabucodonosor, y arrojados del trono de su gracia y amistad, hemos vivido con las fieras de nuestras pasiones, semejantes a los seres que están privados de inteligencia!

Y, sin embargo, el Señor no sólo nos ha devuelto su amistad, nos ha condonado nuestro pecado, sino que nos ha restituido la estola de la gracia, y nos ha vuelto a poner en posesión del reinado de la paz y de la amistad de Dios, que nos da derecho al reino de la gloria.

Y no satisfecho aún con esta dignación, ha querido hermostear más y más nuestra alma, para [que] pudiera realizar lo que El mismo tiene dicho: que donde abundó la iniquidad, sobreabundó su gracia. Cuando los hijos de Israel salieron de Egipto *eduxit eos cum argento et auro* [(Sal 104, 37)]. Los sacó Dios de aquella esclavitud con que habían gemido cargados de oro y de plata; es decir, mas abundantes que cuando entraron en él.

De este modo se ha portado el Señor con nuestra alma. Ha aumentado, después de nuestras ingratitudes, las gracias sobre nuestra alma; y nos ha acercado a sí, y nos [ha] conducido a sus familiares e Intimas comunicaciones, y no ha parado hasta hacernos todos suyos, y nuestras almas esposas de su corazón, cual si nunca hubiésemos sido infieles a su amor.

He aquí, hermanas mías, la conducta que el Señor ha obrado con nosotros. No sólo nos ha amado, recibiéndonos benignamente, y nos amó hasta condonarnos nuestras deudas y restituirnos la estola de su gracia, sino que nos restituyó nuestros primeros honores de hijos suyos y objetos de sus complacencias.

Y en cambio ¿qué le hemos dado al Señor? Cuando El nos ha concedido tan grandes beneficios, nada más nos exige que le amemos, y

nosotros ¿cómo le hemos correspondido? ¡Ah! tal vez le hemos olvidado con exceso. ¿Hemos sido constantes en el amor que este Dios nos exigía? ¿Nos hemos consagrado a El desde entonces de tal modo, que todo cuanto hayamos practicado haya sido para su gloria y alabanza, como se merece en justa correspondencia?

¡Ah, quizás después de recibida aquella gracia, recaí contra mi Dios! Quizás *retribuisti mala pro bonis* [(Sal 34, 12)]. Tal vez hemos devuelto mal por bien; quizás el Señor colocado sobre nuestra alma haya tenido que reclamar con aquellas palabras del salmo: *Pro eo ut me diligerent detrahebant mihi* [(Sal 108, 4)]. En cambio del amor que me debían tener, aún me ha traicionado esta alma.

Que la gratitud y el arrepentimiento sirvan de tributo para pagar al Señor sus bondades para conmigo.

* * *

Ahora bien, hermanas mías, y si tanto es el interés de Dios, si así podemos decirlo, por el alma que vuelve hacia El, y hasta por el alma pecadora, ¿cuál deberá ser el amor, digo mal, la complacencia de este Dios, con el alma justificada, habituada en su gracia, y que desea amarle con todo su corazón?

No me extenderé, hermanas mías, en esta consideración, para ponderar cuánta ha sido la bondad de Dios, que ha querido de tal manera amar al hombre, hasta hacerle una cosa con El, templo de su descanso, objeto de sus delicias. ¡Oh, si sola esta idea del deseo de habitar Dios entre nosotros debía excitar nuestro corazón a amarle de todas veras! Sí habíamos de poner nuestro conato en merecer este amor de Dios. Y no importa, no, que nos persuadamos de que el Señor nos ama, pues ante la luz de sus

bondades este conocimiento no servirá sino de humillarnos más y más, y correr con más avidez por el camino de sus justificaciones. ¿Y como olvidar que Dios nos ama con predilección, si a cada instante recibimos pruebas de su cariño?

Pues bien: ¿cuál es este amor que Dios tiene al alma después de justificada? De ella es en particular y con propiedad lo que dice David, que *Deus diligit justos* [(Sal 145, 8)]: Dios ama a los justos. De ella es lo que el mismo Dios dice por Zacarías: *Qui tetigerit vos* [(Zac 2, 8)]: el que tocara a vosotros, como si tocara la pupila de mis ojos.

Por esto, el mismo divino Salvador para patentizar este amor de Dios para con el alma que, en gracia, practique sus mandamientos, nos dice el Apóstol del amor, S. Juan: Mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mansión en él. Este Dios que está en todas partes e inmovible lo llena todo sin embargo; se puede decir que no habita sino cuando descansa entrando en el alma justa por medio de la operación de la gracia, y de este nuevo testimonio de su amor para con ella. (Y viene a ella el Padre por su poder para protegerla; y el Hijo por medio de su Sabiduría para iluminarla, y el espíritu Santo para conservar y promover su justificación).

Por ello, el apóstol S. Pablo no duda en decir a los fieles: *Vos estis templum Dei vivi* [(2 Cor 6, 16)] Vos[otros] sois templos del Dios vivo. Y Dios habita en ellos, no [lo] mismo en medio de la abundancia, de la salud o de la prosperidad, sino también cuando este templo se encuentra azotado por las olas de la tribulación: *Cum ipso sum in tribulatione* [(Sal 90, 15)].

¡Cuán grande debe ser, pues, el amor de Dios para con el hombre que Así le trata, y no teme rebajar su dignidad teniendo en El tanta dignación!

El inspirado autor del libro de la Sabiduría pone en pocas palabras algunos de los testimonios del amor de Dios para con el justo.

Juxtum deduxit Dominus per vias rectas ...
[(Sab 10, 10)]. Al justo le conduce el Señor como por su mano por los caminos rectos; esto es, por los caminos de la caridad, de la obediencia, ... Y por cuanto estos caminos son a veces arduos y difíciles, los halaga para que los prosigan con generosidad, y en el secreto de su contemplación *ostendit regnum Dei* [(Sab 10, 10)]: les enseña el reino de Dios; como si dijera: duro es seguir por los caminos de la obediencia, de la humildad, de la paciencia; duro es amar la misma mano que os mortifica y repugna; duro es amar hasta a los mismos que os persiguen; duro es doblegarse a la humillación no sólo exterior, sino también de corazón; duro es practicar mis preceptos hasta los más insignificantes, y estar atentos a las prácticas más pequeñas; duro es tener que sufrir cuanto se ofrece a nuestro paso por amor de Dios, y ofrecerlo con sencillez y alegría de corazón; pero ... mirad el reino del cielo que os está preparado, si caminareis por este camino que os marco, sin descuidar ninguna de las prescripciones que os indico, que son para vuestro bien y felicidad.

¿Qué más? *Dedit illi scientiam sanctorum* [(Sab 10, 10)]: Así Dios ama al alma, continua, que aparta de su entendimiento la ciencia, la ciencia del mundo que enseña la vanidad, y la ciencia de la carne, que conduce a la corrupción, y les da la ciencia de los santos, ciencia celestial y práctica, por medio de la cual buscan servir y agradar a Dios en todas las cosas, y entregarse todo a su voluntad.

Prescindo, hermanas mías, de otras manifestaciones del amor de Dios, para con el alma justificada con su gracia. Aquella alegría interior y espiritual de que nos llena; el testimonio que les comunica de una buena conciencia, que supera a todas las satisfacciones humanas; la confianza que les comunica de ser hijos y amigos de Dios; la esperanza de un eterno premio; ¡oh, y cuán cierto es que si el impío llegara a probar por

un momento este amor de Dios verdadero en su corazón, si los pecadores todos llegaran a saborearlo, el pecado se acabaría en el mundo!

Non est pax impiis [(Is 48, 22)]: no hay paz verdadera para el corazón apartado del amor; pero si la voz de la exultación y de la salud en los tabernáculos de los justos ...

Tales son las manifestaciones con que Dios se complace en manifestar al alma algún tanto del amor inmenso que la tiene.

Y estas manifestaciones de amor las prodiga Dios en las almas a medida que el alma corresponde a él. Y Dios espera, aguarda y desea multiplicarlas en el alma justa. Por ello, no nos sorprendan ya las exclamaciones de los santos. No es extraño que S. Pablo clamara que sobreabundaba en gozo, a pesar de sus muchas tribulaciones. Preguntemos a los Apóstoles, a los anacoretas y ermitaños, ¿qué era lo que les hacía morar largos años en aquellos ásperos desiertos, entre las bestias feroces; y preguntémosles, digo, qué dulzuras podían encontrar en aquella soledad? ¿Qué les detenía en aquellas rocas? ¿Por qué no volvían a los consuelos del mundo? Porque Dios con su bondad se complacía en llenarlos de estos consuelos, que en comparación de ellos, todo lo del mundo les parecía nada.

¡Oh, quam magna multitudo dulcedinis tuae, quam abscondistis! [(Sal 30, 20)]. ¡Oh, cuánta es la multitud de la dulzura que has escondido para aquellos que te aman! Multitud de dulzura, dice.

¿Proseguiré en detallar las manifestaciones del amor de Dios para con el alma humana? ¿Quién hay que no las haya experimentado dentro de su corazón? Y esto sin mérito. Si hay alguno que pueda decir que ha sido extraño completamente a estos amores de Dios ... Pero ¿quién hay entre vosotros a quien Dios no haya conducido más o menos con esta cadena de oro de los beneficios de Dios?

Y nota bien, alma religiosa. Este que se ha portado así contigo es Dios, Dios!!! Aquel que

nada necesita de ti ... y ... que es dueño absoluto de todo y a quien ofendiste ... y que hubiera podido castigarte. Y, sin embargo, recuérdalo bien, desea continuar haciéndote manifestaciones no interrumpidas de su amor. Y su amor es el mismo hoy que ayer, y desea llenarte de su amor y sus gracias y beneficios.

Y ¿cómo? Queriéndolo. No oponiéndote a ellas. Estando pronto a recibir cuanto quiera hacer en ti.

¡Oh, exclama Sta. Teresa de Jesús: si supiéramos cuán dispuesto está el Señor a hacernos santos y a llenarnos de sus gracias!

¿Cómo, pues, no hacer un propósito eficaz de no resistir los llamamientos de Dios?

¿Quiere el Señor de mí más mortificación?
¿Por qué huir de ella?

¿Quiere el Señor más apartamiento de todo?
¿Por qué temo si él me señalare el reino de Dios?

¿Quiere que viva con más recogimiento y silencio, y que vigile constante[mente] sobre mí misma, para evitar hasta la sombra de imperfección?

¿Quiere que le ame siempre con ternura y alegría y evite las tristezas y decaimientos?

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 109, págs. 1-12**

Predicado en Sta. Clara, 1874

De subjectione hominis sub manu Dei

Al indicar en este último domingo los medios que debían conducirnos a la perfecta imitación de Jesucristo en el rasgo sublime de humillación que practico, no sólo en su venida al mundo, sino durante todos los días de su vida, y al que nos convida con tantas instancias, dijimos que nada le era tan agradable, y al mismo tiempo la señal segura de que Debíamos seguirle, como procurar la abnegación de nosotros mismos, nuestra muerte interior, la cual podíamos conseguir ayudados de la gracia del Señor, y a la que teníamos vinculada hasta la felicidad de esta vida.

Indiqué también que otra prueba de nuestro deseo de imitar a Jesucristo, sería nuestra sujeción a la voluntad de Dios, soportando con paciencia todo cuanto quiera enviarnos.

Y al proponeros este tema, no creáis que venga a haceros un discurso sobre la necesidad de la conformidad a la voluntad de Dios en todos los acontecimientos de la vida; la Sabiduría de Dios en todo cuanto ocurre, los motivos de sus admirables permisiones, cuya conformidad verdaderamente forma y es una señal grande de humildad; pero es imposible abarcarlo en una sola meditación, y prescindiremos por hoy, fijándonos tan solamente en la necesidad de soportar las tribulaciones y tentaciones interiores, bajo la poderosa y suave mano de Dios, que nada permite sino para nuestro bien. Y éste es el mejor ejercicio de humildad que podemos ofrecer a sus plantas, el mejor acto de imitación, pues que ... y al mismo tiempo la confianza que debemos depositar en El.

Nonne Deo subjecta erit anima mea? ¿No estará sujeta a Dios mi alma en todo? exclamaba David [(Sal 61, 2)].

Habiéndose separado el Espíritu de Dios por el pecado original, la carne también saliéndose de sus límites, trató de sujetar al espíritu en castigo de aquella prevaricación; por ello la bondad de nuestro Dios nos ha dado un Reparador de salud, que por su gracia y con su ejemplo, restituyera el orden primitivo, y sujetando el

espíritu valerosamente a la voluntad de Dios, la carne y las pasiones estuviesen sujetas al orden del espíritu.

Pero para esta lucha colosal que no terminará sino hasta que arrojemos nuestra carne en el sepulcro, ¡cuánto esfuerzo de nuestra parte! ¡cuánta humildad de corazón para estar contentos con las divinas disposiciones!

Por ello el Profeta ante esa variedad de contradicciones interiores, se exhortaba a sí mismo: Nonne subjecta Deo erit anima mea? Ab ipso enim salutare meum [(Sal 61, 2)]. ¿No estará sumisa mi alma al Señor, pues de El sólo depende la salud? Sí, sujétate, alma mía, a la voluntad, quoniam ab ipso patientia mea, porque de El obtendré la paciencia.

Apoyados en este pensamiento, sostengamos las tentaciones cualquiera que sea el conducto por donde nos vengán, sostengamos con esfuerzo basados en la humildad, pues él [es] nuestra salud y nuestra paciencia.

Sí: el Señor es nuestra salud, y nuestro apoyo y nuestra paciencia, porque es el que está presente a todos nuestros combates, no sólo: 1.º como director de la pelea, 2.º sino como reparador de nuestras fuerzas, y también, y sobre todo, como remunerador de la victoria que a su lado conseguiremos.

He dicho, en primer lugar, que Dios es el director de la pelea. Sin El nada puede acontecer, nada puede sobrevenirnos sin su consentimiento. El es el que dispone todas las cosas con suavidad, y llega hasta los extremos con fortaleza; sin su permiso ninguna [cosa] puede acercarse a nosotros; aun aquellas cosas que provienen de causas libres, de las criaturas inteligentes. ¿Acaso puede acontecer nada malo en la ciudad, decía el profeta Amos, que no lo haya hecho el Señor con su voluntad permisiva?; y para afianzarnos en esta idea, nos dice: capillus ... ni un cabello de vuestra cabeza perecerá sin el beneplácito de vuestro Padre que está en los cielos [(Lc 21, 18)].

He aquí, pues, hermanas mías, como esta idea

de la Providencia de Dios, que va acompañada de los atributos de su poder, de su Sabiduría, de su misericordia, debe ser el primer motivo que debe impulsarnos a soportar con esfuerzo los combates que nos vienen de su mano.

Su poder infinito hará que no pueda alargarse la tribulación más allá de lo que tiene marcado, según el designio que se ha propuesto en cada uno; su Sabiduría no permitirá sino lo que permitan nuestras fuerzas con la gracia, que ha resuelto darnos; y su misericordia no nos enviará más allá de lo que nos conviene enviarnos para alcanzar el triunfo.

Nada, he dicho, puede acontecernos fuera de los límites marcados por su Providencia. Es tal la dependencia de todas las criaturas de su divina voluntad, que nadie puede añadir ni un cabello a sus decretos; y nada puede mover[se], puesto que en él viven, se mueven y son todas las criaturas; y ni aun las cosas y criaturas invisibles, que por disposición de Dios ejercen su influencia sobre las cosas materiales, pueden obrar nada sin la voluntad de Dios y más allá de lo que les permite. Job.

Nada hay, Señor, que pueda resistir tu voluntad, y por esto: no temas lo que pueda hacerte el hombre.

Y si el profeta nos anima a que no temamos lo que puedan hacernos las criaturas, asegurando que no nos dejará bajo su mano, puesto que está Dios acechando el momento en que terminará el combate, mucho más en los combates del espíritu motivados por el enemigo común, debemos caer de ánimo, porque no pasarán los límites que les ha trazado y mientras tanto, y entre ...

2.º Y si el poder de Dios debe ser un motivo para reanimarnos a soportar las tentaciones, puesto que si nos vienen es con su permiso, y sólo hasta que él quiera, debe reanimarnos también su infinita sabiduría que conoce perfectamente nuestras fuerzas, y no permitirá sino lo que es conducente para su gloria.

Al criarnos Dios para El, al aceptar el compromiso que nosotros le hacemos de seguirle, ya ha sondeado nuestro corazón, ha visto el temple de nuestra alma, mayor o menor según el designio que El nos propone, y esto según su libre voluntad, como nos dice el apóstol S. Pablo; y aun prescindiendo del destino que nos marca, de las gracias que tiene resuelto darnos, sabe sobre todo el barro de que hemos sido formados, y sobre este barro las miserias que le han sobrevenido por el pecado, la debilidad de nuestras fuerzas, sabe que llevamos esta gracia suya en vasos quebradizos; y, por lo tanto, El que conoce el número, peso y medida de todo, no permitirá que suframos más de lo que es superior a nuestras fuerzas.

Es verdad, hermanas mías, que muchas veces rodeados por la tentación, agobiados por la angustia y por las aguas de la tribulación que parecen sumergirnos, la inquietud quiere asomar a nuestro corazón, como si no pudiéramos soportar los estímulos y aguijones del dolor. Pero no temamos, no; y aunque en medio de la oscuridad que nos rodea, cierto es que el Señor lo ve, que podemos soportarlo con su gracia, si con humildad sabemos merecerla, y que estamos muy distanciados de sucumbir todavía.

Cuántas veces, hermanas mías, al recordar ciertas enfermedades de otras personas, que nosotros hemos presenciado, nos parece imposible [que] hubiéramos podido sufrirlas; cuando el enfermo está bajo la presión del dolor de una incisión, le parece tampoco puede alargarse ni un momento ya; y, sin embargo, el inteligente médico, que ha penetrado la fuerza del temperamento, no ha dudado sujetarle a terribles dolores; así también, hermanas mías, en el orden del espíritu, Dios que sabe aun en medio de nuestra debilidad, hasta donde podemos llegar, permite el orden de la tentación, seguros de que no sucumbiremos.

Y no nos quejemos, no: a no ser que sea cariñosamente, porque médico segurísimo, Dios nuestro Señor, no envía estas amargas

incisiones del alma, para producirnos la muerte, sino para darnos la vida, como el médico corporal tiende a la salud del cuerpo.

Además de que las quejas intranquilas que pudiéramos exhalar, de nada absolutamente servirían para nuestro alivio, sino que multiplicarían [el sufrimiento]

Al contrario, la constante abnegación y paciencia, hija de una confiada sumisión a la voluntad de Dios, haría más leve el sufrimiento exterior e interior de nuestra alma. Humiliare Deo et expecta manus ejus [(Eclo 13, 9)], dice el sabio: Humíllate delante de Dios y espera su ayuda y adquiéretela apacible por medio de una humilde sumisión, clamando como Agustín: Hic iure, hic seca ...

Debe animarnos, en fin, además de la Sabiduría de Dios que no permitirá exceder los límites de la tribulación, el pensamiento de que las pruebas van acompañadas de su infinita y cariñosa misericordia. Fidelis Deus [est], qui non patietur [vos] tentari supra id quod potestis ... [(1 Cor 10, 13)]. Fiel es Dios que no permitirá no sólo que no seáis tentados más de lo que podéis, sino que hará que la tentación vaya acompañada del ... para que podáis sostener más.

La providencia divina, hermanas mías, que va unida a su misericordia no consentirá sino lo que sea para nuestro bien y nuestro provecho; para ello, ya sabéis que hay dos clases de tentación: tentación de prueba y tentación de seducción; ésta no es tentación o probación de parte de Dios, pues como dice S. Jaime, Deus neminem tentat [(Sant 10, 13)]; no es la intención de Dios el que suframos aquellas tribulaciones sólo por sí mismas, mucho menos el probar si podemos resistir a ellas, esto es, ver si caemos o no caemos; quien prueba para ello es el enemigo común, que valido de la permisión de Dios, desea enredarnos en los sutiles lazos que tiende a nuestros pies.

Pero hay otra tentación de prueba, y ésta sí que es movida por la intención de Dios;

reparador de la humanidad por medio de nuestro Señor Jesucristo ha colocado a El a nuestra cabeza, y llama a los que dignos de El quieran seguirle en los combates de las pasiones; para que de esta manera puedan humillar al enemigo común con sus propias armas, magullar su cabeza con el ejercicio de las virtudes contrarias a estas mismas pasiones; a que en esta lucha con la antigua serpiente alcancen el premio que ella perdió, y puedan burlarse con su triunfo eterno.

Este [es] el objeto que el Señor se propone con nuestras luchas y por consiguiente van acompañadas del deseo de nuestro triunfo y de nuestro propio bien, y, por lo tanto, ¿cómo puede faltarnos su amorosa Providencia? He aquí el objeto que se ha propuesto en todos los terribles combates que ha permitido a sus seguidores: Abrahán, José ...

Los combates de los Santos.

Y no habido ni uno de esos combates tanto interiores como exteriores, que no hayan sido permitidos por algún fin particular, que después el Señor mismo les ha manifestado; y por ello, a pesar de las repugnancias del apetito sensitivo, en el fondo del alma clamaban al Señor para que los condujera a la lucha escudados bajo su protección.

Y lo mismo sucede, hermanas mías, en todos nuestros combates. Si supiéramos los designios, la misericordia que media en todos ellos, bendeciríamos a El mismo por esas humillaciones y tentaciones; aunque no fuera más que por las derrotas que el enemigo sufre, aunque no fuera más que la gloria que el Señor se reporta, haciendo por medio de un pedazo de miseria como somos, humilla y confunde al enemigo, debiéramos casi alegrarnos de que el Señor nos hiciera instrumentos de tormento y de tribulación.

Cuánto no debe animarnos esto, hermanas mías, al combate, a estar sumisos a la voluntad de Dios, en las permisiones de la tentación, de la humillación, de la amargura, del

padecimiento; ni los rigores del estilo del demonio meridiano, ni los fríos de la sequedad y ... desmayarían a nuestra alma; al contrario, sobrenadaríamos en todas las tribulaciones.

He aquí, pues, hermanas mías, que no es una señal de indignación de parte de Dios, el sentir en nosotros las luchas, y el aguijón de las pasiones; al contrario, señal de bondad y misericordia, si escudados por la paciencia sostenemos con constancia nuestro corazón sujeto a su Santísima voluntad; por ello, el Apóstol repetía a los Hebreos: Patientia vobis necessaria est ... [(Heb 10, 36)]. Hijos míos, os es indispensable la paciencia en las disposiciones de Dios, para que haciendo su voluntad, reportéis el fruto de sus promesas; y estad seguros que El conoce, piadoso como es, sacarnos de la tentación y de la prueba. He aquí, pues, que teniendo por guía a Jesús, no debemos temer; porque El es el director de nuestros combates, y nada se oculta a su Sabiduría y a su poder, a su bondadosa misericordia.

Pero ¡ay!, hermanas mías, y cómo, y si [son] tantos los combates que el Señor nos permite, y en los que estamos expuestos a la seducción del enemigo; si son tantas las luchas del corazón, las épocas del sufrimiento, los días de la tribulación; y sobre todo, a nosotros, que elegidos por soldados especiales de Jesús en los combates del espíritu, ¿cómo podremos resistir sus continuas acometidas, sus falaces ... ?

¡Ah! no temamos: porque el Señor no sólo preside y está presente en nuestras luchas como director de la pelea y conociendo nuestra suficiencia, sino que también se nos ofrece como ayuda fuerte; como compañero inseparable y poderoso.

El ha dejado medios, y nos presenta siempre por sí mismo armas pero invencibles, con las cuales no podemos perecer. Y entre los muchos que el Señor nos sugiere, entre las armas que nos ofrece, y siempre a nuestra disposición, en

primer lugar, el esfuerzo y la constancia del corazón, por medio de una humilde oración.

Pero ¡ay!, otro medio nos ha dejado el Señor, grande en demasía: nos ha dejado el fruto del árbol de la vida, que nos hará incorruptibles; el antídoto de todos los males; el ... el alimento que reparará nuestras fuerzas en las fatigas del combate; su cuerpo, en fin, su corazón poderoso cuya sola mirada ...

Si los Santos del Antiguo Testamento ...

Y aunque nosotros no percibamos visiblemente el esfuerzo que nos comunica ...

¡Ay, qué sería de nosotros si el Señor no nos hubiese [dado] esta víctima, [este] alimento, sobre todo a los que estamos dedicados al servicio de Jesús por medio del heroísmo de las virtudes!

Clamaríamos como el Profeta: Aruit cor meum ... [(Sal 101, 5)]. Lutero

Y por más que se prolongue el combate de la tribulación, y la debilidad de nuestras oraciones no fuesen ... y ... no temamos, que el Señor no abandonará sus soldados, ni les dejará sin nuevos socorros, sin consuelos interiores, que le repararán las fuerzas y le animarán a nuevos combates.

Oíd al Profeta: Secundum multitudinem dolorum ... [(Sal 93, 19)].

Jesucristo en el huerto ... Job.

Si Deus pro nobis ... [(Rom 8, 31)].

Y, en fin, hermanas mías, aunque ni estos consuelos que el Señor ordinariamente comunica a los valerosos luchadores con él, no llegaran a nosotros, o se retardaran más de lo que desearía nuestra fatiga, no temamos esperando la recompensa que él mismo tiene prometida a aquellos que le aman. Premio abundante, ... Saginatum [(Lc 15, 27)].

No todos los que dicen: Domine ... [(Mt 7, 21)], sino aquellos que sumisos a la voluntad de Dios en todas las cosas sufrieron los amargos decretos de su voluntad en el día de la tentación.

Muchos me dirán en aquel día: Domine, nonne in nomine tuo ...

¿Quiénes serán estos predilectos? Hi sunt qui venerunt ex magna tribulatione [(Ap 7, 14)].

Beatus igitur, qui suffert tentationem [(Sant 1, 12)].

Y además de esa corona que el Señor prepara cierta en esa eternidad, otra recompensa le dará el Señor aun ya en esta vida: pues que limpio ya de las manchas, aparecerá ante Dios purificado por el fuego de la tribulación; he aquí el efecto de las tentaciones con las cuales el Señor prueba a sus escogidos; les prueba con el fuego para que no quede en el alma ninguna bajeza. Por ello S. Agustín ...

Dealbaverunt stolas suas ... [(Ap 7, 14)].
Quam obrem.

3.º Además también, y es otro premio en esta vida: Gloriamur in tribulationibus [(Rom 5, 3)].

Al prepararnos, pues, estos días ...

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 110, págs. 1-18

*Predicado en Sta. Clara y Purísima
1.ª dominica 1.ª de Adviento,
30 Noviembre 1873.
Novicias, 1881*

Interés por la gloria de Dios

Mis hermanas en el Señor: Hemos dado

principio al santo tiempo de Adviento. Aunque nuestros ejercicios espirituales son de todos los días, porque militia est vita nostra [(Job 7, 1)], y sobre todo para los que es una profesión el servicio de Dios, no obstante la Sta Iglesia, al renovar la memoria de sus grandes acontecimientos, de los misterios principales, quiere una especial preparación de nuestra alma; quiere que entremos un poco más dentro de nosotros mismos, para que apreciemos ...

¡Oh! ¡Y cuánta necesidad tiene la Iglesia de hacernos estos llamamientos, de repetirnos su deseo! Ella comprende la debilidad y ligereza del corazón humano; y lo inconstante de nuestros propósitos; y quiere renovar y avivar la llama de nuestros deseos de perfección y de enmienda. Y ¿cómo no? Si a pesar de todos estos medios, de estas voces, nos encontramos casi siempre los mismos, si apenas nos conocemos haber avanzado muy pocos pasos, y si algunas veces los hemos avanzado, luego nos encontramos como si hubiésemos retrocedido, si es que no sea formal y verdadero este retroceso.

Y tantas veces que lo hemos repetido ya; y tantos años que nos concede el Señor el renovar la memoria de estos acontecimientos para levantar nuestro espíritu. Y nos olvidamos de que es una gracia de Dios, para hacernos mejores, y que vendrá un día en que ya no nos será dado el repetirlo. Algunas de las verdades de salvación, ya no nos acompañan.

Y para nosotros terminará también, ¿quién sabe si en un día no lejano!

Aprovechémonos, pues, de estos tiempos, y sigamos el consejo del Apóstol, que en la Epístola de hoy nos dice:

Ahora bien: hermanas mías, ¿qué os diré yo en este primer día de Adviento?. Seis años consecutivos que hoy dirijo la palabra en estas Dominicas, meditando las mismas verdades variando los temas, y todo ello con el fin de preparar nuestro corazón. ¿qué os diré, pues, en este día? Recuerdo que en una de las

meditaciones de estos años os hablé de los sentimientos de Cristo Jesús, respecto de su Padre, y que el principal de ellos era el deseo de la gloria. Ese deseo lo consideramos en general, fijándonos en la viveza de este deseo para admirarlo y excitarnos al deseo de él; y prefiero hoy desarrollar más este punto, haciéndolo más práctico, indicando la grandeza, lo sublime de esta prerrogativa que tenemos los que estamos en gracia, y los medios prácticos de poder fomentar esta gloria de Dios.

Empecemos:

Omnia propter semetipsum operatus est Dominus: Todo lo ha obrado el Señor por su gloria. Todo, pues, debe tender a llenar este fin de toda la creación. Debéis tener presente, hermanas mías, que a Dios no se le puede dar ninguna gloria esencial ni accidental interior, pues[to] que [es] infinitamente feliz y glorioso, ni todas las criaturas juntas pueden añadirle ni un átomo a su felicidad y gloria intrínseca. Pero El al difundir la vida y al [dar] el ser a todas las criaturas, por un exceso de su bondad ha querido que al participar de la felicidad de la existencia y de la vida, le dieran con ella la gloria, el honor, que de justicia le pertenece; y a las criaturas racionales a quienes ha hecho participantes de la naturaleza divina por medio del entendimiento y de la voluntad, ha querido que contribuyan al aumento de esta gloria por medio de su libertad, para que en ella tuviese mérito, para elevarles a esta grande dignidad de cooperar libremente a esta gloria accidental exterior, y poderse Dios complacer en ella. (Bien es verdad).

Ahora bien, pues, hermanas mías. La primera idea que salta a nuestra consideración, es la dignidad sublime a que hemos sido llamados de poder dar gloria constantemente a Dios. Nuestra mente no puede comprender realmente cuál sea este placer, esta gloria, que Dios recibe de las criaturas; pero ello es cierto que así como concebimos de algún modo, cuan grave y

bochornoso es, y nuestra imaginación lo concibe, el faltar a la gloria de Dios, cuando la vemos deshonrada por las blasfemias e ingratitudes de las criaturas, así también debemos concebir cuán grande y grata cosa debe ser a Dios el procurarle esta gloria. Esta facultad, pues, de poder cooperar constantemente a esta gloria, es gloria nuestra. Es un beneficio tan grande que él sólo debía llenarnos de gratitud para con Dios. ¡Oh! aunque ninguna otra paga pudiéramos recibir de Dios, con esta sola podíamos estar satisfechos.

¡Dios! ¡Su gloria! ¡Su honor! ¡El cumplimiento de su divina voluntad! ¿qué cosa más grande que ésta? ¿Qué acción puede haber más noble y distinguida que cooperar al esplendor de ella? ¡Como que es el mismo fin y objeto de todo un Dios! El único que podía proponerse en todas sus obras, y sin cuyo objeto no habría ningún bien criado el único en suma, que se propuso, ni pudo proponerse el Hijo de Dios

Si es cosa grande hacer grandes cosas, y es la suma de todas el obrar la cosa más grande, no hay cosa más excelsa, grandiosa y sublime, como el contribuir a la gloria de Dios.

Ese Dios inmenso, principio y fin de todo cuanto existe, piélago de luz y hermosura, lleno de majestad inmensa, con la eternidad que le circunda, con cetro de universal poder que posee, que ha criado millones de ángeles que le asisten y millones de millones que le ministran, pudiendo criar infinitos más, siquiera para adornar el escabel de sus pies, si quisiera, centro de amor, de rectitud, de bondad, es el que con quien, por quien, y para quien son y viven todas las cosas.

¡Y poder nosotros añadir una flor al pie del inmenso altar de su grandeza! ¡Y poder merecer que fije sus ojos en el grano del incienso que podemos ofrecer ante su trono! ¡Y poder convertir nuestra vida en un holocausto de dulce sacrificio a sus divinas disposiciones!

Suponed, hermanas mías, un personaje dotado

de un poder extraordinario, que con el solo mandato de su voluntad, sujeta todos los imperios de la tierra, y hace humillar a sus pies los reyes y naciones del mundo. Suponedle, por otra parte, que tiene una virtud creadora, para levantar las criaturas de la muerte y reducirlas a la nada a su placer, que puede crear mundos a su antojo. Que con la virtud de su mano, puede curar todos los males de la humanidad, y dueño de los elementos puede derramar todos los bienes a su placer. ¡Qué grandeza la de este ser privilegiado! Y que todo esto podía hacerse sin pecado.

Pues, hermanas mías: si por un momento pudiéramos suponer que todo esto no servía ni podía servir para la gloria de Dios, nada sería este poder pasajero. Una alma desconocida en un rincón de la tierra, puesta su frente en el polvo en reconocimiento de la majestad de Dios, es más grande, es más noble, más dichosa que este personaje extraordinario. Hagamos otra suposición:

Suponed por otra parte que el Señor nos saca de la nada con el único [fin] que padezcamos, porque desea de las gotas de estos largos padecimientos formar un grano de mirra para El, y quiere que nos asociemos con nuestra voluntad alegre a estos padecimientos prolongados, y sabiendo que después no tendremos otro resultado que el ser destruidos y volver a la nada. ¡Oh, cuán dulcemente podríamos dormir en el seno de la nada, llevándonos la satisfacción de haber contribuido al placer de nuestro Dios!

Más aún: si los padecimientos eternos ... Un grito de entusiasmo debería salir de nuestro corazón, en alabanza a Dios, por el privilegio de servir para su gloria.

Los pobrecitos condenados ...

Tan grande es, hermanas mías, la gloria de Dios, y tan extraordinario es el privilegio de poder aumentar esta gloria con nuestras acciones libres.

Esto mirándolo tan sólo bajo el aspecto riguroso de lo que es Dios, y de lo que merece

su gloria, prescindiendo de la utilidad que nos reporta. Porque ¡ah! el Señor al darnos este privilegio, de honrarle como una inmediata conveniencia de El, nos proporciona la utilidad de que esta gloria que le damos sirva para nuestro bien. Dios al comunicar a las criaturas el ser y la vida, lo ha hecho para su bien, además del fin último de su gloria; y así como les ha hecho participantes de su vida y de su ser, los quiere hacer participantes de su felicidad, si se asocian a sus disposiciones; y tanto cuanto el hombre le quite de la gloria que le es debida, tanto tendrá que restituirle en la otra [vida]; sufriendo la justicia; y tanto como el hombre añadiere a esta gloria, tanto se le devolverá con usura. *Quicumque glorificaverit me ...* [(1 Re 2, 30)]. Aquel que me glorificare, le glorificaré y los que me desprecien serán deshonrados. Oíd las palabras de Jesucristo: *Si ego glorifico me ipsum, gloria mea nihil est* [(Jn 8, 54)]. Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada es. ¡Ay! de vosotros que procuráis vuestra gloria y no la de Dios; os digo que ya habéis recibido vuestra paga. Aquel que diere un vaso de agua fría en mi nombre, en verdad os digo que no perderá su pág..

Todo esto es para indicarnos [que] cuanto hagamos con el deseo de la gloria de Dios, es para nuestra propia gloria. ¡Oh, y cuán grande cosa debe ser el más mínimo aumento de la gloria de Dios por medio de nuestras acciones, cuando el Juez eterno quiere darnos por ello una paga infinita! Y ¿qué es esta paga, sino cierta participación de su gloria? *Satiabor cum apparuerit gloria tua*: me saciare cuando apareciere tu gloria [(Sal 16, 15)].

Pero no: no quiero detenerme en esta consideración de buscar la gloria de Dios por nuestro provecho, porque hasta desearía que nos despojáramos de esta consideración para no buscar en todas las cosas sino pura y simplemente a Dios por su propia gloria

Sólo sí debo deciros, hermanas mías, porque

conviene no olvidarlo para base de estas consideraciones, que aun prescindiendo de la utilidad y de la satisfacción que nos reporta trabajar sólo por Dios, es ya para nosotros una necesidad el obrar de esta manera. somos criados por Dios; somos criados para este fin de glorificarle en todo. No podemos volver atrás; y el Señor indefectiblemente sacará gloria de nosotros; este fin no se frustrará para El: o hemos de glorificar su bondad y misericordia, recibiendo el premio, o hemos de glorificar no queriéndolo, su poder y su justicia, dándonos sus castigos.

¡Oh! si ponderáramos bien estas sencillas verdades, ¿cómo sería posible que echáramos a perder tantos trabajos y obras, que pudiéramos convertir para gloria de Dios? *Multum seminastis et parvum intulistis* [(Ag 1, 6)]. Hemos sembrado mucho, y tal vez hemos recogido poco; toda la noche trabajando como aquellos apóstoles del Evangelio, y muy poco hemos cogido, porque descuidamos de apreciar el valor de nuestras operaciones en la presencia de Dios, y sobre todo porque nos buscamos a nosotros mismos en la mayor parte de las cosas, acciones y deseos.

* * *

Ahora bien, pues: ¿qué hemos de hacer para poder dar gloria a Dios, y qué medios debemos emplear? De dos modos debemos contribuir a la gloria de Dios: por medio de nuestras acciones propias, si podemos decirlo así, y por medio de los actos relativos a nuestros semejantes.

Y comenzando por las acciones nuestras propias, ¿qué necesidad tengo de decirlos lo que tenemos que hacer, pues son cosas elementales que todos sabéis, y que repetimos todos los días? ¡Si ninguno ignora que para dar gloria a

Dios no se necesita más que voluntad, intención, deseo! ¡Oh, si tuviéramos siempre presente el encargo del Apóstol! Sive manducatis, sive ... [(1 Cor 10, 31)]. Si coméis o bebéis, hacedlo a gloria de Dios. Todo pues, hermanas mías, os puede servir para Dios, hasta la cosas más insignificantes, puesto que habiéndolo criado en orden y medida, y establecido una relación, tanto en el uso de las cosas naturales como sobrenaturales, y habiéndolo santificado todo Jesús con sus méritos, resulta que todas [las] operaciones del hombre, hechas con el orden establecido por Dios, y unidas con la intención con los méritos de Cristo-Jesús, ofrecidas a Dios, tienen su mérito y su recompensa El apóstol S. Pablo decía admirablemente: Todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo, Cristo es de Dios. Por consiguiente todas las cosas que nos pertenecen, todos los actos que ejecutemos, aun para las cosas más ordinarias de la vida, aun para nuestros alivios, como ordenadas para nosotros, siendo nosotros para Jesús, sirven todas para la gloria de Dios. Y prescindo de hablar de las demás cosas que nos son contrarias y que nos ejercitan [en la paciencia], de las cuales sabéis que con mucha mayor razón sirven para la gloria de Dios, desde que Jesús santificó los padecimientos.

¡Oh! ¡qué caudal tan inmenso nos ha ofrecido Dios! ¡qué capital tan grande ha depositado el Señor en nuestras manos! Ni una respiración queda perdida en su presencia, si el alma quiere, y ni un gemido en su aflicción, que no sea aprovechado para los graneros de la eternidad. Ni un paso dado en el trabajo material de nuestras ocupaciones, o de nuestros actos voluntarios de caridad.

Y todo esto con la intención de que sirva todo para Dios. Todo sólo con el acompañamiento de nuestro deseo, de nuestra voluntad ...

Pero ... para alcanzar este tesoro, se requiere muchas veces algo más que esta intención general de ofrecerlo todo a Dios.

Prescindo de la condición indispensable de estado de gracia, porque ésta ya la presupongo. ¡Oh, y cuán desgraciados son los cristianos que tienen [la] desdicha de estar en desgracia de Dios, y para los cuales es perdido cuanto hacen y padecen! Desgracia digna de llorarse con lágrimas de sangre, y que si ellos penetraran con la viveza con que Dios nos ha dado a nosotros penetrarlo, se abismarían en un mar de sentimiento y confusión. Prescindo, digo, de esto, sino que a fin de no desperdiciar el tesoro que Dios nos ofrece, debemos pensar muchas veces que la intención general no es bastante para vivificar todas las acciones, y por lo tanto, debemos animarnos a multiplicar el ofrecimiento de todas las acciones con intención actual y además que ésta sea sincera.

No hay duda, y es el común sentir de los teólogos, que para que las acciones puedan llamarse humanas, basta la intención virtual, y por lo tanto, el ofrecimiento ordinario de nuestras obras al levantarnos es suficiente para que sean meritorias, y por lo tanto gratas a Dios.

No obstante, ¡cuán fácil es que esta intención general sea robada, desviada, contrariada por nuestras malas inclinaciones, por las disipaciones de nuestros sentidos, y por lo tanto queden sin fruto en la presencia de Dios! He aquí, pues, la necesidad de que esta intención general de ofrecer a Dios nuestras acciones, sea renovada con la intención actual, particular, tan a menudo como sea posible.

No ignoráis, hermanas mías, ¡cuán fácil es desviar nuestras intenciones! Pues, qué, ¿no sucede muchas veces, que a pesar de parecernos que deseamos el agrado de Dios en todo cuanto hagamos, nos encontramos dentro de nosotros mismos como un desagrado, como una secreta convicción de que no todas las acciones particulares las dirigimos bien? Pues el mejor modo de tranquilizarnos, y de estar algo seguros, es repetir esta renovación de

ofrecimientos. Esta renovación es la que recoge los sentidos disipados en el ejercicio de las cosas, eleva la mente a Dios, y sobre todo y muy especial, porque aumenta el mérito de todas las acciones, por la mayor intención y disposición, y por lo tanto, aumenta el premio, y este aumento de premio y de mérito es un aumento de gloria a Dios, que es lo que ahora tratamos de examinar.

Y esto nos parecerá mucho más exacto, si consideramos que la intención general como remota, es más difícil que influya en todas las acciones posteriores; puesto que este influjo puede ser contrariado por negligencia, la pereza, y tantas otras pasiones como anidan en nuestro corazón. ¡Oh, cuántas veces por nuestro descuido, y por esta falta de actuación se malogran nuestras obras y hasta nuestros sufrimientos !

¡Cuántas veces nuestras obras de caridad, de obediencia, de silencio son perdidas y arrebatadas por la vanidad de un chiste! ¡cuántas veces la asiduidad en el cumplimiento de nuestros deberes es anegada por un exceso de propia satisfacción! ¡Cuántas obras de caridad, la curiosidad, el amor propio, nos desvía el corazón para buscarnos a nosotros, y no damos gloria a Dios! ¡Oh! Con justa razón exclamaba el Profeta: In nomine tuo levabo manus meas [(Sal 62, 5)], et opera manuum nostrarum dirige [(Sal 89, 17)].

Es aquí, pues, una condición muy necesaria para aprovechar todas y cada una de nuestras acciones: la aplicación frecuente de nuestra voluntad a la intención de hacerlo todo por Dios.

Finalmente, hermanas mías, otra condición debemos añadir; condición tal vez más interesante que el que sea frecuente, y es que sea sincera.

¿No es verdad, hermanas mías, que si hiciéramos esto de ofrecer y hacerlo todo por Dios, seríamos santos? ¿No es verdad que nos parece que esto lo practicamos, al menos lo

deseamos con frecuencia? ¿En que consiste, pues, que ni somos santos ni lo parecemos? Prescindo de esto de parecerlo, porque no es una condición especial de la buena obra. Más aún: muchas veces una gran obra buena puede ser tomada por defectuosa, y no obstante tener un gran mérito en la presencia de Dios; pero por regla general, lo bueno lo parece, y no obstante nosotros no lo parecemos, porque realmente no lo somos. ¡Ah! es porque nuestras acciones, por regla general, aunque buenas, no son santas; no las hacemos bastante por la gloria de Dios; es porque les falta este deseo sincero, íntimo, de que sean única y exclusivamente para la gloria de Dios; porque les falta la sinceridad de la intención.

¡Oh, si es tan fatal nuestra naturaleza! ¡Si el virus del pecado original nos tiene emponzoñados! ¡Si es tan sutil nuestro natural para insinuarse sagazmente, y muchas veces el impulso de la gracia, lo hace servir también para conseguir su fin! En las intenciones más buenas quiere acompañarse muchas veces una intención menos recta, y tanto más temible cuanto que en lo principal vemos que queremos obrar bien. ¿Será preciso, hermanas mías, que yo descienda a analizar y hacer la anatomía de todas nuestras miserias, aun en el camino de la virtud?

Suponed un alma a quien el comportamiento de otra le ofende, porque no obra como desearía, a su parecer, y quisiera corregirla y lo hace, y quién sabe si algo de mérito reporte para su alma y para Dios; pero ¿quién sabe si no tiene ningún mérito: tal vez su natural o más la repugnancia natural que a ella le causa el que la otra obre así, no porque sea ofensa de Dios, sino porque le repugna, o por su propia conveniencia y amor o utilidad propia, le inclina a aquella corrección?.

Tal vez si para corregir aquello, que no diciendo nada o encomendándolo a Dios habla de conseguir su objeto, ¿no estaría contenta y preferiría hacerlo poniendo ella los medios?

por qué? Porque además del deseo de aquella corrección, llena una satisfacción de su naturaleza.

Suponed otra alma, para quien el cumplimiento de sus obligaciones no son difíciles, y con cuyo cumplimiento está quizás envanecida, y satisfecha ante Dios en aquellos actos de su cargo que practica; suponed que a ésta se eliminan o quitan de estas ocupaciones o de estos cargos, y el enfado o la falta [de] humildad asoman a su corazón; ¡ah, cuán sospechoso sería que estas ocupaciones que ejecuta las hace por Dios, porque las hace por sí, y no tengan toda la sinceridad que es debida!

Muchas otras suposiciones podríamos hacer, que yo omito por la brevedad, y porque Dios ya os las inspirará si escucháis su voz.

Pues bien: procuremos la sinceridad en todas nuestras acciones Señor, todo por Vos, y en los alivios, y en las necesidades, y en las obligaciones, y en las satisfacciones que El nos permite, Señor, todo por Vos .

¿quéréis tener una regla general para que os sirva de piedra de toque, para conocer si obráis por Dios? Pues pensad si ...

¿Cuál es el otro medio de dar gloria a Dios? Por medio de los actos relativos a nuestros semejantes. Prescindo, hermanas mías, de los muchos actos exteriores, que aun en el retiro del claustro podéis echar mano de ellos; y fijaos en los dos más culminantes: vuestro buen ejemplo en todas las acciones; y vuestros sacrificios y oraciones en favor de vuestro prójimo. He aquí dos objetos que pueden ser como dos fuentes de gracia para la gloria de vuestro Dios.

Glorificar a Dios con toda vuestra conducta, darle gloria por medio de las gracias que arranquemos del Corazón de Jesús correspondiendo a sus deseos. ¡Oh, si esto sólo debía estimularnos a promover su gloria, cuanto nos sed posible!

No quiero hablar tanto del ejemplo, con el

cual debéis glorificar a Dios como religiosas, es decir, como pertenecientes a una comunidad aprobada por la Iglesia, para practicar la perfección del Evangelio: porque hay tanto que decir en este punto, que no concluiría. bastaría que os dijera para haceros ver vuestra dignidad de instrumentos de la gloria de Dios, lo que Jesucristo decía a los primeros seguidores: ut videant opera vestra bona, et glorificent ... [(Mt 5, 16)]. Procurad ser santos, ser buenos, ¿por qué? ¡Oh! palabras dignas de meditarse: para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen, den gloria al Padre que está en los cielos.

Otro tanto repite Jesús a todos sus seguidores en el camino de la perfección: sed santos para que el mundo glorifique a Dios, sea glorificado en vosotros.

Y no hay duda, hermanas mías, que las comunidades religiosas son la gloria de la Iglesia, y por lo tanto, gloria de Dios. Jesús presenta, como muestra de su fecundidad, a las naciones apartadas de su corazón, esa pléyade de asilos donde al olor de sus virtudes y de su gracia divina, se han acogido los que han querido identificarse, ser una misma cosa con Jesús. Y las enseña también al mundo para que le sirvan de reprensión y de ejemplo, instrumentos vivos y permanentes de la gloria de Dios. Pero notad, hermanas mías, que como Dios quiere que realmente seáis instrumentos de su gloria, cuando estos instrumentos no corresponden se convierten en desdoro, en deshonor de la gloria; y cuando estos instrumentos corresponden, El hace de modo y de manera de que sean reconocidos y aparezcan como tales, y cuando no corresponden, sin advertirlo los mismos instrumentos, quizás sin sospecharlo, arrebatan a Dios la gloria que de ellas quería sacar.

¡Oh! ¡cuántos ejemplos podría citaros en este particular! En las épocas en que las comunidades no han sido gran cosa, poco respeto han causado en el mundo; cuando las comunidades

han sido lo que debían ser admiraron al mundo: ¿En qué consiste que al aparecer una religión, un nuevo instituto brilla extraordinariamente, y atrae las miradas del mundo? ¿Qué gloria no dieron a Dios los primeros monasterios que se cobijaron bajo la bandera del P. S. Francisco en el primer siglo de su propagación?

¿En qué consiste también una comunidad sabe conquistarse en un país, en una población, cierto nombre, cierta fama, y que otras pasan desapercibidas, sin nombrarse como modelo, y sin embargo pocos son los que entran en el interior de ellas, y Dios sabe lo que hay en el interior de cada una! ¡Ah, es que tal vez tan tenido bien grabado en su corazón el temor de desdorar la gloria de Dios, y han procurado con su ejemplo, con sus modos y sus palabras glorificarle. Y al contrario, la falta de lo que debía haber en otras, y muchas veces quizás faltas de las menos, y que han tenido que estar con más roce con los de fuera, ha sido causa de que no haya podido formarse esa atmósfera favorable, y de la cual Dios tanta gloria saca, y cuyas consecuencias, muchos ni han querido examinar, pareciéndoles nimiedades, lo que es un deber ineludible de dar brillo a la religión y por este medio a la gloria de Dios! ¡Oh, y cuánto temor no debiera infundir esta consideración, al tener que tratar al mundo por poco que ello sed!

Nuestro ejemplo, pues en todo; la perfección de vuestro estado en los actos exteriores: he aquí el primer medio de dar gloria a Dios; vosotras, sobre todo, que sois sus instrumentos principales.

Pues qué: hermanas mías, ¿no comprendéis que el Señor quiere complacerse en presentaros como un trofeo de su gracia? ¿pues no sabéis que Jesús os ha escogido para modelos suyos ante el mundo?

Por esto, cuando las comunidades son como Dios quiere, el Señor se complace en que resuenen a los oídos del mundo sus actos, sus virtudes, sus prácticas. Y el mundo [ve] que

las religiosas lo han abandonado [todo] para el más fácil servicio de su Dios; y oye que ayunan de tal a tal época, y se admiran; y saben que las religiosas abandonan su lecho a media noche lo mismo en lo más rudo del invierno que en los rigores del estío, y se compadecen; y ya no son para él las religiosas lo que tal vez se forjaron en su imaginación, y las miran como seres de alma superior y dignas de consideración, y el influjo que ejerce en su corazón Dios lo sabe; tal vez se aprovecha de estos medios para mover sus corazones; y de aquí que lo que la religión hace, con santo temor, como no puede menos, y con sola la idea de su Dios, pues en particular no es conocida, este Dios lo convierte en sustancia de gloria suya, y se complace en ello.

Pero las comunidades que no corresponden a los designios de Dios, tampoco Dios se vale de ellas para los efectos antedichos, y deja de sacar esta gloria de ellos.

He aquí, pues, hermanas mías, el medio sublime de poder ser instrumentos especiales de la gloria de Jesús para con el mundo: Deseadlo ser en vuestro corazón.

Pero no: he dicho que no deseaba hablaros mucho de este medio, porque no lo agotaríamos, sino que quería referirme a la gloria que podéis dar a Dios en los ejemplos respecto [a] vuestras hermanas, respecto de vosotras mismas.

Asunto es éste de trascendencia y delicado, y que tal vez vosotras no os habréis fijado en ello. Dar gloria a Dios con el ejemplo mutuo. ¡Oh! sí, y mucha que puede ser la gloria que deis a Dios.

Una sola reflexión será bastante para dároslo a comprender. Suponed que entra en una comunidad una joven, de más o menos disposición, pero deseosa como lo están todas al entrar en el claustro, de seguir el camino de la perfección, y pasar por todas las prescripciones que se le marquen. Y al entrar en el claustro encuentra un comportamiento igual o mayor que el que se había formado; y

nota este baño de santa severidad en todos los actos que de fuera aprecia; y ve la constante sumisión, docilidad, obediencia y sufrimiento practicado en grado superior, aunque muchas veces oculto bajo el velo de la modestia, o sofocado con las fuertes cadenas de una santa violencia, y que desaparecen de sus ojos las ligerezas de un trato desigual que habla observado en tantos de el siglo; y la puntualidad y el deseo del cumplimiento de sus obligaciones, anima las acciones más insignificantes; y en el caminar y hasta en las miradas más sencillas de sus hermanas ve reflejadas las disposiciones del alma ... y el misterioso silencio como niebla santa ...

¿Qué hará está alma? Dejádla entrar; no necesitará de pábulo para alimentar la llama que ardía al entrar en la religión. No le será violento el molde la santa disciplina.

Suponed lo contrario: suponed un alma tal vez grande aunque no lo aparezca, y en quien Dios tiene designios ulteriores: y que después del año de su noviciado, al salir de la densa niebla que no le habla dejado ver claramente el aspecto, ni palpar la realidad de lo que había apreciado desde lejos; y se encuentra percibiendo no una atmósfera corrompida, pero con miasmas apenas perceptibles que se le van introduciendo en su alma. Y ve en una hermana, en sus modos y en sus actos, todas las señales de una travesura de carácter ... tal vez era esa alma ... y la independendencia y la propia voluntad presidir al cumplimiento de las obligaciones. Aunque la gracia caerá a raudales ... en medio de sí ... Y cuando menos lo pensaba, al sentir una queja justa tal vez, ve que la acompaña la maledicencia y la burla, y la falta de sufrimiento se escapa de vez en cuando, y que el silencio es como una práctica de menos importancia, y no ve aquella grandiosidad de virtud que debía ver, ¿qué hará esta alma? Tal vez allí ni siquiera llegará a pensar que sea esto un mal, y hasta temerá pensarlo que lo sea; quizás [lo] crea tan sólo

efecto de un natural, y que no será más que exterior; suponed, en fin, que esto no le escandaliza, porque por otra parte no deja de ver que hay mucho temor de Dios, amor a la penitencia, cariño y jovialidad; pero ¡ay! que sin advertirlo y sin saberse dar ella razón, se irá formando insensiblemente lo mismo; y como no verá otra cosa, ni imaginará que puede haber algo diferente de aquello, como no verá otro horizonte mas vasto, eso creará que es ya lo último en la religión; y nada más practicará en todos los días de su vida.

¿Y quién sabe si era una alma destinada a un grande espíritu de silencio, de abnegación, de sencillez? ¿Pero cómo puede realizarlo ella sola? Pues, ¿qué? ¿Quién es el que puede vivir sino en la misma atmósfera que respira? El que está en el llano o en el fondo del valle ¿cómo puede respirar el mismo aire de la montaña? La gracia de Dios caerá a raudales sobre esta alma, pero quedarán desviados por la indiferencia, o más bien, por la impotencia de poderlos recibir en su corazón. Y esta alma vendrá a tomar como las demás la fisonomía de aquella comunidad, y a ser también el molde para las que han de seguir después, y por lo tanto no sólo desperdiciará en sí las gracias que Dios exigía, sino que contribuirá también a hacerlas disminuir en las demás.

¡Oh, y quién es capaz de ponderar los actos de gloria que pueden arrebatarse a Dios en una sola alma con nuestro ejemplo! En estos años ¿cómo podemos contribuir a esta pérdida! ¿Qué digo años? Tal vez siglos enteros reciben el impulso y la influencia mala que los primeros pudieron dar.

Y al contrario, siglos enteros perciben tal vez la buena fisonomía, que con el ejemplo continuado se ha dado a ciertas comunidades. Y todos, todos, hermanas mías, somos culpables más o menos para con nuestros hermanos.

Y no creáis, no, que esta mala influencia que podemos ejercer con nuestro comportamiento sea tan sólo para los que de nuevo puedan ir

entrando; sino que arrebatamos muchas veces también la gloria de Dios para con aquellos que ya son como nosotros.

Pues qué; muchas veces un buen acto practicado por alguno de nuestros semejantes, aunque tal vez en su primer momento nos haya humillado, ¿no ha venido a herirnos, y quizás contribuido a una corrección?

¿Un acto malo, una ligereza, una ocasión no nos ha facilitado el cometer una falta? ¿Y no hemos sido nosotros la causa muchísimas veces de esta falta, de esta transgresión, de este menor miramiento? ¿de no reparar en ciertas cosas? ¿de no ser delicadas en nuestra conducta?

¡Oh, quien sabe lo que hemos defraudado a Dios en medio de tantas cosas en que le hemos dado gloria! ¡Quién sabe si no hemos sido los instrumentos de Dios, tan distinguidos como El quería!

¡Quién sabe si con nuestras quisquillosidades, travesuras de lengua, faltas de sufrimiento, inmodestias, hemos resfriado la llama de la gracia que ardía en nuestros semejantes! Pues con ello hemos quitado gloria a Dios.

Quién sabe ... pero ¿dónde voy voy, hermanas mías? Descended

Aglomerado demasiadas ideas sobre vuestra cabeza, y quizás no podáis rumiarlas todas, y por lo tanto concluyo.

Entremos dentro de nosotros mismos, sobre todo en este tiempo de Adviento y de recogimiento, y basados como estamos en que todo ha de ser para gloria de Jesús, que hemos sido elevados a la dignidad de cooperar a esta gloria, que en todos nuestros sentidos y potencias podemos darle gloria o quitársela, que no hay un instante ni ninguna cosa para nosotros, basados digo, en esta sencilla verdad, entremos en cuenta con nuestros sentidos, con nuestros ojos, con nuestros oídos, con nuestra lengua, con todos nuestros miembros, pero sobre todo con nuestro corazón,

y preguntémosle a nuestro corazón si tiene condiciones de sinceridad, de verdad, de desearlo todo única y exclusivamente para que Dios sea glorificado en nosotros y en los demás. Preguntemos a nuestro corazón si se busca algo para sí y para su satisfacción natural, en cuantos actos practica o quiere practicar; si está pronto a sacrificar hasta en lo más mínimo su bienestar, sus pasiones, sus inclinaciones con tal sea para la gloria y el contentamiento de Dios, puesto que lo que no se hace por Dios queda perdido para siempre, y que en [la] hora de la muerte veremos claramente lo que hemos obrado con sinceridad de agradar a Dios, y lo que hemos obrado por complacernos y por bien de nosotros mismos, puesto que ahora muchas veces nos dejamos ilusionar de las razones de nuestro egoísmo propio.

Haciéndolo así, y entrando dentro de nosotros mismos, el Señor nos dará a comprender lo mucho que podemos ayudarle en su gloria, nos estimulará a convertir en oro de mérito todas nuestras acciones y no importa que para ello hayamos de humillar nuestro corazón, nuestro amor propio, violentar nuestros sentidos, crucificar nuestros deseos, aun los que nos parezcan muy lícitos.

Que un acto de santo deseo saldrá de nuestro corazón: sea yo destruido, sacrificado yo toda mi vida, con tal pueda ser glorificado Dios.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 111, págs. 1-2**

Acciones

Cuidado. Intención. Modelo.

1.º Punto: Preparación. Solo Dios obra con perfección. In numero. Lo grande y lo pequeño. S. Agustín. Admiramos esta facilidad de perfección.

2.º Intención. Cómo. Pureza. Omnia quae placita sunt ei facio semper [(Jn 8, 29)]. No mi gloria. El es el fin.

3.º ¡Qué modelo! ¡Oh! Beneficio de Dios: Darne a Jesucristo. Quos praescivit et [pre]destinavit [(Rom 8, 29)]. El es el modelo de los predestinados

Punto 2

1.º Perfectas: 1. estado de gracia. 2. Atención y ofrecimiento.

2.º Con pureza. No a nosotros; no por vanidad ni aun con vanidad; no por fines torcidos.

3.º Jesucristo. Cum ipso, in ipso, per ipsum.

* * *

Ahora bien:

1.º En estado de gracia. Sin pecado venial.

2.º Con atención:

No por rutina. desidia. Inactividad.

¡Cuánto no dividimos nuestro pensamiento:

Misa, Rezo. Jugando. Mirando. Aun pensamiento buenos!

¿Las hemos ofrecido antes y después?

¿Cómo las acciones comunes?

¡Oh, cuántas se pierden!

Es cierto que todo o es malo, o inútil o bueno.

* * *

2.º

¿Las hemos referido a Dios, con amor, como principio de todo, y fin?

¿Hemos rechazado las malas intenciones? ¿Por complacencia? ¿Por ser alabados? ¿Por orgullo? ¿Los alimentas para vivir?

3.º

¿Hemos [obrado] por complacer a Cristo?

¿En el modo que El?

¿Con dependencia a El? ¿Uniendo la intención con El Intimamente?

¿Como los ángeles que le sirven?

¿Le habéis unido en el Sagrario?

¡Oh, cuanto [tiempo] perdido!

Pidamos perdón de lo perdido. Este año ha pasado.

Propongamos pureza de intención.

Pidámosle unión con El. [?]

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 112, págs. 1-9**

Os dije el día anterior, hermanas mías, que la Santa Iglesia procura todos los días poner a nuestra consideración algún objeto para renovar nuestro espíritu, porque es tal la triste condición humana que aun las cosas más eficaces dejan de impresionarnos, si no se procuran grabar con más fuerza de vez en cuando. Por ello debemos también nosotros traer a nuestra

memoria alguna de aquellas ideas que otras veces han hecho efecto en nosotros, y que después ya [sea] por nuestra natural debilidad, ya sea porque ...

dejamos de experimentar aquellos atractivos que otras veces formaban nuestra ilusión. Por esto es necesario levantar nuestro espíritu y profundizar los motivos que entonces teníamos para volver a encender en nosotros el fuego de la gratitud, del amor, de la humildad, del arrepentimiento. Mirad, hermanas mías, vosotras y todas la almas justas sois como lámparas del Santuario. Mirad lo que hacen las lámparas: ellas arden constantemente ante el Señor; de día y de noche le hacen compañía; entregados nosotros al descanso ellas no le abandonan; en la soledad de la noche no dejan de vibrar sus pálidos rayos sobre la pobre habitación del Señor. Pero ¡ay! que esta misma lámpara ardiendo, ardiendo se va gastando, y si luego no se renueva su alimento, si no se purifica el pábilo ... pronto se apagará completamente, dejando a oscuras el templo del Señor. Así también vosotras, hermanas mías, el Señor os ha elegido para que ardéis como lámparas cerca de su templo, para que veléis en su compañía de día y de noche, como la esposa de los Cantares para que en medio del olvido y abandono en que el mundo le tiene no dejéis de enviar los rayos de vuestras alabanzas y de vuestro amor. Pero ¡Ay! que si estas lámparas no se renuevan con el continuo aceite de la devoción, si no procuran espabilarse por medio de alguna consideración viva y eficaz, pronto se amortiguarán, palidecerán y estarán expuestas a agotarse del todo. Y notad, hermanas mías, que no es preciso poner diferente líquido para renovar las lámparas, sino que es suficiente la misma clase de aceite renovado a tiempo. Así también vosotras, no es preciso para conmovier vuestro espíritu que vayáis a buscar ideas nuevas, raras, discursos elevados, sino que las mismas consideraciones ordinarias y repetidas serán bastantes, si procuramos hacerlo a

tiempo, y con las disposiciones debidas.

Una, pues, de estas ideas que debéis tener grabadas fuertemente en vuestro corazón, es la de los beneficios que el Señor os ha hecho, principalmente en proporcionaros los medios de cumplir vuestra vocación religiosa. Esta es la idea que debíais tener siempre pendiente de vuestros ojos, y a vuestros pies y vuestras manos, como quería Dios lo hicieran los hijos de Israel recordando sus beneficios.

He aquí, pues, en lo que consistirá esta breve plática.

Ave María.

No me detendré, hermanas mías, en recordaros uno por uno los diferentes aspectos bajo los cuales podemos examinar el beneficio que Dios nos ha hecho en la vocación religiosa, y en su cumplimiento, porque es tarea sobre mis fuerzas e imposible de deslindar en el breve rato de tiempo que dedicamos a estas pláticas. Bienes y beneficios en vuestra alma y en vuestro cuerpo, beneficios en la vida y en la hora de la muerte.

¡Oh! Yo quisiera trasladaros ahora a aquellos momentos de vuestros primeros fervores de vuestra juventud, cuando queríais ser religiosa [y] la idea y la confianza de ser religiosa llenaba de un santo entusiasmo vuestro espíritu; y cualquiera contradicción, cualquier duda amargaba vuestro corazón; entonces veíais con vivos colores la felicidad de una religiosa; entonces pensabais los bienes que reportaba a vuestra alma y a vuestro cuerpo; y no era una ilusión aquello, no; era una verdad; pues aunque después ya sea por tibieza de vuestro Espíritu, ya sea por las espinas y amarguras que se encuentran en el camino de la virtud, os parezca que no es prácticamente lo que entonces discurríais, es porque os habéis olvidado de pensar en la situación en que entonces estabais, es porque no pesáis los inconvenientes que entonces veíais, porque estáis libres de las ansias que os hubieran atormentado en el mundo si

hubierais quedado en él; de modo, que si aun ahora después de haber experimentado la religión se os obligara a volver y a estar en el siglo, experimentaríais los mismos deseos de estar [?]

Y sino, decidme, hermanas mías, ¿qué hubiera sido de vosotras quedándoos en el siglo?: o hubierais continuado en vuestro fervor y en el deseo de continuar consagradas para Dios, o hubierais determinado la elección de otro estado; en el primer caso, hermanas mías, ¡oh! y cuantos obstáculos para practicar la virtud; ya sabéis que el mundo hace guerra cruel a los que siguen el camino de la cruz, y que el ser piadosos es un título para poderlos despreciar; por otra parte, ¡cuántas tentaciones a cada paso!, el lujo con todo el brillo de sus galas, los placeres con su venenoso aliciente, la vanidad con sus atractivos quizás hubiera seducido vuestro inocente corazón; otras mas fervorosas que vosotras han sido arrastradas por sus corrientes.

Pero concedamos que nada de esto os hubiera sucedido; supongamos que hubierais podido entregaros con desahogo a las prácticas de piedad; que las tareas de vuestras casas no os lo hubiesen impedido; que por otra parte el mundo no os hubiese tenido ningún atractivo para vosotras, lo cual es muy difícil; aun suponiendo todo esto, ¡ay! hubieran pasado unos años y vuestros padres hubieran desaparecido de la tierra, quizás también los más queridos de vuestros hermanos, y entonces os hubierais visto precisadas a estar al lado de personas que aunque unidas por la sangre, de diferente carácter, de otro modo de pensar; la idea de un porvenir amargaría vuestra existencia; la necesidad de mirar por vuestros intereses, si los teníais, o si la suerte por uno de esos acontecimientos imprevistos, no os lo hubiese arrebatado, ocuparía la mayor parte de vuestros cuidados; y no creáis, hermanas mías, que esto sea de los pequeños inconvenientes en el mundo, porque ¿qué es una mujer sola en el mundo? una

débil caña y sin apoyo; de modo que se considera hasta como una desgracia el quedarse sola; aun muchas de aquellas que van ciegas detrás de las vanidades del siglo, quizás darían al traste con sus vanidades si con ello hubieran de alcanzar una asegurada subsistencia, sólo por esto, sin pensar para [nada] en Dios. En fin, hermanas mías, mil y mil otros incidentes que no podéis comprender bien, harían pesada y amarga vuestra vida en el mundo. Dejo aparte ahora ...

Todo esto, como he dicho, siguiendo el camino de la virtud y el deseo de manteneros constantemente consagradas a él, porque si de lo contrario, si os hubieseis entregado en brazos del mundo, si hubiese declinado vuestro corazón a otro estado, ¿qué sería quizás ahora de vosotras? ¿dónde estaría la paz de vuestra alma? Inútil creo detenerme en esta materia pues estáis bien convencidas que los bienes del mundo no pueden contentar nuestro corazón. Es tan grande nuestro corazón, hermanas mías, que no puede ser llenado con ninguna cosa criada. Si todo el mundo lo colocáramos dentro de él, no le llenarla; si Dios criara mil mundos, y fuéramos dueños de todos, aún nuestro entendimiento podría ir más allá, y por consiguiente nuestra voluntad abarcarlo. Desde Salomón hasta el último mendigo del mundo no se ha encontrado ni uno que haya tenido del todo satisfecho su corazón. Los animales que Dios ha criado para la tierra, quedan contentos con los bienes de la tierra; pero el hombre que es criado para Dios, sólo puede contentarle el mismo Dios. ¡Oh, yo quisiera presentaros aquí delante el corazón de una pobre joven en medio del mundo, ¿qué angustias no [le] desgarran aun en medio de sus satisfacciones! Cuando después de volver de una concurrencia, de un día solaz, de un día de fiesta de estos que el mundo llama felices, la veréis sola en su habitación recordando allí mil ideas que la amargan, su imaginación inquieta recorre entonces aquella murmuración que han tenido de ella, aquella

preferencia que se ha dado a tal otra, el desprecio disimulado que quizás se ha hecho de ella misma pisando su vanidad; y sobre todo el remordimiento que regularmente acompaña a estas diversiones y que en estos momentos de soledad suelen llamar más que nunca a las puertas del alma, hacen de esta pobre una víctima de compasión.

Pero no, hermanas mías, no; prescindamos aun de esto; suponed, y es el último argumento, que el diablo podría haceros en ciertos momentos, suponed que hubieseis disfrutado todos estos placeres, sujetándoos la Ley de Dios; que hubierais hecho la elección de otro estado en el santo temor de Dios y con un recto fin; con deseo de amar la virtud y la perfección; ¡ay, hermanas mías, aun Así y qué amargos frutos hubierais recogido! ¡cuántas ilusiones no encierra esta idea! ¡cuántos desengaños hubierais experimentado! ¡Qué espinas se ocultan bajo esta flor aparente!

Preguntadlo a S. Ligorio. Este grande apóstol de la Italia que recorría pueblos y villas y ciudades llamando a los pecadores a la penitencia, este gran misionero que habla confesado tanta gente, tantas madres de familia, y decía, sin embargo, con aquel peso de sus sentencias: no he encontrado una madre virtuosa que me haya dicho: Padre, estoy contenta de mi estado; al contrario, he encontrado infinitas que me decían: Padre, ¡ay! ¡si yo lo hubiera sabido! ¡Qué amarguras rodean mi existencia! De aquí es, hermanas mías, que este santo se había hecho casi un propósito de no aconsejar a ninguna este estado, aun cuando viera que Dios la llamaba para él, porque sabía estarla descontenta en él.

Y no hay para menos, hermanas mías. La pesada carga de la educación de los hijos, las travesuras de éstos y de las cuales han de dar cuenta a Dios de ellas, la necesidad de mirar por su subsistencia, la diferencia de carácter las más de las veces y de genio, en aquellos en quienes debían encontrar más consuelo, y sobre

todo el pensamiento de sí con su muerte los dejarán solos, abandonados, de menor edad; expuestos quizá a pasar a manos extrañas; todo esto y otras mil y mil circunstancias [?] forman de las pobres madres de [familia] una cadena de dolor. Y [con] este dolor y esta amargura, agobiadas de sus cuidados, no pueden dedicarse a la oración, con tranquilidad de Espíritu, ni al ejercicio de la virtud y del desprendimiento; en fin, hermanas mías, es muy difícil, por no decir imposible, el que puedan ser buenas y santas.

He aquí, hermanas mías, los inconvenientes que hubierais experimentado permaneciendo en el siglo, ya libres y fieles a Dios, ya eligiendo otro estado. Y todo esto lo habéis evitado con el beneficio que el Señor os ha hecho de dejaros cumplir con la vocación religiosa.

Y ahora dejando aparte los demás bienes y beneficios que habéis conseguido con esto, pues mi objeto no ha sido otro que haceros ver, aun a grandes rasgos, los males y peligros que indudablemente hubierais tenido que pasar, para que en vista de ellos podáis sacudir el tedio del decaimiento, que a veces el enemigo de nuestras almas se complace en sembrar en nuestro corazón a vista de los obstáculos que hay en el claustro y en el camino de la virtud.

Dejo aparte ahora los demás bienes y beneficios que habéis conseguido con ello, como vosotras sabéis muy bien, y que es preciso también tengáis siempre presentes. Pues qué, hermanas mías, el ser destinadas por Dios para ser plantadas junto a la corriente de las aguas de la gracia, el ser constituidas porción selecta del Señor, ángeles que, como los de la escala de Jacob, se emplean en elevar alabanzas a Dios y en bajar gracias hasta la tierra, ornamento de la Iglesia, esposas místicas del cordero sin mancha; ¿todo esto no vale más que todos los bienes y satisfacciones? ¿qué no es mejor un día habitado en los atrios del Señor que mil pasados en las concurrencias de los mundanos? Unam petii a Domino [(Sal 26,

4)]: una sola cosa he pedido al Señor, con todo fervor decía David, el poder habitar en la casa de mi Dios, en [Jerusalén] todos los días de mi vida. Pues que al estar separadas de la Babilonia del mundo, y casi imposibilitadas para pecar, rodeadas de buenos ejemplos, y sobre todo el poderos dedicar exclusivamente y sin obstáculos al amor de Dios, ¿no es acaso un beneficio inmenso que nunca sabremos apreciar bastante? ¡Ah! hermanas mías, preguntadlo a los pobrecitos condenados, decidles que quisieran habitar doscientos años en un claustro rigurosísimo, entregados a las más ásperas penitencias, pero pudiendo amar a Dios; ¡ay! no, no podrían vivir, hermanas mías, porque morirían de gratitud y de consuelo y de amor; y nosotros que quizás y sin quizás hemos merecido el infierno, ¿no estaremos agradecidos y reconocidos al beneficio que nos ha hecho de conservarnos y de escogernos para amarle y estar unidos a él, y del modo más fácil y a propósito y conveniente que podamos escoger y pensar?

En [fin] hermanas mías, no quiero detenerme más en estas consideraciones; recordad tan sólo, sí, aquella célebre sentencia de S. Bernardo, que ya habréis oído explicar otras veces, a saber, que la religiosa vive con mayor pureza, peca más raras veces, obra con mayor cautela, recibe más frecuentes luces, descansa más segura, muere con mayor confianza, sale más pronto del Purgatorio, recibe un premio más abundante.

He aquí los inconvenientes que habéis evitado entrando en la religión y los bienes que habéis alcanzado en ella. Todo esto unido al convencimiento y certeza en que debéis estar de que el conseguir este estado, no ha sido por mérito vuestro, ni tampoco por vuestros medios y facultades, sino por la simple elección de Dios, esto digo, es suficiente para tener siempre vuestro corazón agradecido al Señor, y hacer con alegría todas las cosas, y hasta sufrir con contento las que contradigan vuestro

amor propio y vuestra voluntad.

Pero me diréis acaso, ¿cómo es que teniendo tantos motivos de estar contentas y agradecidas amando como amamos a Dios, estando rodeadas de gracias, no encontramos sin embargo esa satisfacción y contento que se nos promete en el camino de la virtud, y hasta hay épocas en que el tedio nos atormenta y parece hasta halagarnos las cosas del mundo?

Algunas causas puede haber para ello; puede ser por otra parte del enemigo de nuestras almas o de nuestra débil naturaleza, ya puede ser por la falta de consideración y de [?] sus beneficios, ya, en fin, puede ser por nuestro poco amor al Señor y falta de correspondencia y de generosidad a sus llamamientos. Si alguna vez, hermanas mías, os encontráis lánguidas, apoderadas del tedio y de una tristeza indefinible, y por otra parte os anima el deseo de servir a Dios y no ofenderle, no temáis; vuestra débil y corrompida naturaleza, fomentada por el espíritu del mal produce estos frutos; pero son frutos pasajeros, con estas alternativas que el Señor permite para nuestro bien.

Y si acaso este decaimiento de espíritu, esta [?] proviniera de lo poco que os impresionan las cosas que hacéis, el estado en que os encontráis, entonces recordad y poned a vuestra vista algunas de las verdades que os he insinuado.

Pero temed siempre y estad alerta de que el poco gusto que en ciertas épocas encontramos en la virtud, la pereza y esfuerzo con que hacemos las cosas no sean efecto de nuestro poco amor, y poca generosidad para con Dios. Porque debéis estar ciertos que si vosotras sois generosas en ofrecer a Dios todos vuestros afectos, en hacerle sacrificios de vuestro corazón, en escuchar todas sus voces, estad seguras de que será generoso también con vosotras y os llenará de consuelos y dulzuras, aun en medio de todas las contradicciones y fatigas de la virtud. Ejemplo.

Hermanas mías, pues seamos generosas con Dios, recordad a menudo sus beneficios, que si sois agradecidas y generosas, El llenará de gracia y de alegría vuestro corazón, viviréis felicísimas y contentas, vuestro claustro será paraíso anticipado, y como el principio de otro paraíso más feliz en la región de la [?] Amen

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 113, págs. 1-2

Al tener que dirigiros la palabra hoy, festividad del Padre S. Francisco (he dejado ...)

¿Qué idea os dará breve, y que pueda ser provechosa a vuestro espíritu y alegre para vuestro corazón?

El hombre, hijas mías, había nacido para la felicidad; y ésta ya sabéis que consistía en la unión dulce, aunque invisible de Dios en esta vida, y después en la unión completa y visible en la eternidad. En mal[a] hora el lazo de esta felicidad fue roto, y el hombre se encontró vacío en su corazón.

Y si bien es verdad que Dios volvió a unir este lazo de amor con el hombre, las tinieblas de su entendimiento, sin embargo, le imposibilitan para encontrarla fácilmente, y así, es que como ciego va a tontas palpando por lograr la felicidad, y equivocándose en los medios y cayendo en precipicios por buscarla donde no se puede encontrar.

El divino Cristo Jesús, que había venido a llamar a los hombres [por] los caminos que conducen a la verdadera felicidad, enseñó el modo de encontrarla. Y para que no piensaran que

debían ir a buscarla en remotas regiones; para convencerles que no crean precisos dilatados viajes, ni costosos sacrificios, soltó aquella magnífica expresión, que por sí sola es bastante para destruir todas las opiniones e ideas que los hombres tenían acerca de la verdadera felicidad. Regnum Dei ... [(Lc 17, 21)]. El reino de Dios está dentro de vosotros mismos. Siendo la felicidad la unión con Dios, ésta debéis buscarla dentro de vosotras mismas. ¿Cómo? Por la presencia de Dios y de su unión con El. Y he aquí, hijas mías, la idea que debemos meditar. Necesidad de la presencia de Dios por medio del Espíritu interior de la verdadera devoción.

Ya sabéis que Abrahán ...

El Padre S. Francisco, que llamado por Dios a la más alta perfección, dejó todas las cosas, si recorremos toda la escala de sus acciones, de sus sufrimientos, de sus combates, veríamos que el ejercicio de la presencia de Dios fue el término, y al mismo tiempo el medio que le condujo a la perfecta unión con Dios, y con ello [a] la felicidad.

¡Ay, cuántas veces al pensar en el servicio de Dios, en los días de vuestra juventud, al querer ser suyas, comprendíais la conveniencia y necesidad de esta unión estable, y que nada os parecía que podía estorbarla! Era que comprendíais que en esto sólo está la felicidad, y que esto desea Dios.

Fuego ...

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 114, págs. 1-2**

Ya sabéis, hermanas mías, que Dios no dispensa por regla [general] sus gracias absolutamente, sino que se vale de causas segundas, como de medios, para comunicarlas.

Esta verdad la vemos prácticamente en todo el sistema de la religión. Dios hubiera [podido] comunicar sus gracias sin los sacramentos; sin embargo, por medio de ellos quiere prácticamente comunicarlas.

Dios puede dar la santidad en un momento; pero no la concede sino a fuerza de oración, de constancia y de sacrificios.

Dios quiere convertir un alma; pero no lo hace sino por medio de una predicación, de una desgracia, ...

Pues bien: hermanas mías, vosotras sois unos conductos y conductos muy especiales de la gracia del Señor.

De consiguiente, si no pusierais los medios que el Señor prescribe y que quiere practiquéis, vosotras seríais responsables de todas las gracias que el Señor quería dispensar a tantas almas que se extravían. Ve modo que, según esto, muy bien podía deciros lo que decía un orador célebre: Nadie se salva sin salvar.

Tal vez haya alguna cuya salvación ...

En efecto, hermanas mías. En él [?] ...

Mirad: Betulia estaba a punto de perecer y de caer en manos de Holofernes. Pero habla allá arrinconada y olvidada en el desván de una casa una alma pura: era Judit, y a su mediación es libertado Israel.

Un decreto de Asuero va a exterminar a todo el pueblo, pero una santa se interpone, y conjura la tempestad.

Ya sabéis lo que decía a Abrahán ...

Después de esto, no os podría yo decir con un fraile sabio de nuestros días . .

Mirad: Ejemplo.

Hermanas mías, aunque no sacara de mis pláticas ...

En fin, debéis a vosotras vigilancia constante.

Mirad: y voy a concluir; allá por los siglos

IV y V de la [era cristiana] un emperador de Alemania, cuya conducta no había sido muy satisfactoria durante su vida, pero que se velan en él ciertos actos de piedad, que se podían explicar, estando a punto de morir, llamó a su hijo, heredero de su imperio, y le dijo: mira, ya ves que te dejo un reino fuerte, y que disfruta de paz y de tranquilidad; procura portarte bien y gobernarlo y defenderlo con prudencia; pero, sobre todo, te encargo procures guardar y defender cuatro plazas importantes, esto es, los cuatro monasterios únicos que tenemos en el reino; tenles afición, pero sobre todo procura que se mantengan en la regularidad, observancia y pureza, que hasta ahora, pues a ellos precisamente atribuyo la prosperidad que Dios ha dado a mi reinado.

De consiguiente, hermanas mías, sacrificios y oraciones apoyadas en una gran santidad; esto es lo que debéis a la Iglesia, a los pobrecitos sacerdotes y fieles.

Hermanas mías, aunque no sacara ...

Me faltaba, hermanas mías, explanar la necesidad de la vigilancia que debéis para con vosotras mismas, para corresponder a la grandeza de vuestro estado, pero ...

Sólo os diré: que debéis examinar a menudo vuestra conciencia, para ver si estáis satisfechas con el cumplimiento de los deberes que os he indicado; y aunque nada os remuerda, no descanséis del todo. Acordaos de aquella sentencia del célebre Padre Valuy: Desgraciada ...

El Señor no quiere.

De esta manera cumpliréis con el sublime cargo de vuestra vocación.

Santidad, pues, sin límites para con Dios.

El Señor, hermanas mías, que no da la vocación sin prometer los medios, no os abandonará.

Escritos I.º, vol. 9.º,

doc. 115, págs. 1-2

había considerado todos como los últimos de su vida; este pensamiento, en fin, producía deseos de aprovechar el tiempo y de hacer guerra continua a vuestro cuerpo.

Y qué, hijas mías, ¿nos espantará la idea de tener que luchar y mortificar constantemente nuestro cuerpo? Pensad en S. Pablo: Tempus breve est, el tiempo es breve; así los que tienen salud, que piensen como si no la tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que padecen hambre y sed, como si no la padeciesen, porque *pasa como sombra la figura de este mundo: praeterit figura hujus mundi* [(1 Cor 7, 31)].

Caminamos a paso de caballo hacia la eternidad, y pronto, muy pronto, como un sueño, habrá pasado nuestra vida, y nos encontraremos al [borde] del sepulcro.

Recordad estas ideas, hijas mías, considerad nuestro origen, lo que somos, lo que hemos de ser, y este pensamiento producirá en vosotras deseos, y la gracia del Señor se derramará sobre vuestras almas, para que, adquiriendo las virtudes necesarias a vuestro estado, en la hora de la muerte, el señor os encuentre vírgenes prevenidas con el óleo de su amor; y con esta luz en vuestra alma podáis acompañarle a completar vuestras bodas en los Tabernáculos de la inmortalidad. Amén.

PEQUEÑAS VIRTUDES

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 116, págs. 1-6**

No vengo a hacerlos una plática, ni una meditación; mejor sería un capítulo de faltas.

Mis hijas en el Señor: Habéis terminado ya la tarea anual de los santos ejercicios; tarea que la miráis ya como ordinaria, y no debiera ser Así, pues sin duda en ellos hay gracias especiales que deben recibirse con disposiciones especiales. B. Margarita Alaco.

Los habéis terminado, dije, y yo vengo a coronarlos, a pesar de las pocas ganas que tengo de predicar a monjas, y mucho menos después de ejercicios.

* * *

Los ejercicios son o deben ser como para tomar un nuevo vuelo en el camino de nuestra santificación; nos renuevan [de] nuestras tibiezas; nos llenan de santo temor; y al aguijón de ellos resolvemos una enmienda. ¿Producirán estos resultados? Dios haga que sea así.

No: no creáis que yo espere de estos ejercicios el resultado de grandes virtudes, ya nos contentaríamos en que por ellos se fuesen adquiriendo pequeñas virtudes religiosas. Que si hemos de medir el pasado por el futuro, me parece que iremos a paso de cangrejo, poco a poco, pero hacia atrás.

* * *

¿Cuáles son las pequeñas virtudes? ¿Cuál debe ser el modelo de ellas? A muchas podríamos extender [la denominación de] virtudes pequeñas. Pero no puedo olvidar [el dicho] de un santo, no sé si S. Alfonso de Ligorio, que cuando iba a visitar una comunidad, lo mismo de hombres que de mujeres, miraba si había tres cosas: silencio, afabilidad y limpieza. No sé el santo los motivos que tendría para deducir el fervor de una casa, por estas tres cosas; pero sin duda lo tendría muy estudiado, y aunque ellas solas no constituyan la perfección, son señales inequívocas de ella, y así las reduciremos a estas tres por hoy, y a sus derivados o consecuencias.

Silencio. Sin duda el santo pondría el silencio en primera línea, porque supone: recogimiento y estar libre de la curiosidad.

No es preciso exponeros cómo lo practicaba Jesucristo. El silencio. El que amenazó con el juicio de una palabra ociosa, ¿cómo lo practicaría? Ni una palabra se ve menos propia en todos los hechos de los Evangelistas. Y su vida de 30 años en Nazaret nos los dice.

En cuanto a su recogimiento ... vide plática.

En cuanto a su curiosidad. Miles de acontecimientos se obraban .

* * *

Ahora bien: ¿cómo se practican estas pequeñas virtudes en Sta. Clara?

En cuanto al recogimiento, éste ya supongo que lo practicaréis mucho; porque los medios no faltan. Además de la cadena de actos en sí santos que constituyen nuestra vida, las comuniones espirituales a las horas, las lecturas, jaculatorias, ... no pueden menos de producir el recogimiento. Este, pues, ya le supongo. Además de que el recogimiento es un acto interior principalmente, y por consiguiente de la conciencia, y yo de la conciencia no debo juzgar ahora.

* * *

¿Y en cuanto al silencio? El Espíritu de las reglas franciscanas es de continuo silencio; las costumbres de las casas primitivas fundadas en la orden era éste. Como todo Instituto de vida principalmente contemplativa, su norma y su base es esta virtud, sin otra excepción que las colaciones o sea conferencias, esto es, los ratos de expansiones espirituales, introducidas por los antiguos monasterios, como para explayar el espíritu en las pláticas comunes de las cosas de Dios, que hoy podríamos llamar actos de recreo. Esto y nada más, fuera de los casos de necesidad, que esto nunca ha debido prohibirse, si es que para prevenir estas necesidades, no se haya apelado en algunos puntos, hasta un sistema de signos o señas para evitar toda falta de silencio.

Es verdad que para excusar las transgresiones no faltará, no dejará de salir alguna doctora que invocará tal o cual disposición de las constituciones que distinguen el silencio, y sus horas, ... Prescindiendo de la interpretación ésta de la ley, y de la extensión que se debe dar a ella, y de la cual mucho podría discutirse, podríamos decir a esto, lo que Jesucristo dijo a los

saduceos, cuando reprendiéndoles éste varias de sus cosas, le preguntaron: *Si licet dimittere uxorem ... quacumque ex causa* [(Mt 19, 3)], y diciéndoles Jesucristo que no, replicaron: *Quid ergo Moyses mandavit dare libellum repudii ...* [(Mt 19, 7)].

A lo que contestó Jesucristo, respondió severamente: *Propter durtiam permisit*. Ab initio ... non fuit sic ... En el principio, cuando el Señor estableció esta santa unión, no fue. Pero por la dureza de vuestro corazón [(Mt 19, 8)]. Con que ... no soy yo el que quiere hacer la aplicación a ciertas excusas y pretextos.

* * *

Una de las causas de falta de silencio o consecuencia de esto, no sé si causa o efecto, es la curiosidad. La curiosidad nos es natural a todos, y es una raíz envenenada del pecado original; ya ella fue la ocasión de la caída de Eva, y la ruina de tantas otras almas; y si es natural en todos, por desgracia es una pasión en las mujeres.

Y la falta de silencio es la ocasión de alimentar esta inclinación.

Vosotras no lo notaréis porque os habéis acostumbrado.

* * *

¿Y qué sucede de esta falta de silencio y de curiosidad? No sólo una cadena de resentimiento, murmuraciones, enfados, faltas de caridad, [?] y aversioncitas ... sino la

libertad de lenguaje y de recato de la lengua.

* * *

Yo he conocido varias comunidades y de otro sexo. Algunas de malísimo nombre; y me atrevo a deciros que en ninguna [vi] la libertad de lenguaje de esta casa. Prescindo de nacimientos, males, casamientos, caracteres de los individuos de cada familia, estados de sus fortunas, naturalezas, enfermedades, caracteres y faltas ciertas antiguas ... sino hasta otras cosas que parecían imposibles. Hace años ...

Estoy seguro que la mayor parte de vosotras no creería que en una comunidad pudiera haberse ...

Dirán que son [?]

Otras comunidades hay donde hay uniones, pero no ésta.

* * *

¿Y de dónde ha procedido? De la fatal costumbre y del torno, y del deseo de saber cuando sucede algo.

El torno. No quiero ocuparme de la obligación de las torneras respecto [de] los de fuera, su gravedad ... sino tan sólo debo decir que hay comunidades [en] que las torneras como si no existieran.

Y en cuanto a las visitas: que procure cada una pasarse sus alegrías y sus penas como pueda.

De lo contrario, resulta lo que uno decía: Las monjas saben todas las historias de cada una de la familias.

* * *

Y cuando no pueden desahogarse por el silencio, el demonio se vale de otros medios: La enfermería.

Si yo llego a ser fundador de conventos, a pesar de lo bueno que es la enfermería en común, me lo miraría y privaría las curiosidades.

* * *

Con que decid a S. Ligorio que de vez en cuando venga por aquí y que mire lo que dice de vosotras.

A veces con media docena de monjas hay para proveer a esta [comunidad].

De aquí que las que vienen, aun de buenas condiciones, la atmósfera las arrastra.

* * *

Esto en cuanto a la primera condición.

La segunda: afabilidad. ¿Por qué? Porque supone: 1-. El mutuo sufrimiento. 2.º Alegría de Espíritu. 3.º Mal[tra]tamiento de propia voluntad.

* * *

Yo me extenderla en pintaros a Jesucristo en el trato exterior, sus formas, amabilidad. Nunca sonroja. Pide: da mihi aquam. Rogavit [(Jn 4, 7)].

* * *

2.º Alegría de Espíritu. Supone generosidad, prontitud en el servicio de Dios. Aunque pueda padecer no será en perjuicio de los otros. Mirará las cosas como venidas de la mano de Dios.

3.º Maltratamiento de voluntad. ¡Oh! Una de las calamidades de las comunidades de vida contemplativa es el estar siempre juntas, y las mismas. Los otros Institutos ... Ve aquí se originan las costumbres en los destinos, el apego a ciertas preferencias de edad, de cargos y oficios, ... De aquí ha venido el malestar de muchas almas.

Pues bien: *Ad majora natus sum.*

¿Qué importa si nos vamos a la eternidad?

¡Oh, si hubiera maltratamiento! Ejemplo.

* * *

Limpieza. ¿Por qué? Supone observancia, orden, puntualidad; y la actividad propia de la alegría de espíritu.

Escritos I.º, vol. 9.º,

doc. 117, págs. 1-2

Virtudes pequeñas

Mutuo sufrimiento. Educación. Respeto.
Caridad.

Cargos: Abadesa. Dispensera. Torneras.
Sacristanas.

* * *

Mis hermanas: ¿De qué os hablaré? Hemos pasado ya la primera semana, y así, podemos entrar en cosas más prácticas y caseras.

Virtudes pequeñas. Con lo pasado basta para evitar lo grave. Pero lo grave, ¿quién lo ha de pensar de las monjas? Lo leve escandaliza; y lo que mortifica en las comunidades.

Mutuo sufrimiento. Debemos sufrir.

Dios nos ha puesto para sufrir. La vida es un continuo tejido de sufrimientos. No aún los sufrimientos grandes. Estos tienen su consuelo. Peor, el sufrimiento que mas desea Jesús es el mutuo. Vivís en sociedad, y Dios quiere que os ejercitéis. Tanto que si no encontrarais quien os hiciera sufrir, las piedras ...

¿Qué haríais sin sufrir?

Si tres mujeres en una casa, ¿qué será tantas? ¿Como se remediarla? Con el sufrimiento de mayores a menores; de iguales

No sin razón Jesucristo se nos presenta modelo de pequeñas virtudes. No es su Pasión la [que] debe admirarnos, son sus sufrimientos pequeños.

Mirad ...

* * *

Es una abadesa, celosa, de buena intención; pero todo lo ha de ver, saber; todo lo encuentra mal; mujer, déjala estar. ¡Ah, no, que derrochan, son descuidadas!

Si ella no lo sufre, lo pierde. Si la súbdita no lo sufre, peor. Sta. Catalina. Es, por ejemplo, una procuradora. ¡Oh, con qué celo lo hace! Antes era espléndida, capaz de dar la sangre por todas; pero ahora cada cosa que ha de gastar, porque no le riña la Prelada ...

Otra estará en la ropería con su compañera,
y

¡Oh!

ya seguiremos las pequeñas virtudes.

¿Quieres merecer?

¡Oh, sería un cielo!

CAPITULO DE CULPAS

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 118, págs. 1-5**

(Todos los años, por la gracia de Dios, tenéis la fortuna de poder dedicaros a la tarea de los santos ejercicios para renovar como el águila vuestro espíritu)

Todavía están frescos los propósitos que escribisteis en el fondo de vuestros corazones, durante las meditaciones de los ejercicios. No vengo yo a renovarlos poniendo delante de vosotras las consideraciones que os motivaron estos propósitos. Vosotras las tenéis muy presentes.

Cuando al poner el fundamento de vuestra renovación os trasladasteis a vuestro principio y a vuestro fin, os visteis saliendo de la boca de Dios, y por lo tanto, dependientes absolutamente de su autoridad. Nada teníais de vosotras: todo era de Dios. A él por lo tanto se le debía todo. Los frutos de vuestra alma y de vuestro cuerpo debían ser para él. Y al pensar las veces que se los habéis ganado, un nuevo esfuerzo os arrancó vuestra conciencia para ofrecérselos de nuevo.

Y al mirar alrededor vuestro tantas cosas, salidas también de la mano bondadosa de Dios, y que nos sirven de alivio, un acto de gratitud se derramo en la presencia de Dios. Y al lado de esta gratitud, un acto de profunda humillación por el abuso de estas criaturas y de estos dones de Dios.

Y a la antorcha de la fe, reflejando sobre ... pudisteis ver las consecuencias de estos abusos.

Y al mismo tiempo la bondad inagotable de Dios, que ha querido dispensarnos estos castigos.

Como hijos extraviados os habéis resuelto a echaros en brazos de tan bondadoso padre, para que purificados de la lepra asquerosa del pecado, y de las llagas continuadas de los pecados veniales y miserias continuadas, pudierais presentaros otra vez limpias en la presencia de Dios.

Y al merecer por su bondad inspiraros en los misterios de su vida, y al proponeros su imitación, no habéis dudado en asociaros a la conquista del reino que él ha venido a merecernos, y conducidas con suavidad por su mano a los ejercicios sublimes de los tres

grados de humildad y otros que ahora no vengo a detallar, y con ellos a la perfecta unión con Jesús, en cuanto es dable en esta vida.

Todos estos propósitos y deseos están vivos en vuestro corazón y Dios haga sean duraderos y puedan perseverar al fuego de las mismas meditaciones que iréis renovando todos los días, para que nunca jamás se apague.

A fin de conservar esta santidad, resolvisteis ...

Hoy, pues, al acompañaros en esta práctica, que es lo que nos ocuparemos en la última meditación de esta tarde

Pero, y bien: ¿y qué frutos particulares deben producir estos propósitos? Porque mirad Todos los años los habéis renovado por la gracia del Señor; es verdad que no ha dejado de producir sus frutos, y se han arraigado más en vuestros corazones los buenos afectos; y tal vez el desprendimiento de las cosas, la abnegación de vuestra voluntad, hayan echado raíces más hondas y se hayan hecho habituales los ejercicios de [unas] cuantas virtudes y ciertos buenos hábitos.

Pero sobre estos frutos particulares, bien sería que ofrecierais a Dios algún fruto común, general, pero práctico; un como tributo al Señor, de mortificación, como una muestra de vuestra gratitud, como símbolo de vuestros buenos deseos; y aunque no fuera por ninguna otra razón [que] por el beneficio que el Señor ha hecho en irnos conservando en este santo asilo, a pesar de las vicisitudes de nuestra patria.

Más aún: ya sabéis, hermanas mías, que tenéis un deber que cumplir hoy cual nunca. Creo os he dicho varias veces que las religiosas en otros tiempos mejores, podían cumplir su destino, con menos esfuerzos que vosotras. El cumplimiento sencillo de la ley religiosa, podía tener tranquilo ya su corazón.

Pero hoy, hermanas mías, sobre estos deberes religiosos, hay otros de actualidad. Los intereses de Jesús están sufriendo hoy más

peligros que antes no existían: desolatione ... [(Jr 12, 11)].

Y Dios, sin embargo, en medio de todo ha conservado los institutos religiosos en nuestra España. ¿Por qué? Primeramente, porque en señal de su misericordia quiere conservarse alcázares de su refugio, para no verse obligado a abandonar sus piedades sobre nuestra Patria; y en segundo lugar, quizás quizás, porque ha visto en las comunidades religiosas un movimiento saludable hacia el buen Espíritu, hacia las prescripciones primitivas, hacia el intento de los santos padres fundadores, no sólo aquí, sino en muchas otras partes. Pues bien, repito: el Señor quizá hoy más que en otros tiempos en los años y hasta en siglos anteriores en que muchas comunidades continuaron como semidormidas en sus costumbres y rutinas, en las cuales tal vez Dios se contentaría, pero que hoy Dios no las quiere.

Hoy, pues, pesa sobre vosotras y sobre nosotros también un deber especial. Hace unos años ...

Un deber de un celo especial, de una santificación mayor, de ser víctimas propiciatorias ante Dios, es lo que tenemos obligación; no negarle nada por nuestra parte de lo que él exija, para que si, lo que Dios no permita, el brazo de Dios cayera sobre la humanidad no seamos culpables, y sea sólo a consecuencia de sus divinas permisiones.

Pero ¿dónde voy, hermanas mías, con estas disgresiones? ¿Cuál es, vuelvo a decir, el sacrificio práctico general, además de los particulares de cada una, que podemos ofrecer a Dios como muestra de que queremos llenar la misión que en este mundo nos tiene encomendada, como muestra de generosidad? Voy a decirlo o proponerlo. El Prelado me ha entregado los mandatos, que esta noche o mañana se empezarán a leer para conocimiento de todas.

En muchas cosas ha legislado; algunas con severidad, hasta con dureza; algunas de las disposiciones casi me causan rubor, y me vi

precisado a decirle: Señor, cuando vengan los venideros, y vean que un Prelado que hace 10 años las esta legislando, y se ve precisado a darles todavía esta clase de disposiciones, ¿qué concepto formarán de nuestra comunidad, casi me da pena que vean mi nombre agregado a esta época, y al frente de ella estos años? De ellas depende, me contestó; su conducta venidera ha de hacerlo. Ojalá que en la otra visita pueda yo darme el parabién y a ellas también. Y en verdad, hermanas mías, que esta comunidad necesita un parabién para borrar su historia. Si fijamos la mirada en la historia de esta comunidad, según las tradiciones que conservamos, y sin ir más lejos en lo que simplemente consta en el libro de las visitas, se verá que es bastante poco gloriosa la historia de esta santa casa. Necesitáis un parabién de vuestros Superiores. ¡Ojalá no se haga esperar! Dice que depende de vuestra docilidad, fervor y buen espíritu. ¡Seríais responsables ante Dios y la historia, si lo desmerecierais por vuestra parte!

Pues bien: ha legislado sobre muchas cosas. Si ha sido con motivo u oportunidad, cuando él lo hace, sus razones tendrá. En una cosa sí que no ha hecho todo lo que en el fondo de mi corazón deseaba: en la cuestión del silencio. Aunque se lamenta mucho de la falta de éste, en la parte dispositiva, no pone más que lo mandado en la anterior. ¡Quién sabe [si] la idea de vuestra debilidad le ha reprimido la mano, y no ha puesto como lo manda la santa Regla!

¿Y no podría [ser] la enmienda de esta materia el fruto práctico, especial, de los santos ejercicios, como ofrecido a los pies de Jesús, de S. Francisco y de Sta. Clara? ¿Qué costaría no hablar nunca, nunca, a no ser en caso de necesidad, y entonces, bajito y breve, como dice el mandato del Prelado y guardarlo todo, lo que tenga que decirse, para los ratos de recreación, o a lo sumo los domingos por la tarde destinarlos para los desahogos del

Espíritu, que nos parezcan convenientes, para conversaciones edificantes, como dice la Regla?

Yo, Prelado, lo hubiera puesto como la santa Regla; hasta estableciendo un sistema de signos para darnos a entender; pero ... ahora no puedo más que aconsejar ... y pedirlo como fruto de estos ejercicios, y ... con ello creo cumplir mi deber [y] obligación.

Mañana hace cinco años que inicié mi cargo en esta casa, empezando por el triste acto de un viático, y día en que empezaron a ponerse en práctica los mandatos de la visita del 68.

En igual día empiezan [los de] esta visita. Quiera el cielo que al volverse a repetir no sea tan amarga como la actual, y nos podamos encontrar todos reunidos en esta santa casa, y bajo el báculo celoso del mismo Prelado.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 119, págs. 1-11**

*Despido de Sta. Clara,
3 Diciembre 85*

(Antes de esta plática algunas ideas sobre la necesidad de la perfección)

Pero ¿donde voy? Os había anunciado un capítulo de faltas, y me estaba separando de la cuestión verdadera y haciendo un sermón que no era mi ánimo hoy; porque un sermón es para el bien particular de cada uno, y un capítulo mira más al bien común de la casa.

Aunque si bien se considera, el bien particular redundaba en bien del todo; así como

si el molde es bueno redundaba en el bien particular de cada.

Pero ¿por dónde empezar para hablar del estado común de nuestra casa?

Creo se refiere de S. Felipe Neri que cuando ponía los pies en una comunidad, aun de hombres, conocía si había buen espíritu en la casa, si encontraba silencio, recogimiento, alegría afable y limpieza. Yo no sé en qué se fundaría el Santo para hacer esta observación, pero era una observación práctica que él tenía hecha.

Respecto de la limpieza, si el Santo hubiera venido a Sta. Clara, ¡ah! sin duda que hubiera formado un gran concepto de las franciscanas clarisas; y quizás demasiado pulidas y en perjuicio de la santa pobreza y del espíritu franciscano.

Sin embargo, aun en esto, si hubiese tenido ocasión de observar más de cerca, tal vez esta pulidez exterior no la habría visto acompañada de otra limpieza que se necesita, la de la lengua.

Yo me figuro que mucho se habrá enmendado, no lo sé; pero si sé que ha habido épocas en que el lenguaje no era el más propio, tal vez por sencillez si queréis, pero lenguaje impropio de las paredes de un claustro religioso. Prescindo aun de las necesidades naturales, de las que más de una vez se [ha] hablado con demasiada libertad y menos miramiento; prescindo aun de las largas historias de casamientos y nacimientos, sino aun de otras cosas que

Hace años en medio de todo un recreo se pregunto una curiosidad a una infeliz bendita, que os podría nombrar pero que me repugna, que estuve a punto de ponerlo en conocimiento del Sr. Vilamitjana; y que si los mundanos lo hubiesen llegado a saber, se hubieran escandalizado de la mencionada pregunta.

Fuera de esto, vamos por lo demás, creo que S. Felipe Neri no hubiera tenido nada que decir de la limpieza, y hubierais quedado en buen

concepto.

* * *

En cuanto al recogimiento, no sé lo que hubiera encontrado. Si antes de entrar en la casa se hubiera detenido en las rejas a escuchar un día de visitas: actitud y alegría y ademanes humanos sí que hubiera visto; creo hubiera formado pobrísimo concepto del recogimiento. Y así al acercarse al torno hubiera prestado atención a los largos recados de ciertas torneras ... Y si hubiese acechado, ciertas horas del día, algunas oficinas, creo que todavía habría escrito en lápiz negro las impresiones que le hubiere causado.

Y si no contento con mirarlo de fuera, hubiese acompañado a los médicos y a los otros operarios de la casa, y hubiese escuchado las relaciones y necesidades de ciertas enfermas, las preguntas inoportunas de ciertas porteras, y los andares y actitudes de ciertos garbos, yo no sé lo que hubiese dicho. El Santo que sabía juzgar tan bien de todo esto, era él [quien] lo hubiese podido decir si eran señales de recogimiento.

Y, sin embargo, esto no era más que recogimiento exterior. Porque el recogimiento supone dos cosas. Primero, el dominio habitual del alma, que del entendimiento entra y está dentro de sí mismo habitualmente, y sobre todo en ciertos casos y ocasiones; y es el segundo desasimiento de las cosas y ocupaciones y objetos exteriores, que en cuanto a esto segundo, y por lo tanto la alegría afable espiritual fruto del desasimiento, en cualquier circunstancia que el Señor quiera colocarnos; porque en cuanto a esto, él hubiera tenido que preguntarnos, para cerciorarse, el apego a los objetos materiales que se poseen, la solicitud

excesiva en el vestido (aunque sea con permiso), adquirir o heredar ciertas cosas al fallecimiento de las otras; hubiera tenido que preguntar cómo se estaba del sistema y costumbre antiguos del *me toca, te toca, le toca* y demás tocas en los cargos y oficinas; a las aficiones y amistades particulares excesivas; en fin, a todo lo que constituye la cadena de objetos exteriores a los cuales puede aficionarse el corazón para no estar despegado, para quitarle la libertad de espíritu, y por consiguiente la alegría espiritual, fruto del verdadero recogimiento; creo que el Santo hubiera tenido que estudiar en esta materia, si hubiere entrado aquí.

Y en cuanto al silencio, ¿qué en otra cosa cosa él procuraba indagar?

El silencio es una prescripción general en todos los institutos.

Pero hay algunos que de un modo especial ...

Ahora bien: fuera de los trapenses y cartujos, tal vez no haya otro [en] que más encargado esté como a la religión franciscana. Es verdad que no es el distintivo de esta Orden religiosa (creo que lo es la pobreza y la humildad), pero aun Así es de lo que más se encarga, y según vuestra Regla debería ser continuo.

Ahora bien: ¿qué hubiera dicho el Santo, si al ver que éste apenas se practica durante el día, hubiese querido advertir sobre este particular? ¡Ah! hubiese tropezado sin duda con alguna doctora máxima, que le hubiese dicho, que sus constituciones distinguen muy bien *dos silencios*, y que es muy diferente el riguroso del que no lo es tanto.

Y el Santo con la sonrisa en los labios hubiera podido darle dos contestaciones. La la. la que dio Cristo-Jesús a los saduceos. Estos le preguntaron si era lícito abandonar la esposa y buscar otra por algún motivo; y les contestó que no era lícito tomar otra, ni abandonar la propia, si no es por infidelidad.

¿Como es, pues, que Moisés ...?

Propter duritiam cordis vestri.

Ab initio autem fuit ... [(Mt 19, 8)]

Y desde ahora os digo ..

Y estableció la indisolubilidad.

Esto mismo hubiera dicho el Santo: *Propter duritiam ...* quizás por las dificultades que ofreciera este prescrito silencio, se ha mitigado algún tanto, para poder con libertad atender a las ocupaciones de las casas; pero de todos [modos] según confieras es silencio, no tan riguroso, pero silencio, y por lo tanto el uso de las palabras en las cosas convenientes, y no más de lo que prescribe la utilidad; ésta es la verdadera interpretación del silencio.

* * *

Y éstas eran las señales del Santo; porque si ahora pasáramos a examinar las otras cosas que no son señales, sino verdaderas leyes a las cuales debe ajustarse la conducta religiosa, ¿qué es lo que hubiera encontrado?

Porque está la pobreza, la obediencia, la clausura ... De la pobreza no quiero hablar; ni sé si se falta mucho o poco, porque apenas tengo espíritu franciscano. La pobreza es el voto que más me hubiera intimidado de los votos religiosos; ni la obediencia me era temida. Aún no sé por qué instinto, cuando era joven ya me gustaban más para mí los Institutos que no tenían pobreza en común, que los puramente mendicantes; y aun de los que no tenían pobreza en común, mi corazón era más simpático para los filipenses, ligorianos, ... que no tienen tan estrecha la pobreza particular.

Tan alta me parece la pobreza, tan difícil me parece poseer el Espíritu de tal, que por lo mucho que la admiro me haría temer.

Pero es un gran voto, una gran virtud.

Por esto admiro a los que tienen este

espíritu, y a vosotros toca examinar, si lo poseéis verdadero, porque es bastante sensible; y la facilidad con que se os condesciende a daros cosas mutuas, puede matar o amortiguar el verdadero espíritu.

En los Institutos modernos, a pesar de que como sabéis no tienen las rígidas reglas antiguas, con todo, los jesuitas ni una limosna pueden dar; las religiosas de Jesús Mar Id ni un tiesto pueden tener propio.

No me atrevo a deciros que S. Felipe Neri podría entrar ahí a verlo. Vosotras lo debéis pensar, y de todos modos, en este particular ser bien espirituales, que puede faltar muy bien el espíritu.

Prescindo también de que S. Felipe venga hoy a veros sobre la obediencia. Es cosa muy conocida, y para practicarla basta resolverse a ello, y no hay necesidad de examinarlo.

Prescindo también de que el Santo os haga capítulo de la clausura, que por la misericordia de Dios no existe, al menos lo que se decía y he oído decir a personas que aún viven de lo que se hacía en Sta. Clara.

* * *

Yo de mí sé deciros, y no es preciso que lo pague todo el Santo, que en esta parte puedo decir algo por mí mismo. He visto y he tratado como sabéis varias comunidades; todas ellas tienen su fisonomía. Algunas de ellas son en absoluto mejores que vosotras, y por más que en algunas cosas me guste más el carácter de esta casa. Y para que no sean todo culpas, debo decir que el carácter sereno, fresco y despachado y menos nimio en ciertas cosas, de esta casa, quizás pueda gustarme más que el de otras, aunque indudablemente son aquéllas más buenas, y más conformadas con el espíritu

religioso.

Pero sí que he notado dos cosas que están en ellas, y que vosotras no poseéis, y que os constituyen de feísima fisonomía.

Una es la comunicación sobre todo de noticias exteriores. Alguna de esas comunidades apenas si saben de fuera ni de dentro; otras saben de fuera, no más lo que importa a cada una, y ésta no lo comunica, y esto sin prescripción, por hábito santo que han adquirido y que constituye aquello un jardín.

Aquí es todo lo contrario. Se saben los defectos de cada oficina. Se sabe lo que pasa en general, y sabe cada una las penas, alegrías, defectos, situación de fortuna, ... de cada una de las otras.

Tal vez se os haga difícil de creer, porque habituadas a esto no podéis ver la diferencia que existe.

Pero es cierto, que si vosotras fuerais a una de estas casas os sorprendería, y si ellas

Este Espíritu de habladuría, de animosidad, y de comunicación es nota muy saliente.

Ya sé que estas observaciones no producirán fruto, pero debo decirlo, y quisiera las conservarais como cláusulas de testamento.

Podía deciros muchos ejemplos, pero bastarán dos y os diré las casas.

En Mataró y Vinaroz se publican los votos de las novicias ... y ni una ha sabido nunca los votos que ha tenido. Y no se encarga, no, pero no les ocurre decirlo ni preguntarlo.

Si aquí se supiera, ¡Cuánto no se procuraría decirse después, infundiendo sospechas!

En la Purísima, se sacó el sacristán.

Pues yo me guardaré de asegurar que en Sta. Clara algunas u otras no lo sepan.

A las escuchas ni les ocurre que hayan de decir lo que han oído, ni a las que asisten tampoco lo que han oído, no por virtud, por hábito.

Otra cosa. Las novicias. El efecto que he encontrado es de un gran concepto de la santidad de las monjas y del espíritu de la

comunidad.

La gravedad en las prácticas del noviciado, el aislamiento en que se constituye, el silencio y la severidad que ven observarse; el temor mismo de las religiosas de que no vean, ni observen, ni perciban nada que pueda ofender los delicados ojos de las que entran por vez primera; no sé lo que constituye en ellas un efecto, que creen que es aquello lo ultimito de la perfección, y no sueñan que pueda haber algo mejor.

Esto no sucede con vosotras; y si hoy no recordáis lo que os sucedía, es porque os habéis habituado, y no sabéis cómo puede hacerse de otro modo.

De todos modos estudiad esta mañana que depende su remedio de cada una en particular.

* * *

Pero, repito, dejemos todo esto ya.

Y sólo dos cosas quiero encargáros como termino [del] capítulo.

Dos cosas: Respeto y caridad.

Caridad continua, constante, afabilidad santa, soportamiento mutuo.

Pero además respeto sin excesivas familiaridades, porque la familiaridad engendra la libertad, y ésta el desprecio, y éste la envidia y muchos otros defectos.

Gravedad, pues, en vuestros actos sin familiaridad y caridad constante.

Por lo demás, como os decía en un principio, generosidad de corazón para con Dios, buscando su reinado en nosotros y en los demás. Lo demás son bagatelas.

Las comunidades religiosas tienen una misión que cumplir en este siglo; hoy deben ser más fervientes que nunca.

Estamos amenazados de días no muy

halagüeños.

Pronto o tarde vendrá la tempestad.

Y por desgracia deseamos ser santos cuando

...

Porque lo mismo nos sucede a nosotros ...

Nos enfervorizamos cuando vemos ultrajada la religión, pero después ...

Pues no: no, vuestra misión es de gemir y llorar constantemente y santificaros, porque siempre estamos en las mismas circunstancias.

* * *

Que no tengamos que llorar cuando venga la tribulación, la amargura de que ha sido por culpa nuestra.

Que Dios nos asista con su gracia, para cumplir cada uno nuestra misión. Amén.

AFLICCIONES

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 120, págs. 1-14**

*Predicada en Sta. Clara, a las religiosas
en la Dominica 4a. de Adviento de 1868
En la Purísima y S. Juan:
Ejercicios de 1869.*

Plática sobre las aflicciones y adversidades

Indeciso estaba, hermanas mías, en la elección de materia con que entretener vuestra piedad, la proximidad del día alegre de la Navidad, me inclinaba a un asunto más conforme con la alegría espiritual de ese día, y por otra el Evangelio de hoy, las reprensiones de S. Juan, el llamamiento a que hiciéramos frutos dignos de penitencia, parecen exigían otra cosa; cuando he aquí que meditando la penitencia, parece que Dios me ha inspirado el pensamiento de hablaros de una penitencia, muy agradable a los ojos de Dios, muy necesaria a vosotras, y muy conforme a la meditación de los ejemplos que ese Dios viene a ofreceros, el cual desde el día de su venida nos esta enseñando; a saber, el padecimiento, padecimiento que no deja de predicarnos todos los días de su vida.

Nunca he explanado ideas relativas a este asunto. Tampoco es muy a propósito mi debilidad y repugnancia a las penas de hacerlo con verdadera autoridad y fruto.

Con todo, no quiero resistir los primeros impulsos de mi corazón.

La gracia nos ayude.

El destino del hombre en el actual estado es padecer. Triste proposición, hermanas mías, pero sin embargo es verdad. Verdad amarga, que obligaría a un arranque de exasperación del amor propio si la fe y la Religión cual bálsamo divino no viniera a calmar su agitación.

El hombre formado en el estado de felicidad, imagen perfecta de la feliz tranquilidad de Dios, su destino era el placer: dueño de todo y Rey de todas las criaturas, todas ellas hubieran reunido todas sus utilidades, sus placeres, sus conveniencias para ofrecer un tributo de reconocimiento al hombre; la belleza y hermosura de la naturaleza risueña, tapizada de flores de felicidad, alfombrada de ... debía

servirle de escabel para subir sin esfuerzo a su último destino, a su suprema felicidad, a su completa unión con Dios.

Ya sabéis la historia de la caída del hombre, y con él el de la humanidad. Desde entonces solidarios nosotros de su pecado, el dolor, el dolor exclusivamente, debía ser nuestro destino

Pero Dios que es grande en todo, y por consiguiente lo quiso ser en medio de su justicia, quiso rehabilitar al hombre en los derechos de su último fin, de la consecución del cielo que habla perdido; pero para no defraudar los fueros de su justicia, quiso conducirlo por el camino de la expiación; quiso hacerle semejante a la víctima que en aquel mismo momento determinaba enviar para el bien de este mismo hombre; quiso conducir a la humanidad a la tierra de promisión, pero por los desiertos del sepulcro, según la bella expresión de Bossuet. Este es, pues, nuestro destino; las aflicciones nuestro alimento; las adversidades los continuos tropiezos de la vida; las penas nuestros compañeros inseparables; ¿qué digo? Ellas son nuestro único camino.

¡Desgraciado el hombre que lo desconoce! Infelices las naciones que lo ignoran. Por ello vemos que desde el día del pecado primitivo, el hombre olvidando esta verdad, o queriendo oscurecerla, procuraba sofocar esta idea, esta triste necesidad a que se vela atado continuamente, e iba tras de sus apetitos y satisfacciones buscándolas donde no las podía encontrar, y buscaba endulzar sus penas con medios vanos e inútiles que no hacían sino aumentar sus dolores y formar una red de amarguras con que se enredaba su corazón.

Por ello vemos a los pueblos ...

Por ello los mismos filósofos nunca pudieron ...

Hasta los mismos justos conformados en los planes de la Providencia, nunca llegaron a penetrarse con toda viveza de la necesidad de

los padecimientos, del valor del sufrimiento, y por lo tanto mucho menos podían imaginar que las penas debieran ser su anhelo, que en ellas pudiese encontrarse la felicidad.

Tan antinatural es al hombre el padecimiento, tan contrario a su primer destino, que no puede resolverse a emprender con aliento este camino de espinas. Y a pesar de que ve todos los días esa mano de hierro que pesa sobre la humanidad; a pesar de que lo ve por experiencia suya y de los demás ... y vuelve su vista y lo mira con los verdaderos ojos después de haber salido de un contratiempo, ya vuelve a nacer en su mente otra ilusión que como flor vuelve a agostarla el mismo día el fuego de la tribulación; y ... de modo que a la cadena de esperanzas y de ilusiones de nuestra alma sucede una cadena, cadena interminable de desengaños; y esto aun en el orden de las ilusiones de las cosas del espíritu.

¡Triste enfermedad la del corazón humano! ¿Quién podrá curarlo de llaga tan terrible? ¿Quién podrá desviar esa tan arraigada creencia o preocupación? Era preciso que Dios hiciera aparecer a la faz del mundo un ser extraordinario cuya voz fuese un oráculo infalible; un ser que al mismo tiempo que poseyera todas las grandezas, la felicidad, reasumiera en su persona toda la cadena de miserias de la humanidad; un ser que atrajera hacia sí, que convergiera las miradas de la humanidad y les despertara de ese engañoso sopor.

Y Dios Envía este personaje al mundo: Envía a su propio Hijo, imagen de su ser, gloria y figura de su sustancia; y le presenta ante el mundo pregonando los padecimientos, las humillaciones, y no sólo pregonándolas, sino recogiénolas en su corazón, en su cuerpo, en su alma, para honrarlas y santificarlas.

Y ... ya sabéis

Pero no bastaba, no, este ejemplo para infiltrar en el espíritu del hombre la

necesidad y la nobleza del sufrimiento; hubiese parecido que el peso de la Divinidad que habitaba en esa alma, era la que le hacía sostener los vientos de las tribulaciones y que el corazón de la criatura no podía aspirar a seguir las pisadas de ése.

Y nos [pone] ante nuestra vista un corazón débil por su sexo, aunque grande por la gracia; el corazón de una mujer: y nos presenta el tipo más acabado del sufrimiento, y su corazón es un altar donde se depositan todos los sacrificios, tanto que su alma debía ser cortada de por medio con la espada de la amargura según la enérgica y terrible palabra del anciano Simeón. Y como si no fuera bastante todo esto para convencer vuestro corazón, este varón de dolores y esta reina de los mártires, desde la cima de aquella montaña de mirra está llamando a sus escogidos para que no busquen sino allí la felicidad, su anhelo; y ante esas voces irresistibles responden.

Para que nos sirvan de modelos los primeros seguidores de Jesús; y Pablo como fuera de sí exclama: Sobreabundó en medio de mis tribulaciones; y San Ignacio pedía con insistencia los desprecios y los tormentos y las amarguras, y un concierto de voces del tiempo de la gracia están proclamando al mundo entero la necesidad del padecimiento.

No se convencerá la humanidad.

¿Son bastantes, hermanas mías, estos motivos, que yo no paso sino ligeramente, para convencernos de la necesidad que el hombre tiene de abrazar la tribulación? Si: a todos nos debían convencer teóricamente de que el Señor nos quiere por este camino, y sin embargo, ¡cuánto nos cuesta a pesar de estos motivos, el penetrarnos de que es una necesidad tal que no tenemos otro medio para el cielo! Pues desengañémonos, hermanas mías; estad seguras que nosotros a quienes destina para sí, no tenemos otro medio que el padecer y padecer siempre, cada uno por los caminos que el Señor en sus designios quisiere enviárselos. Las

adversidades, como si fueran la sombra de nuestro cuerpo, en vano procuraremos ahuyentarlas; nos acompañarán a todas partes.

Ahora bien, pues, hermanas mías. Supuesto que hemos nacido para padecer, que son nuestro patrimonio las penas y contradicciones, sobre todo si somos amados de Dios, ¿qué reflexiones debemos procurarnos para animarnos a abrazarlas, a desearlas, a buscarlas? Como quiera que, como he dicho ya, es tan antipático nuestro corazón para con la adversidad; tenemos la necesidad de echar mano de todos los recursos para engañarlo santamente, y moverlo cuando menos, en vista de las utilidades que nos puede reportar.

Y en primer lugar, hermanas mías, una de las ideas que más suelen animarnos a desear los padecimientos, por repugnantes y terribles que nos parezcan, es pensar que es Dios quien o nos Envía directamente la tribulación, o la permite en su voluntad; su Providencia no nos deja ni un momento; él se cuida de nosotros, y de nosotros en particular, hermanas mías, como si no tuviera otra cosa ni otros a que atender, y por lo tanto nada le es desconocido, y lo quiere, sea para nuestro castigo y purificación, sea exclusivamente para nuestro mayor bien.

Y a pesar de que El lo hace, no, no: no es un Dios cruel que se deleita en que sus criaturas sean infelices; no es cual tirano que tenga que hallar su grandeza en las lágrimas de sus vasallos; no es un Señor envidioso que para ser feliz tenga que vernos sufrir, padecer, gemir.

No, no hermanas mías; es aquel que príncipe de la paz ... Buldú, tomo 6, pág. 91.

Ese Dios, pues, hermanas mías, es el que en aquellos terribles momentos en que las espinas atraviesan tu corazón, en que los remordimientos te consumen, la contradicción te perturba, la oscuridad te anega, es el que está a tu lado y te estrecha en su regazo, y está esperando un tributo de conformidad, un

obsequio de violencia, un fruto de tu constancia, un desahogo de tu corazón solo con él y por él.

En segundo lugar, hermanas mías, otra idea que podía elevarnos a sufrir, a desear toda clase de contradicciones, es el pensar, que aun prescindiendo que son la voluntad de Dios, nos convienen quizás para evitar nuestra perdición, y sino nuestra perdición, para evitar que seamos tibios, poco correspondidos a Dios, apegados a nosotros mismos; y hacen que seamos más fervorosos, más activos.

Mirad: la Iglesia

El pueblo de Israel

David

Nosotros mismos si damos una ojeada retrospectiva a los cuidados de la Providencia respecto de nosotros, ¿qué hubiera sido de nosotros? Quizás muchos de nosotros no nos encontraríamos en este lugar, si el Señor no se hubiera interpuesto a nuestros caprichos derramando allí amargura en nuestras satisfacciones.

Samaritano.

Y aun en medio de la virtud, ¿qué sería tal vez de nuestras obras, si el Señor no las purificara en el crisol del temor, de la ansiedad? El Señor podría decirnos como Jesús a S. Pedro: Tu nescis modo.

Otro motivo que debe hacernos sobrellevar las contradicciones, es el pensar que con los méritos de estos padecimientos, aunque no los soportemos con la grandeza de ánimo que fuera de desear, satisfacemos a la justicia, las deudas que hemos Contraído con los desahogos de nuestro corazón y de nuestros sentidos, y aumentamos tesoros de méritos ante el Señor.

Desde que el señor padeció, todo lo que hacemos ...

En fin, es un distintivo de los escogidos. En el tribunal de Dios. Bossuet. Y veremos que nadie entra que no esté sellado con [el] sello y la imagen del cordero sacrificado.

Y los unos como Job le dicen: Posuisti ut

signum [(Job 16, 13)].

Y los mártires le presentarán

Y los otros exclaman: Señor, hemos bebido el cáliz. Acordaos, Dios mío, de los combates que tuve que sustentar, de las calumnias y persecuciones que tuve que sufrir, y propios sacrificios de mi alma que tuve que ofrecer; sacrificios

Mirad, Señor, las amarguras de mi cargo, las violencias de mi estado; sí, todos, todos hemos bebido el cáliz.

Por ello los santos estaban tan ansiosos de asemejarse al modelo.

¿Cómo lo haremos, pues? ¿Qué remedio tendremos en medio de esa lucha constante, a la que el Señor nos destina? ¿A quién acudiremos, en [quién] depositaremos nuestros quebrantos?

Buscar a Dios. ¡Ah! no temamos, hermanas mías; el mismo que nos quiere conducir por este camino de las espinas, que las ha pasado ya antes que nosotros; que tiene en sus manos el bálsamo del consuelo, él es el que nos está diciendo: Venite ad me: Venid a mí todos los que estáis atribulados, y yo os consolaré; yo os daré fuerzas, y os reanimaré para que continuéis vuestro camino [(Mt 11, 28)].

No creáis, no, hermanas mías, que Dios quiere que nos consumamos en el fuego de nuestros propios padecimientos: ya quiere que busquemos el desahogo, pero ¡ah! sólo o principalmente en él; no quiere que lo busquemos en nosotros mismos; ni mucho menos en las criaturas; no quiere que lo busquemos en los desahogos de nuestra imaginación, haciendo ver y queriéndonos persuadir de la gravedad de nuestra tribulación; no, porque mirad: regularmente, en medio de las contradicciones, nuestro amor propio nos pone delante el pretexto de nuestra flaqueza, como imposible de sobrellevarlo; otras veces la clase de sufrimientos que se nos presentan como si fuesen de una naturaleza tal que no sean para nuestra virtud, ni para nosotros; quisiéramos cambiarlas con otras más propias a nuestra

Indole y temperamento.

No, no: cualesquieras que sean nuestras tribulaciones, por grandes y amargas que fueran, por contrarias que aparezcan a las disposiciones de Dios, a nuestro aprovechamiento, recibámos[las], depositándolas todas en el corazón de Dios.

Mirad: el apóstol S. Pablo, aquel gran corazón que sobreabundaba de gozo, aun en medio de sus tormentos, que estaba rodeado de tribulaciones, sin embargo, temía unas de tal naturaleza, que le obligaban a exclamar: Señor, eso no: eso sí que quiero que me lo quitéis; ¿quién me podrá quitar el cuerpo de esta muerte? Y el Señor le contestaba cariñosamente: No, no; Pablo, esto no conviene que yo te quite; bástate mi ayuda y mi gracia para soportarlo; pero, Señor, si me está abofeteando continuamente, si mi debilidad es tanta; en esto, repetía el Señor, se patentizará mi poder.

Sta. Catalina de Siena, aquella víctima admirable, le repetía también: ¿Cuándo, Señor, levantarás la mano? ¿hasta cuándo, Dios mío, ha de durar esto?

Así, pues, hermanas mías, también, si la tribulación nos aqueja, sea Dios nuestro único refugio; y por lo tanto, hermanas mías, si la tempestad de las tentaciones y aun de los remordimientos y temores te agitan, quéjate, sí, pero que sea poniéndote delante los desmayos, las repugnancias de Jesús en su oración del huerto; si la enfermedad te agobia, bien puedes desahogarte, poniéndote pendiente con Jesús en los brazos de la Cruz; si el genio y las contradicciones de las criaturas te remueven el corazón, mira si tienes valor para quejarte con él en los insultos de la noche de su pasión; si el olvido de las criaturas, el desprecio de tus iguales o superiores, si las sequedades del espíritu [te contristan] corre presurosa a contárselo a Jesús en la soledad de su prisión; y ya veréis, hermanas mías, cómo encontraréis el infalible remedio.

Aún más: si lo que Dios no permita, tuvierais que pasar como por las sendas de la pobreza extrema, de la burla, de la humillación, de la muerte, sea el corazón de Jesús el único bálsamo de nuestras penas, el centro de nuestro consuelo, el norte y la gula de nuestros pasos.

Pero no: no basta acudir al Señor a contarle nuestros cuidados; es preciso hacerlo con constancia; tal vez el Señor quiera negarnos el consuelo que nos tiene prometido, pero esto será una nueva tribulación, que necesita más fe y más esfuerzo de nuestra parte; y por lo tanto entonces es cuando más que nunca debe ser nuestro recurso y nuestro centro; entonces es cuando debemos reanimar más nuestra confianza.

Y no temamos, no: no se hará tanto de esperar como todo esto; ya amanecerá el día después de la noche prolongada de la amargura, porque, mirad: ese Dios, que se esconde de nosotros, en medio de la tribulación, ya deja ver su cara de vez en cuando, y nos repara de la soledad en que hemos vivido, y nos hace encontrar frutos de consuelos en los trabajos y nos reanima para que nos dispongamos otra vez a otra tribulación.

¡Ah, si lo hiciéramos así! y si a la constancia en acudir a Dios, uniéramos el esfuerzo consiguiente para desprendernos de todo; ¡ay, entonces, a la cadena de nuestras necesarias tribulaciones se seguiría una cadena de frutos agradables en la presencia de Dios, y aun de consuelos en esta vida! No me extiende más, hermanas mías, aunque podríamos discurrir muchas otras reflexiones. Tal vez volvamos a tocar esta interesante materia, si la gracia del Señor nos lo permite.

Por hoy basta con lo dicho. La necesidad del padecimiento como que es voluntad de Dios y penitencia nuestra. Necesidad de padecer sobre todo a nosotros, como que, esposo nuestro, ha querido [ir] delante para que le acompañemos, a fin de cumplir en nosotros y por nosotros sus altos designios; necesidad de padecer para

hacernos semejantes a aquel en [el] cual ha jurado el Padre Eterno que no reconocerá a quien no se le asemejara.

Utilidad de las tribulaciones y motivos de animarnos a sufrirlas, por lo que merecemos ...

Y si todo esto no nos bastara, pensad que el día, cercano ya, del término de nuestro viaje, cuando descansando ya en las playas de la eternidad, volvamos nuestra vista y recordemos las tempestades de nuestra navegación, daremos por bien empleado todo cuanto hemos sufrido, y nos avergonzaremos de haber hecho y trabajado tan poco.

El apóstol S. Pablo: Non sunt condignae ... [(Rom 8, 18)].

Sta. Teresa, S. Juan de la Cruz

Dios haga, hermanas mías, que podamos algún

FIN DE AÑO

**Escritos I.º, vol. 9.º
doc. 121, pág. 1**

Asilo, Enero 1881

Ha pasado un año. Ya no volverá. Por más que hagamos. Cuando recuerdo el último día del año, dos sentimientos me vienen: ¿Dónde estaremos el otro año 80? ¿Dónde están los del 80 pasado?

* * *

¿Qué consideraciones debe producirnos?
1.º Gratitud por lo pasado. Beneficios de la naturaleza:
- Vida, salud, comida, aire, sol,
- Nos ha ayudado especialmente. ¿Qué sería de nosotros?
- Nos ha librado de peligros
- En el orden de la gracia también:
Sacramentos, inspiraciones, gracias,
2.º Confusión: S. Agustín. Abscondi.
¡Cuántas gracias desperdiciadas mientras [que] otros se han santificado!
3.º Propósitos para el porvenir. ¿Qué hace el viajero? In brevi explevit tempora multa [(Sab 4, 13)]. Operarios del Evangelio. Si cada año adquiriésemos una virtud, o apartáramos un vicio.

* * *

Así, pues, hoy: Proponed algo a Dios para el año que viene, y obtener alguna gracia.

* * *

Amar, trabajar, sufrir.

* * *

El año 81 del siglo que viene estaremos en el cielo juntos todos.

ERECCIONES DE CASA Y ALTAR

Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 122, págs. 1-4

Dos afectos me dominan.

¿Qué os diré? Si tuviera que hablar de una obra de celo,

Pero es una obra de [?] fruto del Sagrado Corazón de Jesús, ¿Lo dudáis?

No las [?] [?]

A través de los siglos repite este mismo afecto ...

Y le responden: S. Ignacio. S. José de Calasanz. S. Vicente de Paúl. Y hoy en medio del siglo XIX le responden esas almas nobles.

Y encuentra eco en los corazones piadosos.

¿Cuál es nuestro deber? ¡Oh! El Corazón de Jesús nos repite: *Da mihi animas* ...

Y a este grito de su amor herido, se han levantado monumentos, se han multiplicado asociaciones, han brotado nuevos frutos de bendición para consuelo de la Iglesia y de la pobre humanidad.

Uno de estos frutos de bendición, es esta modesta casa que hoy se inaugura, y esta nueva

capilla que hoy se consagra al Señor.

Como Isaías podemos hoy exclamar: Donde no era más que una roca desierta, brotará el verdor de la caña y del junco; y lo que era guarida de insectos, habitarán las palomas.

Por una parte el aspecto de las necesidades, de los males, de las ruinas del siglo XIX ocasionados por la impiedad, contristaban mi ánimo.

¡Cuántos monumentos desaparecidos! ¡Cuántos edificios religiosos obra de la fe de nuestros mayores, derrumbados a impulso del huracán revolucionario!

Los asilos de la orfandad, de la pobreza, del dolor, empobrecidos y profanados por mano extraña.

Los Institutos donde se albergaba la juventud, suprimidos y arrebatadas sus riquezas.

Mejor que Jeremías podemos exclamar: *Domina nostra versa est*

¡Cuántas instituciones abandonadas!

¡Tal es el cuadro de ruinas que la divina Providencia ha querido presentar a los ojos de nuestra corta existencia!

Pero ¡Ah! en medio del dolor que deben causarnos tamaños males, consuela al alma la perspectiva de ese monumento de restauración piadosa, que al soplo de la gracia vivificadora del Corazón de Jesús vemos multiplicarse en nuestros días

Las almas amantes de Jesús han exclamado en vista de tantas ruinas: ¡Oh, Señor, nosotros repararemos estos quebrantos; y recogeremos vuestros ancianos desvalidos; y arrebataremos la enseñanza para el bien de la juventud; y enjugaremos las lágrimas de vuestros pobres; y sobre el campo desierto de nuestras Instituciones, levantaremos nuevas tiendas!

Benedicid, Señor, perpetuamente a esas venerables religiosas, a las que habéis llamado para corredentoras de las almas. Llenadlas, Señor, de vuestro amor, de vuestro celo, de vuestra constancia para que sean instrumentos

dignos de vuestras misericordias, víctimas hasta la muerte, por vuestro amor.

Benedicid a esos ilustres fundadores y prolongad su ancianidad para el bien de vuestra gloria y consuelo de los corazones. Una bendición también, Señor, particular para esa joven amante y compasiva de vuestras penas interiores, que ha sacrificado gustosa el sosiego y la soledad de un claustro (objeto de sus suspiros) prefiriendo levantaros y ofreceros ese modesto establecimiento.

Una bendición también para esas fervorosas celadoras, y para las almas todas que han contribuido al fomento de esta obra y al brillo de estos cultos.

No olvidéis a esos sacerdotes venerables, que hoy se asocian con júbilo a esta solemnidad.

Una bendición, en fin, para todos los que asisten a este acto

Y Vos, Santo Angel mío, Patrono de esta mi Patria querida, y desde hoy de este asilo; ante tu imagen se abrieron mis ojos a [la] luz por vez primera; y ante tu imagen quiero cerrarlos a la vida.

Tomad posesión de esta casa que se pone bajo vuestra tutela. Apartad, Santo Angel mío, de ella los incursos del enemigo, y defendedla; defendedla de toda asechanza, para que pueda prosperar tranquila bajo las alas de tu amorosa protección; y un día podamos juntamente con esas almas, y con todos los que estamos aquí reunidos, bendeciros a Vos y a Jesús por toda la eternidad. Amén.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 123, págs. 1-4**

(Sí; os amaremos, ¡oh, Corazón de Jesús!, y os repararemos. Y vendremos todos los primeros viernes a ofrecer nuestros homenajes, y todos los días, en la hora santa de la vela, a visitaros y ofrecer este pequeño tributo por aquellos que no suelen visitaros ... y haciéndonos apóstoles de vuestro Corazón para daros a conocer a las almas -y extender vuestro amor- y sumar las gracias que tenéis ofrecidas a los que se dedican a promover vuestro culto. De este [modo] después de haberos amado en la tierra, os poseeremos en la feliz eternidad).

* * *

Y últimamente el tesoro de la gracia, que se nos comunica con más abundancia que en los demás sacramentos.

En los demás sacramentos se nos aplican los méritos de la sangre de Jesús; pero en la Eucaristía es la misma carne y sangre, haciendo uno solo todo con nosotros; de manera que no somos nosotros los que vivimos: es Jesús el que vive en nosotros.

Desde que esto se verifica, ¿como no ser amigos de Jesucristo? ¿Cómo por esta unión no hemos de estar constituidos en un estado de gracia eminente?

Nos amáis, Señor, comunicándonos tu gracia. Cómo nos ama: siendo víctima por nosotros. Como nos ama: dándonos su corazón.

Y si a esto añadimos lo que tiene que hacer Jesús, para hacerse amable. [Si] meditamos como ha tenido que hacerse pequeño, humillado, desconocido en su majestad; ¡oh! entonces, sí que podemos exclamar: ¡Oh cómo nos ha amado!

S. Bernardo hablando del amor de Jesús en [la] Encarnación, dice: Magnum Dominum.

Y si yo quisiera añadirlos, para haceros ver cómo nos ama, lo que tiene que sufrir por este amor, el olvido en que se le tiene, las injurias que recibe, el desvío de tantas almas que le son ingratas, la pobreza de su habitación, entonces sí que podíamos ver la razón con que nos dice: Os he amado.

No, no os decimos

Ahora bien, pues, hermanos míos, y termino

En el texto de Malaquías

Y cuántas veces hemos tenido este lenguaje. Os amo, es lo que más pronto viene a nuestros labios.

Os amo, es lo que pronunciamos todos los días.

Y si Dios nos preguntase, en qué me has amado: ¿Qué le diríamos al Señor?

Al recordar nuestras ofensas pasadas, al pensar en nuestros descuidos presentes, nuestra tibieza en la Sagrada Comunión, el poco sentimiento de las ofensas que se le hacen, nuestras pocas comuniones espirituales, bien puede avergonzarnos esta palabra del Señor.

Hoy, pues, hermanos míos, a los pies de Jesús renovemos nuestros propósitos. Digámosle a Jesús que vendremos a honrarle, repararle, que le enviaremos nuestros afectos, que grabaremos su nombre en nuestro [corazón], que día y noche vigilaremos con nuestro afecto, y sobre todo le repararemos .

Mirad. Sta. Gertrudis.

Sí, Divino Jesús Sacramentado. Recibid nuestros propósitos. Desde hoy seremos agradecidos. Os amaremos, por los que no os aman. Os

En cambio desde ese trono de amor, enviad una bendición fecunda a este año 83, que hemos empezado; que sea el año de nuestras santificación, que aprovechemos todas las gracias que nos tenéis destinadas en él. Bendecid al [?] de este pueblo, para que se aumente su amor, todas las instituciones y obras buenas.

Benedicid a esta [?] que habéis escogido para

compañía de vuestro Corazón; bendecidla temporal y espiritual[mente] y al repetir el 60 aniversario, podamos venir al triunfo de la Iglesia, el bien de todo el mundo.

Los efectos desordenados y peligrosos de nuestro corazón, nuestras resistencias a las voces de sus gracias, a los pequeños sacrificios que El os pide. ¡Oh, y cómo esta palabra se ahogará en nuestra garganta y el rubor sonrojará nuestras mejillas, al pensar cómo le hemos amado!

¿Qué hemos de hacer, pues? Amor y reparación. Amor verdadero y tal que no pueda decirnos el Señor lo que al pueblo de Israel, que le oraba con los labios, mientras su corazón estaba lejos de él. Amor sincero y generoso, dispuestos a ofrecerle cuanto nos pida, y examinando nuestro corazón ante la luz de su mirada divina, viendo si puede decirle que le ama.

Pero además reparación. La reparación, hermanos míos, es la piedra de toque del verdadero amor.

¿Cómo amar a Jesús y no sentir las ofensas que se le hacen? ¿Cómo contemplar su soledad en el tabernáculo, donde día y noche, olvidado, y ... no sentirse impulsados a hacerle un rato de compañía?

Si queremos amar a Jesús ...

¡Ah! no nos digamos devotos de su Corazón, si el nuestro no vive y se alimenta del deseo constante de bendecirle, de alabarle, de repararle, y de difundir su amor.

Y debemos procurar

Por lo tanto, debemos atender a la extensión de su culto, y ya que, gracias a la iniciativa de nuestro piadoso Prelado, hemos empezado esta pequeña reparación de la hora de vela diaria, no dejemos de ir a saludarle todos los días, y ofrecerle este pequeño homenaje de reparación, y por todos los [que] no se acercan a visitarle. Y [ojalá] que con nuestros esfuerzos podamos extender esta práctica, y pueda practicarse todos los días y podamos formar una

corona de reparadores por la noche, como se practica en muchas poblaciones.

De esta manera consolaremos al Corazón de Jesús.

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 1, págs. 1-4

*Instalación del altar del Sto. Angel de
Redentoristas
Inauguración del Asilo del Angel*

Mis hermanos en el Señor: Obligado, casi forzado, si bien dulcemente, a dirigiros una palabra en esta nueva solemnidad, ¿qué os diré que pueda interesar vuestro corazón? Al querer fijarme en una idea que sintetizara el sentimiento que debe producirnos este acontecimiento de este día, dos ideas encontradas se agolpaban a mi mente: dos afectos venían a agitar mi corazón: de dulce consuelo, el uno; de amarga pena, el otro. El aspecto de las necesidades todas del siglo XIX, fruto la mayor parte de ellos de la ... tantos monumentos desaparecidos ... tantos ... tantas instituciones abandonadas ... y como consecuencia el desenfreno de las pasiones ... es un cuadro que ... la Providencia ha permitido en nuestros tiempos, desconocido a nuestros felices antepasados.

Pero en medio del dolor que deben causarnos tamaños males, consuela al alma la perspectiva de ese movimiento de restauración piadosa que al soplo de la gracia del Corazón de Jesús,

vemos multiplicarse en nuestros días.

Que no al
Cuantos

Las almas amantes de Jesús han exclamado:
¡Oh, señor, nosotros repararemos estos
quebrantos! (y recogeremos vuestros [?] y
enseñaremos y fomentaremos las vocaciones).

Y miles de monumentos

Y desde hoy tendréis, Señor, un nuevo lugar
donde descansará vuestro Corazón fatigado, y os
harán compañía en esta soledad almas
distinguidas que lo abandonarán todo por su
gloria; y conducirán a vuestros pies hijos
pródigos que regenará vuestro Corazón paternal.

¡Oh! mejor que Isaías podemos exclamar: Ubi
...

¡Oh! bendito sea Jesús que Así ha querido
alegrar nuestras almas en medio de los
sinsabores a que ha querido sujetar nuestra

¿No es justo que entonemos un Te Deum
entusiasta por tamaño beneficio?

Y bien, hermanos míos, ¿qué viene a
significar esta nueva fundación, este asilo del
Santo Angel, cuya bendición se ha realizado
felizmente en este día?

No: no es meramente una obra de celo por la
salvación de las almas; si sólo eso fuera, me
bastaría para haceros ver ya su importancia,
exponeros el valor de una alma en la presencia
de Dios; pues para comprarla y conseguirla tuvo
que derramar su sangre preciosísima entre las
angustias de una cruz: la grandeza de los que
se dedican a este fomento de su gloria,
destinados a resplandecer como estrellas en
perpetuas eternidades: las promesas y consuelos
ofrecidos a los corredores con Jesús en el
bien de sus hermanos.

Pero ¡ah! que esta obra de celo es una obra
especial, objeto de preferente solicitud y de
las ansias del Corazón de Jesús, en los días ya
de su vida mortal sobre la tierra. ¿Lo dudáis?

No: no aduciré para probarlo ni aquellas
tiernas parábolas en que manifestaba la
solicitud de tierno pastor que abandona las 99

ovejas a fin de correr en busca de aquella que errante anda agitada en el hondo del valle, próxima a ser devorada por las fieras; ni la de aquella mujer ansiosa por su dracma perdida, que en nada tiene el valor de sus tesoros y que no para hasta encontrarla.

Ni siquiera os recordaré aquel hermoso cuadro que nos ofrece el Salvador en aquel día en [que] apremiado por los fariseos para que descargara el golpe de su riguroso fallo contra aquella mujer aprehendida en el crimen echa mano de los tesoros de su Sabiduría divina para devolver la vida, la paz y el consuelo a aquella desamparada criatura que allí, a sus pies, luchaba entre las angustias de una suerte desesperada.

Hay, sí, otro pasaje, hermanos míos, que nos revela el amor y la solicitud de Jesús por esas almas desdichadas.

¡Oh! trasladaos con el pensamiento a la escena que nos descubre S. ... y que la Iglesia pone a nuestra consideración en el Evangelio de anteayer.

Una alma predestinada llama la atención de Jesús: pero está lejos, es un día fatigoso de calor, y el Señor emprende una larga jornada para ir al encuentro de aquella alma. Y allí fatigado, con fatiga misteriosa, como nos dice S. Agustín, junto al pozo de Jacob, aguarda ansioso el momento de arrebatarse para la gloria de su Padre, aquella alma dichosa. Y a

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 125, págs. 1-2**

Vinaroz. Inauguración de la Iglesia

¿Por qué? ¿Qué significan las fiestas de estas y estas 40 horas en acción de gracias que estamos celebrando?

Hace pronto siete años justos, y deseosos de corresponder a los impulsos de una alma piadosa, hija de Vinaroz, levantamos esa casa de retiro, ese jardín de almas reparadoras que se ofrecieron gustosas a abandonar su Patria y sus hermanos por la gloria del Señor.

Pero ¡ah!. La divina Madre, el corazón de estas religiosas no estaba satisfecho, colocado Jesús en un rinconcito del edificio, se asemejaba a la pobreza de Belén, y quería levantarle un trono, como un Tabor que reflejara su gloria.

Y Dios ha querido premiar sus deseos. Y hoy se ostenta llena de gloria su Divina Madre ante las miradas de todos. Y hoy tienen a su Jesús sacramentado en lugar digno, y ellas habitando complacidas bajo el manto de la Virgen y a la sombra de Jesús sacramentado.

Considerando yo, pues, todas estas ideas, la nueva gloria de esta casa, a la Divina Madre destacándose majestuosa como la palma de Cadés en ese trono, a Jesús sacramentado residiendo en este lugar y a esa comunidad colocada entre Jesús y su Madre divina, he querido buscar un pensamiento que las abarcase todas, y ninguno me ha parecido tan propio como el que se ofrece a la mente del Profeta Rey.

Por ello, pues, vengo a deciros que María es el lirio y Jesús sacramentado el árbol de la vida que ha venido a poner su habitación en este nuevo templo, y por consiguiente la indecible dicha de esta comunidad y de todos nosotros de tener su vivienda entre María y Jesús.

Sí, María es lirio único anunciado en los Cantares, y este lirio ha querido plantarse en esta nueva habitación.

Y este árbol divino ha sido plantado en este templo.

Pero donde ya, venerables religiosas, con símbolos y comparaciones, vosotras tan felices como Juan, habéis sido colocadas entre el lirio y el árbol de fruto divino.

Los actos de estos días semejan la viña del amado de los Cánticos.

Os felicito en este día, y permitidme que os repita lo de mi tema: Alegraos, hijas de Sión, porque el Señor ha venido a poner entre vosotras su tabernáculo y ha plantado en él el lirio y el árbol, y a su sombra él os ha cobijado para siempre.

Yo os felicito también a vosotras, almas piadosas de Vinaroz.

El Señor ha querido poner entre vosotros esta comunidad y este templo, y bajo el manto de la Virgen y de Jesús sacramentado.

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 126, págs 1-2

Mis hermanas en el Señor: Alégrate. La escala de Jacob. Habitatio Sion.

Alégrate, hija de Jerusalén; salta de gozo hija de Sión, porque he aquí que vengo y habitaré en medio de ti. Alegraos con Jerusalén todos los que la amáis y lloráis sobre ella, porque el Señor declinará sobre ella como un torrente toda la gloria de las gentes. Lo que era antes lugar árido producirá el verdor de la caña y del junco (y habrá allí camino, y se llamará camino santo. Y pondrá el desierto como un lugar de delicias. Y lo que era soledad, como huerto de Dios) ¡Oh, cuán bella la gloria

de Sión!

Así exclamaba, hermanos míos, el profeta Isaías, cuando en medio de las ruinas y las desgracias de su tiempo, veía en su inspirada imaginación las bendiciones futuras de su pueblo, y para animar a los corazones entristecidos por los quebrantos que les rodeaban, repetía: No temas, oh Sion, porque el Señor tendrá su habitación en medio.

¡Qué espectáculo, hermanos míos, se ofrece a mi vista, en este momento! ¡Qué consuelo inunda mi corazón esta escena! Cuando al dar una [mirada] por el mundo todo no veo más que la desolación y quebranto y las ruinas por todas partes. Cuando contemplamos tantos monumentos desamparados a impulsos del huracán impetuoso de impiedad de nuestros tiempos. Cuando vemos las ruinas y restos de tantas obras de arte, recuerdos de la piedad y de la fe de nuestros antepasados. Cuando lamentamos tantas instituciones abandonadas, tantos ... proscritos ... Cuando no se oye más que el ronco clamoreo de Edom ...

¡Cuán dulce! ¡Cuán tierno y consolador es el espectáculo que presenciamos! ¡Oh, mejor que el profeta podemos repetir: Gaude ... Alégrate, pueblo de Mora; regocijaos, almas amantes, de las glorias del Señor, apenadas por el duelo de tantos males, porque Jerusalén será renovada, y en medio de ti, en el recinto de esta población estará la habitación de Sion!

Bendito sea el Señor, que Así ...

Porque, ¿comprendéis, hermanos míos, la significación de esta ceremonia? ¿Lo que debe ser el edificio cuya primera piedra angular, que representa a Cristo, acaba de ser bendecida por nuestro dignísimo Prelado? ¿Lo que es un Instituto de religiosas de clausura?

¡Ah! si yo me dirigiera a un auditorio menos ilustrado y de menos [piedad], o en el que pudiera caber alguna de esas preocupaciones, hijas del espíritu del siglo, yo me complacería, hermanos míos, [extenderme] en prolijas consideraciones, para haceros ver la

importancia del monumento que se va a levantar.

Yo os diría que los asilos de almas religiosas ante todo, que el estado religioso es para la Iglesia y el mundo, ...

Que el estado religioso es la porción escogida, la pequeña grey de seguidores a la cual el divino Salvador dirigía su llamamiento en los días de su vida mortal, y cuya perspectiva le llenaba de complacencia en medio de las espinas que rodeaban su Corazón.

Yo os diría, que las almas religiosas son las anunciadas por

Los tabernáculos y sus casas de la ley de gracia, la habitación, en fin, la santa que Dios promete colocar en medio de Sion para habitar allí de un modo particular. Yo os añadiría ..

ASUNTOS VARIOS

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 127, págs. 1-3**

Predicados a los Redentoristas

1.º Buen Pastor, 1880.

2.º Sermón de la Ascensión, Id.

Primer día del mes de María. Plática del Colegio.

Retiro de Abril. Fin del hombre. Tarde: Viacrucis. [?]

Id. de Mayo. Plática sobre la confesión.

Tarde: Fin de las criaturas.

Día del Corpus. Sermón predicado en Vinaroz.

Día 2 de Agosto. Plática sobre los Angeles.

* * *

Retiro de Agosto. 1.a. Dedit tibi cibum,
manna [(Dt 8, 3)].

2.^a Plática, sobre el propósito de la
confesión.

3.^a Meditación. Sobre el pecado de Adán,
Angeles, propios.

4.^a Plática, sobre la Asunción de la Virgen.

* * *

Retiro de Septiembre. Dedit tibi manna [(Dt
8, 3)]. 2.º Juicio particular del alma. Plática
de la satisfacción. 4.º No hubo porque se hizo
tarde.

* * *

Retiro de Octubre. Plática de Comunión De
últimos momentos de Jesús.

Plática. Resistencia a las inspiraciones.
Sermón del juicio universal. Por la tarde: M.
José García.

Diciembre.

Enero, 3. Plática de Comunión. Jesús en el
Belén olvidado.

Plática. Atributos de Dios. (Planas).

Meditación del nacimiento de Jesucristo.

Plática de la tarde. Consideración sobre el año que pasó.

Febrero.

Día 28. Eternidad. Juicio.

Abril. No fui.

* * *

Fervorines a los Redentoristas

1.º Ecce Rex tuus venit tibi [(Mt 21, 5)].

2.º Pasaje de Elías, caminando al monte Horeb.

3.º Día 8 Junio 1880. Sub umbra illius [(Cant 2, 2)] (del Corazón de Jesús).

En Benicasim, Julio 1880: 1-. Ecce Rex tuus [(Mt 21, 5)]. 2.º Si scires donum Dei [(Jn 4, 10)]. 3.º Accipite et comedite [(Mt 26, 26)].
Día ... Septiembre: Dedit tibi manna [(Dt 8, 3)].

Benicasim. Julio 1881. Fervorín, Magdalena: Si scires donum Dei [(Jn 4, 10)]

Plática: Amor de Dios.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 128, págs. 1-3**

Indice de pláticas a Religiosas

Del Espíritu con que debemos servir a Dios.

De subjectione hominis sub manu Dei.

Del juicio universal, 2
Buenas obras.
Fin del hombre.
Fin de la criatura.
Juicio universal.
Humildad.
Vida pública de Jesús (2).
Pasión de Jesús Varios.
Higuera infructuosa.
Jesucristo, Rey.
Perseverancia.
Resistencia a las inspiraciones.
Juicio y Penitencia.
Miserere.
Muerte.
Juicio universal.
Peligros de obrar según el Espíritu humano.
Pecado.
Recogimiento.
Preparación de los ejercicios.
Aflicción y adversidades.
Resurrección de Jesucristo.
Vocación especial de cada uno.
Confesión.
Buen Pastor.
Gracia.
Pasión de Jesús.
Interés por la gloria de Dios.
Pasión de Jesús.
Pascua de Jesús
Fin del alma religiosa
Vida pública de Jesús.
Id. Id. 2a.
Gloria.
De necessitate perfectionis.
Juicio.
De iudicio animae.
Vocación religiosa y correspondencia a ella.
Examen.
De amore Dei. Necesidad de la santificación.
Navidad (varias pláticas). De la Virgen María.
Mortificación. Pecado venial. Tibieza.
En la colección de sermones «de misiones»
hay de las predicadas a religiosas:

- 1.^a Plática sobre la eternidad.
 - 2.^a Muerte.
 - 3.^a Nobleza de alma.
-

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 129, págs. 1-7

*El día de mi entrada en la Vicaría,
el 15 de Marzo de 1868*

Mis hermanas en el Señor e hijas predilectas en el Corazón de mi Señor Jesucristo: Permitidme que os dé este nombre: es la primera vez que lo dirijo a las religiosas, y aunque debiera llenarme de santo rubor al pronunciarlo me veo obligado a hacerlo.

No es preciso os indique que Dios ha querido marcarme por medio de la obediencia: el Señor ha querido cargar sobre mis débiles hombros el cuidado, y al presentarme hoy por primera vez ante vosotras con este carácter, no puedo menos de confesaros y exponeros la lucha o bien la debilidad por qué pasó mi espíritu cuando oí de la boca de mi Prelado esa comisión completamente inesperada, y nunca jamás sospechada. Y cuando al considerar en el silencio de la reflexión la obra que tenía que desempeñar, me ocurrían a mi imaginación mil ideas encontradas que no acertaré a explicar. Y se me presentaba la santidad de este lugar para mí respetable cual ninguno; sin duda las impresiones que recibí en mi infancia al visitar el umbral de este claustro, único que visité hasta después de mi ordenación, aquellas

ideas, digo, que me hacían consideraros como seres extraordinarios renacían en mí aquellos momentos, y se me ofrecían vivas a mi imaginación vuestras santas antepasadas como estatuas graves y silenciosas reprendiendo mi atrevimiento por querer penetrar en el fondo de vuestro santuario; y contemplaba vuestras bellas virtudes, plantadas algunas de ellas y cultivadas todas por manos ¡ay! miles de veces más delicadas; y vuestra ilustración en materia de espíritu, y me confundía al considerar mi consentimiento [que]había prestado; y entonces, cuando para calmar mi intranquilidad, quería buscar alguna idea consoladora que me animara, ¡ay! tropezaba para más amargura con mi poca edad, con mi ninguna experiencia, con mi falta de conocimientos; ¡cinco años sin haberme podido dedicar al estudio! novel, en la dirección de los espíritus.

Y mil otras ideas que no es preciso que os indique me abatían verdaderamente el ánimo en medio de la satisfacción, si es que alguna podía tener por la deferencia de mi Superior y ...

Pero perdonad, hijas mías, si os ofendo con ello; era que entonces en aquellos amargos momentos no fijaba mi vista más que en mi insuficiencia; era que olvidaba completamente vuestra bondad, vuestra indulgencia para conmigo, y de la cual tantas pruebas tengo recibidas, de vuestra caritativa y condescendiente virtud; me olvidaba, perdonadme si me atrevo a presumirlo, me olvidaba de vuestra benevolencia y de vuestra futura, espontánea y bondadosa aceptación; y sólo ella junto con la obediencia pudieron calmar mi agitación y obligarme a aceptar con gusto este cargo.

Vuestra benevolencia y la obediencia; aún más: ni aun vuestra benevolencia sin la ordenación superior, no hubiera sido bastante; si alguna operación, influencia exterior mía hubiese mediado en este asunto, por más halagüeño y provechoso que hubiera podido ser

para mí (que en realidad no lo es), pero aunque hubiese sido así, y contando con todo vuestro cariño, el remordimiento que me hubiese causado, el temor de contrariar los designios de la Providencia, y de no merecer su bendición, hubieran obligado a mi espíritu a desistir y acabar por abandonarlo.

Sólo pues, o al menos principalmente, la idea de la voluntad de Dios, ha sido la que me ha puesto en esta situación, más que hubiera podido hacerlo toda vuestra voluntad y espontánea manifestación, si hubiera tenido que hacerlo ella. Tal vez pueda incluir alguna dosis de ingratitud y desapego este modo de pensar mío; sin embargo, dispensad, hermanas mías; prefiero mi tranquila independencia, mi sosiego de espíritu, antes que todas las consideraciones, todo el cariño que puedan merecerme las criaturas; por más que el vuestro, y sea dicho de paso, sería para mí muy lisonjero, si lo hubiese merecido o llegara a poseerlo.

No sé si me [he] explicado bien, o si vosotras me habéis comprendido en mi tosco y obscuro lenguaje.

Pero dejemos ya estas consideraciones, que no sé si he hecho bien o mal en exponerlas, ni quiero juzgar de su oportunidad.

El caso es, hijas mías, que tengo confiado este encargo, y al pronunciar el ecce ego de Isaías a Dios [(Is 6, 8)], me he obligado al cumplimiento de mi misión. Justo es, pues, que os indique mis ideas y mis propósitos, y quiero hablaros con sencillez, con la sinceridad propia de mi genio; no es virtud, no: es más un defecto, una debilidad de mi carácter, pero de la que viene muy mal el tener que despojarme.

Con esta sinceridad, pues, con esta sencillez quiero hoy hablaros, y ¡ay!, no quisiera que hablara mi boca; quisiera sí, dirigiros el lenguaje del corazón, y poner con toda [sinceridad] mis impresiones.

Y ante todo, un siniestro y amargo instinto me quiere hacer comprender que este destino va

a ser una cruz y cruz pesada para mí, pero gustoso me he abrazado con ella ante el Corazón de Jesús, y por lo tanto agradable desde este momento.

Tal vez con el tiempo podrá ser motivo de quebranto a mi ya no muy [buena] salud; pero ya casi la he depuesto a los pies de Jesucristo, y en aras de mi afecto para con vosotras, en caso que fuera necesario su sacrificio.

Como os he indicado antes, jamás había soñado en la posibilidad de estar al frente de vosotras; pero desde hoy os he puesto las primeras en mi corazón, en la presencia de Dios. Vuestro soy por consiguiente todo, y todo cuanto tengo, y no dejaré de consideraros como vástagos tiernos de la religión. ¡Ay! pienso faltaría ...

Una cosa sola no puedo ofreceros del todo por ahora, hijas mías. Es el tiempo: necesito mucha parte para el cumplimiento del otro destino al frente del cual me han puesto también mis superiores y parte también para mi numerosa [parroquia] que no [he de] romper de rondón. Lo restante, pero de todos modos antes que los demás, vuestro es.

En cambio, hijas mías, vosotras, y ¿cómo no?, tendréis que dispensar con vuestra caridad e indulgencia cuanto pueda ofender vuestra delicada modestia, cuanto pueda herir vuestra santa susceptibilidad, vuestra virtud en fin. Porque mirad hijas: los que estamos en el mundo, y yo en particular ... llevamos siempre en nuestro trato, en nuestros modales, ciertos resabios, que sin advertirlo, están muy lejos de acomodarse a la verdadera modestia y a la perfección cristiana; y como por desgracia vivimos aisladamente, sin ejemplos que nos corrijan, y sin una voz caritativa que nos corrija, de aquí es que por fin se nos llega a ser habitual. Por ello he pensado alguna vez que el clero secular tal vez no sea el más [a] propósito para cargos que tengan relación con Institutos religiosos; pero no hay remedio, las circunstancias y los tiempos nos ponen en esta

situación.

Pero, volviendo, indulgencia que necesito de vuestra parte; no sé, hijas mías, el designio que la Providencia tendrá respecto de mí y de vosotras, ni el tiempo que el Señor nos concederá para ayudarnos mutuamente con nuestras oraciones, y con nuestras mutuas relaciones. Pero acaso pudiera suceder que atendidas las ideas de uniformidad que abrigan nuestros superiores, llegara tiempo en que yo viniese a ser también una cruz para vosotras: por mi carácter, por mi poca aptitud, y demás circunstancias desfavorables que poseo; quién sabe si soy el instrumento de que Dios quiere valerse para satisfacerse vuestros deseos de sacrificio, de sufrimiento y de abnegación, y entonces tendríais que sufrirme; y en este caso, hijas mías, mucho lo sentiría: sería amargo para mi corazón es ... puesto que no sería efecto de mi voluntad; pero a pesar de ello, hijas mías, no abandonaría mi cruz por mi sola voluntad; si la obediencia no me la hiciera declinar me contentaría con ofrecer tal desconsuelo al Corazón amarguísimo de Jesús, y pediría a El se aligerara o la descargara del todo, si era ésta su voluntad. Dios haga no llegue este momento.

Yo quisiera también exponeros mi modo de opinar sobre ciertos asuntos, sobre el confesor y sobre otras cosas relativas a vosotras, y por ello había sido mi primer pensamiento hacerlos un triduo de días de retiro, ya que ... pero por otra parte creo que no son las circunstancias más a propósito para hacerlos.

Sólo sí me contentaré con deciros, y creo me creeréis, que todo cuanto yo pueda deciros en adelante desde este lugar, os lo podría decir ahora mismo, antes de conocer las disposiciones de esta comunidad, y sin conocer el espíritu de ninguna de vosotras, y por consiguiente, no debéis creer jamás que sea efecto de alguna cosa que haya observado, o efecto de algún motivo particular si os hago alguna vez alguna reflexión o declamo contra algún abuso, u os

prevengo contra algún peligro. Será tan sólo porque lo comprendo ahora ya, y lo he comprendido siempre así, aun antes de tener ningún roce con personas religiosas. Puedo deciros que hasta ahora nada me ha sorprendido en materias de Espíritu por extrañas.

Aún más: siempre que he tenido que dirigirme a religiosas, rara vez ...

Porque Dios, hijas mías, desde la edad de los 16 años me ha hecho pasar por toda ... me ...

Entonces no comprendía los motivos que la providencia podía tener; tal vez ahora pueda encontrar la clave de aquellas admirables permisiones.

Sólo sí, a pesar de que hoy no intento deciros nada, no puedo dejar, ya que estoy aquí, de indicaros algo de la dirección, por si acaso alguna tuviese necesidad de acogerse a la mía. Según la opinión de mi Prelado, de la cual no disiento, el uso de la confesión semanal y aun ligera es suficiente para el alimento de cualquier espíritu, excepto alguno que otro agitado por los tormentos de la tribulación. Un Espíritu bien educado y disciplinado puede ahorrar mucho tiempo, para sí misma y para los de más y para Dios.

No creáis, hijas mías, que yo deje de comprender todo el fruto y el bien de la frecuente confesión, sobre todo con los que traen las disposiciones debidas; que es el único desahogo espiritual de las conciencias, el bálsamo que alimenta, cura y alienta para seguir el camino espinoso de la perfección; muchas [de] vosotras que Teníais la fortuna ...; pero también puede suceder muy bien, que su frecuencia en algunas sea causa de menos disposiciones; puede suceder que este desahogo de espíritu, este deseo de consuelo fuese acompañado de alguna dosis de carácter, de algún tanto de egoísmo propio, y de menos desprendimiento de nosotros mismos, y nos buscáramos algo nosotros antes que ... Dios.

No extrañéis este lenguaje, hijas mías; no

es mío: es de personas muy respetables, y sobre todo de maestros sabios y santos de hoy día, que desean hacerlo todo bien, pero sin dejar de ser avaros del tiempo. Hoy día debemos multiplicarnos, atendido lo reducido de nuestro personal.

Mirad, el Arzobispo de Valencia.

Quién sabe cuánto podríamos quitar del recogimiento a Dios, de lo que podríamos desperdiciar de nuestros ejercicios.

Repito, hijas mías, que no deseo que os haga mal efecto mi lenguaje, pues por lo demás yo sé cuanto deben ser atendidas las necesidades del corazón humano.

Quiero cortar diciéndoos que obro con los mayores deseos de santificación. Quién sabe si Dios ...

Para dirigir no es preciso tenga vuestras virtudes.

Y como no ...

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 130, págs. 1-8**

Predicado en Sta. Clara. Julio 1870

1.º Indulgencias.

2.º Indulgencia de la Porciúncula

Mis hermanas en el Señor: Debiendo daros ya la bendición apostólica, a la que va agregada la indulgencia plenaria que el gran Pontífice Pío IX, en virtud de su plena facultad, se dignó concederme en la cariñosa audiencia de 20

de Junio último, creo oportuno, hermanas mías, mucho más no habiéndose hablado nunca de este asunto, el decirnos dos palabras por ligeras que sean, sobre las indulgencias. Es un asunto éste, hermanas mías, que el común de los cristianos desconoce, y aun en parte de las personas de piedad hay bastante ignorancia, siendo ello motivo tal vez de que se desperdicien muchas de estas gracias.

Y ante todo, hermanas mías, y para abrazar todo lo que debe saberse respecto de las indulgencias, ya sabéis y debéis recordar en este momento, que todo pecado, toda falta de la criatura, debe ser penado o en esta vida o en la otra: si es mortal ...

2.º Que después de remitido el pecado ...

Es tan grave mal, hermanas mías, la ofensa a Dios, es tan abominable a sus ojos, que si lo comprendiéramos, como es debido, no nos extrañaríamos que su justicia descargara tan fuertemente sobre ella, y aun nos admiraríamos más que se contentara con tan poco de nuestra parte. De aquí es, pues, que, como he dicho, aun después de perdonada la culpa, no queda sino conmutada con alguna pena temporal que debemos sufrir, o en esta vida haciendo penitencias, o en el purgatorio, no sólo para los pecados graves perdonados sino aun también para los veniales.

Es decir, hermanas mías, que además del arrepentimiento debe darse a Dios una vindicación, un desagravio por medio de un castigo voluntario a nosotros mismos. Y esto es muy lógico y natural: esta alma causadora del pecado, este cuerpo instrumento suyo, ¿cómo es posible que al arrepentirse el alma, sinceramente penitente, no quiera reparar en sí castigando por medio del sufrimiento el desorden que ha cometido, la ofensa que ha hecho Dios?

Y que en realidad sea así, y que al perdonar no siempre perdona Dios toda la pena lo vemos explícitamente consignado en las Escrituras. Adán

David.

Los Israelitas.

Así, pues, casi todas nuestras faltas no sólo las mortales sino también las veniales, deben tener después de perdonadas un castigo, debemos dar algunas satisfacciones a Dios. He dicho casi, porque si el alma llevare a tal grado su arrepentimiento que mereciera un agrado particular, podía muy bien Dios, por los méritos de Jesucristo, condonarle no sólo la falta sino también la pena merecida por ella, como ha sucedido en algunas ocasiones; pero que no sucede ordinariamente.

Es decir, pues, y es preciso que no lo olvidéis nunca, las indulgencias no son para perdonar pecado alguno, ni aun veniales, sino tan sólo para pagar a la justicia de Dios la pena temporal que se debe después de perdonado aquél; de modo que si el pecado no está perdonado, el grave por medio de la confesión, el leve por medio de ella o de la contrición, no podrá alcanzarle la remisión de la pena de él.

Ahora bien: ¡y cuántas faltas cometidas ante la justicia de Dios!

¡Ah, si diéramos una mirada a nuestro pasado y lo pesáramos todo en la justicia de Dios, cuántos motivos de confusión y de temor ante las deudas que hemos contraído! Al mirar nuestra vida con los ojos de la fe, no podemos menos de exclamar con el Profeta: *Iniquitates meae ...* [(Sal 37, 5)]. Mis iniquidades, Señor, han sobrepujado mi cabeza. O con el profeta Isaías: *Quasi pannus*, como un lienzo lleno de manchas parecen nuestras obras buenas [(Is 64, 6)].

Si miramos los días de nuestra infancia, ¿cuántos negros borrones echamos sobre el alma tierna?; si pasamos por los días de nuestra juventud, ¿cuántas llagas abrimos en ella tal vez no cicatrizadas y cuyas consecuencias arrastramos? Pero aun prescindiendo de aquellas ingraticudes que sin duda son ya las más perdonadas porque son las más aborrecidas de

nuestro corazón y hay más detestación; ¿cuántas más infidelidades no hemos contraído para con Dios desde el día de nuestra consagración a él?

Muy bien podíamos decir con Isaías: Tamquam
Como que hemos adquirido mayores obligaciones para con Dios, mayor debe ser nuestro cuidado y nuestra correspondencia, y sin embargo, ¿cuántas de nuestras acciones son completamente puras ante Dios? Según el apóstol S. Pablo: Ad majorem, y por lo tanto desde que nos levantamos ha de ser una cadena. Si estamos obligados a la perfección, ¡ay! cuántas obras
...

Si examinamos nuestra conducta ... de la noche, cuantas palabras

Si la correspondencia a las gracias de Dios
Pero no temáis, hermanas mías; desde el día de la redención, la gracia se nos ha comunicado abundantemente: desde aquel costado de Jesús abierto por la saeta del amor, ha salido agotándose toda la misericordia amorosa que nos lavara con aquella agua y aquella sangre divina, y el divino Salvador que habla dicho a los apóstoles y dándoles facultad de desatarlo todo en el cielo y en la tierra: arrebató los tesoros de la misericordia del Padre, por medio de increíbles sufrimientos todo lo que era necesario para ello.

Por ello, pues, la santa Iglesia, en virtud de las palabras y promesas de Jesucristo, ha recibido la facultad no sólo de perdonar los pecados, sino también la de remitir esta pena posterior, pues a no ser así, la Iglesia no hubiera recibido las llaves del reino de los cielos, ni el poder de atar y desatar, puesto que no hubiera podido llegar a desatar estas ataduras de la pena del pecado que impedirá temporalmente la entrada en el cielo. La facultad hubiera sido limitada siendo así que Jesucristo la dio sin limitaciones

¿Y [de] donde saca la Iglesia esa gracia?

Toda obra

La Iglesia ha usado todos [los] tiempos. Si tuviera que hablar

Penitencias antiguas Objeto de ellas
Pero la Iglesia, atendida la debilidad humana, el resfriamiento de los fieles, empezó a mitigar este rigor de la disciplina eclesiástica, y procuró a repararlo por otros medios espirituales también, pero más suaves, animar a los fieles a que satisficieran estas deudas, y entonces dio principio a las multiplicadas concesiones de indulgencias voluntarias, convidando a los pecadores a que hiciesen uso de ellas, y practicasen con espontánea voluntad, como convidándoles al ejercicio de la oración, de la limosna, de las peregrinaciones, de la frecuencia de sacramentos, para que de este modo, sin defraudar en nada a la justicia de Dios, pudieran ir reparando y cubriendo las deudas de los pecados ya perdonados; cuya remisión de pena dispuso la Iglesia se pudiera conseguir en parte o en todo, según la clase de obras que se practicaba, o según la necesidad en que pudiese encontrarse el arrepentido pecador; y de aquí proviene, hermanas mías, la distinción de indulgencia plenaria y parcial, y por más que tenga que ofender vuestra ilustración en esta materia, no dudo recordaros lo que [es] esto: indulgencia parcial .. plenaria; y cuando a alguna obra buena está concedida una indulgencia de 40 días, 7 cuarentenas, no debéis entender que con ellos se perdonan 40 días ... de los días que debíamos estar en el Purgatorio, como algunos malamente entienden, sino que quiere decir que en virtud de aquella obra se alcanza ante la justicia tanta remisión de pena como se nos remitirla si hubiésemos hecho 40 días de ayuno, de penitencia ... de aquellas que se practicaban en los antiguos tiempos. Es decir que si en aquellos tiempos un pecado se castigaba con un año de penitencia y con ella se satisfacía a Dios completamente, ahora con aquella buena obra, ejercicio de piedad, ... ganamos para con Dios igual perdón que como si realmente hubiésemos ayunado ...

Y cuando la indulgencia es plenaria ...

Y sabéis, hermanas mías, las condiciones
Además de las generales, ... la detestación
Sin embargo debe consolarnos la idea de que
podemos ganarlas parcialmente

Y notad, hermanas mías, que en esta
distribución de las indulgencias más bien se
salva la justicia de Dios y se combina con su
misericordia. Su misericordia porque nos allana
tan fácilmente el camino del cielo, haciendo
que podamos quitar sin esfuerzo todos los
obstáculos que impidan el pagar nuestras
deudas, y por otra parte su justicia, que
uniendo nuestras acciones, aunque tan pobres, a
los méritos de la sangre de Jesús, reciben un
valor infinito que él no puede rechazar.

Sencillo, pues, es el medio. Todo depende de
nuestras disposiciones.

Procuremos excitarlas, pues. Y para
excitarlas, pensemos, hermanas mías, en primer
lugar, lo que os dije anteriormente, que aunque
hijos de Dios y esposas por la gracia, la
grandeza de su hermosura y de su pureza,
encuentra muchas manchas en nosotros, y estamos
contrayendo deudas a cada instante, y por lo
tanto bueno es que vayáis satisfaciendo y
ajustando cuentas con Dios.

En segundo lugar, hermanas mías: Tempus
breve est [(1 Cor 7, 29)]; no tenemos en
nuestro poder, no somos dueños sino de esta
casa que pasa tan ligeramente, y llamada tiempo
presente; el pasado ha desaparecido como el
humo, no podemos aprovecharlo ya; a lo más
podemos con el presente reparar las malas
consecuencias, el mal uso que hicimos de él; el
futuro no es nuestro tampoco, ¿quién nos lo
promete? ¡Ah! es bien seguro que la mayor parte
de los que están sufriendo en el Purgatorio
quedaron con la mitad de sus esperanzas.

¡Ay! y sin duda, hermanas mías, que será
motivo de una gran pena y un gran remordimiento
en el Purgatorio, entre aquellas ansias
amargas, el no haber aprovechado estos medios
de completa justificación. La idea de la
eternidad de las penas nos parece ahora mirar

como un consuelo la idea del Purgatorio, y es verdad que es una gran diferencia, pero que el día que pasemos por él, cuando comprendiendo con viveza lo que es Dios, y sin embargo estar separados de él: cuando nuestra alma quiera lanzarse hacia él con más fuerza que una bomba hacia la tierra y vernos, sin embargo, suspendidos entre [la] inclinación y la privación de este deseo; sufrir tormentos horribles comparados con los cuales ...

¡Ay, no podemos menos de exclamar: con una detestación completa de mis pecados, de vez en cuando unida a tantas indulgencias plenarias como se me prodigaron, y hasta derrocharon sobre mí, nada de esto sufriría y ahora me veo precisado a aguantarlo y no sé hasta cuándo!

¡Ah, si entonces pudiéramos remediarlo! Si nos fuera dable volver a la vida, pasaríamos los días, las noches, los momentos, (prescindiendo de las penitencias) haciendo actos de detestación de los pecados, con propósitos eficaces, uniéndolos a los medios de justificación que la Iglesia nos propone.

Otro motivo poderoso para animarnos a ganar las indulgencias para nosotros mismos, es la idea de que estos ejercicios suaves que la Iglesia prescribe para ganarlas, junto con la detestación de nuestras faltas, nos releva [de] la penitencia corporal mucho más repugnante y mortifican[te] que necesitamos hacer para purificar nuestras almas, y para lo cual de todos modos es necesario ir acompañado del arrepentimiento. Se cuenta de S. T.

Además de que, hermanas mías, si logramos quedar satisfechas delante de Dios de las deudas nuestras, todos los ejercicios que hagamos, las enfermedades y las penas que sufriremos, serán méritos y acciones sobreabundantes que servirán para mayor gloria nuestra, y podrán invertirse en alivio de otras almas, a muchas de las cuales somos deudores, y sino somos deudores, servirán con el alivio a ellas para dar mayor gloria a Dios y por lo tanto mayor mérito nuestro.

Apliquémonos, pues, a alcanzar y lucrar estas gracias para nosotros, procurando poner los medios que la Iglesia nos indica, acompañados, como digo, de la detestación sincera como condición indispensable. Digo de las que ganamos para nosotros porque de las de [los] difuntos no hablo porque necesitan alguna nueva aplicación ...

Y debiendo recibir ahora una de éstas, después de ella, uníos a las intenciones que sin duda Pío IX tendría en el acto de concederla, mucho más que al hacerlo estaba bajo la presión de una aflicción por las cosas del Concilio y de la Iglesia.

Pedid, digo, por él a fin de que Dios le guarde y le asista ahora más que nunca, en que las potestades del infierno se han desencadenado y los gobiernos de la tierra tratan de abandonarle otra vez.

Rogad por el santo Concilio.

Por la paz y la concordia.

Pedid que esta bendición emanada de la boca y del corazón de pío IX, representante de Jesús, sea para vosotras una bendición patriarcal y fecunda en bienes espirituales, y que obre vuestra santificación.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 131, págs. 1-4**

Sub umbra illius [(Cant 2, 3)].

¡Qué espectáculo!

Compadecido Dios de aquella esterilidad [había] determinado hacer brotar otro árbol mejor que aquel que había adornado el Paraíso;

y he aquí que al divisarlo de lejos la Esposa

Es ese árbol frondoso, ya lo sabéis, árbol divino, plantado en el jardín cerrado de la Iglesia. El mismo Amador lo dice, María; y la Iglesia lo canta.

Arbol a cuya sombra

Por esto San Bernardo

Si vienen las olas de tentaciones

Y si para todos es árbol, lo es para los que se han cobijado bajo el árbol especial de su santo Evangelio.

Sea, pues, el árbol. Y cuando las tentaciones nos persigan

Et fructus ejus ducis [(Cant 2, 3)].

Por esto S. Bernardo, anima a todos a que se cobijen bajo este árbol: tú, cualquiera que seas, si los ardores de tus pasiones te fatigan, si las tentaciones te combaten, acude a guarecerte a la sombra de este árbol.

Y a pesar de nuestras infidelidades tan continuas, de nuestras distracciones tan constantes, acudamos a este árbol.

Y cuando los temores nos asalten, y la desconfianza nos haga desmayar y vengan las noches oscuras del ... acudamos a guarecernos de los [?]

No es extraño que las almas

Vosotras, pues, hijas mías, que tenéis la dicha de [?] ayudar Así a María, saboread el fruto con sentimientos de fe, de humildad, de amor, y será dulce a vuestro paladar.

Y al saborearlo hoy, pedidle por la intercesión de vuestra Madre gracias y bendiciones para vosotras [y] para vuestro Instituto.

Pedidle por nuestra pobre España, patrimonio de María, que está separándose de los caminos el Señor, y no teme más que la infidelidad

Pedidle a María que sea el árbol que nos cobije en la hora de la muerte, pues bajo su sombra

Dulcis [(Cant 2, 3)]. El hombre había sido criado para la felicidad. Dios habitaba en él como en su templo. Un árbol de vida colocado en

medio del Paraíso, sin el que vigorizaba su cuerpo la inmortalidad. Y era el lazo de esta unión del alma.

Mas desde que en mal[a] hora perdió para siempre. Y ved a la humanidad comiendo.

Más ¡ah! desde que aparece sobre la tierra ese árbol, que es María, ya todos pueden guarecerse y coger y saborear otro fruto mejor

No es extraño que la esposa muestre este fruto en Jesús, fruto bendito del seno de María. Antes de ser fruto del árbol de la vida, fue fruto que tomó su savia en los brazos de María.

Antes de nacer en nuestros altares, El fue el primer Sacerdote y el primer [?]

¡Ah! no es extraño que la

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 132, págs. 1-2

Tal es el grito, hermanos míos, que sale del fondo del Corazón de Jesús, por esta obra de su afecto especial. ¿Y como no? si es el grito de gozo que resuena entre los ángeles sobre una de esas almas santas más que sobre las 99 que no necesitan penitencia. ¿Como no, si el grito de entusiasmo nos [lo] da la Iglesia, que como la mujer del Evangelio invita a sus amigas por la joya perdida?

Por ello no es extraño que a través de los siglos, esa voz cariñosa de Jesús haya resonado en el fondo de las almas distinguidas que se han apresurado a calmar estos deseos de Jesús.

Dígalo sino S. Ignacio de Loyola, que en medio de sus múltiples tareas, no dudaba en dedicar un preferente lugar a esa obra de

salvación. Dígalo un S. José de Calasanz, un Vicente de Paúl, que multiplicaron los asilos para albergar a ovejas.

Y el Señor es el que en estos últimos tiempos, y con nuevas formas y más fecundos resultados, ha hecho multiplicar esos Institutos y ha llamado a ilustres fundadores que van recogiendo el fruto de sus fatigas y sudores.

Pero ¡ah!, hermanos míos, no sólo llama el Señor a esas almas distinguidas para el cultivo de esa porción de la viña del Señor. Llama a todos y a cada uno según su capacidad. Jesús, hermanos míos, desde ese pozo de aguas vivas, de ese divino Sacramento.

* * *

Yo me complacería, hermanos míos, en extenderme en más prolijas consideraciones sobre la conveniencia y necesidad de esos asilos, de esas ciudades de refugio, para almas que sin ellos no encontrarían otro medio que la desesperación o la muerte; el grato aspecto que no puede menos de presentar a los ojos de Dios, y aun de las almas de fe, contemplar convertidos en vergeles de santificación y en flores consagradas a Jesús, plantas que tal vez no pudieran servir más que para la degradación.

Pero basta ya: vuestra ilustrada piedad podrá adivinar mejor que mis palabras pudieran hacerlo, los bienes que esa Institución reporta a la gloria de Dios, a las almas y a la misma sociedad.

* * *

Sólo sí debo deciros, hermanos míos, que no

sólo esas almas que se han impuesto el deber y el sacrificio de albergar en su seno virginal a esos seres desamparados, son las únicas destinadas al fomento de esta obra: todos podemos y debemos cooperar a su desarrollo.

* * *

Debemos pensar, hermanos míos, que el Divino

FRAGMENTOS

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 133, pág. 1**

Necesidad de la santificación, y plática de despedido en Sta. Clara.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 134, pág. 1**

Tres pláticas

Fin de las religiosas y necesidad de la

perfección

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 135, pág. 1**

Fin del alma religiosa
Predicado en [la] Purísima y Sta. Clara.
Día de retiro de Noviembre, 1877.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 136, págs. 1-2**

Salvador sentado en ese pozo de aguas vivas del Santísimo Sacramento, como en otro tiempo junto al de Siquem, nos está repitiendo sus acentos en favor de esas almas.

Hoy, sobre todo, parece [que] está diciendo a cada uno de nosotros lo que Ester en el día [de] sus cuidados: *Da mihi animam pro qua rogo* [(Est 7, 3)]. ¡Oh, alma cristiana! dame una al menos de esas almas por quienes ruego.

Dame una con tus oraciones, con tu celo, con tus limosnas.

Da mihi animam: Dame una al menos de esas almas a quienes albergo dentro de mi Corazón, y que quiero merecer de tus cuidados.

Y no debemos contentarnos con una, hermanos míos: debemos convertirnos en celadores de este

fomento de la gloria de Dios; excitando el celo de los demás, para multiplicar de este modo los medios de salvación para esas almas. Y debemos hacerlo, hermanos míos, por un motivo especial.

Mirad: nuestra sociedad con su filantropía, con su barniz de caridad, se vanagloria más de una vez en alargar su mano al anciano desvalido o al pobre harapiento, siquiera para que les aparten de su vista sus miserias corporales. Quizás no dudará en elogiar, aun en proteger el fomento de la instrucción y de la enseñanza tan cacareados por ellos. Pero ... ese mundo, esa sociedad, no tendrá una mirada; más bien: mirará con repulsión esa obra puramente espiritual, y aun reprobará la existencia de esa obra de regeneración secreta.

Sólo las almas piadosas son capaces de comprender el valor de esas obras, en la presencia de Dios.

Ellas son, pues, las que deben responder con más motivo a los lamentos de Jesús. ¡Dichosos nosotros que así podemos complacer al Corazón de Jesús!

Mirad, hermanos míos: Pasarán unos años; nosotros habremos desaparecido de la tierra; tal vez también ya los más queridos de nuestros hermanos y conocidos; dormiremos el sueño del sepulcro en ese próximo Campo Santo; las generaciones pasarán por delante de él, y no habrá un corazón que dé latidos por nosotros; y si cooperamos a esta Obra, viviremos en la memoria [de estos] corazones, que elevarán sus preces por nosotros, y tendremos más que todo, el Corazón de Jesús que velará el sueño de nuestro sepulcro.

Pero basta ya, repito: Demos gracias a Dios en este día, y pidámosle bendiciones en favor de esta nueva casa, y para los benefactores de ella.

Sí, Dulcísimo Corazón de Jesús Sacramentado
...

* * *

Gracias os damos y gracias os pedimos en este día.

Abrid, en primer [lugar], Jesús mío, vuestro Corazón para albergar en él todas las almas a quienes dirigáis vuestra voz; que ni una deje de entrar en el redil de vuestro amor; que se acojan a vuestra protección todas las de mi Patria y Diócesis querida; que disminuya y desaparezca esa cifra espantosa que con dolor he sabido

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 137, págs. 1-2**

a los primeros fervores de nuestra juventud, cuando el deseo de ser religiosa embargaba nuestro espíritu, y la esperanza de poderlo ser [?] vuestras tribulaciones, y cuando el Señor para haceros ver más palpablemente su misericordia os ponía algún obstáculo a vuestros intentos: ¡cuántas quejas amorosas le dirigíais postradas a sus pies! ¡y cuántos votos ofrecíais a su Corazón! ¡Cuántos proyectos de santificación! ¡Cuántos deseos de andar constantemente en su presencia!

Y si entonces ...

Y sin embargo, hermanas mías, el Señor os ha concedido el complemento de vuestros deseos, y ¿qué se han hecho [de] aquellos fervores? Una palabra de humillación nos irrita; cualquier oposición nos abate; el amor propio y quizás la

vanidad nos acompaña; y el desaliento, la pereza, la indiferencia han venido a sustituir a aquella alegría continua en la práctica de la piedad y ...

Y una de dos, hermanas mías: o aquel fervor era

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 138, pág. 1**

Viene una enfermedad, por ejemplo, y entonces, midiendo el abismo de la eternidad, y la grandeza de Dios con su miseria y pequeñez, conoce lo poco que ha hecho y lo mucho que tenía obligación de hacer, y entonces exclama con las palabras de Jacob: Dies mei pauci et mali.

* * *

Viene una calamidad pública, una epidemia, y entonces al recordar lo que debía ser para sí, y para sus hermanos, para servir de hostia ante el Señor, ¡ah! se examina y al ver la tibieza de su corazón, no puede menos de exclamar: ¡ah, quién sabe si no correspondo a lo que el Señor quiere de mí! y como el profeta Jonás

Escritos I.º, vol. 9.º,

doc. 139, pág. 1

Ya sabéis, como os dije días [pasados], venerables hermanas, la santa Iglesia procura todos los días poner a nuestra consideración algún objeto para mover nuestro espíritu, porque es tal la triste condición humana que aun las cosas más eficaces dejan de impresionarnos si no se procura grabar con más fuerza en nuestra memoria alguna de aquellas ideas que otras veces han hecho efecto en nosotros, y que después, ya sea por nuestra natural debilidad, ya sea por nuestro voluntario olvido, dejamos de experimentar aquellos atractivos que otras veces formaban nuestras ilusiones. Por esto, es necesario levantar nuestro espíritu, y profundizar los motivos que entonces teníamos, para volver a encender en nosotros el fuego de la gratitud, del amor, de la humildad y del arrepentimiento.

Ya sabéis, además, que lo [que] Dios más siente es la ingratitud. Es tan repugnante a la razón y a la naturaleza la ingratitud que aun los hombres más destituidos de dignidad y de sentimientos nobles, nada hay que sientan tanto. Moisés había mandado a los hijos de Israel que para recordar los beneficios de Dios, procurasen poner ante sus ojos y en sus manos y en sus pies los beneficios de Dios, para que no los olvidaran. Y algunos judíos de los más piadosos, ateniéndose a la letra de estas palabras, se ponían pedazos de la ley y de los beneficios en su frente y en sus brazos.

Vosotras también para corresponder a la gratitud que el Señor nos pide, debemos tener siempre grabados en nuestro corazón los beneficios que nos ha hecho, pero sobre todo

...

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 140, págs. 1-2**

gemir, vida toda. Debéis gemir a los pies de Jesús crucificado, a impulso del amor y del dolor.

Debéis gemir constantemente por las ofensas que se le hacen, por las injurias que se dirigen a su Corazón adorable.

Y cuando arrecie la tempestad de los castigos de Dios sobre la tierra, y cuando las persecuciones vengan sobre la Iglesia y sobre nuestra España, cuando sepáis que la tribulación amarga a vuestros padres [y] familias, cuando el dolor venga a posesionarse de almas queridas o de vuestros protectores, entonces debéis gemir de un modo especial y constantemente ante el tabernáculo, para recabar gracias de fortaleza para la Iglesia, de salud para las almas, de consuelo para vuestros queridos [padres]. Esto espera de vosotras la Iglesia, esto esperan vuestras familias, esto exige vuestro estado. Sin esto no cumpliríais con vuestra misión y vuestro oficio. Sed, pues, gemidoras y reparadoras constantemente ante el Corazón de Jesús.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 141, págs 1-2**

¿Qué gratitud?

Trasladaos con el pensamiento a aquel pasaje del libro de Tobías, cuando al regreso del largo viaje de su hijo, cuando recobrando la vista, cuando la alegría reinaba en aquella casa, y la gente entraba a felicitarles y todo era alborozo y entusiasmo, contemplad en medio de aquella disipación santa, contemplad allí retirados en una habitación al padre e hijo, diciendo qué paga debían dar al mancebo que le había acompañado en aquel viaje.

¿Qué le daremos, decía el padre a ese joven que nos ha acompañado? Y Tobías le contestó: padre, ¿qué paga podremos darle, y qué cosa digna de sus beneficios? Ya sabes que me condujo y ha vuelto sano. El cobro del dinero de Gabelo. Me ha dado esposa. Ahuyento de ella el maligno Espíritu, dando gozo a sus padres; a mí mismo me libró de ser devorado por un pez; a ti te ha hecho ver la luz del cielo, y por él hemos sido llenados de todos los bienes. ¿qué le podremos dar, pues, que sea digno? Pero te pido que al menos le ruegues se digne tomar la mitad de todo lo que hemos traído.

Y llamándole aparte, le empezaron a rogar que se dignase tomar ...

Y entonces dijo: Benedicite Deum et ... [(Tob 12, 6)]. Cuando orabais con lágrimas, yo las ofrecía a Dios, y porque erais aceptos a Dios, por eso os probó.

Y cuando les aclaro que era el ángel Rafael, y que todo lo debían a Dios, cayeron en tierra, y extáticos estuvieron tres horas bendiciendo a Dios.

¿Será preciso, hermanas mías, que yo os declare la larga [serie] de beneficios?

Os recordaré como os ha conducido sanas y salvas por los caminos; ¿será preciso que os diga que os ha libertado de la vanidad del mundo a vosotras y a todas las que estáis ahí; como ha hecho la luz del cielo abriendo los

ojos de vuestras almas en la contemplación de las cosas espirituales? ¿Será preciso que os diga todos los beneficios?

¿Qué le daréis en cambio? ¿la mitad de lo que tenéis ... vuestros cuerpos, corazón, vuestra alma, que no son vuestros más que en la mitad, en el uso?

¡Ah! ni eso os exige; y como el Angel os dice: *Benedicite Deum coeli et ...* [(Tob 12, 6)], ésa es la única paga.. Si, *miserericordias Domini* [(Sal 88, 2)], y las cantaré.

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 142, págs. 1-2

(Esto lo añadí y lo «emboliqué» al predicar a mis Claras pocos días después).

Y ¿quién sabe si al adoptar él esta divisa, lo hace para que la adopten sus almas escogidas?

Lo cierto que la vida de apartamiento, la vida oculta, la vida de soledad, ha sido anhelada por los grandes corazones. ¿Qué tendrá esa vida de dormición, que así enamora al Corazón de Cristo? ¿Qué poesía encierra para el amor de Cristo?

Lo cierto es que el apóstol S. Pablo, ya la practicaba en medio aun de sus correrías. *Vita mea abscondita cum Christo in Deo*: mi vida está escondida con Cristo en Dios [(Col 3, 3)]. En medio de sus persecuciones, de sus prisiones, ante el mundo no se presentaba sino con el aspecto de una vida exterior, y sin embargo, su

corazón llevaba escondido el foco del amor a Jesucristo, que le hacía velar continuamente por sus intereses. El, sin embargo, no lo podía conseguir.

* * *

Adducentur regi virgines [(Sal 44, 15)]. Tras de él han sido conducidas las almas distinguidas por el sello del sacrificio y del amor, pero de este amor escondido. El mundo de quien no son dignas estas almas los mira como si estuvieran en la inercia, en la ociosidad, en el olvido de todo, en la muerte; y no saben que mientras duermen esta vida exterior, su corazón vela; vela por este mundo, por sus pecados, por sus ingratitudes, por sus devaneos; vela sobre todo para acompañar el amor de Jesucristo, único objeto a que debe dirigirse todo lo criado. Eso es lo que hacen y lo que deben hacer esas almas a quienes Dios escoge.

¿Lo hacemos así, nosotros? Quién sabe cuán lejos estamos de poder decir a Jesús: Ego dormio . . [(Cant 5, 2)].

Ah, que no sea así, no: que siempre y en todas las ocasiones podamos decir: Ego ... ¿Cómo? Aparte de la vigilancia continua sobre nosotros, por medio de la oración, examen y actos de piedad, debemos velar incesantemente con nuestro corazón por medio de jaculatorias, ofrecimiento de nuestros sufrimientos, presencia de Dios.

De este modo, como la Esposa de los Cantares, no sólo de día, sino aun de noche, podremos exclamar: Ego ...

Pues aun en los momentos de nuestro descanso enviaremos a Jesús nuestras miradas.

Y siempre y a todas horas velaremos los intereses de Jesús, poniéndolos a nuestra

vista, y el Sumo Pontífice, y la Iglesia toda, y los pecadores, y las almas justas, y los peligros que rodean a los inocentes, y las vocaciones, y todo será objeto de nuestras vigili-
as. Y podremos decir: Ego dormio ... [(Cant 5, 2)].

* * *

¡Oh, yo podría haceros ver, extendiéndome en prolijas consideraciones, cuánto espíritu de fe no debemos tener en esta palabra! Y os diría que cuando la tribulación nos sobreviene, él repite. Que cuando las tentaciones nos amarguen, como sobre la barca nos dice: modicae fidei [(Mt 8, 26)]. Que en las contradicciones de las criaturas y en nuestros trabajos corporales y espirituales y en toda la cadena ... Y en la hora de la muerte, vela nuestro
¡Que le ame!

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 143, págs. 1-2**

Mis hermanas en el Señor: Hace un mes que Y propósitos firmes ofrecisteis ante Dios, y hubierais querido grabarlos, como Job, en el bronce para que no se borrasen jamás, o en sílice de la más firme roca.

Pero ¡ah! comprendisteis que lo grababais tan sólo en las arenas de vuestro corazón, expuestas al viento de las distracciones, de la

ocasión, de las pasiones, y surgió la idea propuesta por el Director de entonces, de barnizar dichos propósitos siquiera con el día de retiro mensual. Se me solicitó los acompañara yo con alguna plática, y acepté, a condición de que se cumplieran algunos propósitos prácticos que entonces se os propuso. Y sin querer averiguar si se ha cumplido la condición por vuestra parte, quiero hacerlo hoy yo, sin que sirva de compromiso ulterior, caso de merecerlo.

Hoy sobre todo que recordáis, hermanas mías, una fecha memorable: la renovación de votos del Padre S. Francisco. Hoy la familia franciscana, esparcida por los cuatro ángulos del mundo, por todos los países de la tierra, y en diferentes lenguas, formando un solo coro, repiten con el entusiasmo de su corazón, sus protestas de nuevos deseos de cumplir las promesas de perfección evangélica que un día ofrecieron a Jesús. Y cuántas de ellas desconocidas de nosotros, bellísimas almas, lo hacen con el fervor de su alma y se asocian a la cruz de la pobreza completa, de la dulce obediencia, de la rígida modestia. Y S. Francisco radiante de gloria, recibe los homenajes de éstas y se complace en ellas.

Asociaos a ese concierto armonioso de voces, y mirando a Jesús bajo el estandarte franciscano, protestad vuestros deseos de vigilancia, de perfección, de oración, de abnegación, de todo, y así como ahora formáis parte de este sabroso árbol franciscano sobre la tierra, un día cantaréis a la sombra de él en la feliz eternidad.

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 144, págs. 1-4**

*Preparada para [?] el 27 de Octubre 97.
No la dije.*

Mis H. en el Señor. Ya he tenido la satisfacción de poder dedicar horas a esta visita que en obsequio vuestro he hecho. ¿Cómo no deciros una palabrita sencilla y paternal? ¿Y qué os diré?

Yo no puedo olvidar, y esta tarde lo recordaba, cuando jovencito estudiante todavía, se me invitaba y yo aceptaba con sumo placer la venida a este pueblo para visitar a estas monjas que se me hacían por personas muy queridas de mi familia que no existen ya y por los difuntos D. Gaspar Mola y D. Juan Navarro que en gloria sean.

Y luego cuando ya sacerdote, joven aún con licencias del Sr. Vilamitjana dediqué algunos viajes y me sentaba en el confesionario; y recuerdo a las dos hermanas religiosas de la Cenia y tantas otras que me ofrecían mi tributo de confesión.

Y no puedo olvidar la historia del levantamiento de esta nueva iglesia, a pesar de los desmayos y contradicciones de muchos, y pude presenciar la alegría de esta casa el día de su inauguración en el cual me honro, sin merecerlo, con ser el celebrante en aquella famosa fiesta.

Tareas posteriores y caminos y campos que el Señor me ha abierto posteriormente de ocupaciones y atenciones, han cortado la cadena de aquellas comunicaciones exteriores, pero no el hilo de mi afecto a esta casa que está basado en tantos recuerdos.

¿Qué os diré, pues? Si yo tuviera que haceros una serie de consideraciones, formaría un plan de ideas que sirvieran de base para recordaros vuestros deberes y los caminos de

vuestra santificación, y me complacería en primer lugar en haceros profundizar, porque nunca lo grabamos bastante en nuestro corazón, el beneficio de la elección que Dios ha hecho de vosotras, que debía ser el fundamento de toda vuestra santificación.

Dios es rey inmortal de los siglos ...

Pero, ¿a dónde iba a parar con esas consideraciones?

Yo os diría el deber que sobre todo hoy día estáis de obrar vuestra perfección por las circunstancias de la época que atravesamos. En otros tiempos de fe las comunidades de vida contemplativa podían, si es permitida la palabra, tener una vida piadosa, ordinaria y cumplir. Hoy en esta batalla decisiva necesitamos víctimas y propiciatorios en la Iglesia y en el mundo.

Hoy que se trabaja por tantos Institutos religiosos en tantos campos, necesitamos almas, o más bien cientos de almas, que como Moisés tengan elevadas las manos continuamente para que Dios dé esfuerzo en las luchas y combates ... hoy no cumplirían las comunidades de clausura con una santidad ordinaria.

Yo os diría ... pero estamos en días de misterios especiales de algún santo. ¿Como separar nuestra mente de ellos para dedicarnos a ideas amargas, de responsabilidades y de deberes?

Mejor es que nos asociemos al cántico que resuena estos días por todos los ámbitos del mundo católico y meditemos con alegría de nuestro corazón el amor de un Dios humanado y las lecciones que nos da.

¿Y qué os diré? ¿Cómo podré concretar algunas ideas en ese vastísimo campo que nos ofrece el misterio de estos días de la venida del Salvador?

Transeamus usque Bethleem [(Lc 2, 15)].

(Debía seguir la plática de Navidad. ¿Quién es? ¿a qué viene? ¿por qué viene? ¿por quién viene?)

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 145, págs. 1-2**

Tortosa 1878

Agua de la cisterna de Jacob:

Sitio.

Petra autem erat Christus [(1 Cor 10, 4)].

Venite ad aquas [(Is 51, 1)].

Fuente de Siloé.

Ruiz Pons.

¿No me daréis un lugar en vuestras tiendas?

Al considerar los diferentes lamentos de
Jesús.

La esposa de los Cánticos.

* * *

El divino mendigo, S.

* * *

¡Cuán bellos son tus tabernáculos!
¿Qué os diré yo? Si tuviera que dirigirme a
otros; pero ya lo veis.

Si yo tratara con menos dispuestos, para
cumplir con mi obligación, en nombre de la

santa Iglesia, os recordaría las obligaciones de vuestro estado. Os diría que vais a [?] que desde hoy ya no os pertenecéis. Os pintarla.

¿Dónde voy? Si sabéis todos estos deberes. Dios, vosotras, la vocación.

Escritos I.º, vol. 9.º, doc. 146, págs. 1-3

Mis hermanas en el Señor: Una observación ante todo. Creo comprenderéis el sacrificio que tengo que hacer al presentarme ante vosotros para dirigiros la palabra; la presión en que tengo que poner mi corazón, para que mi alma tenga la serenidad y mi boca la fuerza para hablaros. Yo comprendo vuestra situación y veo que difícilmente podréis resistir ningún golpe, por ligero y suave, que se dirija a tocar las llagas de vuestro corazón lacerado; por ello, pues, hermanas mías, dominemos algo las impresiones que naturalmente produzcan en nosotros el recuerdo triste de las circunstancias que atravesamos, procuremos suavizar nuestras amarguras con el mismo consuelo, con el cariño recíproco, con ese cariño que nos tenemos, hijo de la caridad, que el mundo no comprende, con ese lazo espiritual, nacido a la sombra de una fe animada al calor de unos mismos sentimientos, enardecido e inflamado más con los vientos de la tribulación, y que [?] al camino del mundo, nos acompaña hasta la muerte para consumarse y perfeccionarse en la eternidad.

Desahogemos, pues, nuestro corazón y unámonos para derramarlo mutuamente ante la presencia de Dios, que si permite la

tribulación es para purificarnos y unirnos más a él.

Un terrible golpe
Trasladémonos al huerto
Recuerdos de los judíos en Babilonia
Dentro de algunos años
Cada comunidad tiene su fisonomía
Pero, caridad, paciencia, silencio
... en la vida religiosa; las dulces
impresiones que ya entonces producía la idea de
la soledad y el retiro; la grandeza de este
estado; su dignidad en la presencia de Dios;
veláis la libertad de los peligros del mundo;
la barrera a tan frágil e inconstante corazón;
veláis

Y no era aquello una ilusión, no:
¿Qué hubiera sido, hermana mía, quedándote
en el siglo?
¡Cuántos peligros!

**Escritos I.º, vol. 9.º,
doc. 147, págs. 1-3**

Mas ya que me lo habéis pedido y os lo prometí, ¿qué os diré para entretener vuestra devoción este breve rato? Son tantas las veces que he tenido que dirigir la palabra a esta comunidad en estas solemnidades, que casi debía haber agotado las ideas propias de ellas; si bien quería indicaros una idea novísima, que prefiero aguardar para el día en que [sea] vuestra [profesión]

Recuerdo que hace unos dos años y en una profesión, la de la Felipa, si mal no recuerdo, expuse ante la consideración de la nueva oferente, al alma religiosa [en] comparación a

aquellos tres vuelos de la paloma que el Profeta dirigía a la hija de Sion, cuando decíala: Ven a guarecerte a las concavidades de la peña; y luego invitaba a la misma a que subiese más alto, y para ello la invitaba con esas otras: Ven ... y últimamente la convidaba ... [(Cant 2, 14)]

Comoquiera que aquella idea pareció muy adecuada, he buscado yo en el mismo símbolo místico de la paloma, no los vuelos que debe dar, sino las condiciones que debe reunir, estudiando las cualidades de esta inocente ave, muy propias para el alma que quiere buscar a Jesús en el interior del claustro. Y con mayor razón puedo apropiarlo al alma que quiere ser toda de Dios, puesto que como sabéis el mismo Espíritu divino la compara a los objetos más queridos de su corazón, y ayer mismo en el día de la festividad de vuestra Madre, escuchabais con que placer el Eterno Amador la llamaba con este nombre, y nos invitaba a nosotros a admirar sus gracias y cualidades con este místico símbolo: *Aperi mihi soror mea, columba mea* [(Cant 5, 2)]

Y bien, pues: seguidoras vosotras de esta Madre Santísima, destinadas a ser aquellas almas conducidas al Rey inmortal de los siglos, detrás de la Virgen Santísima: *adducentur Regi virgines post eam*; y no sólo detrás de ella, sino a ser sus próximas: *proximae ejus afferentur tibi* [Sal 44, 15)], justo es que estudiemos las condiciones de la madre divina con el símbolo que el Espíritu Santo quiso significarla

Y al estudiar las condiciones de esta ave, entre otras condiciones que la hacen grata y simpática, sí Así podemos decirlo, descuellan la sencillez y el amor; la pureza y la mansedumbre

La sencillez y el amor. Ellas son las que mas se asocian al cariño y a la amistad del hombre; habita no en los campos y árboles, ni siquiera en los tejados, sino que quiere habitar bajo el mismo techo y

INDICE

Notas previas a la nueva transcripción
Advertencia a la transcripción primera

*** Tomas de hábito:**

1. [Sor Julia LLadó](#)
2. [Sor María Asunción de S. José Curto](#)
3. [María Bertomeu](#)
4. [Sor Nieves María Ferrey, Sor María Clara Albarich](#)
5. [Sor María Purificación González, Sor Cinta Benet,](#)
Sor Francisca González
6. [Josefa Dehuner, María Lorán, Rolante Vicente](#)
7. [Sor Asunción de Balaguer](#)
8. [Sor María Purificación \(a Bauño\)](#)
9. [Magdalena Boix](#)
10. [Sor Felipa y Sor Nieves](#)
11. [Serranetes](#)
12. [Concepción Espuny y Fausta García Prats](#)
13. [Carlota Calatayud](#)
14. [Innominada](#)
15. [Id.](#)
16. [Id.](#)
17. [Id.](#)
18. [Id.](#)
19. [Id.](#)
20. [Id.](#)
21. [Dolores Valls](#)
22. [Isabelita Domingo](#)
23. [Sin nombre](#)
24. [Id.](#)
25. [Id.](#)
26. [Nieves Ferré](#)
27. [Sor Ana María, Sor Rafaela](#)
28. [Sin nombre](#)

*** Profesiones:**

29. Sor Lucía Curto de S. Juan
30. Sor María Domingo, Francisca Gimeno
31. Sor María Dolores Riba de S. Juan
32. Lledó, Sor Gonzaga
33. Sor María de Estrada
34. Sor Encarnación Colom, Sor Dominga Poy, Sor Magdalena Fort
35. Sor María Asunción de S. José
36. Sor Dominga de los Dolores Maspons
37. Sor Dolores de S. José
38. Sor Nieves. Purificación Espuny
39. María del Pastor
40. Marina N.
41. María de Ulldecona
42. Juliana Jersé
43. Nieves
44. Sin nombre
45. Sor Consuelo de Canet
46. Sin nombre
47. Id.
48. Sor María
49. Sin nombre
50. Llasat e Ibáñez
51. Carlota Calatayud
52. Sin nombre
53. Serraneta
54. Sor Cinta Prades
55. Sor
56. Sin nombre
57. Id.
58. Id.
59. Id.
60. Sor María Rosario (Josefa Espinosa)
61. Sor Concepción del Sagrado Corazón de Jesús
62. Sin nombre
63. Cinteta Benet
64. Sor María Purificación y Sor Francisca González
65. Sin nombre
66. Id.
67. Id.
68. Id.

69. [Id.](#)
70. [Id.](#)
71. [Id.](#)
72. [Agustina Ferreres y Sor María de Lourdes](#)
73. [Sin nombre](#)
74. [Id.](#)
75. [Id.](#)
76. [Id.](#)
77. [Sor N. del Corazón de Jesús](#)

*** Fragmentos dudosos:**

78. [Dolores C C](#)
79. [Sin nombre](#)
80. [Id.](#)
81. [Id.](#)
82. [Id.](#)
83. [Id.](#)
84. [Id.](#)
85. [Id.](#)
86. [Id.](#)
87. [Id.](#)

*** Vida y casa religiosas:**

88. [Fundación del Convento de Vall de Uxó](#)
89. [Lo que es una casa religiosa](#)

*** Desprecio del mundo:**

90. [Convento de Mora de Ebro](#)
91. [Desprecio de las cosas del mundo](#)
92. [Imposición de la ceniza](#)

*** Vocación:**

93. [Beneficio de la vocación](#)
94. [Excelencia de la vida religiosa](#)
95. [Beneficio de la vocación](#)
96. [Id.](#)
97. [Id.](#)

*** La perfección:**

98. [Necesidad de la santificación](#)
99. [Necesidad de aspirar a la santidad](#)
100. [Necesidad de la perfección](#)
101. [Id.](#)
102. [Id.](#)
103. [Id.](#)
104. [Id.](#)
105. [Id.](#)

*** Virtudes:**

106. [Observancia de las reglas](#)
107. [Recogimiento](#)
108. [Amor a Dios](#)
109. [Conformidad con la voluntad de Dios](#)
110. [Interés por la gloria de Dios](#)
111. [Examen de fin de año](#)
112. [Gratitud por los beneficios de Dios](#)
113. [Presencia de Dios](#)
114. [Cooperación a la gracia](#)
115. [Fragmento](#)

*** Pequeñas virtudes:**

116. [Varias virtudes](#)
117. [Mutuo sufrimiento, educación, respeto, caridad](#)

*** Capitulo de culpas:**

118. [Reconvenciones por falta de perfección](#)
119. [Id.](#)

*** Aflicciones:**

120. [Aflicciones y adversidades](#)

*** Fin de año:**

121. [Fin de año](#)

*** Erecciones de casa y altar:**

122. [Erección de una capilla](#)

123. Aniversario de la bendición de una Iglesia
1. Instalación de un altar
125. Inauguración de la Iglesia de Vinaroz
126. Bendición de la primera piedra de una casa religiosa

*** Asuntos varios:**

127. Temas de predicación
128. Indice de pláticas a religiosas
129. Entrada de D. Manuel en la vicaría de las monjas
130. Indulgencia de la Porciúncula
131. Sub umbra illius
132. Fragmento sobre los asilos de preservación de las almas

*** Fragmentos:**

133. Titulo de una plática
134. Id.
135. Id.
136. Final de un sermón
137. Fragmento
138. Id.
139. Id.
140. Id.
141. Id.
142. Id.
143. Id.
144. Id.
145. Id.
146. Id.
147. Id.